

¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Texto escrito para el 2do Encuentro de Escuela de Cuadros que se llevará a cabo en la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), Caracas, del 30 de mayo al 1 de junio del 2013.

INDICE:

1.- ¿PARA QUÉ SIRVE *EL CAPITAL*?

2.- CÓMO LEER EL CAPITAL

- 2.1.- ¿Es patriarcalista *El Capital*?
- 2.2.- ¿Qué es la lectura política de *El Capital*?
- 2.3.- ¿Qué es el fetichismo de la mercancía?
- 2.4.- ¿Cómo leer políticamente *El Capital*?

3.- EL CAPITALISMO CONTRA LA VIDA

- 3.1.- ¿Hacia el ecocidio?
- 3.2.- ¿Es ecologista *El Capital*?
- 3.3.- ¿Qué es el capital financiero y ficticio?
- 3.4.- ¿Salvavidas ficticio?
- 3.5.- ¿Hacia la sexta extinción?
- 3.6.- ¿Crisis alimentaria o hambrunas provocadas?
- 3.7.- ¿Tasa de beneficio o salud?
- 3.8.- ¿Puede ser racional el capitalismo?
- 3.9.- ¿Por qué no es racional el capitalismo?
- 3.10.- ¿Capitalismo sin guerras?
- 3.11.- ¿Pax Americana?
- 3.12.- ¿Ecologismo o ecologismo antiimperialista?

4. ¿ES EUROCÉNTRICO *EL CAPITAL*?

- 4.1.- Cuestión laberíntica y compleja
- 4.2.- La fuerza material de la cultura popular
- 4.3.- Desarrollo desigual y combinado
- 4.4.- Orígenes del eurocentrismo
- 4.5.- Eurocentrismo y positivismo
- 4.6.- Eurocentrismo, marxismo y socialdemocracia
- 4.7.- Eurocentrismo, bolchevismo y stalinismo
- 4.8.- Eurocentrismo y debate de Leningrado
- 4.9.- Eurocentrismo y stalinismo
- 4.10.- Modo de producción tributario

5. LA DIALÉCTICA DE *EL CAPITAL*

- 5.1.- Engels y la dialéctica
- 5.2.- La dialéctica, el método científico y Hegel
- 5.3.- Flexibilidad y complejidad de la dialéctica.
- 5.4.- Subjetividad y objetividad en la dialéctica
- 5.5.- Dialéctica de la complejidad
- 5.6.- Dialéctica de la naturaleza

1.- ¿PARA QUÉ SIRVE *EL CAPITAL*?

Estamos reunidos aquí para reflexionar sobre una interrogante ¿Para qué sirve *El Capital*? La respuesta es simple e inmediata: para avanzar al comunismo mediante la revolución socialista. *El Capital* fue escrito para ser la obra cumbre de toda la impresionante praxis revolucionaria de Marx, pero también de Engels. Será esta respuesta inmediata la que oriente este texto. Sin la perspectiva práctica revolucionaria, sin la perspectiva política en suma, nada del marxismo es comprensible, y por tanto *El Capital* es ininteligible. Ahora bien, como iremos viendo, la política marxista no se reduce a la politiquería parlamentaria por muy de izquierdas y de masas que diga ser, y menos todavía burguesa y reformista, sino que en sí misma, la política revolucionaria es la síntesis del resto de prácticas económicas.

El Capital nos remite una y otra vez a las tres grandes contradicciones antagónicas que explican la pugna permanente entre el marxismo y la ideología burguesa, a saber: Una, la existencia o no existencia de la explotación asalariada, la corrección de la teoría de la plusvalía y del conjunto de la crítica marxista de la economía política. Otra, la corrección de la teoría marxista del Estado, del poder, de la violencia, de la democracia y de la política

como quinta esencia de la economía. Y, la valía de la dialéctica materialista como el mejor método de pensamiento crítico y creativo, como la vertebración interna de la ciencia-crítica. Me ciño a estas tres cuestiones elementales porque, como ha demostrado B. Gustafsson¹, son las que delimitaban en el último cuarto del siglo XIX lo antagónico entre el marxismo y la ideología burguesa. Es cierto que posteriormente, con el desarrollo del capitalismo y de sus contradicciones, se han sumado más puntos de irreconciliabilidad, pero en cierta forma estas diferencias «nuevas» nos remiten a las tres anteriores, básicas e iniciales, dado que debemos partir del criterio de que el marxismo es la «teoría matriz»² alrededor de la que giran las subteorías progresistas y alternativas radicales parciales ulteriores.

Explotación económica, opresión política y dominación cultural, por decirlo simplemente, forman la base sobre la que se ha ido construyendo la barbarie imperialista actual, la que puede llevar al capitalismo a su autodestrucción si avanzan las insurgencias populares³ en un largo contexto de crisis mundial que se prolonga desde hace años y que le han puesto en un atolladero⁴, aunque dispone todavía de grandes fuerzas de supervivencia no sólo represivas en el sentido físico, también ideológicas, en especial esa muy correctamente denominada «voluntad de no saber» qué está sucediendo, por qué sucede y qué alternativas existen. El poder académico-educativo, el secretismo burocrático, la industria cultural, etc., refuerzan el resto de dinámicas, miedos, egoísmos y limitaciones que impiden con mil sutilezas la reflexión crítica, o que la reprimen abiertamente, de modo que se termina imponiendo lo que alguien define muy correctamente como

«La voluntad de no saber (...) “capitalismo”, “imperialismo”, “explotación”, “dominación”, “desposesión”, “opresión”, “alienación”... Estas palabras, antaño elevadas al rango de conceptos y vinculadas a la existencia de una “guerra civil larvada”, no tiene cabida en una “democracia pacificada”. Consideradas casi como palabrotas, han sido suprimidas del vocabulario que se emplea tanto en los tribunales como en las redacciones, en los anfiteatros universitarios o los platós de televisión»⁵.

Nos encontramos, por tanto, en un momento en el que el marxismo puede y debe desarrollar su inmenso poder emancipador y revolucionario. *El Capital* vuelve, otra vez, a recuperar su lugar en la praxis comunista porque, en suma, lo que ya está en juego no es otra cosa que la capacidad de supervivencia de la humanidad trabajadora. Al final del Libro III de *El Capital*, en el Capítulo XLVI dedicado a la renta del suelo, Marx adelanta una reivindicación decisiva que ahora descubre su radicalidad absoluta: «Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexisten en un momento dado, son propietarias de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamarlas a usarlas como *boni patres familias* y a transmitirla mejorada a las futuras sociedades»⁶.

Declarar que la tierra es propiedad de las generaciones futuras, que no de las presentes y en absoluto de la clase burguesa, que deben entregarla mejorada a las futuras y así

¹ Bo Gustafsson: *Marxismo y revisionismo*, Grijalbo, 1975, pp. 430-434.

² I. Gil de San Vicente, *El marxismo como teoría matriz*, Trinchera, 2011

³ J. Beinstein: «Autodestrucción sistémica global, insurgencias y utopías» 21-10-2012 www.lahaine.org

⁴ M. Husson: «El capitalismo en el atolladero», 27-02-2013, www.lahaine.org

⁵ J. P. Garnier: *Contra los territorios del poder*, Virus, 2006, p. 22:

⁶ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro III, p. 720.

sucesivamente, este principio comunista es irreconciliablemente antagónico con lo básico de la civilización capitalista. Por tanto, como veremos al final de este texto, nos encontramos en una situación extrema, ante la que solamente la praxis y dentro suyo la dialéctica materialista, pueden abrirnos la solución. ¿Qué dialéctica? S. Sichirollo explica que uno de los primeros y decisivos significados de la palabra «dialéctica» en los comienzos de la cultura griega clásica: tomar una decisión crítica en un momento trascendental⁷, por ejemplo cuando está en juego la vida y hay que optar por una o por otra alternativa en el momento álgido del combate a muerte entre Héctor y Aquiles, y Héctor decide luchar aún sabiendo que va a morir: hay que luchar. .

Es esta dialéctica, la de la acción consciente en momentos de crisis, la que precisamente aparece en *El Capital*, la que debemos tomar como una de las características elementales del método marxista elaborado gracias a la absorción crítica de la dialéctica de Hegel, entre otros aportes. En efecto, «forma parte del punto de vista dialéctico de Hegel incluir en el conocer una forma de lucha más general que el hombre lleva a cabo por realizar su intercambio orgánico con la naturaleza, o sea, por la naturalización de sí mismo y por la humanización de la naturaleza»⁸. Como veremos, esta forma de lucha más general por la reunificación de la especie humana en y con la naturaleza forma a su vez parte del decisivo problema de la crisis socioecológica inseparable del desarrollo capitalista que pone en riesgo a la vida de nuestra especie de otras muchas.

El Capital sirve, por ejemplo, para redondear y profundizar teóricamente la demoledora crítica que el marxismo hizo desde sus inicios en 1844 de los efectos destructores de la civilización burguesa. A. A. Casas utiliza el concepto de «terricidio»⁹ como otros el de «ecocidio», etc., según veremos, para hacernos comprender que el capitalismo nos están llevando al autoexterminio como especie animal si no damos el salto revolucionario al socialismo.

2.- CÓMO LEER EL CAPITAL

El Capital solamente puede ser leído respetando y aplicando la voluntad de su autor, que lo escribió como arma de acción teórico-política en manos de la clase trabajadora en su lucha revolucionaria contra la burguesía, pero también contra el reformismo. Por tanto, debe ser leído con un objetivo político. *El Capital* es materialización del ideal de vida de Marx, expresados el 1º de abril de 1865, años en los que militaba intensamente en su redacción y en otras muchas tareas políticas¹⁰. *El Capital* destila mordaz, rigurosa y radical crítica, a la vez que innovadora creatividad científica al estilo del genio de Kepler, todo ello soldado internamente por la dignidad y coherencia subversiva, rebelde y luchadora de Espartaco, un héroe sencillo y fuerte que eran las cualidades preferidas de Marx. El autor de *El Capital* declaró que su rasgo preferido era «La unidad de objetivos», esa unidad que, al romperse, fue una de las razones fundamentales de la derrota de la sublevación esclava dirigida por Espartaco, esa misma unidad de objetivos que estuvo siempre presente en Kepler. *El Capital*

⁷ L. Sichirollo: *Dialéctica*, Labor, 1976, p. 20

⁸ S. Garroni: «Notas sobre la polisemia de “dialéctica”: de lo cotidiano a la reflexión formal», *Marx Ahora*, No. 26/2008, p. 175.

⁹ A. A. Casas: «Terricidio o socialismo», *Herramienta*, No. 29 Junio de 2005, pp. 125-139.

¹⁰ J. Elleinstein: *Marx, su vida, su obra*, Argos Vergara, 1985, pp. 285-286.

es un libro radicalmente insurgente y digno porque para su autor la sumisión era la mayor desgracia y el servilismo lo que más detestaba. Es un libro que azuza la duda metódica pero razonada e inmersa en el proceso de pensamiento riguroso porque el defecto que peor toleraba Marx era la credulidad, y, como hemos visto, su divisa era «Hay que dudar de todo». Un libro, en suma, en el que la humanidad trabajadora y explotada está presente de principio a fin ya que, para su autor la máxima favorita era: «Nada de lo humano me es ajeno».

Marx insistió frecuentemente en el objetivo político y teórico de su obra magna. Bastante antes de publicarla, ya advirtió que sus investigaciones sintetizadas en la *Contribución a la crítica de la economía política*, buscaban destruir la influencia del socialismo proudhoniano en el movimiento obrero, a la vez que explicaba a Weydemeyer las «razones políticas» que justificaban retrasar el tercer capítulo, precisamente «sobre “el capital”»¹¹. La lucha práctica y política contra el reformismo proudhoniano ya estaba presente antes de este libro, como se comprueba en el borrador de 1857-58 o *Grundrisse*¹². Dejando por conocidas otras declaraciones de Marx al respecto como las cartas a Klings de finales de 1864 y a Becker de comienzos de 1867 en las que habla de golpes y de misiles contra la burguesía, pienso que sí es conveniente recordar lo que dice en la carta a S. Meyer respondiéndole a la pregunta sobre por qué no le había contestado antes a su carta, Marx le explica que ha dedicado su vida y su salud, y la de su familia, a escribir el libro y añade: «Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar la espalda a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo»¹³.

Por último, el interés político de clase está presente nada menos que en el Prólogo a la primera edición de *El Capital*, cuando Marx denuncia, entre otras cosas, que la libre investigación científica en economía política choca contra «las pasiones más violentas, más mezquinas y más repugnantes que anidan en el pecho humano: la furia del interés privado»¹⁴. Pero también aparece presente la naturaleza esencialmente política revolucionaria de *El Capital* expuesta y materializada en su método dialéctico interno:

«Reducida a su forma racional, provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de percedero y sin dejarse intimidar por nada»¹⁵.

No se trata de una declaración repentina de Marx, impactado por su reciente lectura de Hegel, sino de una línea de pensamiento y acción permanente a lo largo de su vida. Ya en uno de sus primeros textos había escrito que: «Exigimos de la crítica sobre todo que se comporte de manera crítica respecto de sí misma y que no pase por alto las dificultades de su objeto»¹⁶. Marx no quería ser un buey acobardado por las más violentas pasiones burguesas, no quería

¹¹ Marx a Weydemeyer, 1 de febrero de 1859. *Correspondencia*, 1973, p. 105.

¹² E. Dussel: *La producción teórica de Marx*, El perro y la rana, 2010, p. 284.

¹³ Marx a S. Meyer, 30 de abril de 1867. *Correspondencia*, 1973, p. 184.

¹⁴ Marx, «Prologo», *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p. XV.

¹⁵ Marx, «Prologo», *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p. XXIV.

¹⁶ Marx: «El Divorcio», *En Defensa de la Libertad, Los artículos de la Gazeta Renana (1842-1843)*.

Fernando Torres Editor SA, 1983, p. 153.

dar la espalda al sufrimiento humano causado por la propiedad privada, sino acabar con él, y este objetivo, este proyecto de vida, no era sólo una opción ética sino a la vez política. Nos dejó una descripción demoledora de la «prudente moderación» de los economistas vulgares de su época, a quienes «no les importan las contradicciones (...) y acaban formando un revoltillo sobre la mesa de los compiladores»¹⁷. La crítica de la moderación prudente es consustancial a la dialéctica, denuncia las pautas de comportamiento de la intelectualidad burguesa y pequeño burguesa desde entonces hasta ahora. Su moderación prudente, su negativa a estudiar las contradicciones del capitalismo, etc., son características que se repiten mecánicamente.

Para cuando redacta definitivamente el primer Libro de *El Capital*, en 1867, Marx sabía de sobra que economía, política y Estado formaban una unidad que se materializaba en la lucha de clases. Por esto carece de sentido todo intento de criticar a Marx basándose sólo o fundamentalmente en el Libro I de *El Capital* como hace J. Bidet¹⁸, o incluso en toda la obra de *El Capital* incluidos el llamado Libro IV sobre la crítica de las teorías de la plusvalía o el borrador del Capítulo VI, etc. Y carece de sentido porque si bien el Libro I es el más cuidado por su autor, en realidad sólo se entiende y se capta en su gigantesco potencial si se estudia como una parte de la entera obra marxista desde su «primer análisis de conjunto del sistema de producción capitalista»¹⁹, iniciado entre finales de 1846 y comienzos de 1848. Fue este prolongado esfuerzo militante el que le permitió manejar perfectamente la dialéctica entre el método histórico y el método lógico. Por ejemplo, es muy significativo que el final de la Sección Primera, dedicada a la mercancía y al dinero, concluya precisamente con una cita aprobatoria de W. Petty en la que éste explica el decisivo papel del Estado en el control del dinero, las interacciones entre el dinero y la eficacia del Estado y de la economía, en beneficio de «los individuos que lo poseen en abundancia»²⁰, o sea, en beneficio de la burguesía. Se ha criticado a Marx de carecer de una teoría del Estado, del poder en suma²¹, lo cual es totalmente falso si analizamos la cuestión con los parámetros marxistas y no con los burgueses.

Una de las muchas sorpresas de Libro I de *El Capital* es que si bien el método lógico predomina sobre el histórico, éste no desaparece sino que está presente en todo momento de dos formas: una, sustentando internamente la exposición lógica, y otra, aparece con decisiva frecuencia en las decisivas notas a pie de página. El poder y el Estado aparecen teorizados desde el comienzo del marxismo, y en *El Capital* su presencia es innegable desde el inicio de la obra, aunque mostrada con el método dialéctico, incomprensible para la burguesía. Así, muy poco de terminada la Sección Primera, en el Capítulo VIII de la Sección Tercera sobre la plusvalía absoluta, Capítulo dedicado a la jornada de trabajo, la teoría marxista el poder aparece expuesta en toda su cruda pureza: estudiando la lucha de clases entre el capital y el trabajo por el aumento o la reducción de la jornada de trabajo, Marx escribe: «Nos encontramos, pues, ante una *antinomía*, ante dos derechos encontrados, sancionados y

¹⁷ Marx: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Venceremos. 1965. Volumen II. p, 394.

¹⁸ J. Bidet: «La reconstrucción metaestructural de *El Capital*», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011, pp. 227-238.

¹⁹ Mandel: *La formación del pensamiento económico de Marx*, Siglo XXI, 1974, p. 52 y ss.

²⁰ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p.102.

²¹ B. Barnes, *La naturaleza del poder*. Pomares-Corredor. 1990. p. 226.

acuñados por la ley que rige el cambio de mercancías. Entre derechos iguales y contrarios, decide la *fuerza*»²².

Fuerza y poder, fuerza y política, fuerza y Estado en definitiva. ¿Y qué decir de la definición del capital como «*régimen coactivo*»²³ que Marx hace cuando analiza la plusvalía absoluta? Otro tanto sucede en el impresionante Capítulo XIII dedicado a la maquinaria y gran industria, en el que la lucha de clases está presente no sólo en su forma capitalista, sino también precapitalista, como se aprecia en la nota 7 sobre las medidas represivas en la Edad Media alemana consistentes en el disco de madera que ponía a los siervos alrededor del cuello para que no pudieran llevarse harina a la boca mientras la molían el grano del señor²⁴. Un ejemplo histórico de cómo el llamado «robo» también es una forma de resistencia, de sabotaje, de lucha contra la explotación, y de supervivencia. Todo el Capítulo XIII es un tratado sobre la fusión entre lucha de clases, devenir económico y Estado burgués, como se aprecia en el apartado sobre la intensificación del trabajo, en el que Marx describe cómo la lucha de la clase obrera obligó al Estado a regular la explotación, y cómo la burguesía respondió²⁵ introduciendo masivamente el maquinismo para aumentar sus beneficios dando el salto de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa, o en el apartado dedicado a la «lucha entre el obrero y la máquina»²⁶.

Y por no extendernos, la dialéctica entre economía, política y Estado aparece magistralmente expuesta de forma latente pero manifiesta a lo largo de todas las páginas de la Sección Primera del Libro II dedicada a las metamorfosis del capital y su ciclo, muy especialmente en los Capítulos V y VI: «Las interrupciones normales de todo el proceso de producción y, por tanto, los intervalos en que el capital productivo no funciona, no producen valor ni plusvalía (...) las interrupciones irregulares nacidas de entorpecimientos de la producción, crisis, etc., representan una pérdida, añaden valor sin entrar en la formación del producto»²⁷. Marx no habla aquí explícitamente de la lucha de clases, de las huelgas, de los sabotajes obreros y populares dentro y fuera de las fábricas, de la furia histórica de los empresarios para acortar el tiempo de circulación y realización del beneficio, y del papel decisivo del Estado no sólo como garante de que se realice ese ciclo en el menor tiempo posible sino además como agente planificador que potencia la aceleración del ciclo aunque la lucha de clases esté poco activa en ese momento preciso. Que en estas páginas Marx no hable de estas realidades no quiere decir que no existan en su cabeza y en su teoría, sino que están dialécticamente dadas en la realidad contradictoria del capital, como ha quedado expuesto de manera general en el Capítulo XXIV del Libro I sobre la acumulación originaria cuando sintetiza dicha dialéctica en estas palabras: «la usurpación y el terrorismo más inhumanos»²⁸.

La presencia latente de la lucha de clases en *El Capital*, excepto en capítulos en los que aparece con claridad, como en el decisivo Capítulo XXIII dedicado a la ley general de la

²² Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p. 180.

²³ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p. 248.

²⁴ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, p. 305.

²⁵ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, pp. 336-345.

²⁶ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I, pp. 354-363.

²⁷ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro II, p. 109.

²⁸ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I p. 624.

acumulación²⁹, ha dado pie a determinadas corrientes marxistas a sobrevalorar el determinismo economicista de las denominadas «contradicciones endógena» del capital, rompiendo abierta o solapadamente con la unidad dialéctica entre lo endógeno y lo exógeno, entre las contradicciones económicas y las sociopolíticas. No podemos retroceder mucho en el pasado para ver cómo interactúa la lucha de clases con la economía, simplemente decir que ya en la década de 1970 de Mandel mostró la compleja y efectiva interacción entre valoración, plusvalía y lucha de clases en lo que él denominó «capitalismo tardío» acertando de lleno, en lo básico, a la hora de definir las líneas maestras tendenciales del futuro a medio plazo del sistema asalariado mundial en esta cuestión³⁰.

También en estos años, K. H. Roth y A. Ebbinghaus publicaron su celeberrimo estudio sobre la interacción entre la lucha de clases y la contraofensiva burguesa alemana durante casi un siglo³¹, mostrando la dialéctica entre economía, política y lucha de clases. Años más tarde, y desde una perspectiva algo diferente, A. Shaikh también insiste en el papel del Estado y de la competencia entre capitalistas como dos de los factores que pueden facilitar la recuperación de la crisis³². Hacer insistencia en los efectos del cainismo burgués, de la competencia entre empresarios, es otra forma directa de introducir la política en la economía mediante el papel del Estado como «capitalista colectivo» que, empero, tiende a defender los intereses de la fracción burguesa más poderosa.

La única lectura posible de *El Capital* es por tanto la lectura política, es decir, la que se desenvuelve siempre dentro de los parámetros conceptuales determinados por la realidad de la lucha de clases. Más aún, como explica M. R. Krátke, la única forma de desarrollar y resolver las cuestiones inacabadas que dejó Marx en *El Capital* es introduciendo lo político y lo histórico en esos problemas³³, superando el dogma neoclásico --y neoliberal-- que excluye la política de la economía, calificándola de «exógena». Pero, en primer lugar, ¿Qué es la política? Lenin dijo que la política es la economía concentrada, y tiene toda la razón. La política, al ser economía concentrada, refleja todas las contradicciones sociales en su desenvolvimiento desigual y combinado, en sus partes y en su todo, y siempre pone el acento decisivo en el secreto de la economía capitalista: la explotación social y la propiedad burguesa. A. Callinicos explica que el concepto marxista de «política»³⁴ rompe, niega y supera al concepto burgués basado total separación de las diversas partes de la realidad capitalista. Y en segundo lugar, ¿Qué es una «lectura política» de *El Capital*? Es la que se hace desde y para la perspectiva de la lucha de clases, sea revolucionaria o sea contrarrevolucionaria.

Engels nos ofrece un concluyente ejemplo en el Prólogo de 1893 al Libro II de *El Capital* cuando se pregunta sobre por qué la teoría de la plusvalía de Marx ha levantado tanta

²⁹ Marx, *El Capital*, FCE, 1973 Libro I pp. 517-606.

³⁰ Mandel, *El capitalismo tardío*, ERA, 1979, pp. 145-180

³¹ K. H. Roth y A. Ebbinghaus: *El "otro" movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)* Traficantes de sueños, 2011, pp. 363 y ss.

³² A. Shaikh, *Valor, acumulación y crisis*, Edic. RyR, 2006, p. 358.

³³ M. R. Krátke: «La renovación de la economía política: Donde Marx sigue siendo insustituible», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011. p.182.

³⁴ A. Callinicos: «¿Qué es la política?» *La Hidra*, Octubre 2011 www.enlucha.org

tormenta mientras a la vez esfumaban sin dejar rastro las teorías socialistas anteriores, sobre todo la de Rodbertus. La respuesta que ofrece Engels es que, en primer lugar, Marx entró «en directa contradicción» con todos sus predecesores porque en donde éstos dijeron encontrar la «solución», Marx sostuvo lo contrario, que en realidad era el «problema». Engels prosigue explicando las diferencias totales entre Marx y Rodbertus y de pronto recurre a un único ejemplo histórico: la inutilidad de las tesis de Rodbertus sobre la perduración de la estructura de explotación social que permite a la clase terrateniente prusiana mantener un gasto superior al de sus ingresos³⁵.

La lectura política realizada por Engels dialectiza la explicación teórica de la plusvalía con la realidad social explotadora que le es inherente. Al descubrir que la aparente solución es en realidad el problema que hay que resolver, Engel está adelantándose a concepciones epistemológicas tan actuales como la de J. Gould cuando explica que los científicos refutan las ideas más antiguas «a la luz de una visión diferente de la naturaleza de las cosas»³⁶; y también a la P. Vilar cuando sostiene básicamente lo mismo al decir que: « (...) una teoría científica es una visión global y provisional de la realidad, que se modifica, o mejor se enriquece cuando ha agotado sus efectos por su avance práctico, y cuando choca, en la realidad, con un aspecto desconocido»³⁷.

Una lectura política supera la mera descripción superficial de la teoría de la plusvalía, profundizando en el problema de la explotación material, social, histórica; también en las relaciones internas entre la ley del valor-trabajo, el trabajo abstracto y el fetichismo, y en las condiciones políticas e ideológicas, institucionales y educativas incluso, que determinan que domine la versión burguesa, es decir, en la lucha de clases en su totalidad social, que a su vez está inmersa en otra superior, la de la naturaleza. De entre los múltiples ejemplos al respecto encontramos uno en el Libro III de *El Capital*, en el Capítulo XXV sobre el crédito y el capital ficticio, al que luego volveremos, cuando Marx estudia todo lo relacionado con el *crack* de 1846, iniciado por la mala cosecha de ese año --referencia a la totalidad de la Naturaleza-- y que, por la compleja dialéctica objetiva, terminó afectando al capitalismo en su conjunto, obligando a la intervención de los Bancos y de los Estados cuyas duras medidas reactivaron el crecimiento, lo que provocó en 1849 la paralización del movimiento revolucionario y, a medio plazo, sentar las bases para el nuevo *crack* de 1857³⁸.

Mucho más recientemente, M. Husson, pese a no profundizar en el problema del fetichismo, sí hace intervenir la política burguesa en su sentido fuerte dentro del debate sobre la viabilidad o no del capitalismo: «La economía dominante no domina en razón de sus propios efectos de conocimiento, sino en función de relaciones de fuerza ideológicas y políticas más generales»³⁹. ¿Por qué sucede así? Por que la economía dominante, la capitalista, es inseparable de una relación de explotación que para existir necesita de un poder político adecuado ya que debe compensar con la fuerza política la debilidad teórica.

³⁵ Engels, «Prólogo», *El Capital*, FCE, 1973, Libro II, pp. 7-22.

³⁶ J. Gould: *La falsa medida del hombre*, Crítica, 2007. p. 458.

³⁷ P. Vilar: «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas», *Crecimiento y desarrollo*, Crítica. 2001. p. 305.

³⁸ Marx: *El Capital*, FCE. 1973, Libro III, pp. 391-392.

³⁹ M. Husson: «Leer *El capital* hoy», *Marx Ahora*, N.º 25/2008, p. 67.

Una lectura política implica la presencia de una «lectura ética» de *El Capital*, pero tampoco como estudio específico y apartado de otras formas de penetrar en esta obra, sino como componente parcial sometido a la unidad total de la obra en sí misma. Dussel lo explica perfectamente cuando demuestra que *El Capital* es un «marco concepto-categorial» que sirve tanto para efectuar investigaciones científicas como para tomar decisiones políticas⁴⁰, y que a la vez permite profundizar hasta descubrir que todo proceso de producción destinado a obtener plusvalía y ganancia se basa inevitable y objetivamente en la explotación del trabajo vivo no pagado, lo que conlleva automáticamente una crítica ética de la explotación: «Se trata al mismo tiempo de una cuestión científica y ética. Ética porque *toda* ganancia es trabajo vivo robado; científica porque sin saltos se podría mostrar dialécticamente el “pasaje” de las categorías fundamentales de la producción (valor y plusvalor) a las fundamentales de la circulación (precio y todo tipo de ganancia)»⁴¹. Así, la crítica marxista integra el componente científico y ético en la perspectiva política. L. Gill resume esta problemática así:

«El marxismo no tiene nada de sistema, explicativo o normativo, de la ciencia comprendida como una actividad intelectual separada de la práctica. La permanente vinculación de la actividad teórica de Marx y Engels con su actividad militante, durante toda su vida, es la manifestación más consecuente de su concepción de una conexión indisoluble entre la voluntad de conocer científicamente la sociedad y la voluntad de transformarla. Desde esta perspectiva, el desarrollo del conocimiento de las leyes económicas de la sociedad capitalista se presenta como el resultado de la crítica de la teoría existente, es decir, de la **crítica de la economía política**, en relación con la crítica del orden social subyacente con objeto de revolucionarlo»⁴².

Exactamente lo mismo pero con otras palabras, sostiene R. J. Gómez: «Debe tenerse claro que su crítica (así como su concepción de la economía política) no es sólo el resultado de descripción y análisis, sino también de protesta y condena moral. Hay insita en la crítica y en la concepción de la ciencia un fuerte ingrediente ético, lo que hace que tanto una como otra estén fuertemente cargadas de valores. Para Marx no hay una ciencia valorativamente neutra, ya que desde los objetos de la misma se valoran positivamente la justicia social, la humanización, la cooperación y se denuestran la explotación, la alienación, etcétera. Así, la condena de Marx del trabajo asalariado no reside en que los salarios son muy bajos, sino en que dicho trabajo des-humaniza al ser humano. Ciencia es siempre “ciencia para”, en aras de objetivos práctico-políticos»⁴³.

2.1.- ¿Es patriarcalista *El Capital*?

Llegados a este punto debemos detenernos un instante en una precisión sin la cual no se comprenderá nada de lo que sigue. Me refiero a la dialéctica entre la falsa neutralidad valorativa, el método de *El Capital* y la opresión de la mujer. La investigadora C. Martínez Pulido que en un texto de obligado estudio razona de manera irrefutable que:

⁴⁰ E. Dussel: *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI, 1990, p. 397

⁴¹ E. Dussel: *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI, 1990, p. 403

⁴² L. Gill: *Fundamentos y límites del capitalismo*. Trotta, 2002, p. 73.

⁴³ R. J. Gómez: «Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia»,

Herramienta, marzo 2009, p. 121.

«La afirmación acerca de la no neutralidad valorativa de la ciencia afecta a la distinción misma entre valores cognitivos y no cognitivos, pues hace hincapié en el carácter social de los valores epistémicos a la vez que presenta la posibilidad de identificar ciertos aspectos cognitivos en algunos no epistémicos. Por ejemplo, los valores contextuales pueden determinar qué preguntar y qué ignorar acerca de un fenómeno dado (...) Del mismo modo, los valores contextuales también pueden afectar a la descripción de los datos, esto es, se pueden utilizar términos cargados de valores a la hora de describir observaciones y experimentos y los valores pueden influir en la selección de los datos o en los tipos de fenómenos que hay que investigar»⁴⁴.

Por diversas razones que no analizamos ahora, se ha generalizado la creencia de que la explotación de la mujer por el hombre es una «realidad ausente» en *El Capital*, o al menos muy poco tratada, porque los valores contextuales de Marx, patriarcales, le impedirían «ver» la explotación de la mujer. No es cierto. Precisamente, en este tema como en el resto, uno de los logros de Marx fue el de profundizar hasta la raíz en la que se unen los valores cognitivos con los no cognitivos, es decir, en la producción de mercancías. Desde muy temprano, Marx y Engels afirmaron que: «Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción»⁴⁵, tesis confirmada por las investigaciones históricas serias⁴⁶. Descubierta y estudiada esta raíz, se entiende la crítica marxista del patriarcado: la mujer es un muy especial instrumento de producción en manos de la propiedad privada masculina.

P. Chattopadhyay ha rastreado la impresionante abundancia de referencias directas de Marx a la opresión y explotación de la mujer, obviando las indirectas, esparcidas por su obra, y eso sin contar a Engels. El problema surge, como siempre, de que la mayoría inmensa de comentaristas de Marx desconocen o rechazan su método dialéctico, lo que le lleva a errores de bulto como el de la creencia de un Marx indiferente a la explotación patriarcal, por no decir, de un Marx directamente patriarcal. De la minuciosa investigación realizada por P. Chattopadhyay, aquí y ahora nos quedamos con esta cita: «Marx valoraba la necesidad de existencia de organizaciones independientes de mujeres para defender sus derechos específicos»⁴⁷. Es muy importante saberlo porque todo lo relacionado con crear organizaciones independientes, sobre todo de mujeres, plantea el doble problema de, primero, las relaciones con otras organizaciones, en este caso las de la clase trabajadora, y segundo, el problema del poder político, en este caso el de la mujer en y contra un Estado patriarco-capitalista⁴⁸. Como «instrumento de producción», su utilidad no depende sólo de la voluntad individual de su propietario, el marido, sino también de las medidas dictadas por el Estado patriarco-burgués. Por esto, la experiencia enseña que la revolución socialista que destruye el Estado patriarco-burgués y avanza en los derechos incluso burgueses de las mujeres, logra cualitativas victorias, tal como dejó aclarado Lenin citando la nueva legislación bolchevique⁴⁹.

Significativamente, el feminismo académico y reformista ha abandonado la cuestión de la construcción del poder revolucionario por las mujeres organizadas de manera independiente.

⁴⁴ Carolina Martínez Pulido: *El papel de la mujer en la evolución humana*. Biblioteca Nueva. 2003, p. 29

⁴⁵ Marx y Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, Progreso, 1978, Tomo I, p. 126.

⁴⁶ C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak 2012, pp, 165-204.

⁴⁷ P. Chattopadhyay: «El trabajo de la mujer en el capitalismo y Marx», *Marx Ahora*, No. 12/2001, p. 75.

⁴⁸ C. A. MacKinnon: *Hacia una teoría feminista del Estado*, Feminismos, 1995, pp. 277 y ss.

⁴⁹ Lenin: *El significado del materialismo militante*, Obras Completas. Progreso, 1984, Tomo 45, p. 33

Como ha denunciado Lourdes Méndez, hay que preguntarse por qué y cómo el institucionalismo, los poderes, las estructuras burocráticas han logrado hacer desaparecer «por arte de magia del panorama político»⁵⁰ al feminismo, reduciendo e integrando cualquier problemática a una simple «cuestión de género». La capacidad de absorción y neutralización, de su silenciamiento y ocultación en suma, de la explotación patriarco-burguesa, o peor, de su «normalización», es tanto más grave cuanto que, además de los datos innegables sobre el creciente terrorismo machista que luego veremos, también es innegable la sobreexplotación salarial medida oficialmente, por ejemplo, las trabajadoras vascas ganan entre un 30,8% y un 35,4% que sus compañeros trabajadores⁵¹.

Sin duda, una de las respuestas necesarias nos la ofrece A. Quiñones cuando aplica la lógica de *El Capital* en su estudio sobre la reacción violenta del sistema patriarco-burgués, de la identidad masculina, contra las mujeres para compensar en la medida de lo posible la caída de los beneficios globales que obtiene con la explotación de sexo-género:

«La acumulación capitalista, que es también un proceso de eliminación del sujeto, elimina al sujeto concreto en función del valor de cambio de las mercancías. El fetiche de la mercancía convierte al sujeto en individuo, en hombre económico, carente de necesidades. Cuando la economía neoclásica pone al *hombre económico* como centro de su estudio, elimina la diversidad del género humano, supeditando lo femenino y después convirtiéndolo en objeto de dominación funcional a la valorización del capital.

«El capitalismo supone la realización del fetiche de la masculinidad hegemónica; ello debido a que las relaciones de producción capitalistas suponen la dominación y enajenación de la corporeidad misma del sujeto. El trabajo es un proceso de desgaste; en ese proceso, la fuerza de trabajo crea valores materiales a costa del desgaste de sus fuerzas corpóreas; al ser ese producto del trabajo enajenado por el capitalista, al menos en la parte correspondiente al trabajo excedente de la jornada de trabajo, éste hace suya la corporeidad misma del obrero. Es, en ese sentido, la apropiación del otro u otra como objeto, como realidad cosificada, como indignidad.

«Igualmente, el capital asume una forma fálica. El capital penetra, viola y rompe la producción de valores de uso, la domina, condiciona y supedita como producción de valor y, particularmente, de plusvalor. Marx señala: “en la producción [capitalista] de mercancías los valores de uso se producen pura y simplemente porque son y en cuanto son la encarnación material, el soporte del valor de cambio” [1] . Y como la acumulación no es una transformación cualitativa sino un proceso que regresa a sí mismo (D – M – D’), la valorización se presenta como un proceso cerrado, una forma típicamente fálica que penetra en el ciclo de la vida humana que es dialéctica, y, por tanto, abierta»⁵².

La acumulación del capital reproduce permanentemente las condiciones de producción y de sojuzgamiento de la fuerza de trabajo en los períodos más o menos largos de poca resistencia, de escasa lucha de clases obrera, antipatriarcal y de liberación nacional. La reproducción de

⁵⁰ Lourdes Méndez: *Antropología feminista*, Síntesis, 2008, pp. 233-235.

⁵¹ 29-10-2012 www.gara.net

⁵² A. Quiñones: «Masculinidad hegemónica y acumulación des capital», 24-12-2012 www.rebellion.org

las condiciones de producción gira también fundamentalmente sobre la necesidad del sistema para imponer en la medida de lo posible dónde, cuándo y con qué perfil nacerá y será formada esa fuerza de trabajo en función de las necesidades capitalistas, como muy bien explica Silvia Federici ya que «Controlar el cuerpo de la mujer es sinónimo de decidir sobre reproducción y cuestiones sociales y demográficas»⁵³. Y tengamos en cuenta que los desacoplamientos entre la producción y la reproducción son una de las causas decisivas de las crisis sistémicas del capitalismo. Veámoslo a escala histórica.

En plena euforia neoliberal se publicó un denso libro colectivo sobre la explotación de las mujeres en el capitalismo, en el que el papel visible e invisible del Estado aparece de la primera a la última página, basándose desde estudios que bucean en el papel «opaco» o descarado del Estado en la ley inglesa de minas de 1842⁵⁴, hasta el accionar del Estado en la autonomía relativa de la reproducción social burguesa⁵⁵, sin olvidarnos del contenido político de las medidas para paliar el desempleo femenino durante las crisis económicas⁵⁶. Hemos terminado con esta última referencia porque precisamente los años transcurridos desde su primera publicación en italiano, en 1988, revalorizan y actualizan su contenido veinticinco años después, cuando la crisis desatada en 2007 se ha agudizado en el paro estructural masivo de 2013, afectando especialmente a las mujeres por activa o por pasiva, como reconoce la OIT⁵⁷.

Peor aún, la crisis está provocando que las llamadas a los teléfonos de ayuda a mujeres maltratadas se reduzcan a la mitad⁵⁸, que desciendan en un 4% las denuncias de violencia de género⁵⁹, y lo que es más grave, que baje la edad media las mujeres víctimas del terrorismo patriarcal⁶⁰, y que les fuerce a la prostitución y a la esclavitud sexual⁶¹. Begoña Marugán ha reflexionado recientemente sobre una problemática aberrante pero decisiva, las mujeres como «poblaciones objeto»⁶² en su explotación más brutal, inmediatamente comprensible para quien haya leído *El Capital* y seguido su argumentarlo sobre la dialéctica entre el Estado, la producción y la reproducción. Asistimos, por tanto, al recrudecimiento de una lógica inherente a la explotación de la fuerza de trabajo sexo-económica brillantemente estudiada de

⁵³ Silvia Federici: «El sistema busca controlar dónde, cuándo y con qué perfil su nueva mano de obra», 29-11-2012 www.marxismocritico.com

⁵⁴ Jane Humphries: «La legislación protectora, el Estado capitalista y los hombres de la clase obrera: el caso de la ley de regulación de minas de 1842», *Las mujeres y el trabajo*. Icaria 1994, pp. 295-343.

⁵⁵ J. Humphries y Jill Rubery: «La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de reproducción», *Las mujeres y el trabajo*. Icaria 1994, pp. 395-419.

⁵⁶ Francesca Bettio: «Segregación y debilidad. Hipótesis alternativas en el análisis del mercado de trabajo», *Las mujeres y el trabajo*. Icaria 1994, pp. 373-391.

⁵⁷ «La crisis ha provocado que haya más mujeres en paro y perciban menos salario, según la OIT» 2012 Diciembre 12, www.gara.net

⁵⁸ 17-12-2012 www.publico.es

⁵⁹ 08-05-213 www.abc.es

⁶⁰ 12-10-2012 www.gara.net

⁶¹ 30-06-2012 www.boltxe.info

⁶² Begoña Marugán: «Las mujeres como “poblaciones objeto”», 03-04-2013 www.publico.es

manera general en *El Capital*, y que explica por qué y cómo esa fuerza de trabajo --en este caso la de la mujer-- es sobreexplotada y tiende en la mayoría de los casos de aceptar pasiva y resignadamente el endurecimiento de su explotación, al igual que buena parte de la clase obrera masculina acepta en su autoderrota el recorte salvaje de sus condiciones de vida y trabajo con tal de mantener un mínimo salario, antes que perderlo del todo.

Ahora no podamos extendernos en esta cuestión vital, que confirma el método de *El Capital*, porque el secreto último de la explotación de la mujer nos remite a los beneficios globales sexo-económicos que obtiene el hombre, lo que, en última instancia nos remite al desenvolvimiento de la ley del valor-trabajo⁶³. Pero sí hay que insistir en que, por un lado, la explotación de la mujer no es, por tanto, una perspectiva externa, exterior a la economía, sino interna, que nace de la misma totalidad de la explotación asalariada directa o indirecta, y de la reproducción social, expresada ahora en la forma-Estado, que es la «forma política del capital»⁶⁴, o sea, «a partir de la intervención estatal se abre la posibilidad para el libre juego de la ley del valor»⁶⁵, pero no de forma omnipotente, como pretendía Keynes, sino con limitaciones que surgen de la propia contradicción que mina al sistema y que hacen que las crisis estallen tarde o temprano⁶⁶ por mucho que el Estado burgués intente impedir las. El Manifiesto Feminista de Lindsey German⁶⁷ sintetiza en doce intensos y breves puntos lo básico de la teoría marxista sobre la explotación patriarco-burguesa.

Y por otro lado, hay que insistir también en la capacidad del capitalismo para re-crear una vieja forma de explotación de la fuerza de trabajo históricamente inseparable de la opresión de la mujer, como es el esclavismo. En *El Capital* Marx habla varias veces de la esclavización de la infancia y del importantísimo papel de los beneficios obtenidos en la trata esclavista en el despegue socioeconómico europeo. No vamos a extendernos en este particular porque ya lo ha hecho C. Tupac y a él nos remitimos⁶⁸. Pues bien, Anna Piekarec ha investigado y denunciado la nueva «explotación negra» en el Estado francés, la «nueva esclavitud» que va arraigando en el interior de la explotación doméstica y que afecta a miles de mujeres esclavizadas por familias ricas pero también proletarias empobrecidas: «En cuanto a los explotadores, si bien un 20% son diplomáticos protegidos por la inmunidad, el resto es gente común y corriente, ricos y pobres. Las asociaciones han registrado casos en lujosas residenciales individuales en París así como en zonas de escasos recursos de las afueras de la capital. Según la asociación ETZ, los casos de pobres que explotan gente aún más pobre son cada vez más frecuentes»⁶⁹.

⁶³ J. Albarracín: «El trabajo doméstico y la ley del valor». *Inprecor* 1988. No. 63.

⁶⁴ A. C. Dinerstein: «Recobrando la materialidad: el desempleo y la subjetividad invisible del trabajo». *El trabajo en debate*. Edit. Herramienta. 2009, pp: 243-268.

⁶⁵ L. Mármora, *El concepto socialista de nación*. PYP. N.º 96. 1986. pp.98-116.

⁶⁶ J. A. Moral Santín: «Teoría del valor e intervención del Estado», *Cien años después de Marx*, Akal, 1986, pp. 355-373.

⁶⁷ Lindsey German: «Un Manifiesto Feminista para el siglo XXI» 10-03-2013 www.enlacesocialista.org

⁶⁸ C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak, 2012, pp. 333 y ss.

⁶⁹ Anna Piekarec: «Noticias censuradas: Francia. La esclavitud doméstica, una cruel realidad», 14-05-2013 www.kaosenlared.net

Planteamos la re-creación del esclavismo capitalista en el apartado dedicado al sistema patriarco-burgués porque en la lógica machista el esclavo tiene sexo femenino aunque sea masculino. La feminización anal del esclavo era una práctica común en la Antigüedad y en el capitalismo no se realiza tanto materialmente como simbólicamente, aunque existe, pero lo fundamental es la estrecha unión entre nuevo esclavismo laboral y esclavismo sexual de mujeres, niñas y niños:

«Se calcula que cerca de dos millones de niñas y niños son obligados a prostituirse en el comercio sexual mundial. Por su parte, la Agencia de las Naciones Unidas contra la droga y crimen (UNODC), expresa en un informe, que anualmente, entre 800.000 y 2,4 millones de personas en todo el mundo, se transforman en esclavas del tráfico de seres humanos. De ese total, el 83% de las víctimas son mujeres, siendo el 48% de ellas menores de 18 años. En cambio los hombres representan solamente el 4% del total, "y cuando eso sucede, suelen ser refugiados o inmigrantes ilegales". (...) la principal finalidad del tráfico de personas es la explotación sexual. El en 92% de los casos analizados, las víctimas fueron "reclutadas" para este fin. Según el estudio, por cada ser humano traficado de un país a otro, la ganancia de las redes criminales puede llegar a 30.000 dólares anuales (...) estimaciones internacionales apuntan que la actividad del tráfico genera en el comercio ilegal, ganancias cercanas a los 27.000 millones de euros anualmente. Para la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la ganancia anual producida por el tráfico de personas llega a 36.600 de millones de dólares»⁷⁰.

Lo que debe tenerse en cuenta es la lógica interna de la necesidad del esclavismo en el sistema capitalista desde su origen al margen de sus formas externas puntuales: «El tráfico de mano de obra se está expandiendo hasta convertirse en igual de rentable que el tráfico sexual y el tráfico de drogas. La propagación del trabajo asalariado libre ha sido a menudo asociada con la expansión del capitalismo. Pero lo que está ocurriendo en la práctica es la expansión e institucionalización de un sistema de trabajo cautivo bajo el capitalismo neoliberal contemporáneo, un proceso no alejado de la expansión del trabajo esclavo y del trabajo forzado en las fases iniciales de la expansión global del capitalismo en el siglo XVI»⁷¹. Por ejemplo, multinacionales esclavistas como Adidas no son una creación reciente, sino que vienen existiendo desde el nazismo⁷², con el que mantenía identidad sustancial de objetivos. A comienzos de 2012 la OIT calculó en 400 millones los niños y niñas esclavizadas en formas brutales de trabajo, cuando en 2008 eran 218 millones⁷³.

Las nuevas formas de esclavitud que avanzan por el mundo --el caso de Brasil es paradigmático con la reciente liberación de 2.849 esclavos⁷⁴-- también está extendiéndose por la UE: «Tratándose de mujeres, la mayoría son víctimas de explotación sexual mientras muchas otras son específicamente explotadas en el servicio doméstico. También se da el caso de personas jóvenes y en buen estado de salud que, bajo diversos engaños, son privadas de su

⁷⁰ Adital: «Mujeres, niñas y niños son blancos preferidos del tráfico de seres humanos», 15-11-2009, www.rebellion.org

⁷¹ W. Bello: «El comercio moderno de esclavos», 21-05-2012 www.vientosur.info

⁷² K. Ashok: «Multinacionales y trabajo esclavo. Ascenso y caída de Adidas», 06-11-2012 www.lahaine.org

⁷³ 12-03-2012 www.kaosenlared.net

⁷⁴ 14-05-2013 www.elpais.com

libertad con el fin de que partes de sus cuerpos alimenten el tráfico ilegal de órganos humanos. Pero la trata se está extendiendo cada vez más a la captura de personas que sufren explotación de su fuerza de trabajo en sectores de la producción muy necesitados de mano de obra barata como la hostelería, la restauración, la agricultura y la construcción»⁷⁵

2.2.- ¿Qué es la lectura política de *El Capital*?

La fusión entre expansión capitalista y Estado ya ha sido magistralmente analizada por Marx en *El Capital* a dos niveles, el general pero abstracto, al apreciarse a simple lectura el accionar interno del Estado en el desarrollo de la lucha de clases y de la economía, como se aprecia en las páginas dedicadas a la caída tendencial de la tasa de beneficio, en especial a la seis causas que contrarrestan a ley⁷⁶; y el particular y concreto al especificarse y citarse al Estado burgués, como es el caso de la llamada «acumulación originaria», al que nos hemos referido arriba.

El Estado como forma política del capital y como componente necesario para el libre juego de la ley del valor-trabajo, pero a la vez minado en su fuerza de planificación por las contradicciones del sistema en su conjunto, el Estado, como decimos, llega a ser él mismo una fuerza económica relativa, a la vez que político-militar y cultural. Semejante realidad incide de mil modos en la sociedad en su conjunto y por tanto en la concreta formación económico-social de la que tratemos, sobre todo incide decisivamente en los momentos críticos mediante las múltiples formas de violencia estatal, en especial la terrorista. Desde sus inicios la teoría marxista fue consciente de esta realidad, y es desde tal constancia desde donde H. Cleaver elabora su definición de «lectura política»: «Es una lectura que en forma consciente y unilateral estructura su enfoque para determinar el significado y la importancia de cada concepto para el desarrollo inmediato de la lucha de la clase trabajadora. Es una lectura que evita toda interpretación fría y toda teorización abstracta para tomar los conceptos sólo dentro de una totalidad concreta de la lucha cuyas determinaciones designan»⁷⁷. Como se aprecia, el autor citado opta abiertamente por una praxis teórica inserta en el devenir de la totalidad concreta, en el interior del proceso de extracción de plusvalía, de explotación, desechando el cómo intelectualismo externo al conflicto político. H. Cleaver nos dice que:

«*El capital* se ocupa del capital. ¿Pero qué es el capital? En la concepción de Marx, el capital era sobre todo una relación social, más específicamente una relación social de lucha entre las clases de una sociedad burguesa: la clase capitalista y la clase trabajadora (...) Para aclarar esta relación debe entenderse que la lucha de clases se refiere a la forma en que la clase capitalista impone la forma mercancía a la masa de la población obligando a la gente a vender una parte de su vida como fuerza de trabajo en forma mercantil para sobrevivir y ganar algún acceso a la riqueza social. En otras palabras, la gran mayoría de la gente se ve colocada en una situación en la que está obligada a trabajar para no morir de hambre (...) mediante la forma mercancía, el trabajo en la forma alienada, “muerta” de los productos y del valor que crea se denomina a sí mismo (“trabajo viviente”) como capital. En este sentido, podemos ver también al capital dentro del trabajo como una clase particular de distorsión social en la que una clase muy específica de actividad social --el trabajo-- asume una existencia espectral en su forma

⁷⁵ I. Ramonet: «Esclavos en Europa», 30-06-2011 www.rebellion.org

⁷⁶ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro III, pp. 232-239.

⁷⁷ H. Cleaver, *Una lectura política de El Capital*, FCE, 1985, pp. 71-72.

muerta y domina toda la actividad social imponiendo cada vez más trabajo. En efecto, *podemos definir al capital como un sistema social basado en la imposición del trabajo a través de la forma mercancía*»⁷⁸.

La lectura política de *El Capital* se caracteriza, como vemos por sacar a la luz una realidad extrema, olvidada o silenciada por las otras formas de lectura, la economicista, la filosófica, la sociológica, la historicista, etc. La realidad extrema que denuncia la lectura política no es otra que la existencia del hambre como instrumento definitivo de coacción, intimidación y obediencia, o de muerte, en caso de que la clase trabajadora o alguna de sus partes, no claudicase ante lo anterior. Es desde esta lógica aplastante que el autor citado afirma poco después: «la forma mercancía es así un conjunto de relaciones de poder»⁷⁹. Por tanto, siguiendo esta lógica que dialectiza la mercancía, con el poder y con la explotación, debemos decir que la mejor forma de empezar el estudio de *El Capital* es precisamente por el Capítulo I del Libro I, en donde se revelan las contradicciones internas del sistema, contradicciones que sólo se descubren en el interior de la mercancía.

Ahora bien, la lectura política no es lectura politiquera, en el sentido peyorativo de la palabra, es decir, que sólo se queda en la superficie de la política inmediata, y peor, en la reformista. Por el contrario, la lectura política, como ha demostrado N. Kohan es la síntesis de la crítica del fetichismo y de la crítica de toda tesis que reduzca el valor a «sustancia» y a «cosa», cuando en realidad es una «*relación social* de producción». Es por esto que «Todas las categorías de la economía política, como ciencia social, son relaciones. La teoría de Marx demuestra que son consideradas «cosas» por el proceso fetichista que se explica a su vez por sus raíces sociales y objetivas. *Para no caer en el fetichismo, y por lo tanto en la ahistoricidad, Marx necesita construir políticamente una nueva lógica de relaciones* (apoyándose en la tradición relación relacional dialéctica de Heráclito y Hegel), distinta de la lógica sustancial atributiva aristotélico-leibniziana («cosa»-característica de esta «cosa»; sujeto-predicado)»⁸⁰.

Todavía más: «El contenido analizado, criticado y expuesto en *El capital* no es independiente de la forma lógica con que se articulan sus categorías. La crítica política –desde un proyecto y una ideología revolucionarios-- de una economía política clásica condiciona y presupone un tipo específico de lógica. Esa crítica no podía hacerse desde cualquier lógica. Marx necesitaba dar cuenta políticamente de las contradictorias relaciones sociales --y del trabajo humano-- que estaban “por debajo” del mundo fastuoso e imponente de las mercancías, los valores, el dinero y el capital. ¿Cómo hacerlo si no con una lógica de relaciones que asumiera plenamente la contradicción?»⁸¹.

Llegados a este punto, el de las relaciones sociales pensadas como tales gracias al estudio político de *El Capital*, comprendemos plenamente lo que al inicio hemos leído acerca de la naturaleza directamente política de los textos de Marx y Engels que forman este libro sobre el que ahora debatimos. Comprendemos entonces más plenamente por qué Marx terminó el Capítulo I del Libro I, el dedicado a la mercancía y al dinero, precisamente con la realidad del intervencionismo del Estado no sólo en la política dineraria, sino también en la política

⁷⁸ H. Cleaver, *Una lectura política de El Capital*, FCE, 1985, pp. 182-183

⁷⁹ H. Cleaver, *Una lectura política de El Capital*, FCE, 1985, p. 185.

⁸⁰ N. Kohan, *Marx en su (Tercer) Mundo*. El perro y la rana, 2009, pp. 192-193.

⁸¹ N. Kohan, *Marx en su (Tercer) Mundo*. El perro y la rana, 2009, p. 193.

alimentaria, etc., adelantándose más de un siglo a la moda intelectual de la biopolítica, que a lo sumo que llega es a ser «pensar fronterizo»⁸². La lectura política de *El Capital* no es un método que entrelaza temáticas y disciplinas, moviéndose en sus límites, como la versión de la biopolítica que acabamos de ver, sino que es y debe ser una profundización directa hasta la raíz de las contradicciones sociales, la extracción de plusvalor y su transformación en plusvalía, y desde allí, extendiéndose a las relaciones decisivas que aseguran la explotación: el fetichismo, sobre todo, pero también el Estado y el poder, y la dialéctica entre plusvalía y violencia. La mercancía lleva en su interior estas y otras monstruosidades, de hecho, en cuanto esencialmente relacionada con el fetichismo, con trabajo abstracto, el plustrabajo y la plusvalía, con la violencia y el poder, con el Estado, la mercancía también aparece como la «síntesis social» del modo de producción capitalista, es decir, con eso que llaman «civilización», o sea «el plustrabajo y el plusvalor como proceso civilizador»⁸³, al decir de Dussel.

2.3.- ¿Qué es el fetichismo de la mercancía?

No es casualidad, por tanto, que Marx comenzara su obra estudiando la mercancía, que aparece como el nudo gordiano del sistema capitalista. Por tanto, debemos iniciar la lectura por el comienzo, entre otras cosas porque de los tres Libros de *El Capital*, del cuarto en forma de borrador sobre *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, así como el borrador sobre el *Capítulo VI Inédito* de *El Capital*, de toda esta inmensa obra realizada durante años, sobre la que no vamos a extendernos aquí porque otros ya han explicado perfectamente esta cronología. Pues bien, como decíamos, ocurre que el Libro I es el más cuidado por Marx, y por tanto el que mejor expresa la majestuosidad de su crítica de la economía política. M. A. Lebowitz ha explicado con detalle por qué era vital para Marx escribir con cuidado el Libro I una y otra vez, dejando para después los otros cinco en forma de borrador: ya que «*El Capital* no es solo un momento en la comprensión del capitalismo como un sistema orgánico; es también un momento en la lucha revolucionaria de los trabajadores por ir más allá del capital»⁸⁴, por esto mismo Marx necesitaba dejar aclarada definitivamente la esencia, el nudo gordiano, de la explotación, que es lo que hace en el Libro I dedicado a la producción; en el Libro II analiza el mercado, la circulación y la venta de lo producido, mientras que en el Libro III quería ofrecer una visión global, íntegra, del proceso en su conjunto y por tanto de la necesidad de las crisis periódicas⁸⁵, aunque no pudo acabarlo, dejando también sin concluir las restantes partes del esquema inicial.

Marx había iniciado su crítica del fetichismo antes de comenzar la redacción de *El Capital*. En los *Grundrisse*, por ejemplo, esta crítica está bastante precisada aunque con un lenguaje específico. Pero también lo está en el apenas conocido pero muy importante texto llamado «*Capítulo sexto (inédito)*», como lo ha demostrado C. Mondadori cuando dice que «La economía política es, en otros términos, un espejo deformante, y el origen de la deformación está en el hecho de que la indispensabilidad del proceso de trabajo como base material para el

⁸² I. Mendiola Gonzalo, «La biopolítica como pensar fronterizo», *Rastros y rostros de la biopolítica*, 2009, pp. 7-14.

⁸³ E. Dussel: *La producción teórica de Marx*, El perro y la rana, 2010, pp. 230-233.

⁸⁴ M. A. Lebowitz: «Los silencios de El capital», *Marx Ahora*, N. o 14/2002, p. 99.

⁸⁵ E. Mandel: *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI, 1985, pp. 163-164.

proceso de valoración, y por tanto para el capital, es confundida con su recíproco, o sea, por una indispensabilidad del capital para el proceso de trabajo; confusión, ésta, que puede suceder, y de hecho sucede, sólo cuando el capital es identificado con las “cosas, con los valores de uso, que intervienen en el proceso de trabajo»⁸⁶. Mondadori hace estas reflexiones en el capítulo dedicado a las mistificaciones de la economía política, lo que nos lleva en directo a la definición que Dussel ofrece sobre el concepto de ciencia en Marx, necesaria para entender qué es el fetichismo:

«Para Marx *ciencia* es primeramente la *crítica de la apariencia* (del puro fenómeno que aparece en el mundo de las mercancías); referencia de dicha apariencia al *mundo esencial del real movimiento interno* (en este caso el valor del capital): para allí *desarrollar* el concepto esencial a través de categorías. La “crítica de la apariencia” es crítica del fetichismo. Este tema tiene dos aspectos fundamentales. En primer lugar, el sentido de la “crítica” para Marx; y, posteriormente, el “*desde-dónde*” se efectúa esta crítica (es decir, el “punto de partida” radical y primero de todo el pensar de Marx (...)) Doble crítica cumple Marx: no sólo *crítica de textos* (de la economía política clásica o vulgar capitalista); sino, y principalmente, crítica *de la realidad* capitalista. Por otra parte, toda “crítica” se efectúa “*desde*” un cierto punto de vista. En concreto, histórica y socialmente, desde el proletariado (clase social explotada y subsumida en el capital); pero esencialmente --y es el nivel en el que se sitúa teórica y epistemológicamente Marx en todos sus *Manuscritos*-- desde el “trabajo vivo”. Marx realiza la crítica de toda ciencia económica política posible *desde* el “trabajo vivo”»⁸⁷.

Dado que la crítica de la apariencia es crítica del fetichismo, la ciencia, en el sentido marxista, es a la vez crítica del fetichismo. De aquí la importancia central del estudio del Capítulo I del Libro I; ahora bien, desgraciadamente, esta visión radical no ha sido apenas tenida en cuenta por muchos marxistas. M. Sacristán es uno de ellos, ya que en su célebre estudio de la noción marxista de ciencia la necesidad de la crítica del fetichismo como elemento básico de la praxis científica liberadora está prácticamente ausente, a no ser que la queramos intuir como latente en las partes dedicadas a la influencia de las ideas de los jóvenes hegelianos de izquierdas en Marx. Y aunque Sacristán sostiene que «Es inconsistente el intento de despojar a Marx de su herencia hegeliana para verle como científico»⁸⁸, a pesar de esto, la práctica ausencia de todo lo relacionado con el fetichismo merma el valor de sus aportaciones. Pero ¿qué dice Marx?

A las pocas páginas de iniciar el estudio de la mercancía, Marx se extiende en el estudio del fetichismo: «A primera vista parece como si las *mercancías* fuesen objetos evidentes y triviales. Pero analizándolas, vemos, que son objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y resabios teológicos. Considerada como *valor de uso*, la mercancía no encierra nada de misterioso, dando lo mismo que la contemplemos desde el punto de vista de un objeto apto para satisfacer las necesidades del hombre o que enfoquemos esta propiedad suya como *producto* del trabajo humano»⁸⁹. Si los intrincados resabios teológicos y metafísicos no surgen

⁸⁶ C. Mondadori: *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*. ERA 1976, p. 59.
⁸⁷ E. Dussel: *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, Siglo XXI, 2008. pp. 290-293.

⁸⁸ M. Sacristán: «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia», *Sobre Marx y marxismo*, Icaria, 1983, p. 364.

⁸⁹ Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 36.

del trabajo encerrado en el valor de uso, ¿de dónde provienen entonces?, pues del hecho de que las relaciones sociales de producción establecidas entre los hombres, aparecen frente a estos como relaciones sociales establecidas entre las propias mercancías, al margen de sus productores⁹⁰. Los trabajos independientes forman el trabajo colectivo, lo que determina que al intercambiar los productos sea el carácter social colectivo el que se imponga sobre el individual, por esto, para los productores: «Las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados *aparecen* como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como *relaciones materiales* entre personas y *relaciones sociales entre cosas*»⁹¹.

Marx prosigue diciendo: «Los hombres no relacionan entre sí los productos de su trabajo como valores porque estos productos les parezcan envolturas simplemente materiales de un trabajo humano igual. Es al revés. Al equiparar unos con otros en el cambio, como valores, sus diversos productos, lo que hacen es equiparar entre sí sus diversos trabajos, como modalidades de trabajo humano. No lo saben, pero lo *hacen*. Por tanto, el valor no lleva escrito en la frente lo *que* es. Lejos de ello, convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales»⁹². ¿Cómo resolver el jeroglífico? El secreto del método científico-crítico se esconde aquí: hay que buscar lo que es común a toda mercancía al margen de su forma externa, de su apariencia, y hay que profundizar debajo de lo superficial hasta llegar a la raíz. Todas las mercancías son diferentes, y sus precios también, pero si nos liberamos de su apariencia descubrimos que tienen algo oculto e interno en común, que son usables, que tienen un valor de uso para quien las compra y un valor de cambio para quien las vende. Y sobre todo que son producto de la fuerza de trabajo humana, que las mercancías no caen hechas del cielo, ni surgen flotando del fondo de los mares, sino que deben ser fabricadas por los humanos con un costo psicosomático, de energía psíquica y física. Si trabajar cansa, consume energía y alimentos, exige descansar, dormir, recuperarse, educarse y relacionarse con otra gente, si es así como ocurre en la realidad, el producto de trabajo humano no es gratis sino que tiene un valor, el valor invertido en su largo proceso de producción, el valor sumado de todo lo que se ha tenido que invertir en producirlo: «La determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, el secreto que se esconde detrás de las oscilaciones aparentes de los valores relativos de las mercancías»⁹³.

Es verdad que «El concepto de valor en Marx es el más controvertido de todo su pensamiento»⁹⁴, y es incluso soslayado por quienes no quieren penetrar en las contradicciones irresolubles del sistema porque, en sí mismo, el valor no hace sino destaparlas crudamente. A. Jappe nos ilumina sobre el contenido realmente radical y revolucionario en todos los aspectos de la crítica del valor: «La crítica del valor ha roto radicalmente con la dicotomía entre base y superestructura; no en nombre de una supuesta “pluralidad” de factores, sino apoyándose en la crítica marxiana del fetichismo. El fetichismo de la mercancía no es una falsa conciencia, una mistificación, sino una forma de existencia social total, que se sitúa por encima de toda separación entre reproducción material y factores mentales porque determina las propias formas de pensar y de actuar. Comparte estos rasgos con otras formas de fetichismo, tal como la conciencia religiosa. Podría por eso ser caracterizado como un *a priori*; que, sin embargo,

⁹⁰ Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 37.

⁹¹ Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 38.

⁹² Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 39.

⁹³ Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 40.

⁹⁴ S. Mohun: «Valor», *Diccionario del pensamiento marxista*, Tecnos, 1984, p. 772.

no es ontológico, como en Kant, sino histórico y sujeto a la evolución. Esta indagación sobre los *códigos generales* de cada época histórica salvaguarda al mismo tiempo, contra la fragmentación introducida por el enfoque posestructuralista y posmoderno, una perspectiva unitaria»⁹⁵.

Volveremos más adelante a este autor, cuando precisamente en la misma obra dedicada al crédito, profundiza en el papel del capital-ficticio. Lo nos interesa es dejar constancia de las relaciones generales e internas que el autor establece en su obra entre la crítica del valor, el fetichismo y el capital-ficticio, y más en concreto, y ahora mismo, es conveniente recalcar el concepto de «código general» de cada época que expresaría los límites insalvables, objetivos, del sistema de pensamiento dominante. En vez de «código general» Marx habla de las formas fetichizadas de pensamiento: «Estas formas son precisamente las que constituyen las *categorías* de la economía burguesa. Son formas mentales aceptadas por la sociedad, y por tanto objetivas, en que se expresan las condiciones de producción *de este* régimen social de producción *históricamente dado* que es la producción de mercancías. Por eso, todo el misticismo del mundo de las mercancías, todo el encanto y el misterio que nimba los productos del trabajo basados en la producción de mercancías se esfuman tan pronto los desplazamos a otras formas de producción»⁹⁶.

Podemos definir el fetichismo, en palabras de N. Geras como la ocultación de la realidad social por una máscara que crea ilusiones sobre el origen real de la explotación: «Las apariencias que confunden y deforman la percepción espontánea del orden capitalista son reales; son formas sociales objetivas, determinadas por las relaciones subyacentes y que, simultáneamente, las ocultan. De este modo es como el capitalismo *se presenta a sí mismo*: disfrazado. Así pues, la realidad del trabajo social está ocultada tras los valores de las mercancías; por ello, también, los salarios ocultan la explotación, parecen ser un equivalente para el mayor valor que crea la fuerza de trabajo en acción»⁹⁷. La máscara que oculta la realidad es también real porque surge del hecho material y objetivo de que las mercancías creadas por la clase trabajadora se independizan de esta al ser propiedad de la clase burguesa, la que previamente ha comprado la fuerza de trabajo.

Real y objetivamente hay un «contrato legal» entre la clase obrera y la burguesía, el problema es que esa realidad superficial tergiversa, oculta y falsea la realidad de fondo, sustantiva y determinante: el hecho de que la clase trabajadora, si quiere comer, está obligada a venderse a la burguesía, a aceptar la explotación a cambio de un salario, cediendo obligada y legalmente los beneficios a la burguesía. Y ese «contrato legal» aparece fetichistamente como la única realidad existente, la única posible. Todo el pensamiento social burgués se realiza dentro de este atroz potro de tortura de la inteligencia humana. Sin la crítica marxista del fetichismo, sin la lectura rigurosa del Capítulo I del Libro I de *El Capital* y sin introducir estas fascinantes páginas en toda la obra de crítica general del fetichismo, de principio a fin en la vida de Marx como ha demostrado N. Kohan, sin este esfuerzo sentaremos una de las bases para la posible degeneración reformista.

O dicho en palabras de B. Fine: «El fetichismo de la mercancía es el ejemplo más sencillo y universal del modo en que las formas económicas del capitalismo esconden las relaciones

⁹⁵ A. Jappe, *Crédito a muerte*, Pepitas de calabaza, ed. 2011, p. 175.

⁹⁶ Marx, *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 41.

⁹⁷ N. Geras: «Fetichismo», *Diccionario de pensamiento marxista*, Tecnos 1984, p. 317

sociales subyacentes; por ejemplo, siempre que se considere el capital --como quiera que se le entienda--, en lugar de la plusvalía, como la fuente de beneficios. La simplicidad del fetichismo de la mercancía hace de él un punto de partida y un ejemplo para el análisis de relaciones no económicas. Establece una dicotomía entre apariencia y realidad oculta (sin que la primera sea necesariamente falsa) que puede utilizarse en el análisis de la ideología. Lleva a discutir las relaciones sociales como conducidas en formas de relaciones entre mercancías o cosas, lo cual tiene su aplicación en la teoría de la reificación y la alienación»⁹⁸.

2.4.- ¿Cómo leer políticamente *El Capital*?

La lectura política de *El Capital* sólo puede realizarse dentro de la militancia revolucionaria, en la praxis colectiva, en grupo, y con el aporte de otros textos que faciliten y encuadren contextualmente la lectura de *El Capital*. Desde luego que sí puede estudiarse esta obra en la soledad individual, y de hecho así ocurre en situaciones de clandestinidad, de cárcel o de exilio, o en el medio académico, el menos apto para comprender la profundas y extensas, totales, ramificaciones de esta obra. Hay que hacerlo, además de en colectivo, con el apoyo de otros textos, porque *El Capital* es un paso más en un proceso que únicamente llegará a su fin con la superación del capitalismo y el desarrollo del comunismo.

Lo que no debe nunca hacerse es empezar su lectura por un capítulo que no sea el primero. Marx sabía que era el más difícil, pero que era el decisivo. Para superar esta dificultad es conveniente una cierta preparación anterior estudiando colectivamente otras obras marxistas más accesibles y luego, a la vez que se inicia la lectura política de *El Capital* por su primer capítulo, simultáneamente, facilitar su comprensión con otros debates y lecturas, bien sean de capítulos de *El Capital* bien de otros textos. Carece de sentido recomendar ahora qué textos han de simultanearse; cada grupo militante ha de decidirlo en base a sus necesidades y ritmo, si es posible contando con el asesoramiento de algún otro colectivo más formado pero dotado de experiencia militante, de saber teórico aprendido en la práctica revolucionaria.

Un ejemplo de la importancia del Capítulo Primero es que ya desde su primera línea se plantea una cuestión decisiva: «La riqueza en las sociedades en que domina el régimen capitalista de producción se nos aparece como un “inmenso arsenal de mercancías” y la mercancía como su *forma elemental*»⁹⁹. F. Fischbach demuestra que el contenido teórico de esta frase forma la base para entender el problema de la producción de espacio/tiempo capitalista, dado que la expansión del capital exige no sólo una reducción del tiempo del ciclo completo del capital, sino también la creación de «un espacio liso y lo más homogéneo posible, sin obstáculos ni barreras, unificando los espacios naturalmente separados, suprimiendo las diferencias cualitativas entre los espacios y reduciéndolos a un espacio único e idéntico, abstracto y homogéneo»¹⁰⁰.

Como iremos viendo en este texto la creación de espacio/tiempo lineal y plano es inseparable de las atrocidades contra los pueblos trabajadores y contra la naturaleza, y una de las realidades a batir por la filosofía dialéctica en especial la alienación¹⁰¹ y el trabajo objetivado,

⁹⁸ B. Fine: *Fetichismo de la mercancía*, Tecnos, 1984, p. 318.

⁹⁹ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 3

¹⁰⁰ F. Fischbach: «De cómo el capital captura el tiempo», *Marx. Releer El Capital*, Akal 2012, p. 91.

¹⁰¹ F. Fischbach: «De cómo el capital captura el tiempo», *Marx. Releer El Capital*, Akal 2012, p. 98.

muerto, y el salto de lo cuantitativo a lo cualitativo¹⁰². En síntesis, veremos una y otra vez, aunque con otras palabras que: «bajo el capital la vida sólo se despliega subordinada a la muerte, el futuro sólo se despliega subordinado al pasado y al presente, el tiempo sólo se despliega subordinado al espacio y la actividad del trabajo vivo no sirve más que para valorizar el capital, es decir, el trabajo muerto»¹⁰³.

Otro ejemplo de la importancia de este Capítulo es la denominada «vuelta a Hegel», sin mayores profundidades ahora, ha sido una constante en las fundamentales personas marxistas que se han enfrentado a situaciones de hecatombe práctica y teórica. Está en lo cierto Encarna Ruiz cuando nos recuerda en su estudio sobre la dialéctica de Marx en *El Capital*, criticando las tesis antidialécticas de Althusser, que Lenin y Rosa Luxemburgo volvieron sus inquietudes políticas, teóricas y filosóficas hacia Hegel¹⁰⁴ tras la traición de la socialdemocracia internacional en agosto de 1914. Con diferencias internas en las que no podemos extendernos ahora, también lo harían Gramsci, Mao, Trotsky, Che Guevara... ¿Por qué lo hicieron? La mejor respuesta nos la ofrece Raya Dunayevskaya en su estudio sobre la lectura de Hegel que hizo el Lenin de 1914. Según esta autora, Lenin era un «dialéctico *practicante* (...) de la dialéctica como transformación en lo opuesto»¹⁰⁵ que leyó a Hegel en un tiempo, contexto y circunstancia diferente a la de Marx y Engels, desarrollando en sus condiciones más los criterios de automovimiento, autoactividad, autodesarrollo, etc., que los de esencia versus apariencia, y otros.

Ni Marx ni Engels vivieron la creciente gravedad de las tensiones reformistas que desde 1905, si no antes, vivió Rosa Luxemburgo en la socialdemocracia europea. La lectura de Hegel realizada por Marx y Engels buscaba, ante todo, encontrar los instrumentos teóricos adecuados para sus necesidades prácticas; pero Rosa necesitaba, además de lo ya aportado por Marx y Engels, otras aportaciones de Hegel. Lo mismo le sucedió a Lenin en 1914. Con pocos años de diferencia ambos se enfrentaron a situaciones desconocidas por sus predecesores, acudiendo a Hegel como lo habían hecho estos pero con la ventaja de sus aportaciones inestimables. Entre 1905 y 1914 terminó de gestarse una ruptura cualitativa dentro de la entonces izquierda que exigió a Rosa y a Lenin «volver a Hegel»:

«Como la traición del socialismo venía *desde el interior* del movimiento socialista, el principio dialéctico de la transformación de lo opuesto, el discernimiento de la *contra-revolución* en la revolución misma llegó a ser fundamental; la singularidad de la dialéctica como automovimiento, autoactividad, autodesarrollo, consistía en que *tenía* que ser “aplicada”, no sólo contra los traidores y los reformistas sino también en la crítica a los revolucionarios que consideraban lo subjetivo y lo objetivo como dos mundos separados. Y como la “negatividad absoluta” va de la mano del movimiento dialéctico de la transformación en lo opuesto, constituye la principal amenaza para *cualquier sociedad*»¹⁰⁶.

¹⁰² F. Fischbach: «De cómo el capital captura el tiempo», *Marx. Releer El Capital*, Akal 2012, p. 99. .

¹⁰³ F. Fischbach: «De cómo el capital captura el tiempo», *Marx. Releer El Capital*, Akal 2012, p. 107.

¹⁰⁴ E. Ruiz Galacho: « Marx, el Capital y el método dialéctico», *Laberinto*, N ° 31, 2011, pp. 131-134.

¹⁰⁵ R. Dunayevskaya: *Filosofía y revolución*, Siglo XXI, 2009, p. 112.

¹⁰⁶ R. Dunayevskaya: *Filosofía y revolución*, Siglo XXI, 2009, p. 113.

La «negatividad absoluta», ya presente en los clásicos marxistas del siglo XIX, adquiere todavía más importancia práctica y teórica como principio dialéctico básico conforme el imperialismo va desplegando y agudizando todas las contradicciones irreconciliables del modo de producción capitalista. Rosa Luxemburgo, Lenin, Gramsci, Mao, Trotsky, Che Guevara, con sus diferencias, van viéndose en la urgente necesidad de volver a la dialéctica en situaciones cada vez más duras y extremas tanto en el conflicto mundial entre la burguesía y el proletariado, como en el conflicto interno entre el reformismo que opta por apoyar a la contrarrevolución y la revolución. Y para entender la constante interna, esencial, que recorre y unifica a todas estas sucesivas recuperaciones de la dialéctica, tenemos que estudiar el Capítulo Primero del Libro I de *El Capital*. La crítica del fetichismo devela por qué en determinadas condiciones recurrentes una parte de la izquierda revolucionaria gira al centro reformista, y por qué, una parte del reformismo termina siendo contrarrevolucionario, persiguiendo, encarcelando, torturando y asesinando a sus excompañeros.

Y por no extendernos, otro ejemplo de la conveniencia de iniciar el estudio de *El Capital* por su comienzo nos la aporta N. Kohan con su análisis de los efectos desastrosos del fetichismo de la mercancía sobre la liberación humana. Este autor somete a crítica la democracia burguesa, del papel del Estado y de las formas de dominación capitalista¹⁰⁷ desde la teoría crítica del fetichismo mostrando cómo, dopados por sus efectos, interpretamos la realidad de forma inversa a lo que realmente es, de manera que el Estado aparece como una fuerza de concordia y justicia, la democracia burguesa como una maravilla de igualdad, a la vez que desaparecen, se esfuman, los instrumentos de dominación capitalista.

Por el contrario, hay varias tesis que pretenden explicar por qué no ha de empezarse a estudiar *El Capital* desde su primer capítulo. Una de las más contundentes es la que sostiene que no hay que hacerlo porque todo este capítulo es erróneo, está equivocado. J. Bidet realiza una crítica del liberalismo en la época de Marx, que, como el de ahora, igualaba a las personas en el mercado a la vez que negaba las contradicciones sociales que les enfrentaban. Este autor continúa diciendo que «La crítica marxiana del *fetichismo* es una crítica muy precisa de este *liberalismo*. Si, en efecto, el mercado es la ley *natural* de la economía, estamos en un mundo en el que la producción de bienes, de mercancías, dirige a sí misma. Los individuos, que, según Marx, “sólo entrar en contacto (mutuo) en virtud del intercambio”, no son sino los agentes de un sistema *natural* que les trasciende. Para actuar racionalmente, les basta examinar el “movimiento de los precios”: eso les indica a dónde llevar sus actividades productivas (...) es remarcable que Marx no proponga en este punto una crítica *sustancial* de la producción mercantil»¹⁰⁸.

En realidad, no se puede separar la crítica marxiana del fetichismo expuesto al inicio de *El Capital* de la permanente crítica al fetichismo que va enriqueciéndose durante toda la vida intelectual de Marx, como ha demostrado contundentemente N. Kohan en una obra aquí citada. J. Bidet estudia sólo un momento erróneamente aislado de la totalidad, y al absolutizarlo presenta una visión equivocada de la crítica marxista del fetichismo, lo que desautoriza el entero artículo de J. Bidet.

¹⁰⁷ N. Kohan: *Nuestro Marx*, Caracas, 2012, pp. 742-748.

¹⁰⁸ J. Bidet: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos *El Capital*. Sobre por qué hay que transformarlo y cómo hacerlo», *Marx. Releer El Capital*. Akal, 2012, pp.2021.

Saltarse el capítulo I de *El Capital* fue una costumbre que encontramos ya en 1929, cuando Lapidus y Ostrovitianov esperan hasta el capítulo 5 de su obra para empezar a explicar qué es la mercancía¹⁰⁹, el valor, el valor de uso, etc. Conviene recordar que en 1929 la burocratización stalinista avanzaba incontenible. Años después en determinadas corrientes marxistas se había asentado definitivamente la «forma pedagógica» de leer *El Capital*, a saber, en la primera se estudia el proceso de trabajo, la cooperación, la manufactura y la gran industria, dejando el Capítulo I, el de la mercancía, para una segunda fase pero sin estudiar la forma valor (relativa, equivalente, el proceso de cambio y el dinero)¹¹⁰. Como se aprecia, si esta lectura no va inserta en una praxis como la expuesta arriba, amputa el grueso del método dialéctico y reduce *El Capital* a una mera «ciencia» que estudia el modo de producción capitalista. Semejante cercenamiento se aprecia claramente en la respuesta que se da a la pregunta sobre cual es el objeto de *El Capital*: se sobrevaloran al extremo las citas parciales que indican que *El Capital* fue escrito para estudiar el modo capitalista de producción, pero en ningún momento se dice nada de dos temas decisivos que operan unidos pero que aquí enumeramos de forma separada y sin los cuales es imposible lo anterior: el método dialéctico que recorre toda la obra, y desde su inicio, la crítica demoledora del fetichismo¹¹¹.

La crítica a M. Harnecker nos debiera conducir a la crítica de Althusser, su maestro y mentor, y a la crítica de la amplia corriente estructuralista europea que destruyó el marxismo precisamente desde la segunda mitad de la década de 1960, cuando el capitalismo mundial comenzaba a entrar en una severa crisis que generaría ola impresionante oleada prerrevolucionaria en amplias zonas del mundo. Pero no podemos extendernos en esta temática por claras razones de espacio, por lo que nos limitaremos a una única y decisiva crítica, confirmada con los años, realizada a Althusser por Chaterine Colliot-Thélène:

«El autor -(Althusser)- tuvo mucho cuidado en subrayar el carácter específico de su lectura: se trataba de la lectura del *Capital* por un filósofo, distinta de la que hubiese hecho un economista, un historiador o un lógico. Esta precisión, por sí misma, ya es suficientemente inquietante: ¿acaso *El Capital* se presta a estas interpretaciones dispersas, efectuadas en función de una compartimentación del campo del Saber que tiene su origen en la Universidad capitalista? ¿No será esta “división del trabajo” teórico tributaria de la ideología burguesa? ¿Y en caso afirmativo, si la propia estructura del *Capital* pone en cuestión la autonomía, incluso la legitimidad de la existencia de esas ciencias particulares que se llaman sociología, economía política, filosofía, historia o lógica, cómo podemos dejar de temer que una “lectura” del *Capital* hecha a través de cualquiera de estos puntos de vista parciales esté gravada por una pesada hipoteca: invertir en *El Capital* un proyecto cuya validez esté negada por esta misma obra»¹¹².

La autora pulveriza en las respuestas que ofrece a estas preguntas la entera construcción teórica althusseriana, mostrando que *El Capital* no puede ser comprendido en su verdadero significado y aportación si no es desde un método que, además de integrar en un todo superior lo filosófico, lo económico, lo histórico, lo lógico, etc., también es a la vez «un punto de vista de clase que permita trascender el punto de vista burgués y los límites que le son propios»¹¹³.

¹⁰⁹ Lapidus y Ostrovitianov: *Manual de economía política*, Siglo XXI, 1974, p. 108.

¹¹⁰ M. Harnecker: *El capital: conceptos fundamentales*, Siglo XXI, 1974, pp. 42-58.

¹¹¹ M. Harnecker: *El capital: conceptos fundamentales*, Siglo XXI, 1974, pp. 24-26

¹¹² Ch. Colliot-Thélène: «Releer “El Capital”», *Contra Althusser*, Madrágora, 1975, pp. 117-118.

¹¹³ Ch. Colliot-Thélène: «Releer “El Capital”», *Contra Althusser*, Madrágora, 1975, pp. 149 y ss.

En realidad, la síntesis de un método que integre todas las disciplinas que el Saber Universitario separa y aísla, con una perspectiva de clase revolucionaria, este método no es otro que el dialéctico, incompatible con el althusserianismo, como demuestra J-M. Brohm cuando relaciona el kantismo y el neokantismo con el reformismo existente debajo de la demagogia althusseriana¹¹⁴.

La forma estructuralista antidialéctica de cortar el enorme potencial científico-crítico del marxismo tuvo efectos prolongados en la producción intelectual de bastantes autores. Un ejemplo lo tenemos en este otro texto de Moral Santín:

«Para Marx la ciencia económica tiene que ser una ciencia de lo específico de los modos de producción. Lo que él pretende hacer en **«El Capital»** es una ciencia del modo de producción capitalista. No pretende sentar principios generales, ni teorías, ni supuestos analíticos, válidos para otras sociedades. Aunque hay algunas cuestiones que podrían ser trasladables. En principio lo que él pretende es hacer una teoría, un análisis del modo de producción capitalista. Siendo más preciso, lo que él pretende, ya que para él el modo de producción capitalista es un concepto histórico, que aparece en un momento determinado, se desarrolla y tiende, como todo el resto de los modos de producción, a tener un fin histórico, por tanto, el objeto de **«El Capital»** es estudiar cómo está estructurado el capitalismo, cómo surge, cuál es su dinámica, las leyes de su dinámica y funcionamiento, y sus límites lógicos, sus límites internos. Es decir, aquellos aspectos inherentes a su propia naturaleza, que hacen que el capitalismo, en el curso de su desarrollo, tienda a su vez a alcanzar su culminación histórica y, por tanto, a entrar en un momento determinado en una fase de superación histórica»¹¹⁵.

A lo largo de todo el texto, Moral Santín no escribe una sola vez conceptos decisivos como «lucha de clases», «lucha revolucionaria», «política revolucionaria», etc., sino que a los sumo, salvo error nuestro de conteo, sólo habla una vez de lucha capital-trabajo, o estas palabras: «El primer rasgo del capitalismo es que la sociedad esté articulada por una polarización central, que es la polarización capital-trabajo, que parte de ese divorcio entre medios de producción y productores»¹¹⁶. Resulta extremadamente fácil ampliar hasta el agotamiento ejemplos idénticos, así que es preferible avanzar un poco más.

Una de las imprescindibles aportaciones de la lectura política de *El Capital* desde su Capítulo Primero es la interacción entre la lectura colectiva apoyada en la praxis revolucionaria mediante el debate simultáneo de otros textos, y el estudio en profundidad de dicho Capítulo sobre todo en su contenido dialéctico. La síntesis de ambos componentes, que no es otra que la praxis revolucionaria, ha de plasmarse además en el estudio crítico de las tesis burguesas. Se trata de la misma tarea. Por ejemplo, la interpretación que ofrece P. Krugman para salir de la actual crisis se caracteriza por todos los tópicos de la visión fetichizada del capitalismo: las personas son reducidas al nivel de cosas, y las cosas adquieren identidades humanas; las contradicciones capitalistas desaparecen debajo de la mitología democraticista, de modo que sólo resta una activación de los «valores humanos» para salir de la actual crisis: «Lo que bloque esa recuperación es solamente la falta de lucidez intelectual y de voluntad política. Y

¹¹⁴ J-M. Brohm: «Louis Althusser y la dialéctica materialista», *Contra Althusser*, Madrágora, 1975, pp. 57-

116.

¹¹⁵ J. A. Moral Santín, «El análisis de El Capital» 29-X-2012 www.kmarx.wordpress.com

¹¹⁶ J. A. Moral Santín, «El análisis de El Capital» 29-X-2012 www.kmarx.wordpress.com

es tarea de todo aquel con capacidad de influencia --desde los economistas profesionales a los políticos o los ciudadanos inquietos-- hacer cuanto esté en su mano para remediar esta carencia»¹¹⁷.

Pues bien, una lectura política en colectivo militante de *El Capital* debe estudiar y criticar a Krugman a la vez que lee a Marx, estudiando a ambos en sus prácticas respectivas a favor y en contra del fetichismo tal como aparece en Krugman y tal como lo critica radicalmente Marx. Durante este estudio, que debe ser parte de la lectura del Capítulo Primero, pueden basarse en la demoledora crítica de la economía burguesa actual y de Krugman realizada por J. A. Tapia y R. Astarita, en la que demuestran su inconsistencia absoluta y su neta postura capitalista¹¹⁸. De este modo se aprende marxismo aplicando el marxismo.

3.- EL CAPITALISMO CONTRA LA VIDA

A raíz del centenario de la primera edición de *El Capital*, se publicó en un texto una serie de artículos al respecto. En la presentación, V. Fay afirmaba que cada época busca determinadas cosas en *El Capital*, y las resumía en cinco: Una, hacia finales del siglo XIX se debatía alrededor de *El Capital* «sobre la inevitable autodestrucción del capitalismo como producto de sus contradicciones insuperables». Dos, a raíz de la crisis de 1929 se buscó en *El Capital* una teoría que explicase las crisis periódicas, así como indicios que pudieran explicar las relaciones internacionales entre la URSS y el imperialismo, «cuando fue formulada la falsa teoría de la crisis general del capitalismo que debía conducir al hundimiento del sistema». Tres, después de la II GM se buscó en *El Capital*, entre otras cosas, también ideas sobre los beneficios diferenciales que extraía el imperialismo, así como sobre «las relaciones de dependencia y explotación» consustanciales al imperialismo. Cuatro, en esta misma fase, el debate sobre el auge de los monopolios capitalistas llevó a algunos a afirmar la caducidad de *El Capital* porque fue redactado en la fase pre-monopolista, sin recordar que en 1846-47 en *Miseria de la filosofía*, «Marx describe la formación de los monopolios como la culminación de la competencia capitalista». Y cinco, las críticas al «catastrofismo» de Marx, sobre todo a la tesis de la depauperación absoluta, que abundaron en la fase del consumismo de masas keynesiano y taylor-fordista¹¹⁹.

El casi medio siglo transcurrido desde estas reflexiones ha agudizado, intensificado y ramificado aquellas cinco interrogantes que se hicieron a *El Capital* en épocas sucesivas. Más aún, la crisis desatada oficialmente desde verano de 2007, que venía anunciada con mucha antelación, esta crisis que sigue azotando a la humanidad trabajadora y cuyo final no se vislumbra porque su salida exigiría, como mínimo y sólo para paliar algunos de los sufrimientos más ostentosos, una nueva política económica¹²⁰ que el imperialismo rechaza frontalmente, está confirmando de nuevo el principio dialéctico de la concatenación universal, de todos los procesos naturales, sociales e intelectuales que se desarrollan en el mundo, y en especial de sus contradicciones internas y presiones externas. La crisis mundial desatada irremisiblemente en 2007 está mostrando cómo se han agudizado y cómo se están fusionando las cinco grandes cuestiones que se planteaban a *El Capital* en sucesivas épocas pasadas.

¹¹⁷ P. Krugman: ¡Acabad ya con esta crisis! Crítica 2012, p. 243.

¹¹⁸ J. A. Tapia y R. Astarita: *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI*, Siglo XXI, 2011, pp. 228-233.
V. Fay: «Presentación», *Leyendo El Capital*, 1972, pp. 11-12.

¹²⁰ A. Nadal: “Recuperar la política económica”, 01-03-2013 www.lahaine.org

Por ejemplo, el debate sobre la autodestrucción del capitalismo se agudizó, profundizó y extendió debido al agravamiento de la crisis ecológica, de la proliferación de armas nucleares y bioquímicas, y ahora de la guerra electrónica, de los datos incuestionables sobre el agotamiento de los recursos materiales, etc. El debate sobre las crisis periódicas del capitalismo se agudizó precisamente desde finales de los '60 y sobre todo desde en la actualidad. El debate la explotación imperialista está ahora más candente que a finales de los '60 al constatarse el fracaso del mito de la globalización. El debate sobre los monopolios se ha agudizado al fusionarse éstos de una manera total con el capital financiero y al abrir nuevas ramas industriales, de servicios y comerciales. Y el debate sobre la depauperación absoluta o relativa se ha actualizado al aumentar las luchas populares que han obligado a muchos gobiernos y Estados a incrementar sus esfuerzos para reducir la miseria¹²¹, como implícitamente reconoce el último informe de la FAO

En sus estudios sobre los *Grundrisse*, E. Dussel recurre como símil a la tesis freudiana del Thanatos para explicar la tendencia objetiva del capitalismo a la desvalorización y con ello su tendencia a las crisis periódicas: «El capital está atravesado como por un “principio de muerte”, de continua desvalorización (...) La “realización” –como concepto filosófico-- es para Marx el acto por el que algo llega a su cumplimiento, fin, culminación, cuando ha sido completado. La “realización” del capital es el momento en el que se recupera a sí mismo valorizado. Pero, como decíamos, cada paso de su procesual devenir está sembrado de contradicciones destructivas, desvalorizantes»¹²². Recientemente, Beinstein ha recurrido al mito antiguo y greco-egipcio de Uróboros, la serpiente que se come a sí misma empezando por su cola hasta la cabeza para reiniciarlo de nuevo, una y otra vez¹²³, sin fin. Más adelante veremos que Beinstein también recurrirá a la «pulsión de muerte» para explicar la crisis del sistema. Salvando las distancias, las contradicciones destructivas vienen a ser el Thanatos del capital, su «pulsión de muerte» que le impele, por pura dialéctica, a forzar lo más posible y a cualquier precio el inicio de una nueva fase de valoración del capital, de acumulación ampliada en busca de «vida», lo que inevitablemente le lleva a una nueva desvalorización subsiguiente. Conforme se acelera esta espiral destructora el capitalismo choca inevitablemente con la naturaleza, rompiendo su ya inestable equilibrio sistémico y mermando su capacidad de reciclaje hasta amenazar la vida misma.

3.1.- ¿Hacia el ecocidio?

Desde esta perspectiva, podemos decir que el capitalismo está aunando todas sus crisis parciales y sectoriales en una sola, como hace pocos años demostró J. Beinstein¹²⁴ al analizar la decadencia del capitalismo como sinergia de las subcrisis del sistema. Tal sinergia se plasma en la contradicción absoluta entre el capital y la vida, y ha elevado a su nivel más alto de destructividad el potencial exterminador que late en la propiedad privada, en concreto en la propiedad burguesa del planeta Tierra. P. González Casanova ha recurrido al término de «ecocidio» --recordemos el visto arriba de «terricidio»-- para resumir en cinco puntos la contradicción entre el capital y la vida: agujero de ozono; cambio climático; economía de la destrucción; guerra nuclear y destrucción de la biósfera; y ocultación total de esta

¹²¹ FAO: “El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2012” www.fao.org

¹²² E. Dussel: *La producción teórica de Marx*, El perro y la rana, 2010, p. 266.

¹²³ J. Beinstein: «Convergencias. Origen y declinación del capitalismo», 06-05-2013 www.lahaine.org

¹²⁴ J. Beinstein: *Crónica de la decadencia*, Cartago, 2009, pp. 7-59.

problemática por parte del poder opresor¹²⁵. Antes de describir en lo esencial en qué consiste ahora mismo esta crisis, así como la ineficacia de las tesis reformistas, debemos reivindicar la corrección del marxismo.

Marx escribe en el Libro I de *El Capital* una impresionante crítica de los efectos del maquinismo sobre y contra la clase obrera, una crítica incuestionable en lo teórico y validada con el tiempo al haberse multiplicado la «*depauperación moral*» y la «*degeneración intelectual*»¹²⁶ como efecto de la agudización de la tendencia a la simultaneidad de la plusvalía relativa con la absoluta, además de otros factores interrelacionados. Pues bien, la degeneración intelectual y la depauperación moral no son sino muestras concretas de la contradicción antagónica entre el capital y la naturaleza, contradicción que aparece detallada de muchas formas en Marx, siendo la que aquí se cita ahora sólo una de ellas:

«Al igual que en la industria urbana, en la moderna agricultura la intensificación de la fuerza productiva y la más rápida movilización del trabajo se consigan a costa de devastar y agotar la fuerza de trabajo del obrero. Además, todo progreso, realizado en la agricultura capitalista, no es solamente un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino también en el arte de *esquilmar la tierra*, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. Este proceso de aniquilación es tanto más rápido cuanto más se apoya en un país, como ocurre por ejemplo con los Estados Unidos de América, sobre la gran industria, como base de su desarrollo.

Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: *la tierra y el hombre*»¹²⁷.

Socavar la especie humana y la tierra es un efecto necesario e inevitable para asegurar el desarrollo capitalista, hasta llegar a poner en peligro la misma existencia de nuestra especie, del mismo modo que ya se ha exterminado el 30% de la fauna mundial en los últimos cuarenta años¹²⁸. En el libro III de *El Capital* que: «Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexistan en un momento dado, son propietarias de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamadas a usarla como *boni patres familias* y a trasmitirla mejorada a las futuras generaciones»¹²⁹. Las implicaciones de esta cita son tremendas porque, primero, plantean que nunca ninguna nación, ningún pueblo, y menos aún una clase explotadora, pueden ser propietarias de la tierra, lo que además de confirmar la necesidad absoluta de acabar con la propiedad privada, también plantea una reflexión radical sobre los larguísimos y comprensibles lazos entre tierra y nación, en el sentido de que la identidad colectiva debe basarse en la cultura y no en la propiedad de la tierra; y segundo, por tanto, plantea la necesidad de generar otra cultura y modo de producción en el que la tierra sea el primer bien colectivo, perteneciente a toda la especie humana en cuanto tal, a preservar y a mejorar en función de las generaciones posteriores, en vez de en beneficio inmediato y suicida del minoritario imperialismo.

¹²⁵ P. González Casanueva: «Ecocidio: conocimiento y corporaciones», marzo 2013 www.recci.net

¹²⁶ Marx: *El Capital*. FCE, 1973, Libro I, p. 328.

¹²⁷ Marx: *El Capital*. FCE, 1973, Libro I, pp. 423-424.

¹²⁸ 16-05-2012 www.abc.es

¹²⁹ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro III, p. 720.

Sobre este mismo problema, Marx añade: «La gran propiedad de la tierra mina la fuerza de trabajo en la última región a que va a refugiarse su energía natural y donde se acumula como fondo de reserva para la renovación de la energía vital de las naciones: en la tierra misma (...) el sistema industrial acaba robando también las energías de los trabajadores del campo, a la par que la industria y el comercio suministran a la agricultura los medios para el agotamiento de la tierra»¹³⁰. ¿Y qué otra cosa significa el agotamiento de la tierra que el agotamiento de las condiciones de reproducción de la vida en la tierra, es decir, el agotamiento de la vida misma? Estas palabras están escritas en el Libro III, dejado en forma de borrador, pero la evolución del capitalismo no sólo ha confirmado su valía sino que ha demostrado lo urgente de su puesta en práctica. En 1872 Marx escribió es célebre y decisivo articulo sobre la nacionalización de la tierra en el que sostiene que:

«La propiedad de la tierra es la fuente original de toda riqueza y se ha convertido en el gran problema de cuya solución depende el porvenir de la clase obrera. (...) Si la conquista ha creado el derecho natural para una minoría, a la mayoría no le queda más que reunir suficientes fuerzas para tener el derecho natural de reconquistar lo que se le ha quitado. (...) La nacionalización de la tierra producirá un cambio completo en las relaciones entre el trabajo y el capital y, al fin y a la postre, acabará por entero con el modo capitalista de producción tanto en la industria como en la agricultura. Entonces desaparecerán las diferencias y los privilegios de clase juntamente con la base económica en la que descansan. La vida a costa de trabajo ajeno será cosa del pasado. ¡No habrá más Gobierno ni Estado separado de la sociedad! La agricultura, la minería, la industria, en fin, todas las ramas de la producción se organizarán gradualmente de la forma más adecuada. La centralización nacional de los medios de producción será la base nacional de una sociedad compuesta de la unión de productores libres e iguales, dedicados a un trabajo social con arreglo a un plan general y racional. Tal es la meta humana a la que tiende el gran movimiento económico del siglo XIX.»¹³¹.

Aquí Marx escribe no tanto para el esclarecimiento teórico de la contradicción entre el capitalismo y la vida, sino para proponer metas revolucionarias inmediatas a las clases trabajadoras, para demostrar la urgencia de la nacionalización de la tierra en los países concretos. No existe contradicción alguna entre lo dicho en *El Capital* sobre que la Tierra no debe pertenecer a nadie, sino que es patrimonio de la humanidad entera, y la defensa de 1872 de la urgente nacionalización de la tierra por las clases trabajadoras concretas: se trata de dos fases estrechamente unidas del proceso revolucionario a largo plazo: ahora mismo, en 1872, es necesario que las clases explotadas nacionalicen la tierra y acaben con la propiedad burguesa sobre ella para, así, avanzar decididamente a una nueva fase superior. Por una parte, Marx nos ofrece el objetivo comunista máximo e irrenunciable: la Tierra es de la humanidad futura; y a la vez, por otra parte, nos ofrece el paso adelante imprescindible para derrotar ahora mismo a la burguesía y acelerar el avance al comunismo: la nacionalización obrera y popular de la tierra en los Estados y pueblos concretos que ahora mismo existen. Acabar ahora con la propiedad privada concreta de la tierra mediante su nacionalización obrera es la primera medida imprescindible y urgente para llegar mañana al objetivo irrenunciable.

Poco después, en 1876, Engels escribió en un célebre libro que:

¹³⁰ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro III, p. 753.

¹³¹ Marx: «La nacionalización de la tierra» www.boltxe.info

«El animal no hace más que usar su ambiente, y provoca cambios en él, nada más que con su presencia; con sus cambios, el hombre lo hace servir a sus fines, lo domina. Esta es la diferencia final, esencial, entre el hombre y otros animales, y, una vez más, es el trabajo el que la produce. Pero no nos jactemos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Pues por cada una de esas victorias, ésta se venga de nosotros. Cada triunfo, es verdad, produce ante todo los resultaos que esperamos, pero en segundo y en tercer lugar provoca efectos distintos, imprevistos, que muy a menudo anulan al primero (...) Y así, a cada paso que damos se nos recuerda que en modo alguno gobernamos la naturaleza como un conquistador a un pueblo extranjero, como alguien que se encuentra fuera de la naturaleza, sino que nosotros, seres de carne, hueso y cerebro, pertenecemos a la naturaleza, y existimos en su seno, y que todo nuestro dominio sobre ella consiste en el hecho de que poseemos, sobre las demás criaturas, la ventaja de aprender sus leyes y aplicarlas en forma correcta»¹³².

Aquí Engels habla en sentido general, remitiéndose a otras especies animales no humanas, a la antigua Mesopotamia, Grecia y Asia Menor, para encontrar constantes de larga duración, y toda la ciencia posterior ha validado sus tesis. Más adelante, Engels concretiza su exposición en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado diciendo que gracias a la experiencia de esta lucha «aprendemos poco a poco a obtener una visión clara de los efectos sociales indirectos, más remotos, de nuestra actividad productiva, con lo cual contamos con la oportunidad de controlarlos y regularlos:

«Pero esta regulación exige algo más que un simple conocimiento. Exige una revolución total en nuestro modo de producción existente hasta ahora, y al mismo tiempo una revolución en todo nuestro orden social contemporáneo. Todos los modos de producción conocidos hasta ahora apuntaron nada más que al logro del efecto útil más inmediato y directo del trabajo. Las consecuencias posteriores, que sólo aparecen después y adquieren efectividad debido a la repetición gradual y a la acumulación, fueron desatendidos (...) Los capitalistas que dominan la producción y el intercambio pueden dedicarse sólo al efecto útil más inmediato de sus acciones (...) Mientras el fabricante o comerciante vende una mercancía fabricada o comprada, con la habitual y ansiada ganancia, se siente satisfecho y no se ocupa de lo que luego pueda suceder con la mercancía y sus compradores. Lo mismo rige para los efectos naturales de sus acciones»¹³³.

Vemos aquí el choque frontal entre el capitalismo y la naturaleza: la necesidad del máximo beneficio en el menor tiempo posible y sin reparar en los efectos posteriores lleva a este sistema de producción a destrozarse la naturaleza, y con ello a destrozarse a la especie humana porque ésta es parte de aquella. En 1877 Engels vuelve a tocar el problema del futuro, pero ya desde la perspectiva inmediata de la lucha de clases y de la mediata de la incapacidad burguesa para detener la locomotora que se avanza hacia la ruina. Engels sostiene que en cada crisis se demuestra que la clase burguesa es incapaz de ordenar el sistema, y que bajo su

¹³² Engels: «El papel del trabajo en la transición del mono al hombre», *Dialéctica de la naturaleza*, Akal, 1978, pp. 145-146.

¹³³ Engels: «El papel del trabajo en la transición del mono al hombre», *Dialéctica de la naturaleza*, Akal, 1978, pp. 146-147.

dirección: «la sociedad corre hacia la ruina como una locomotora cuyo maquinista fuera demasiado débil para abrir la bloqueada válvula de escape»¹³⁴. Además, Engels plantea una reflexión metodológica vital para el debate posterior sobre las relaciones entre el método dialéctico y las ciencias: la praxis humana es capaz de aprender las leyes de la naturaleza y aplicarlas en su beneficio, sobre todo en beneficio de la humanidad trabajadora explotada y que sufre un dramático deterioro de sus condiciones de vida y trabajo¹³⁵. No podemos entrar aquí al debate sobre qué poder económico-político es necesario para ello, por lo que nos limitamos a decir que Engels sí aporta la solución: la revolución socialista que, por primera vez en la historia, supere el trágico error inmedatista y utilitarista de todos los anteriores modos de producción, sobre todo el capitalista.

Antes de proseguir, debemos aclarar que esta visión es permanente en lo básico a lo largo de toda la obra conjunta de ambos amigos, como se demuestra leyendo el Manifiesto del Partido Comunista, de 1848. Ya al inicio de esta obra se deja constancia de una lección histórica de decisiva valía para el presente: tras exponer la larga y permanente lucha de clases entre explotados y explotadores, añaden: «una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna»¹³⁶. ¿Qué vigencia tiene esta lección histórica? Pensamos que toda, como expondremos en el texto. ¿Pero qué forma adquiriría el «hundimiento de las clases en pugna» en el capitalismo mundial contemporáneo? Lo iremos viendo en las páginas que siguen, pero una reflexión muy orientadora al respecto la encontramos pocas páginas más adelante:

«Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros»¹³⁷.

Estas palabras eran incomprensibles en el contexto triunfalista e industrialista de una época en la que el determinismo tecnológico absoluto prometía la inmediata instauración del reino de la felicidad, y en el que el desarrollo expansivo a ultranza, despreocupado por sus efectos a medio y largo plazo, dominaba abrumadoramente¹³⁸. Intelectuales progresistas de la burguesía pueden aceptar de palabra y de manera abstracta lo visto hasta aquí, pero son totalmente contrarios a la primera de las medidas propuestas en el Manifiesto: «Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado»¹³⁹. Salvando todas las distancias entre 1848 y *El Capital*, no hay duda de que nos encontramos ante la misma visión teórica y la misma propuesta revolucionaria: la Tierra nunca ha de ser propiedad privada.

¹³⁴ Engels: *Anti-Dühring*, Grijalbo, 1968, pp.149-150.

¹³⁵ LAB: «La salud y la vida de la clase trabajadora sigue en peligro, es necesario un cambio de modelo», 15-02-2013 www.lahaine.org

¹³⁶ Marx y Engels: *El Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, Progreso, 1978, T. I., p. 111

¹³⁷ Marx y Engels: *El Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, Progreso, 1978, T. I., p. 116

¹³⁸ M. R. Smith: «El determinismo tecnológico en la cultura de Estados Unidos», *Historia y determinismo tecnológico*, Alianza Editorial, 1996, pp. 19-51.

¹³⁹ Marx y Engels: *El Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, Progreso, 1978, T. I., p. 129.

3.2.- ¿Es ecologista *El Capital*?

La muy razonada urgencia de este proyecto revolucionario que iba tomando cuerpo conforme transcurría la segunda mitad del siglo XIX, fue olvidada o rechazada por el grueso del marxismo formado en el esquema desarrollista de la socialdemocracia, de la II Internacional. J. Martínez Alier tiene razón cuando sostiene que Marx aceptó y desarrolló:

«La interpretación de la economía como metabolismo social (para lo que Marx se inspiró en Moleschott y Liebig). Marx le escribió a Engels en 1866 que la química agraria de Liebig era más importante que todos los escritos de los economistas juntos para entender cómo funcionaba la agricultura. Debía impedirse la "ruptura metabólica" típica del capitalismo depredador (...) Los marxistas no insistieron lo bastante, a mi juicio, en que el capitalismo era un sistema ecológicamente insostenible de transformación de energía y materiales en constante crecimiento. Pero lo cierto es que Marx (estudiando las ideas de Liebig sobre el guano y la necesidad de reponer los nutrientes de la agricultura) introdujo el concepto de "ruptura metabólica". El capitalismo no reemplaza los nutrientes, erosiona los suelos y destruye tanto los recursos renovables (como la pesca y los bosques) como los no renovables (como los combustibles fósiles y otros minerales)»¹⁴⁰.

Pero otros marxistas sí se preocuparon por estas cuestiones decisivas. E. Mandel se guió por esta perspectiva histórica cuando planteó el problema del futuro de la vida en sí misma sobre el planeta: «Es absolutamente cierto que el crecimiento anárquico del capitalismo, que está dirigido a la obtención de beneficio a corto plazo, prescinde por completo de las incidencias que puede originar a largo plazo, bien porque no constituyen para la empresa privada capitalista ningún "coste" en particular, bien porque no se pueden o son difíciles de cuantificar macroeconómicamente. Y estos desarrollos a largo plazo, una vez han sobrepasado un determinado umbral, se convierten en una amenaza directa para la vida»¹⁴¹. De esta cita, interesa reseñar además de la directa referencia al peligro de la vida, también el uso del método dialéctico por parte de Mandel al decir que sobrepasado un umbral determinado el capitalismo se convierte en algo nuevo, cualitativamente destructor de la vida: es decir, vemos el accionar de las llamadas «leyes de la dialéctica» en el interior de la crisis socioecológica. Comprendemos así la interacción entre naturaleza, ciencia y lucha de clases, interacción que está en la base de lo que más adelante veremos sobre que la ecología es una «ciencia subversiva», precisamente al estudiar las relaciones entre el método dialéctico y la ciencia.

Pues bien, Mandel demuestra a continuación que esta «ciencia subversiva» no era extraña para Marx y Engels: «No debería ser extraño para los conocedores de la materia el hecho el hecho de que Marx y Engels fueron absolutamente conscientes de la amenaza que se deriva para nuestro medio natural de vida del desarrollo "salvaje", no planificado de las fuerzas productivas bajo el capitalismo y que extrajeron de ello toda una serie de consecuencias prácticas»¹⁴², y nuestro autor procede a comentar algunas citas al respecto de entre las muchas que se pueden extraer del marxismo originario. La nacionalización obrera y popular de la

¹⁴⁰ J. Martínez Alier: «Marx, el ecologismo y Correa», 22-04-2013 www.lahaine.org

¹⁴¹ Mandel: *Marxismo abierto*, Crítica, 1982, pp. 61-62.

¹⁴² Mandel: *Marxismo abierto*, Crítica, 1982, pp. 62-64.

tierra, su expropiación de manos de la burguesía, la lucha práctica por el objetivo histórico de lograr que el planeta Tierra sea sólo propiedad colectiva de las generaciones futuras, «la revolución total (...) en todo nuestro orden social contemporáneo», como propugnaba Engels, estas y otras medidas son absolutamente inaceptables por el capitalismo.

Además de Mandel y de otros marxistas, J. O'Connor hizo una aportación teórica muy sugerente y provocadora al plantar introducir la crisis ecológica como parte de la crisis económica capitalista, y por tanto como parte de la teoría marxista de la crisis, o sea, la doble contradicción del capitalismo: «El punto de partida del “marxismo ecológico” es la contradicción existente entre las relaciones de producción capitalista y las fuerzas productivas y las condiciones de producción (...) Una explicación marxista ecológica del capitalismo como sistema agobiado por las crisis se concentra en la manera en que la fuerza combinada de las relaciones de producción y las fuerzas productivas capitalistas, se autodestruyen, deteriorando o destruyendo más que reproduciendo sus propias condiciones (“condiciones” definidas en función tanto de sus dimensiones sociales como naturales)»¹⁴³.

Decimos que fue una provocadora aportación al tema porque suscitó numerosas intervenciones críticas, lo que confirmó la enorme capacidad del marxismo para analizar en profundidad esta decisiva cuestión. Así, T. Benton sostiene que la tesis de la segunda contradicción del capitalismo, su componente de destrucción de la naturaleza, nos lleva a reforzar la visión estratégica de que para avanzar en la destrucción del capital es necesaria la participación activa de todos los sujetos y colectivos afectados por la crisis ecológica¹⁴⁴. V. M. Toledo, por su parte, se muestra escéptico con algunas de las tesis de O'Connor pero sí coincide en la necesidad de relacionar su obra con el «“pensamiento ecológico” de Marx (y en especial con sus mal llamadas propuestas utópicas e idealistas)»¹⁴⁵ para desarrollar una mejor acción política mundial. Por su parte, M. A. Lebowitz plantea que en realidad la «segunda contradicción» es sólo parte de la única contradicción insuperable del capital: la crisis de realización del beneficio¹⁴⁶. Y Adriana Vlachou no entra a la crítica de la tesis de O'Connor, exponiendo la interacción permanente entre las luchas de clase y no de clase contra el capitalismo, sus efectos sobre el medio socionatural, y las repercusiones contrarias que estos tienen sobre las condiciones de vida y trabajo del pueblo, pero advirtiendo con plena razón que el capitalismo puede revertir en su beneficio expansivo algunos contenidos de la crisis ecológica originada por él mismo: todo depende de la lucha social porque se trata de «una interacción contradictoria *abierta*»¹⁴⁷ entre el capitalismo y la naturaleza.

Algo más tarde, J. R. Fabelo recurre primero al concepto de «enajenación» y luego al de «fetichismo mercantil» para explicar la paradoja de la existencia humana bajo el capitalismo, paradoja consistente en que, a nivel genérico, la persona se enfrenta a la colectividad como efecto de la división burguesa del trabajo, que se realiza a escala mundial, división que

¹⁴³ J. O'Connor: «La Segunda Contradicción del Capitalismo», *Marx Ahora*, N.º 3/1997, pp.166-167.

¹⁴⁴ T. Benton: «Introducción a : “La segunda contradicción del capitalismo” de J. O'Connor», *Marx Ahora*, N.º 3/1997, p. 156

¹⁴⁵ V. M. Toledo: «La Crisis ecológica: ¿Segunda contradicción del capitalismo?» *Marx Ahora*, N.º 3/1997, p. 183.

¹⁴⁶ M. A. Lebowitz: «El capitalismo: ¿cuántas contradicciones?», *Marx Ahora*, N.º 3/1997, pp. 184-186.

¹⁴⁷ Adriana Vlachou: «Interacción contradictoria de capitalismo y naturaleza», *Marx Ahora*, N.º 3/1997, p.

enfrenta a unos contra otros, invirtiéndose la realidad: «la explicación de esta inversión tan común en la interpretación de las relaciones mercantiles se asocia a la doble naturaleza del producto-mercancía que protagoniza esas relaciones, su escisión en cosa-útil y cosa-valor. A pesar de que las mercancías son portadoras de un cierto valor de uso, vinculado a sus propiedades utilitarias, lo determinante en su condición de mercancía y en su valor como tal es su capacidad de ser intercambiada por otra»¹⁴⁸.

J. R. Fabelo desarrolla pormenorizadamente la lógica de la expansión del imperialismo y, con ella, la creciente agudización de las contradicciones irreconciliables que enfrentan al modo de producción capitalista con la naturaleza y por tanto con la especie humana, y concluye: «No hay duda, la lógica mercantil cada vez se hace más divergente de la lógica de la vida. La racionalidad instrumental se ha tornado irracionalidad humana. El capitalismo nunca podrá salvar la miopía congénita que caracteriza al mercado: el interés al corto plazo, sin importar el costo natural y humano que su consecución presuponga. El fetiche mercantil continúa ocultando las realidades. En la mercancía que encontramos en el mercado no es fácil ver su costo social y ecológico, solo distinguiremos su muchas veces inducido y enaltecido valor de uso y su precio, como expresión este último de su abstracto valor de cambio. Pero, aun suponiendo, que la sociedad capitalista supere todo fetiche y alcance plena conciencia de lo que sucede, la solución seguirá estando en el estricto control y regulación del mercado. ¿Es esto posible en el capitalismo?»¹⁴⁹.

La respuesta es obviamente que no, que no es posible en modo alguno regular el mercado como se ha visto tras el fracaso del keynesianismo. ¿Entonces? La única alternativa es la de profundizar en la mejora de la praxis revolucionaria enriqueciendo lo que ya está teorizado en el marxismo, investigando las nuevas realidades y, a la vez, reactivando nociones fundamentales. Ig. Sabbatella y D. Tagliavini lo exponen así:

«Hemos constatado fehacientemente que el mundo natural es uno de los puntos de partida en la teoría de Marx. No obstante, en el desarrollo posterior adquiere un carácter fragmentario y secundario respecto a la contradicción fundamental del modo de producción capitalista entre capital y trabajo. Tampoco podemos desconocer cierto optimismo en relación al desarrollo de las fuerzas productivas y la inexistencia de límites naturales. Por tanto, una traducción automática de Marx a la ecología contemporánea no alienta un conocimiento e investigación sobre los nuevos problemas ecológicos. La degradación de la tierra producto del mismo sistema capitalista había sido adelantada en numerosos pasajes de su obra, pero la misma no es suficientemente esclarecedora de las consecuencias que traen aparejados el agotamiento de otros bienes naturales y la contaminación ambiental. Nuestra propuesta de trabajo se dirige, entonces, a abrir nuevos campos de investigación a partir de una concepción materialista de la naturaleza, cuyo pilar básico sea el estudio las relaciones sociales de producción y reproducción capitalistas. A tal fin, es necesario recuperar la fortaleza de la ley del valor, del fetichismo de la mercancía y del trabajo alienado»¹⁵⁰.

¹⁴⁸ J. R. Fabelo Corzo: «Capitalismo vs. vida. La actualidad del pensamiento de Marx», *Marx Ahora*, N. ° 17/2004, p. 141.

¹⁴⁹ J. R. Fabelo Corzo: «Capitalismo vs. vida. La actualidad del pensamiento de Marx», *Marx Ahora*, N. ° 17/2004, p. 149.

Estos autores están en lo cierto cuando insisten en la necesidad de volver a lo central del marxismo en lo relacionado con la crisis socioecológica, sobre todo en su referencia al fetichismo de la mercancía, cuestión poco estudiada. Abundan mucho más investigaciones sobre la relación entre el trabajo alienado y la crisis socioecológica¹⁵¹ porque, como muy bien sostiene N. Kohan, la teoría del fetichismo ha sido muy poco desarrollada a pesar de ser fundamental para la praxis revolucionaria. En el tema que ahora tratamos, el fetichismo explica por qué vemos la naturaleza no como parte de nosotros mismos, sino como una cosa externa a nosotros que tiene *per se* un valor de cambio, y que debemos mercantilizar y rentabilizar económicamente. N. Kohan tiene la razón cuando nos recuerda que Marx «adopta como ejemplo para ilustrar esta manifestación de fetichismo al capital que “genera interés”. La máxima expresión de ese fetichismo es asociada con la más alta expresión de la irracionalidad, ya que postular o creer que el capital solo, sin trabajo, genera interés, desglosa y separa los dos polos de la relación contradictoria de capital. Desvinculación que reviste un origen netamente fetichista al presuponer una forma social que por sí sola, sin contenido, tiene vida propia»¹⁵².

El fetichismo hace que creamos que la forma social capitalista tiene vida propia al margen de la naturaleza, hace que creamos que vivimos fuera de ella, que no somos «animales» en el sentido materialista dialéctico de la palabra, es decir, científico-crítico. El fetichismo nos hace creer que la naturaleza es tal cual aparece en las estanterías de los hipermercados: carne empaquetada en plástico, hortalizas envueltas en papel, leche en tetrabrik, zumos con vitaminas añadidas, etc. Una forma más destructora del fetichismo de la naturaleza es la que se plasma en las mercancías inorgánicas, pero que también proceden de la naturaleza y son parte suya, porque en este caso la naturaleza, reducida sólo a lo orgánico, ha desaparecido por completo de la mente fetichizada que sólo ve mercancías inorgánicas. Por último, el colmo es el “fetichismo de la subjetividad”¹⁵³, que se plasma sobre todo en el consumismo como materialización absorbente y absoluta de la vida social. El fetichismo de la subjetividad, inseparable del consumismo separado totalmente de la naturaleza como objetividad, se sostiene también en lo que C. Pandolfi definió como: “El discreto encanto del poder consumista”¹⁵⁴.

Un ejemplo brillante del fetichismo de la subjetividad en plena obcecación consumista lo tenemos en el proceso de aparición, desarrollo y expansión mundial del imperialismo yanqui en sus cuatro fases ideológicas sucesivas sintetizadas en los eslóganes siguientes: América para los americanos; Doctrina del destino manifiesto; Modo de vida norteamericano, y Siglo americano, todos los cuales se unen en el “formidable mito movilizador del destino manifiesto”¹⁵⁵. La subjetividad consumista elevada al rango de fetiche dictatorial está en la base ideológica y propagandística del expansionismo yanqui, revalorizada actualmente por la Administración Obama. De cualquier modo, tanto el fetichismo de la subjetividad como el

¹⁵⁰ I. Sabbatella y D. Tagliavini: «Marxismo Ecológico: Elementos fundamentales de la crítica de la economía política-ecológica», *Herramienta*, N. ° 47, Julio 2011

¹⁵¹ J. Zin: «Gorz, un pionero de la ecología política» www.ecologiapolitica.org

¹⁵² N. Kohan: *Nuestro Marx*, Caracas, 2011, p. 664

¹⁵³ M. Korstanje: *Vida de consumo en Zygmunt Bauman*, *Nómadas Rev. Crit. Ciencias Sociales* 20(2008.4)

¹⁵⁴ C. Pandolfi: “El discreto encanto del poder consumista”, 20-04-2008 www.marxismo.org

¹⁵⁵ 22-01-2013 www.elmundo.es

poder consumista dependen de las leyes tendenciales del modo de producción capitalista. Son estas leyes tendenciales las que explican no sólo por qué todas las potencias colonialistas e imperialistas desde el siglo XVII en adelante han generado ideologías justificatorias de sus invasiones crecientemente relacionadas con el fetichismo de la naturaleza, sino por qué el capital necesita recurrir, entre otras, a la llamada “solución espacial” que luego analizaremos, para intentar salir de la crisis.

3.3.- ¿Qué es el capital financiero y ficticio?

Ahora debemos proseguir nuestra investigación sobre la valía de *El Capital* siguiendo la estela marcada por las citas arriba transcritas, las que muestran tanto la unidad entre fetichismo y capital financiero, como la necesidad de recuperar el poder revolucionario de la teoría marxista en su esencia: la ley del valor-trabajo, el fetichismo de la mercancía y la alienación del trabajo, dentro de la totalidad de la lucha de clases vista desde la lectura política de *El Capital*. La importancia que dan estos y otros autores al nudo gordiano del marxismo viene reforzada por la tendencia al incremento del poder socioeconómico del capital-ficticio en el imperialismo actual.

Marx sabía que el capital comercial y el capital a interés son «las dos formas más antiguas» de capital¹⁵⁶. El capital a interés terminó siendo imprescindible para la expansión del capital comercial, de modo que: «En ciudades como Atenas se concentraban funciones comerciales y financieras de modo muy similar a lo que pasaría en Amberes, Ámsterdam, Londres y Nueva York en épocas posteriores. La banca, los seguros, las sociedades de capital y otra serie de instituciones económicas que asociamos a épocas posteriores existían ya en embrión en la Grecia clásica, hundiéndose sus raíces de hecho en la antigua Babilonia»¹⁵⁷. En los albores del capitalismo, una de las primeras referencias directas al poder de las finanzas sobre la política, aparece en un poema alemán del siglo XIII, al referirse a la «cuarta clase», la de los «usureros»¹⁵⁸ que gobierna a las tres restantes; su influencia se hizo irresistible durante el tránsito del siglo XV al XVI¹⁵⁹ y desde entonces el capital-ficticio ha ido adquiriendo importancia. Ya en el siglo XVI, la política tributaria era imprescindible para sostener el gasto militar que suponía entre el 70 y el 90 por 100 de los ingresos fiscales¹⁶⁰ de la mayoría de los grandes Estados de la época.

La política fiscal ha sido decisiva para la expansión imperialista tecnocientífica y militar, y para la concepción oficial de la salud y de la ciencia¹⁶¹. El Estado emergente, gracias a los recursos fiscales, entre otros, logró el «encauzamiento»¹⁶² de la violencia medieval hacia la burguesa, anulando la potencialidad revolucionaria de las masas. Inserta en esta dinámica, la fiscalidad ha sido causa de conflictos sociales y el control de la Hacienda Real fue uno de los detonantes fundamentales de las revoluciones burguesas. La historia del gasto social,

¹⁵⁶ Marx: *El Capital*. FCE 1973, Libro III. Pág.: 568.

¹⁵⁷ R. Cameron: *Historia económica mundial*, Alianza Universidad, 1995, p. 59.

¹⁵⁸ P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, 1980, p. 115

¹⁵⁹ E. Mandel: *El poder y el dinero*, Siglo XXI, 1992, p.274

¹⁶⁰ J. R. McNeill y W. H. McNeill: *Las redes humanas*, Crítica 2004. p.217

¹⁶¹ D. R. Headrick, *El poder y el imperio*, Crítica, 2011, pp. 213-239.

¹⁶² R. Muchembled *Una historia de la violencia*, Paidós, 2010. pp. 201-299.

inseparable de la política tributaria, ha girado y gira sobre las pugnas entre las clases trabajadoras, la pequeña burguesía, la gran burguesía, y el Estado y los gobiernos¹⁶³. Los cuatro componentes básicos de todo Estado, política económica, identitaria, territorial y defensiva, están internamente conectados con la política fiscal y con la lucha de clases por su control. Los cuatro son desarrollos posteriores de lo que A. D. Smith definió como la base elemental de las «instituciones de un reino»: «especificidad cultural y contigüidad territorial»¹⁶⁴ al estudiar la Antigüedad.

El debate en la UE sobre la «armonización fiscal»¹⁶⁵ es una repetición en las condiciones actuales de los clásicos enfrentamientos político-económicos sobre el mismo problema, bajo las presiones del capital financiero en apuros, que se repiten en las sucesivas reordenaciones de la hegemonía capitalista. También podemos extender este análisis a la política de exigencias del colonialismo internacional, empezando por el británico, desde la segunda mitad del siglo XIX. Las deudas estatales eran, como vemos, excusas para que los imperialismos exigieran cesiones del poder económico-político de los Estados endeudados, hasta convertirlos en «verdaderas semicolonias de las grandes potencias industriales»¹⁶⁶. Aquí debemos recordar los casos de tres imperios fundamentales en el pasado, el ruso, el turco y el chino, apresados por la deuda externa que el colonialismo utilizaba a finales del siglo XIX como «arma de dominación», según E. Toussaint:

«La utilización de la deuda externa como arma de dominación ha jugado un rol fundamental en la política de las principales potencias capitalistas a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX en relación con aquellas potencias de segundo orden que habrían podido pretender acceder al rol de potencias capitalistas. El imperio ruso, el imperio otomano y China solicitaron capitales internacionales para acentuar su desarrollo capitalista. Estos Estados se endeudaron fuertemente bajo la forma de emisión de bonos públicos con préstamos en los mercados financieros de las principales potencias industriales. En el caso del imperio otomano y de China, las dificultades encontradas para reembolsar las deudas contraídas los pusieron progresivamente bajo la tutela extranjera. Las cajas de deuda son creadas, gestionadas por funcionarios europeos. Estos últimos mandaban sobre los recursos del Estado a fin de que cumpliera con los compromisos internacionales. La pérdida de su soberanía financiera condujo al imperio otomano y China a negociar el reembolso de sus deudas contra concesiones de instalaciones portuarias, líneas de ferrocarriles o enclaves comerciales. Rusia, amenazada por la misma suerte, utilizará otro camino tras la revolución de 1917, repudiando todas las deudas externas consideradas como odiosas»¹⁶⁷.

Las grandes potencias impusieron condiciones draconianas a los tres exhaustos imperios. Esta fría lógica duramente impositora se refuerza en los períodos de crisis cuando la autonomía del Estado se amplía abiertamente para proteger los intereses de la fracción burguesa dominante, la financiera, regalando desquiciantes masas de capital público al «capital

¹⁶³ A. de Swaan: *A cargo del Estado*, Edic. Pomares. 1992 pp. 179-254

¹⁶⁴ A. D. Smith *Las teorías del nacionalismo*, Península 1976, p. 228..

¹⁶⁵ R. Poch: *Merkel y Sarkozy forzarán un atajo para acelerar la unión fiscal* 27-11-2011 www.rebellion.org

¹⁶⁶ S. Guerra Vilaboy: *Brebe historia de América Latina*, Ciencias Sociales. La Habana 2006, p. 182

¹⁶⁷ E. Toussaint: *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*. Ciencias Sociales. 2003, p. 97.

ficticio»¹⁶⁸, sin apenas contrapartidas ni control sobre qué se va a hacer con ese dinero público, que en parte va a los paraísos fiscales que en la actualidad acaparan nada menos que un tercio¹⁶⁹ del PIB mundial.

Tras este rápido repaso, debemos saber que sobre el capital-ficticio, sobre el papel del crédito en la expansión neoliberal tenemos entre otras muchas aportaciones, la muy actual en el Libro I de calificar a los grandes bancos nacionales como «sociedades de especuladores privados que cooperaban con los gobiernos y que, gracias a los privilegios que estos les otorgaban, estaban en condiciones de adelantarles dinero»¹⁷⁰. Obviando los cambios de forma habidos desde entonces, todas las crisis posteriores y sobre todo la desatada en 2007 ha demostrado lo acertado de esta crítica de Marx. También tenemos los análisis básicos del inicio del Libro II de *El Capital* sobre el ciclo del capital-dinero, en el que muy acertadamente Marx insiste entre otras muchas cosas en el papel decisivo del capital industrial y en el secundario del capital-dinero y el capital-mercancías¹⁷¹, o la necesidad de la acumulación ampliada, de la «valorización del valor del capital desembolsado»¹⁷².

Marx insiste en la prioridad del capital productivo, industrial, porque solamente este crea valor, y en todo lo relacionado con el auge del capital-ficticio, del capital financiero en general, siempre aparecen ideólogos que aseguran que, por fin, el capitalismo ha cambiado cualitativamente, que la fábrica ya no es el centro del sistema sino que este ha pasado a ser la Bolsa y en general el ciberespacio en el que se intercambian decenas de miles de billones de euros ficticios y huecos, vacíos. La crítica marxista del capital-ficticio, en cuanto «el corazón de las tinieblas», es aún más radical: «El mecanismo privilegiado de la especulación capitalista siempre se basa en la creación fraudulenta de capital ficticio e invariablemente se manifiesta como una forma de fetichización y enajenación del capital que devenga interés (...) la fetichización del interés hace aparecer a éste como un plusvalor que arroja el capital en sí y para sí, sin emplearlo productivamente»¹⁷³.

Existe una forma radicalmente directa y simple de explicar la crítica marxista del capital ficticio, intentar responder a la pregunta planteada por M. Husson: «¿Enriquecerse mientras se duerme?». El autor demuestra detalladamente que eso es imposible de cualquier modo, y que, al despertarse del bello sueño: «La vuelta a la realidad remite, al final de cuentas, a la explotación de los trabajadores, que es el verdadero “fundamento” de la bolsa»¹⁷⁴.

3.4.- ¿Salvavidas ficticio?

¹⁶⁸ F. Chesnais, «La preeminencia de las finanzas en el seno del “capital general”, el capital ficticio y el movimiento contemporáneo de mundialización del capital», *Las finanzas capitalistas*. Herramienta 2009, pp. 84-150

¹⁶⁹ 19-01-2013 www.eleconomista.es

¹⁷⁰ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 642. .

¹⁷¹ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro II, p. 51.

¹⁷² Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro II, p. 71.

¹⁷³ J. L. Berterretche: «Derivados del crédito: el corazón de las tinieblas», 27-03-2013 www.rebellion.org

¹⁷⁴ M. Husson: «Finanzas, hipercompetencia y reproducción del capital», *Las finanzas capitalistas*,

Herramienta, 2009, p. 257.

Llegados a este punto, podemos volver a A. Jappe, que ha planteado una interrogante que está implícita en la teoría marxiana de la crisis: ¿y si financiarización extrema no ha sido sino una alternativa desesperada del capitalismo para prolongar su supervivencia? Este autor sostiene que fue tras los atolladeros crecientes que emergieron en la década de 1960 cuando se crearon las condiciones para el contraataque mundial capitalista: «Fue en este momento cuando el “capital ficticio”, como lo llamaba Marx, levantó el vuelo. El abandono de la convertibilidad del dólar en oro en 1971 eliminó la última válvula de seguridad, el último anclaje en la economía real. El crédito no es otra cosa que una anticipación de las ganancias futuras previstas. Pero cuando la producción de valor, y en consecuencia de plusvalía en la economía real se estanca (...) sólo las finanzas permiten a los propietarios de capital extraer beneficios que ahora son imposibles de obtener en la economía real»¹⁷⁵.

Como hemos dicho, no se trata de una idea nueva, ya que, sin retroceder mucho en el tiempo hasta el propio Marx si hiciese falta, fue desarrollado por Arrighi pero desde su perspectiva de los ciclos de acumulación y del capital-mundo, en la que no podemos extendernos ahora¹⁷⁶. A. Jappe tiene razón cuando, después de lo leído, critica a mucha izquierda por darse cuenta de la realidad de fondo, es decir, del papel del capital-ficticio, mientras que esta izquierda ha reducido el problema a una visión muy esquemática de la financiarización neoliberal¹⁷⁷. De entre los muchos ejemplos disponibles que avalan la crítica de A. Jappe tenemos el de la superficialidad de S. Strange, autora que popularizó la tesis del «dinero loco» y del «*casino capitalism*»¹⁷⁸ como el responsable de las tensiones crecientes que minan el capitalismo mundial desde hace un tercio de siglo; o la también popular «doctrina del shock», y del «capitalismo del desastre», cierta en su forma sociopolítica y económica, pero muy limitada y reformista¹⁷⁹ en la comprensión última de la dialéctica del capital.

Aunque no merece la pena que nos extendamos en la crítica del reformismo explícito tan divulgado por la industria político-mediática, como fue el caso de la superficialidad de U. Beck¹⁸⁰, inherente al grueso de las tesis sobre la «globalización financiera» que no profundizan en la función última del capital-ficticio, sí debemos referirnos a uno de los más recientes esfuerzos por explicar la crisis sin citar explícitamente el papel del capital-ficticio y sin referirse al cuerpo teórico marxista. Nos referimos a las tesis de R. Duncan que sostiene la existencia de algo que denomina como «creditismo»¹⁸¹, que vendría a ser la financiarización exacerbada a partir de 1971 y sobre todo de 1980 en adelante. Según el autor, el «creditismo», que necesita del Estado para ser aplicado, puede salvar el sistema capitalista si es aplicado racional y planificadamente a las biotecnologías, nanotecnologías, energías alternativas no contaminantes, etc., abriendo una nueva fase expansiva.

La experiencia histórica muestra que la burguesía recurre a la financiarización creciente en la medida en que se acelera la caída de beneficios en el sector industrial, y sobre todo en la medida en que, por un lado, se agudiza la crisis y, por otro lado y relacionado frecuentemente con la crisis, se multiplican los gastos estatales y sobre todo militares: «El divorcio entre la realidad económica y su traducción en términos financieros, entre el capital real y el capital ficticio, es

¹⁷⁵ A. Jappe, *Crédito a muerte*, Pepitas de calabaza, ed. 2011, pp. 113-114.

¹⁷⁶ G. Arrighi, *El largo siglo XX*, Akal, 1999, pp. 391-429.

¹⁷⁷ A. Jappe, *Crédito a muerte*, Pepitas de calabaza, ed. 2011, p. 114.

¹⁷⁸ S. Strange, *Dinero loco*, Paidós 1999, pp. 13-34.

¹⁷⁹ N. Klein, *La doctrina del shock*, Paidós, 2007, pp. 577-605.

¹⁸⁰ U. Beck, *¿Qué es la globalización?* Paidós, 1998, pp. 182-220.

¹⁸¹ R. Duncan, «¿Una nueva depresión mundial?», *New Left Review*, nº. 77, nov/dic 2012, pp. 5-30

una característica permanente del capitalismo, que alcanza su paroxismo en las crisis y en las guerras. Esta separación entre capital real y capital ficticio se manifiesta en la existencia de un mercado específico de las finanzas, distinto del mercado en el que se transan las mercancías reales»¹⁸². Y más concretamente:

«Gracias al crédito, la producción capitalista parece capaz de superar sus límites. Transgrediendo él mismo su función natural de financiamiento de las actividades industriales y comerciales, el crédito se despliega en una actividad autónoma de la esfera financiera en la que el dinero parece hacer dinero sin relación con el proceso real de producción de valores. La esfera financiera, ampliamente artificial, es por ello el lugar propicio para la especulación, para la manipulación y el fraude, el lugar en el que los “iniciados” se esfuerzan en influir en las fluctuaciones de los calores y títulos y obtener una ganancia con ello. Las transacciones bursátiles que se hacen sobre las acciones de una empresa pueden producir un rendimiento financiero superior al que esa misma empresa obtiene en la esfera real por la fabricación y la venta de sus mercancías. Es normal que la esfera financiera, autónoma respecto a la economía real en la medida en que los títulos financieros se intercambian en un mercado específico que tiene sus propias leyes, pueda dar lugar, por ejemplo, a una elevación de las cotizaciones bursátiles en un momento particular en el que sin embargo la economía se encuentra estancada. Pero esta autonomía, por real que sea, sólo puede ser relativa. Si bien la liberación respecto a la ley del valor es posible durante cierto tiempo, ella no puede prolongarse de manera permanente. Tarde o temprano, la evolución financiera que parece alimentarse de sí misma debe sufrir el choque de los datos reales de la economía. La afirmación de la ley del valor a través de la crisis puede ser aplazada; no puede ser evitada»¹⁸³.

Las sucesivas crisis financieras parciales que iban estallando con más virulencia cada vez en las dos últimas décadas, confluyeron en la gran crisis desatada en 2007, produciéndose una sinergia, un salto cualitativo, que está abriendo una fase nueva en el imperialismo, fase que ha demostrado que el capital no puede evitar la afirmación práctica de la ley del valor. En el tema que ahora tratamos, este salto, por una parte, ha destrozado todos los dogmas y no sólo el de la primacía definitiva del capital financiero, sino que también., por ejemplo, el del citado arriba de que la «economía verde»¹⁸⁴, supuestamente destinada a resolver definitivamente el problema energético, dogma propagandista que ha estallado al verse, como hemos citado, que el consumo de crudo va a seguir creciendo a la vez que se ha estancado el consumo de la «energía verde». Por otra parte, este salto sinérgico ha confirmado lo básico del marxismo, y muy en concreto, además de otras cosas, también y en especial la que ahora desquicia a los ideólogos burgueses: el antagonismo irreconciliable entre su civilización en la vida en la Tierra. Pues bien, esta doble lección, la del fracaso burgués y la de la re-valoración del marxismo, se materializa mediante la ley dialéctica de la unidad y lucha de contrarios irreconciliables formados por la necesidad imperiosa del capital de explotar y saquear a los pueblos, y por la negativa de estos a serlo. La pujanza irracional alcanzada por el capital financiero, y dentro de este del ficticio, ya advertida por Marx¹⁸⁵, no hace sino azuzar esta lucha a muerte entre la humanidad trabajadora y el imperialismo.

¹⁸² L. Gill, *Fundamentos y límites del capitalismo*, Trotta, 2002, p. 582.

¹⁸³ L. Gill, *Fundamentos y límites del capitalismo*, Trotta, 2002, p. 585.

¹⁸⁴ Silvia Riveiro: «Economía verde o economía fúnebre», 17-04-2012 www.lahaine.org

3.5.- ¿Hacia la sexta extinción?

La ONU, la FAO, recomiendan que se produzcan en masas insectos, escarabajos y gusanos comestibles¹⁸⁶ como alternativa viable y efectiva al creciente problema alimentario que azota a la humanidad por efecto de la crisis socioecológica. Este informe concuerda con las advertencias científicas sobre la crítica situación de la naturaleza, y confirma la tesis de que seguir con el sistema agrario actual «es un suicidio colectivo»¹⁸⁷ Aunque desde una perspectiva totalmente reformista, F. Jiménez hace una brillante exposición cuantitativa del desarrollo de la sexta extinción, pero obnubilado por el fetichismo es incapaz de describirla cualitativamente, es decir, llegar a su raíz social y, desde ella, proponer la única alternativa científico-crítica para evitarla, la revolución socialista. El autor se queda atrapado en la tríada reformista de las «tres erres»¹⁸⁸: reducir, reutilizar, reciclar, pero sin hablar de su síntesis dialéctica, la «cuarta erre»: revolucionar el orden existente.

La cortedad reformista impide comprender la gravedad extrema de las contradicciones capitalistas que nos encaminan hacia a la sexta extinción¹⁸⁹. Desde una perspectiva exclusivamente conservacionista, los datos disponibles son extremadamente alarmantes¹⁹⁰. Según otra investigación: «Se estima que en los últimos 500 años, por lo menos 80 especies de mamíferos se han extinguido, de un total de 5.570 especies. Según la investigación, para la cual se han estudiado fósiles de hasta 65 millones de años, la Tierra ha perdido menos de dos especies de mamíferos cada millón de años, bastante menos que el ritmo de extinción actual de ¡un mamífero cada seis años!»¹⁹¹.

La ONU alertó en verano de 2012 sobre «cambio sin precedentes»¹⁹² que se está produciendo en la naturaleza, cambios que se están desarrollando con la rapidez, interacción y efectos devastadores desconocidos desde la extinción de los dinosaurios, y que se están acelerando tras la «crisis financiera iniciada en 2008», coincidiendo con las advertencias del congreso «Planeta bajo presión» en el que más de 3000 científicos demostraron que la década de 2011-2020 será decisiva en los esfuerzos por contener la catástrofe y revertirla en la medida de lo posible¹⁹³. Por ejemplo, el decisivo problema del agua potable, que escasea cada vez más. Si bien el planeta Tierra es azul porque está compuesto de 71% de agua, sin embargo, sólo el 2.5% de esa agua es dulce. Y del total del agua dulce, sólo el 0.4% se encuentra en la superficie en estado líquido. El resto está en los glaciales y el subsuelo¹⁹⁴. En la actualidad, la

¹⁸⁵ C. A. Aguirre Rojas: «Las revueltas populares de 2011 en perspectiva histórica», 09-12-2012

www.rebellion.org

¹⁸⁶ 13-05-2013 www.elpais.com

¹⁸⁷ M^a. J. Espeso Pobes: «El actual modelo agrario es un suicidio colectivo», 16-03-2012

www.diagonalperiodico.net

¹⁸⁸ F. Jiménez López: *La sexta extinción*, Planeta, 2008, pp. 289-300.

¹⁸⁹ «Camino de la sexta extinción» 09-2012 www.ecointeligencia.com

¹⁹⁰ «¿Se viene la sexta extinción masiva?» 09-06-2012 www.bolpress.com

¹⁹¹ 02-03-2011 www.elmundo.es

¹⁹² 16-06-2012 www.elpais.com

¹⁹³ 30-03-2012 www.rebellion.org

¹⁹⁴ O. Itzamná: «Ya no hay agua para todos», 23-03.2011 www.rebellion.org.

«crisis hídrica» golpea ya a entre 1.200 y 1.700 millones de personas, y esa cantidad va en aumento porque el modelo productivo capitalista es inseparable del consumo creciente de agua: fabricar un pantalón vaquero exige nada menos que 10.000 litros del líquido vital¹⁹⁵. La carencia de agua potable se agudizará debido al cambio climático que se estima ya como «imparable» con unos costos socioeconómicos estimados en el 3,5% del PIB mundial actual¹⁹⁶. El año de 2012 fue el noveno más caluroso desde 1880¹⁹⁷. Los glaciares y las masas de agua polar se deshielan a una velocidad tal que el aumento de los mares es un 60% más rápido que lo anticipado por la ONU¹⁹⁸.

La burguesía, siempre ávida de más beneficios, descontextualiza y despolitiza esta realidad, y propone como única alternativa la privatización del líquido vital: «Un claro ejemplo es la declaración vertida a mediados de 2012 por parte del presidente del emporio corporativo Nestlé, Peter Brabeck-Letmathe, quien asevera la necesidad de privatizar el agua. Alega, envuelto en un discurso ecologista, la necesidad de racionalizar el uso del líquido vital, asegurando 5 litros de agua para beber y 25 para uso doméstico a cada ser humano, pero a partir de ese margen, vender a precio de mercado lo consumido. Brabeck-Letmathe no ve como un derecho humano el agua, ve en ella una mercancía lista para vender. No por nada, el comercio de agua embotellada representa el 8% de las utilidades netas, en una corporación con ventas registradas en 2012 de 9.2 billones de francos suizos»¹⁹⁹. Una cínica declaración de la ultraconservadora Carmen Aguirre sobre la privatización del agua de Madrid sintetiza toda la visión burguesa al respecto, desde su odio a los derechos humanos elementales hasta la su defensa del derecho capitalista al máximo beneficio a cualquier precio: «Será una inversión rentable porque todo el mundo bebe agua»²⁰⁰.

La gravedad de la crisis hídrica hace que, además de los bloques imperialistas, también los grupos reformistas se movilizan para frenar la concienciación revolucionaria mundial, como se comprueba leyendo el especial de El País²⁰¹ del domingo 14 de abril. El reformismo sabe que el problema del agua es parte del problema de la tierra y viceversa, que la propiedad socialista o burguesa del agua es inseparable de la propiedad socialista o burguesa de la tierra, y por esto mismo dedica tanto esfuerzo para desactivar esta contradicción irreconciliable. Dos investigadoras de alta calidad, como [Jennifer Franco y Silvia Kay](#), han demostrado en su extenso y profundo texto no sólo esta unidad dialéctico-natural entre el agua y la tierra, y por tanto el problema de la propiedad, sino también y sobre todo el contenido opresor y explotador, expropiador masivo, que caracteriza al acaparamiento mundial²⁰² del agua por parte del imperialismo. Una privatización acaparadora que destruye el elemental derecho

¹⁹⁵ S. Leahy: «La crisis del agua lo afecta todo», 24-03-2013 www.rebellion.org

¹⁹⁶ 13-12-2012 www.publico.es

¹⁹⁷ 16-01-2013 www.publico.es

¹⁹⁸ S. Ferrari: «El aumento de los mares supera todas las previsiones de las Naciones Unidas», 29-11-2012 www.rebellion.org

¹⁹⁹ M. A. Ramírez: «Recursos hídricos y deshumanización capitalista», 24-04-2013 www.rebellion.org

²⁰⁰ 29-02-2012 www.eleconomista.es

²⁰¹ T. Ferrer: «Presente y futuro(s) del agua potable», 14-04-2013 www.elpais.com

²⁰² [J. Franco y S. Kay](#): «Guía básica sobre el acaparamiento mundial de aguas», 04-11-2012 www.rebellion.org

humano a la vida, que se ampara en las ambigüedades y vacíos²⁰³ de la Declaración Universal de DD.HH de 1948, y actualiza precisamente la teoría marxista del derecho presente *in nuce* en *El Capital*, por ejemplo, cuando explica la dialéctica entre Estado, economía, violencia y desarrollo social²⁰⁴, dialéctica de la que huye el derecho burgués; además de en otras obras especialmente cuando se plantea la herejía incomprensible para el derecho burgués de que el derecho debe ser desigual²⁰⁵, afirmación crucial para entender el debate estratégico actual sobre el derecho a la vida de la humanidad explotada.

El derecho marxista, y la axiología y la ética indisolublemente unida a él, que gira alrededor del antagonismo mortal entre valor de uso y valor, y la necesidad de superar históricamente la ley del valor-trabajo²⁰⁶, nos lleva directamente a la pregunta básica ¿Quién tiene que pagar las consecuencias, los costos, de la irracionalidad capitalista? Según un conocido diario de derechas: «El llamado “cambio climático” supone ya un sobrecosto del PIB mundial El estudio, solicitado por una veintena de gobiernos, aporta datos precisos: el calentamiento global o la contaminación provocada por el carbono provoca costes que suponen el 3,2% del PIB mundial; o no actuar sobre el cambio climática cuesta a la economía mundial el 1,6% de su PIB. Por supuesto también aporta el lado más dramático que provoca el cambio climático y el uso intensivo del carbono: cinco millones de muertes cada año, de las que 400.000 son debidas al hambre y las enfermedades transmisibles agravadas por el cambio climático y 4,5 millones de muertes vinculadas a la economía del carbono, especialmente a la contaminación atmosférica. El lado positivo es que afrontar e intentar solucionar este problema traería importantes beneficios económicos, tanto para economías grandes como para naciones más pobres»²⁰⁷.

3.6.- ¿Crisis alimentaria o hambrunas provocadas?

Desde la perspectiva marxista de la unidad social y natural de la especie humana mediatizada por el trabajo, que es el secreto de la antropogenia²⁰⁸, posteriormente mediatizada también por la dialéctica entre la obtención de exoenergía, la violencia y la salud²⁰⁹ desde esta perspectiva materialista dialéctica, la crisis socioecológica tiene entre otros un componente doble, de un lado, reaparición y crecimiento de las hambrunas, falsamente denominada «crisis alimentaria», y unido a ella pero que debemos analizar en concreto, crisis provocada de la industria de la salud humana. En aras del científico-crítico, debemos desechar el eufemismo de «crisis alimentaria» para llamar a la realidad por su nombre: hambrunas provocadas por el capital. M. Freytag tiene toda la razón cuando denuncia el enriquecimiento con el «comercio del hambre»:

«Los recursos esenciales para la supervivencia están supeditados a la lógica de rentabilidad capitalista de un puñado de corporaciones trasnacionales (con capacidad informática, financiera y tecnológica) que los controlan a nivel global, y con protección militar-nuclear de EEUU y las superpotencias (...) Según analistas especializados de

²⁰³ R. Bissio: «El derecho humano al agua», 27-07-2010 www.kaosenlared.net

²⁰⁴ Marx: *El Capital*, FCE 1973, Libro I, pp. 638-639

²⁰⁵ Marx: *Crítica del Programa de Gotha*, Obras Completas, Progreso, 1978, T. III. Pp. 14-16.

²⁰⁶ W. Ash: *Marxismo y moral*, Era, 1969, pp. 15-91

²⁰⁷ 26-09-2012 www.elmundo.es

²⁰⁸ M. E. Niésturj: *El origen del hombre*, Mir, 1979, pp. 142-182

²⁰⁹ J. Diamonf: *Armas, gérmenes y acero*, Debolsillo, 2010, pp. 515-532.

Wall Street, un 60% del precio del petróleo crudo y de las materias primas alimentarias tiene como causal a la especulación en futuros no regulada, de fondos precisamente autodenominados "especulativos", bancos y grupos financieros que utilizan las bolsas de futuros ICE de Londres y NYMEX de Nueva York y el comercio inter-bancos (...) Despojados de su condición de "bien social" de supervivencia, esos recursos se convierten en mercancía capitalista con un valor fijado por la especulación en el mercado, y los precios no se fijan sólo por la demanda del consumo masivo, sino básicamente por la demanda especulativa en los mercados financieros y agroenergéticos. Por lo tanto, no hay "crisis alimentaria" (como sostienen la FAO, la ONU, el Banco Mundial, y las organizaciones del capitalismo como el G-8) sino un incremento de la hambruna mundial por la especulación financiera y la búsqueda de rentabilidad capitalista con el precio del petróleo y los alimentos.»²¹⁰.

Las hambrunas y la industrialización y privatización de la salud, o «crisis sanitaria», son inseparables de las exigencias del capital financiero-industrial agroalimentario y energético. Sobre las hambrunas hay que decir que en el siglo XIX se inventaron en los EEUU los «mercados de futuro» que compraban por adelantado las cosechas del futuro a los campesinos; a finales del siglo XX la ingeniería financiera, los «derivados» de todas clases, la especulación muy rentable pero de alto riesgo, etc., se lanzó sobre los mercados de futuro de productos alimentarios: «La invitación a especular es irresistible. Si el precio de una tonelada de maíz es de 100 dólares hoy, pero el doble en un contrato a futuro de tres meses, la tentación de postergar la venta y esperar al mejor rendimiento, termina afectando la oferta presente (los granjeros se abstienen de vender ahora) y el precio del producto. Según el WMD, en el corazón de la especulación se encuentran grandes nombres de la banca como Goldman Sachs, Morgan Stanley, Barclays, Citibank, Deutsche Bank, HSBC y JP Morgan. Este poder de fuego de los grandes fondos financieros se ha exacerbado con la crisis económica mundial»²¹¹.

La responsabilidad del capital financiero en la falsamente llamada «crisis alimentaria» no escapa a nadie: «En sólo cinco años, las posiciones de los fondos en el mercado de materias primas pasó de 13.000 a 317.000 millones de dólares y los precios medios del trigo, el maíz y el arroz prácticamente se triplicaron»²¹², del mismo modo que ya es innegable la responsabilidad de los fondos de pensiones en esta crisis global al lanzarse a comprar tierras en países y Estados empobrecidos para explotarlas en beneficio imperialista: « se calcula que los fondos de pensiones manejan los 23 billones de dólares en activos, de los que 100.000 millones de dólares están invertidos en mercancías perecederas y entre 5.000 y 15.000 millones se han destinado a la compra de tierras de cultivo. Para el año 2015, se calcula que se duplicará la inversión de los fondos de pensiones en la adquisición de suelo de cultivo (...) los fondos de pensiones han visto «una mina de oro» para hacer dinero a costa de la agricultura para los próximos años. Barclays Capital reconoce, en diez años se ha pasado de 4.300 millones a 232.000 millones de euros invertidos en fondos institucionales de mercancías, aunque hasta 72.700 millones son de alto riesgo»²¹³.

²¹⁰ M. Freytas: «Transnacionales y agronegocios: Peligro de una nueva catástrofe alimentaria», 03-04-2011 www.rebellion.org

²¹¹ 03-10-2012 www.rebellion.org

²¹² C. E. Bayo: «Goldman Sachs se forra provocando hambrunas» 24-11-2011 www.kaosenlared.net

Y hasta la FAO²¹⁴ reconoce la responsabilidad de las transnacionales agroalimentarias en esta situación inhumana que se ha convertido en un negocio en el que el capital financiero está invirtiendo masas ingentes para, sobre todo, privatizar la tierra: «...el último eslabón por controlar»²¹⁵, además de otras pocas como Nestlé, etc. Transnacionales que básicamente son cuatro: ADM, Bunge, Cargill y Dreyfus²¹⁶. Pero, aun siendo cierto todo lo anterior, nuestro estudio crítico quedaría cojo si no descubriéramos la dialéctica entre la crisis socioecológica, el capitalismo y la opresión de las naciones mediante la crisis alimentaria y el uso del hambre real o potencial como instrumento de sometimiento: «La raíz del problema agroalimentario no sólo está en la extensión universal de las relaciones de explotación entre el capital y el trabajo sino también en la imposición de unas relaciones internacionales de dependencia y explotación de unos países sobre otros»²¹⁷, lo que nos lleva a la urgente conquista de la soberanía alimentaria, inseparable de la soberanía sanitaria, es decir, de la independencia socialista de los pueblos en un contenido de internacionalismo proletario, tema en el que no podemos avanzar ahora.

3.7.- ¿Tasa de beneficio o salud?

Recordemos las últimas palabras sobre que la tierra es el último eslabón por controlar porque el problema es más grave, ya que no se trata sólo de la industria agroalimentaria y del capital financiero que invierte en ella, sino, básicamente dicho, de la supervivencia del capitalismo en cuanto modo de producción. Pero antes de llegar a este punto crítico, debemos exponer siquiera lo elemental de la privatización de la salud. B. Gómez nos explica que:

«Según hemos sabido estos días atrás, la farmacéutica Roche, argumentando la deuda que se le debe, deja de suministrar medicinas a hospitales griegos y da un aviso al estado español. Como si de una familia más de la camorra se tratara, una empresa de producción y suministro de un bien de primera necesidad como el medicamento, con todos los matices y críticas que se le pueda hacer a la medicina convencional basada en el mismo, se cree con el suficiente poder sobre los estados y las gentes como para cortar el suministro de medicinas (...) La industria farmacéutica es hoy día, según el informe de desarrollo de la ONU, el tercer sector económico a nivel mundial tras la armamentística y el narcotráfico. Si bien no se puede meter en el mismo saco a todas las empresas del sector, estamos hablando de una industria muy cuestionada por sus presiones y malas artes de cara a mantener el nivel de beneficio, punta de un gran iceberg de corrupción que destapa la perversidad del actual orden de cosas que deja en sus manos buena parte de las posibilidades de sanar a millones de personas en el planeta»²¹⁸.

²¹³ J. Basterra: «Los fondos de pensiones acaparan la compra de la tierra agrícola para especular», 2011ko azaroaren 1a www.gara.net

²¹⁴ 24-01-2012 www.kaosenlared.net

²¹⁵ V. Boix: «El gran negocio agroalimentario», 12-12-2012 www.rebellion.org

²¹⁶ 14-02-2013 www.insurgente.org

²¹⁷ Sinaltrainal: «Mundialización, multinacionales y dependencia alimentaria». *Pueblo y Territorio*. Segundo semestre de 2005. Mº 1. pp. 40-50.

²¹⁸ B. Gómez Edesa: «Farmacéuticas. El negocio de la enfermedad», 2011ko urriaren 04a www.gara.net

Poco antes de que se publicara esta crítica, se conocían las declaraciones del Premio Nobel de Medicina Richard J. Roberts sobre que: «El fármaco que cura del todo no es rentable»:

«La industria farmacéutica quiere servir a los mercados de capital (...) Si sólo piensas en los beneficios, dejas de preocuparte por servir a los seres humanos. He comprobado como en algunos casos los investigadores dependientes de fondos privados hubieran descubierto medicinas muy eficaces que hubieran acabado por completo con una enfermedad (...) Porque las farmacéuticas a menudo no están tan interesadas en curarle a usted como en sacarle dinero, así que esa investigación, de repente, es desviada hacia el descubrimiento de medicinas que no curan del todo, sino que hacen crónica la enfermedad y le hacen experimentar una mejoría que desaparece cuando deja de tomar el medicamento. Pues es habitual que las farmacéuticas estén interesadas en líneas de investigación no para curar sino sólo para convertir en crónicas dolencias con medicamentos cronificadores mucho más rentables que los que curan del todo y de una vez para siempre. Y no tiene más que seguir el análisis financiero de la industria farmacológica y comprobará lo que le digo. Se han dejado de investigar antibióticos porque son demasiado efectivos y curaban del todo»²¹⁹.

La industria de la salud, como toda industria, sólo se preocupa del beneficio, para lo cual está dispuesta a falsificar la calidad de sus mercancías, a mentir en su propaganda, como ha sido el caso de la GlaxoSmithKline multada con 2.380 millones de euros por fraude en la propaganda de un antidepresivo²²⁰. Hay abusos más inhumanos: Novartis se niega a que India produzca un genérico contra el cáncer que reduce a una décima parte su precio en el mercado²²¹, aunque ha salido perdiendo y tiene que ceder la patente porque entre otras trampas, también había dicho que se trataba de un medicamento nuevo, cuando era falso, era antiguo con algunos cambios²²². Todo lo relacionado con la socialización de los medicamentos genéricos es tal amenaza para el beneficio capitalista, que los EEUU proponen su eliminación²²³, lo que sería un terrible golpe a la salud humana y multiplicaría la circulación y venta de fármacos falsos, que ya asolan África²²⁴ y proliferan por Internet y en el mercado negro con efectos mortales que, como mínimo también en la UE. La OMS estima que son falsos el 50% de los fármacos que se venden por Internet²²⁵. La tendencia a la falsificación de las mercancías puesta a la venta es una constante en toda economía mercantil desde su origen, pero en la capitalista esta tendencia se hace estructural y creciente. En el problema de la falsificación de fármacos, la falsificación es azuzada por otra tendencia simultánea, la de aparición de nuevas enfermedades como efecto, entre otros, de la falta de escrúpulos de la industria alimentaria. Ahora mismo, por ejemplo, el rebrote de la “gripe aviar” en China²²⁶ es un poderoso acicate para el mercado ilegal o alegal de falsos fármacos que prometen resultados imposibles.

²¹⁹ 04-08-2011 www.vamosacambiarelmundo.org

²²⁰ 03-07-2012 www.elpais.com

²²¹ 01-04-2013 www.publico.es

²²² 08-04-2013 www.elpais.com

²²³ C. Pino: «Estados Unidos quiere eliminar los medicamentos genéricos», 27-04-2012 www.rebellion.org

²²⁴ I. Esipisu: «Guerra a los fármacos falsos», 13-07-2011 www.rebellion.org

²²⁵ P. Strakanky: «Medicinas falsas matan a un millón de personas al año» 01-11-2010 www.rebellion.org

²²⁶ 15-04-2013 www.elpais.com

Como toda industria, la farmacéutica también está presionada por la competencia en el capitalismo financiarizado²²⁷, la crisis y la centralización y concentración de capitales en la misma rama productiva, y es esta férrea lógica capitalista la que explica que la transnacional Coca-Cola se haya aliado con la farmacéutica Sanofi para producir y vender en farmacias y parafarmacias supuestas «bebidas saludables» también para la imagen externa, estética, de la persona bajo el slogan comercial «el sorbo más bello»²²⁸, reclamo decididamente fetichista. Sabemos que una de las características del fetichismo es que recurrimos a él para superar el miedo, sea del tipo que fuere. El efecto placebo y la adoración fetichista de la industria sanitaria tienen una directa e interna relación, como se demostró con el mayúsculo escándalo mundial sobre la supuesta «gripe porcina» ocurrido entre 2009 y 2010 que estaba organizado además de por grandes farmacéuticas, también por inspectores de la OMS sobornados por estas empresas²²⁹, como quedó confirmado mediante una investigación²³⁰. El fetichismo supersticioso hacia la industria sanitaria, su efecto placebo, unido a la política deliberada de fabricación mediática de angustia y miedo en la población, temores provocados siguiendo la doctrina de la «pedagogía del miedo»²³¹, tan bien estudiada por C. Tupac, ha incrementado las ganancias extraordinarias de la industria de la salud, tercera rama productiva capitalista a nivel mundial, de la misma manera en que el miedo a la guerra beneficia a la industria armamentística, como muy bien precisa el neumólogo W. Wodarg²³².

La lógica del capital determina que las inversiones en sanidad estén supeditadas al máximo beneficio privado, lo que hace que ahora mismo falten cuatro millones de médicos en mundo²³³, además de otras muchas deficiencias que serían muy fácilmente solucionables desde un poder socialista. Si en los bloques imperialistas son las clases trabajadoras en su conjunto²³⁴ las que más padecen la privatización de la sanidad pública, y en las naciones empobrecidas sus pueblos trabajadores, la realidad más insufrible de la crisis global, socioecológica, alimentaria y sanitaria, es la que se descubre en el hecho de que son las niñas las que más padecen sus consecuencias nefastas, más que los niños, según lo demuestra el estudio realizado por la ONG Plan Internacional junto con el Instituto Overseas de Reino Unido en 59 países del mundo²³⁵.

Podríamos seguir extendiéndonos en el análisis de la mercantilización de la salud recurriendo a investigaciones científico-críticas tan serias como las realizadas por Concepción Cruz Rojo²³⁶ -a la que acudiremos más adelante al estudiar el método dialéctico--, entre otras

²²⁷ A. Garzón: «Hipercompetencia en el capitalismo financiarizado. El caso de las empresas farmacéuticas» 28-11-2010 www.rebellion.org

²²⁸ 23-10-2012 www.eleconomista.es

²²⁹ E. Tamara: «Negocio redondo: pandemia y venta de vacunas. La OMS se investigará a sí misma», 08-02-2010 www.aporrea.org

²³⁰ 04-06-2010 www.elmundo.es

²³¹ C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak, 2012, pp. 478-524

²³² Luciana Cohelo: «El miedo sustenta a la industria farmacéutica», 02-03-2010 www.rebellion.org

²³³ 22-10-2012 www.abc.es

²³⁴ S. Capote: «El carácter clasista de los servicios de salud», 04-07-2012 www.rebellion.org

²³⁵ 23-01-2013 www.elpais.com

²³⁶ C. Cruz Rojo: «¿Sanidad pública en un sistema privado? 21-04-2013 www.matxingunea.org

muchas personas dignas, revolucionarias, pero debemos seguir con nuestra tesis sobre la actualidad de *El Capital* de Marx. Como muy bien explica Silvia Ribeiro:

«Los que más sufren por los aumentos de precios son los más pobres, principalmente los urbanos, que usan 60 por ciento de sus ingresos en alimentos. Por el contrario, la veintena de transnacionales que controlan el sistema alimentario agroindustrial (de Monsanto a Wal Mart, pasando por Cargill, ADM, Nestlé y algunas más), las que controlan las semillas y pies de cría, los agrotóxicos, la compra, distribución y almacenamiento de granos (también para biocombustibles), los procesadores de carnes, alimentos y bebidas, así como los supermercados, son los responsables de las crisis, pero se han blindado contra sus efectos –trasladando las pérdidas a los productores chicos, a los consumidores y al gasto público. Para ellas, el caos climático y la escasez no significan pérdidas, sino aumento de ganancias, como sucede con las semillas, agrotóxicos y fertilizantes que se vuelven a vender, o las empresas que almacenan cereales, los acaparan y especulan vendiéndolos más caros, o los productos en supermercados, cuyo precio aumenta mucho más que la proporción al inicio de la cadena»²³⁷.

Queremos concluir este apartado haciendo referencia al exhaustivo estudio colectivo sobre los efectos de la crisis capitalista en los cambios que la burguesía introduce en su industria de la salud, estudio que demuestra que muchos Estados se amparan en la crisis socioeconómica para reducir inversiones públicas en hospitales y medicamentos²³⁸. Una de las muchas cosas buenas de este informe es la crítica que hace al sistema de contabilización, evaluación y definición de los criterios que se emplean para «medir la salud», advirtiendo de las trampas que oculta y de los errores que provoca; a pesar de estas limitaciones, los resultados son claros: «Las personas más vulnerables son las de los países que se enfrentan a los mayores recortes en los presupuestos públicos y al aumento más importante del desempleo. Tanto la pérdida del empleo como el miedo a perderlo tienen efectos adversos sobre la salud mental»²³⁹. Pero el informe insiste en que estos efectos pueden combatirse y puede mejorarse la salud colectiva si se aplicase otra política sanitaria, y no duda en cargar parte de la responsabilidad del retroceso en la salud al hecho de que «los expertos en salud pública han permanecido en silencio en gran medida durante de la crisis»²⁴⁰.

Damos mucha importancia a esta última crítica porque confirma una de las afirmaciones con las que comenzábamos este texto, la crítica de Marx a la prudente moderación de los economistas. Ahora no hablamos de economistas, sino de médicos, pero la crítica de Marx es igualmente aplicable a estos. La moderación prudente sólo beneficia al capitalismo.

3.8.- ¿Puede ser racional el capitalismo?

Pero la crisis socioecológica, las hambrunas y la mercantilización de la salud como componentes internos de la crisis capitalista, es a su vez reforzada por el irracionalismo de este sistema de producción que se expresa, entre otras cosas, en el desperdicio alimentario

²³⁷ S. Ribeiro: «Comer o no comer: ¿quién decide?» 27-08-2012 www.lahaine.org

²³⁸ «Crisis financiera, austeridad y salud en Europa», p. 3, www.sinpermiso.info

²³⁹ «Crisis financiera, austeridad y salud en Europa», p. 7, www.sinpermiso.info

²⁴⁰ «Crisis financiera, austeridad y salud en Europa», p. 8, www.sinpermiso.info

masivo, en un contexto en el que en menos de treinta años se ha duplicado la pobreza extrema mundial²⁴¹, y esta catástrofe se ha acelerado en los últimos años, también en el corazón mismo del imperialismo, en los EEUU, en donde el incremento de la pobreza es alarmante²⁴². Desde una perspectiva marxista, el empobrecimiento, en primer lugar, ha de ser analizado en base al criterio de «necesidad social» porque siempre es necesario marcar el contexto sociohistórico en el que se va a sufrir el empobrecimiento. Sobre el concepto de «necesidad social», Marx nos ofrece en el Libro III una definición concisa y básica, esencial: «La necesidad social, es decir, el valor de uso elevado a potencia social»²⁴³. No se trata del valor de cambio, sino del de uso, es decir, de aquello que sirve fundamentalmente para el autodesarrollo personal y colectivo, para el desenvolvimiento de las potencialidades de la especie, en contra del moralmente empobrecedor consumismo compulsivo.

En segundo lugar y partiendo necesariamente de lo anterior, el empobrecimiento adquiere dos formas, el relativo y el absoluto²⁴⁴; el primero es más frecuente y constante en la historia del capitalismo, y de hecho es el que en realidad existe aunque no lo apreciemos a simple vista: la burguesía cada vez se hace proporcionalmente más rica, mientras que la humanidad trabajadora no mejora su situación a la misma velocidad y cuantía del enriquecimiento del capital, de modo que la brecha se agranda día a día. El empobrecimiento absoluto, o depauperación absoluta se produce cuando las clases más explotadas retroceden absoluta y cualitativamente en sus condiciones de vida: comen peor y trabajan más, empeoran antes y disfrutan menos, pasan sed, carecen ya de energía eléctrica o de otro tipo para el alumbrado y la comida, tienen menos tiempo o ninguno para la culturizarse, etc. R. Astarita ha estudiado la depauperación relativa y absoluta en Argentina aplicando el criterio marxista, obteniendo resultados muy esclarecedores²⁴⁵.

Pero lo que sí se produce de cualquier manera es la precarización social, tal como explicó Engels: «La organización de los obreros y su resistencia creciente sin cesar levantarán en lo posible cierto dique ante el *crecimiento de la miseria*. Pero, lo que crece indiscutiblemente es el *carácter precario de la existencia*»²⁴⁶. Engels no dice que la lucha obrera levantará automáticamente y siempre, un freno al empobrecimiento, porque su logro depende del resultado de la lucha de clases, es un resultado abierto, incierto. Ahora bien, sí dice que crecerá indiscutiblemente la precariedad de la existencia obrera porque la esencia de la precariedad no radica únicamente en los altibajos de las conquistas o derrotas obreras sobre la seguridad social, las pensiones y jubilaciones, las prestaciones y ayudas públicas y estatales, etc., sino fundamentalmente en que la «necesidad social» depende de la socialización de los valores de uso como potencia social, justo lo contrario de la necesidad burguesa. La precariedad aumenta porque aumenta la propiedad privada, la mercantilización, el valor de cambio, el trabajo asalariado, porque el capital se concentra y centraliza cada vez en menos

²⁴¹ 2010ko azaroaren 26a www.gara.net

²⁴² Cira Rodríguez: «Más pobreza en Estados Unidos», 07-08-2012 www.kaosenlared.net

²⁴³ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro III, p. 592.

²⁴⁴ E. Mandel: *El capital. Cien años de controversias*, Siglo XXI, 1985, pp. 68-72.

²⁴⁵ R. Astarita: «Marxismo y medición de la pobreza», 04-04-2012 www.kaosenlared.net

²⁴⁶ Engels: *Contribución a la crítica del proyecto del programa socialdemócrata de 1891*, Obras Escogidas, Progreso 1978, Tomo III, p. 453

manos, mientras que por el lado opuesto aumenta la masa humana expropiada de todo, excepto de su fuerza de trabajo, lo que le condena a una precarización vital inhumana.

Es a la luz de este empobrecimiento relativo y absoluto, y de la teoría marxista que explica la tendencia hacia precarización de la existencia de las clases explotadas, desde donde tenemos que leer el texto de Granma en donde se hace eco de un riguroso estudio británico, informaba que del 30 al 50 por ciento de los 4.000 millones de toneladas de alimentos que se producen anualmente en el planeta nunca llegan a consumirse, terminan en la basura, y además, «anualmente se utilizan unos 550.000 millones de metros cúbicos de agua -otro bien escaso en muchos países- para cultivar productos que nunca llegan al consumidor»²⁴⁷. Por su parte, los EEUU tiran anualmente a la basura alrededor del 40% de los alimentos, 165.000 millones de dólares de desperdicio²⁴⁸. Y «la Unión Europea arroja anualmente a la basura 179 kilos de productos alimenticios en perfecto estado de consumo, según un estudio de la Comisión. Visto de otro modo, casi el 50% de productos sanos y comestibles se pierden en las distintas fases del proceso que lleva desde la producción a la mesa (y cubo de la basura) del consumidor»²⁴⁹.

El despilfarro de alimentos no es sólo achacable a las formas de vida irracionalmente consumista de la gente, así como a la necesidad de los hipermercados y grandes cadenas de venta y distribución de mantener actualizadas sus mercancías alimentarias, además de esto y sobre todo, responde a la necesidad estructural del capitalismo de acelerar lo más posible la producción, circulación y venta de mercancías nuevas, atractivas, no únicamente alimentarias aunque también. Hablamos, por ejemplo, de la función crucial de la obsolescencia programada como «una táctica general de las empresas para aumentar sus ventas»²⁵⁰, y como un instrumento burgués de dominación: «la obsolescencia programada y la obsolescencia percibida, no son otra cosa que condicionantes de clase. Ambas cumplen un papel enajenante y alienante tan especializado y sutil, que hoy todos queremos tener lo nuevo, aún a costa de nuestra propia vida»²⁵¹.

El despilfarro irracional de alimentos, por no hablar del de medicinas, nos remite al final del análisis a las contradicciones que minan el capitalismo y que refuerzan la caída tendencial de la tasa media de beneficios, estudiada por Marx en el Libro III de *El Capital*. Es cierto que entre las seis causas que contrarrestan esta caída tendencial no aparece la creación de nuevas ramas productivas, pero es así porque ya antes Marx había hablado de las ganancias extraordinarias²⁵² que capitalistas concretos obtienen mediante nuevos y más productivos procesos de producción, desarrollando en concreto lo que había planteado en general en el Libro I al estudiar el papel de la competencia, de la competencia, en la dinámica de centralización y concentración de capitales, del papel del crédito, etc., en la facilitación y

²⁴⁷ 12-01-2013 www.rebellion.org

²⁴⁸ 23-08-2012 www.abc.es

²⁴⁹ 20-01-2012 www.elpais.com

²⁵⁰ J. A. Tapia y R. Astarita: *La Gran Recesión y el capitalismo en el siglo XXI*, Catarata, 2011, pp. 267-268

²⁵¹ J. M. González Velázquez: «Obsolescencia programada en bienes de consumo. Algunas puntualizaciones desde la óptica marxista», 05-05.2013 www.rebellion.org

²⁵² Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro III, pp. 199-201.

generación de nuevas ramas productivas, en este caso Marx cita el ferrocarril²⁵³, una de las ramas productivas que aceleraron la acumulación ampliada de capital y de la expansión colonialista y luego imperialista del capitalismo²⁵⁴.

Las llamadas «revoluciones industriales» o tecno-científicas han facilitado la aparición de ramas productivas que generaban durante un tiempo ganancias extraordinarias por encima de la ganancia media. Recordemos, sin retroceder apenas, toda la palabrería triunfalista sobre la «revolución informática» que no sólo sacaría al capitalismo de la crisis sino que, sobre todo y unido a otras «innovaciones», acabaría definitivamente con cualquier posibilidad de crisis, entrándose en una era nueva. M. Castells fue uno de los apologetas de esta moda expresada en la tesis de la «sociedad en red»²⁵⁵ que ha estallado en trozos. Acercándonos al presente, tenemos la inmensa propaganda que se hizo sobre las excelencias neutras y asépticas de la alimentación transgénica, pero que ha sido descubierta como auténtica «biotecnología científicamente antinatural»²⁵⁶ impulsada, entre otras, por la siniestra Fundación Rockefeller. Ahora mismo una de las pocas salidas parciales que tiene el capitalismo para reactivar su tasa media de ganancia mediante una ganancia extraordinaria, es la denominada «bioeconomía», definida de nuevo triunfalmente como el «nuevo paradigma económico»²⁵⁷ que busca fusionar vida y capitalismo en general, y en concreto, vida e industria de la salud. En 2007 un famoso diario económico explicaba la «seducción»²⁵⁸ que sentía el capital por la industrialización del genoma humano.

El largo debate sobre si es legal patentar el genoma humano es crucial para el capitalismo, no sólo por las sobreganancias extraordinarias que inicialmente obtendría ya la industria de la salud mediante la curación del cáncer de ovario y de mama en caso de reducir el genoma humano a propiedad privada²⁵⁹, sino sobre todo por el gigantesco mercado de la salud industrializada por la biotecnología genética. Pero este debate también es crucial porque, tal vez, podría reducir un poco y durante un breve tiempo la creciente aspereza de los choques intercapitalistas por el monopolio de este prometedor negocio. Como explica P. Rieznik:

«El año pasado un juez de Nueva York invalidó patentes genéticas de la empresa de Myriad Genetics considerando a los genes "productos de la naturaleza" y por tanto no patentables, sentencia que ha sido apelada ante la Corte Federal estadounidense por los abogados del gran capital... biotecnológico. La rapiña por los negocios "genéticos" ha dado lugar a una lucha intercapitalista, debido al elevado grado de monopolización de los patentamientos, lo que constituye un factor con peso propio en el desarrollo de conflictos que tiñen de un carácter caótico el avance en la investigación biotecnológica.

²⁵³ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 531

²⁵⁴ R. Cameron: *Historia económica mundial*, Alianza Universidad, 1995, pp. 241-245.

²⁵⁵ M. Castells: *La era de la información*. Alianza Editorial, 3 Vol., 1997, Vol. 1, pp. 505-514.

²⁵⁶ Cariaco: «Los transgénicos, un debate popular, político e ideológico», 24-11-2012 www.lahaine.org

²⁵⁷ R. Passet: «La bioeconomía es el nuevo paradigma de la ciencia económica», 02-05-2005

www.tendencias21.net

²⁵⁸ «La biotecnología seduce al capital y a los fabricantes», 31-10-2007 www.cincodias.com

²⁵⁹ «¿Se pueden patentar los genes humanos?» 17-04-2013 www.elpais.com

La privatización de los genes ha llevado la anarquía y la explotación capitalista del conocimiento a un extremo de descomposición»²⁶⁰.

Pero la competencia feroz intercapitalista se agudizará aún más, desbordando rápidamente el breve alivio que tal vez pudiera surgir del fallo judicial yanqui, porque la extrema gravedad de la crisis encona las tensiones internas. Y también se agudizará la presión de la industria transgénica contra los pequeños campesinos individuales para proteger su derecho a la propiedad privada de las patentes, como ha sucedido en la victoria legal de Monsanto sobre un pequeño campesino norteamericano, decisión judicial con importantes repercusiones también a favor de la propiedad burguesa de patentes en biotecnología e informática²⁶¹.

El advenimiento de la «bioeconomía» en general, en la que debemos introducir la comercialización del código genético, ha confirmado la advertencia clarividente realizada por Ruth Hubbard y Elijah Wald sobre el aumento de los intereses de las grandes empresas biotecnológicas sabedoras desde hace años que «la investigación genética se ha ido convirtiendo en un gran negocio, que se prevé que será una de las mayores industrias del siglo XXI»²⁶². La competencia intercapitalista crecerá impulsada por la ciega lógica de las ganancias extraordinarias obtenidas por una de las mayores industrias de este siglo. Más todavía, las nuevas exigencias, como reemplazar cuanto antes los biocarburos fósiles por materia viva o «biomasa», presionan en este sentido mediante la expandiendo una bioindustria que ya en 2010 movía 17 billones de dólares, y que va en aumento:

«Los medios de comunicación especializados reportan con frecuencia noticias sobre las compañías de reciente formación, como Synthetic Genomics, Amyris Biotechnologies y LS9 pero, detrás de los encabezados, el capital para el desarrollo de la biología sintética proviene del Departamento de Energía de Estados Unidos, así como de grandes empresas energéticas como BP, Shell y ExxonMobil, químicas como BASF y DuPont, o de los agronegocios y la silvicultura, como Cargill, ADM, Weyerhaeuser y Syngenta. Si bien las primeras instalaciones industriales “demostrativas” están siendo construidas en Europa y Estados Unidos, los países con el mayor volumen de plantas vivas albergarán a la mayoría de las plantas de producción, pues en última instancia, para la nueva bioeconomía “la geografía es destino”. La industria ya tiene los ojos puestos en Brasil, México, Sudáfrica y Malasia como sitios de experimentación para esta nueva tecnología. Mientras tanto, los gobiernos pertenecientes a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ya están inyectando más de 15 mil millones de dólares en subsidios a la economía de la biomasa»²⁶³.

3.9.- ¿Por qué no es racional el capitalismo?

Ahora bien, la expansión de la bioeconomía depende, a la postre, de los recursos materiales disponibles, y no sólo de los recursos financieros y de las condiciones sociopolíticas que facilitan o frenan los proyectos del capital. Además del problema crecientemente grave de la crisis hídrica, también existe el problema de la crisis de agotamiento de las reservas de

²⁶⁰ P. Rieznik: «Biotecnología y capitalismo. La privatización de los genes» 7 Abril 2011 www.po.org.ar

²⁶¹ 13-05-2013 www.elpais.com

²⁶² Ruth Hubbard y Elijah Wald: *El mito del gen*, Alianza Editorial, 1999, p. 205.

²⁶³ ETC Group: «Los nuevos amos de la biomasa» 15-05-2011 www.lahaine.org

minerales estratégicos, de las «tierras raras», nombre dado al un conjunto de quince lantánidos (lantano, cerio, praseodimio, neodimio, prometeo, samario), o «tierras raras livianas». Las «tierras raras pesadas» son europio, gadolinio, terbio, disprosio, holmio, erbio, tulio, iterbio y lutecio. El escandio y el itrio también son consideradas «tierras raras». Estas «tierras raras» son imprescindibles para cualquier desarrollo tecnológico, son por tanto vitales, y por ello causa de guerras:

«El cerio y el erbio participan de la composición de aleaciones metálicas especiales; el neodimio, holmio y disprosio son necesarios en ciertos tipos de cristales de láser; el samario es un componente esencial de los imanes permanentes más intensos que se conocen y que han abierto el camino para la creación de nuevos motores eléctricos; el iterbio y el terbio tienen propiedades magnéticas que se aprovechan en la fabricación de burbujas magnéticas y dispositivos ópticos-magnéticos que sirven para el almacenaje de datos en las computadoras; y, el europio y el itrio, excita al fósforo rojo en las pantallas a color. Otras aplicaciones tienen que ver con fenómenos catalíticos en la refinación del petróleo, elaboración de cerámicas superconductoras, fibras ópticas, refrigeración y almacenaje de energía, vidrios de alto índice, polvos de pulido en óptica, baterías nucleares, captura de neutrones, tubos de rayos X, comunicación por microondas, tubos de haz electrónico, equipos de imágenes en medicina, entre otros usos relevantes de las tecnologías modernas»²⁶⁴.

A la tremenda escasez de tierras raras hay que sumar el agotamiento de las reservas minerales estratégicas «normales» todavía existentes:

«El posible fin mineral del planeta Tierra constituye una relativa novedad científica internacional de alarmantes consecuencias. Antes de enfrentar una crisis energética, la humanidad enfrentará una crisis de escasez generalizada de minerales. En pocas décadas, nuestra civilización habrá consumido los combustibles fósiles y dispersado los mejores materiales por el planeta sin posibilidad real de recuperación. El colapso sistémico es cada vez más evidente, a menos que se gestione de forma radicalmente distinta el recurso mineral. El proceso de reciclaje podrá posponer el pico pero no lo evitará. De los 57 minerales existentes, 11 (casi el 20%) ya llegaron a su máxima extracción: mercurio (1962), telurio (1984), plomo (1986), cadmio (1989), potasio (1989), fosfato (1989), talio (1995), selenio (1994), zirconio (1994), renio (1998) y galio (2002). Y más de la mitad de los minerales llegarán a su punto máximo de extracción en los próximos treinta años»²⁶⁵.

Otras investigaciones desarrollan esta misma lógica del agotamiento, y añaden que partiendo de ella es insostenible todo criterio desarrollista y de crecimiento continuado:

«En 2050 podemos esperar que la producción mundial de petróleo sea aproximadamente la mitad de la actual, la de gas natural un 30% menor mientras que el carbón y el uranio se encontrarán probablemente en fase de estancamiento. Además, las alternativas (petróleos y gas natural no convencionales) que parecerían alargar unos años ese

²⁶⁴ Y. Doudchitzky: «Las tierras raras: nuevas guerras del Siglo XXI» 20-04-2012 www.rebellion.org

²⁶⁵ W. Dierckxsens: «Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?», *El colapso de la globalización*, El Viejo Topo, 2011, p. 185.

declive, generan más gases de efecto invernadero que los combustibles convencionales por unidad de energía neta, haciendo que la pinza: crisis energética-caos climático nos apriete cada vez con mayor fuerza. En ese horizonte ¿podemos dar por sentado que vamos a aumentar la productividad un 1,5% anual como hemos hecho en décadas pasadas en las que los recursos crecían? El progreso tecnológico tendrá que centrarse en intentar sustituir estos recursos y los estudios que algunos autores hemos hecho sobre ello muestran que no va a ser nada fácil. Los aumentos de productividad/innovación se verán frenados probablemente por la ley de rendimientos decrecientes, debido entre otras causas a las sustituciones incompletas entre recursos y a la gran degradación de los ecosistemas»²⁶⁶.

Frente a esta dinámica tan inquietante, la ciega necesidad del capital por intensificar la acumulación ampliada termina siempre desbordando todos los intentos de autocontrol relativo y puntual de los nefastos efectos destructores de esta lógica del máximo beneficio a cualquier precio. En lo relativo a la continuidad de la vida en la Tierra, los sucesivos fracasos de los proyectos autocontroladores, como el de Kyoto o el de la reciente Cumbre de Doha²⁶⁷, por citar sólo dos de entre los muchos intentados, muestran la compulsión burguesa a destrozar cualquier intento de racionalización parcial de la irracionalidad global del sistema. Una confirmación de esta compulsión la encontramos en la defensa que hace P. Krugman, gurú keynesiano, sobre la urgente necesidad de multiplicar el gasto y el consumo para salir de la actual crisis²⁶⁸. De hecho, exceptuando pequeñas diferencias formales, esta es la política económica que mantienen los EEUU en los últimos años, abaratar el dinero, producirlo en masa, para reactivar su economía a costa de multiplicar el consumo, lo que le ha llevado a este capitalismo a tener ahora una masa monetaria tres veces mayor de la que tenía hace cinco años, al comienzo de la crisis; y esta es también la nueva política monetarista recientemente iniciada por Japón para salir, por fin, de los veinte años de deflación²⁶⁹.

Sin mayores precisiones ahora, el grueso de las críticas a la política euroalemana de “austeridad y contención del gasto” se caracterizan por dos “argumentos”, uno y el decisivo, que la nula intervención euroestatal en el impulso a la producción y al consumo debilita estructuralmente al euroimperialismo; y dos y secundario, que además aumenta la “tensión social” al descargar los costos de la crisis sobre las clases trabajadoras y los pueblos del sur de la UE. Con otras palabras, esto es lo que sostiene J. K. Galbraith con sus tesis de que la “salida” a la crisis en la UE no es otra que la de «crear prosperidad»²⁷⁰, lo que en terminología neokeynesiana de derechas implica lo mismo que lo dicho por P. Krugman: aumentar el consumo. «Crear prosperidad» en el capitalismo exige acelerar el agotamiento de los ya escasos recursos, a no ser que se cambie radicalmente de modelo productivo, es decir, de formas de propiedad, con lo que llegamos al debate entre marxismo y ecologismo reformista, que ahora mismo es de lo que se trata.

Una muestra irrefutable de la conexión entre agotamiento de recursos y consumo la tenemos en el informe que asegura que el coche del futuro sigue enganchado a la gasolina debido a los

²⁶⁶ M. Mediavilla et alii: «¿Por qué basar todo en el crecimiento», 18-04-2013 www.eis.uva.es

²⁶⁷ A. Nadal: «Doha, en el velorio del Protocolo de Kyoto», 10-12-2012 www.rebellion.org

²⁶⁸ P. Krugman: *¡Acabad ya con esta crisis!*, Crítica, 2012, pp. 31 y ss.

²⁶⁹ B. Pérez Andreo: “Se acerca el Big crunch financiero”, 15-04-2013 www.rebellion.org

²⁷⁰ J. K. Galbraith: “El euro va a sobrevivir a costa de los países de la periferia”, 14-04-2013 www.elpais.com

actuales límites insuperables que lastran la efectividad de los motores eléctricos²⁷¹, a pesar de las sucesivas «informaciones» que aseguran que, por fin, se ha construido la batería que resuelve al menos los fundamentales problemas, a la vez que las llamadas «energías renovables», que debían ser la base del «ecocapitalismo», de la «economía verde», etc., están en profunda crisis²⁷² tanto por la desidia política como por los altos costos iniciales de su instalación. Del mismo modo, también se ha demostrado la falsedad de la afirmación de que el «capitalismo verde»²⁷³ será la solución milagrosa al reactivar las ganancias industrializando la limpieza de la contaminación que el capitalismo produce. Y por último, las grandes petroleras están endureciendo sus ataques a la energía solar²⁷⁴ para frenar su crecimiento y mantener la dependencia de la economía mundial del crudo que ellas monopolizan.

Cambiar de modelo productivo, o sea, de relaciones de propiedad, es el decisivo problema político en su esencia, es decir, la cuestión del poder, de la revolución comunista. Es conveniente leer a Vega Cantor, cuando afirma que en realidad «la preservación del medio ambiente es, en primer lugar, una lucha política»:

«En concreto ¿qué afirman tanto las multinacionales como los dirigentes políticos de los estados imperialistas, empezando por el de Estados Unidos? Ellos tienen claro que el petróleo se está agotando, y no solo el petróleo sino muchos recursos. Incluso el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa de los Estados Unidos han elaborado estudios sistemáticos en los que aparece un registro de los metales y de los minerales estratégicos y se establece un registro de sus necesidades. Incluso, hacen una caracterización: hay recursos estratégicos en los cuales Estados Unidos tiene una dependencia total, del 100 por ciento, es decir que todo lo debe conseguir en el exterior. Y luego viene un análisis de los recursos naturales en los que Estados Unidos depende hasta en un 50 por ciento. Y todos los recursos estratégicos están en esa franja. Incluso, hacen una categorización todavía más precisa en aquellos recursos que consideran de seguridad nacional, es decir, es obligatorio que esos recursos se le faciliten a la economía de Estados Unidos. Y en algunos de esos informes se asegura que en el caso de que no sea así, Estados Unidos se reserva el derecho de utilizar todos los medios militares, incluyendo las bombas atómicas, para tener acceso a esos recursos. Obviamente, eso no es de dominio público, ni los políticos, ni los académicos, ni los voceros de las multinacionales hablan de esa forma. Esa es información de consumo interno, que está relacionada con el control geopolítico y geoestratégico del mundo. Ellos tienen claro que los recursos materiales y energéticos se están agotando y, como lo tienen claro, han mapeado el planeta en zonas vitales, en zonas estratégicas, y en algunas zonas de reserva»²⁷⁵.

El agotamiento de los recursos, además de otras causas interrelacionadas, también está en la base de extrativismo acelerado que arrasa bosques y tierras, que multiplica exponencialmente el despilfarro hídrico insostenible, y que fuerza a la migración de millones

²⁷¹ 09-01-2013 www.elpais.com

²⁷² 21-04-2013 www.elmundo.es

²⁷³ M. F. Varo López: «Balbucesos sobre ecología, ecologismos y ecologistas». *Laberinto*, N. ° 37/2012 pp, 89-98

²⁷⁴ J.P. Sottile: «La guerra de las grandes petroleras contra la energía solar», 17-05-2013 www.lahaine.org

²⁷⁵ R. Vega Cántor: «La preservación del medio ambiente es, en primer lugar, una lucha política», 30-XI-

2012 www.lahaine.org

de campesinos y pueblos indígenas. Un ejemplo de la expansión capitalista lo tenemos en el acaparamiento masivo de tierras comunales, de las tierras que todavía pertenecen a los pueblos y que aún no han sido fagocitadas por la propiedad privada. El caso de los pueblos de la India, que se resisten al saqueo de sus tierras por las grandes transnacionales de la minería, es una muestra más: la alianza entre la burguesía hindú, las grandes corporaciones mineras y el FMI actúa al unísono²⁷⁶. El extrativismo, impulsado por «el complejo especulativo-financiero que hoy gobierna el mundo»²⁷⁷, es un salto cualitativo en los intentos expansivos imperialistas, un salto con implicaciones globales que muestra la capacidad de aprendizaje y adaptación de las burguesías imperialistas ante la creciente resistencia de los pueblos a todo saqueo y expolio, a toda explotación. Debemos insistir en que es el conjunto del imperialismo, y no sólo el estadounidense, el que necesita aplicar a cualquier precio este saqueo: «Los colegios de guerra de los EEUU siguen creando análisis perspicaces de los efectos potenciales del Pico del Petróleo. Recientemente, el Colegio del Estado Mayor Combinado del Ejército de los EEUU [U.S. Army Combined and General Staff College] (USACGSC) publicó un excelente estudio del teniente coronel GS Pascal Eggen de las Fuerzas Armadas suizas»²⁷⁸.

Partiendo de esta realidad la responsabilidad del capital financiero-industrial en la catástrofe socioecológica no se le debe escapar a nadie, como explica A. Nadal²⁷⁹ cuando demuestra que la financiarización contemporánea acelera el cambio climático. Ahora bien, también es cierto que el decisivo enemigo a batir es el capitalismo en su conjunto²⁸⁰ como bien aclara J. A. Tapia, o mejor dicho, el modo de producción capitalista. En realidad, no existe contradicción de fondo entre ambos autores, como tampoco la existe con respecto a las relaciones entre lo que se define oficialmente como «deuda del Tercer Mundo» y la crisis ecológica, tal como indica D. Graeber. Este investigador muestra que la «carga de la deuda» asfixiará cada vez más a los pueblos, reducirá aún más los ya muy escasos recursos disponibles para revertir la crisis socioecológica y acelerará, por tanto, su agravamiento. El autor propone como necesidad urgente anular la deuda internacional porque «puede que sea la última oportunidad de salvar el planeta»²⁸¹.

Otros autores explican por qué y cómo el sistema capitalista en su fase actual ha llevado al máximo la contradicción entre la necesidad burguesa del máximo beneficio y la capacidad de supervivencia de la naturaleza, contradicción que se expresa en el dilema «Muere la humanidad o se destruye el capitalismo»²⁸², y una de las soluciones imprescindibles para salvar a la humanidad destruyendo el capitalismo es precisamente la de acabar con el capital

²⁷⁶ E. McKenna: «Los grandes proyectos mineros en la India quieren eludir los derechos de los pueblos», 26-02-2013 www.rebellion.org

²⁷⁷ R. Zibechi: «Para cortarle alas al golpismo hay que salir del extractivismo» 20-04-2013 www.lahaine.org

²⁷⁸ R. Munroe: «Impacto del pico de la producción mundial de petróleo en el equilibrio global de poder», 05-04-2012 www.rebellion.org

²⁷⁹ A. Nadal: «Capital financiero y cambio climático», 07-02-2013 www.lahaine.org

²⁸⁰ J. A. Tapia: «Cambio climático y capital financiero: un comentario sobre Alejandro Nadal», 26-02-2013 www.rebellion.org

²⁸¹ D. Gaeber: «Las crisis ecológica y de deuda están relacionadas y no se solucionan con más crecimiento y productividad», 31-03-2013 www.kaosenlared.net

ficticio porque su crecimiento exponencial ha desquiciado ya toda posibilidad de control por las instituciones imperialistas: en 2008 el monto total del capital ficticio era alrededor de 1.000 billones de dólares, cinco veces más que el PIB mundial, estimado en 55 billones de dólares, o dicho en otros términos, 19 de cada 20 monedas que entonces circulaban por el mundo no tenían ningún valor real: «Su valor, en otras palabras, es ficticio, creado de la nada en las operaciones financieras y especulativas en los mercados financieros mundiales»²⁸³.

3.10.- ¿Capitalismo sin guerras?

El libro III de *El Capital*, que no está completo, es el que expone el proceso de crisis del sistema burgués, desarrollando las contradicciones internas que lo ponen en peligro mortal²⁸⁴. En este sentido, la parte del Libro III que ahora analizamos, la del choque a muerte con la vida, nos lleva en directo al problema actual del militarismo capitalista, que en dado el desarrollo actual de las «fuerzas destructivas» pone a la humanidad²⁸⁵ y a la mayoría inmensa de la vida orgánica al borde de la destrucción al sobrevenir un gélido y largo invierno nuclear, como ya se demostró científicamente en la década de 1980, y se está reafirmando a peor en estudios subsiguientes que integran los efectos de una guerra cibernética²⁸⁶ unida a la termonuclear y a la bioquímica. La fuerza invisible que impulsa esta carrera al desastre, de no ser detenida antes, no es otra que la que se esconde en la contundente definición aceptable por cualquier marxista según la cual «para el capitalismo, la guerra no es más que la continuación del mercado por otros medios»²⁸⁷.

Lo que aquí dice este historiador coincide plenamente con la idea de fondo que quería expresar Engels cuando dice que el acorazado moderno «no es sólo un producto de la gran industria moderna, sino hasta una muestra de la misma; es una fábrica flotante –aunque, ciertamente, destinada sobre todo a dilapidar dinero»²⁸⁸. La guerra según Kolko, es la continuación del mercado capitalista pero de otra forma, lo mismo que, según Engels, el acorazado es una fábrica flotante. Dejado esto en claro, hay que decir que tanto una fábrica, como una nave de guerra, como el mercado burgués nos llevan a la identidad de fondo establecida por N. Kohan: «Sociedad burguesa = ejército», en donde Fábrica=Cuartel; El capital=Alto mando militar; Capataces=suboficiales; Obreros=Soldados industriales; Obreros activos empleados=Ejército Activo; Obreros desempleados=Ejército Industrial de reserva; Población rural con tareas industriales=Infantería Ligera; Reclutamiento fabril=Reclutamiento Militar; y Libreta de castigo=Código de Justicia Militar²⁸⁹.

²⁸² A. J. Toledo y W. Dierckxsens: «La gran crisis del siglo XXI: entre amenazas y oportunidades. ¿Estamos ante una próxima Gran Guerra? *El colapso de la globalización*, El Viejo Topo, 2011, pp. 124-126.

²⁸³ A. J. Toledo y W. Dierckxsens: «La gran crisis del siglo XXI: entre amenazas y oportunidades. ¿Estamos ante una próxima Gran Guerra? *El colapso de la globalización*, El Viejo Topo, 2011, p. 124.

²⁸⁴ E. Mandel: *El Capital. Cien años de controversias*, Siglo XXI, 1985, pp. 163-165.

²⁸⁵ O. Greene, I. Percival, I. Ridge: *Invierno nuclear*, FCE, 1988, pp. 125-144.

²⁸⁶ J. Gelman: «La guerra del ciberespacio», 18-11-2011, www.rebellion.org

²⁸⁷ G. Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflicto y sociedad desde 1914*. Paidós. 2005, p. 343.

²⁸⁸ Engels: *Anti-Dühring*, Grijalno, 1968, p. 166.

²⁸⁹ N. Kohan: *Nuestro Marx*, Caracas, 2012, p. 736.

D. Harvey ha estudiado esta dinámica expansiva y destructiva con mucha atención. Sin extendernos ahora muchos en sus aportaciones sino sólo en las que nos interesan de inmediato, en 1981 planteó una reflexión «de importancia inmensa e inmediata», nada menos que la de avanzar en la línea iniciada por Marx y profundizada por Lenin sobre el papel de la expansión imperialista como posible salida del capital a su crisis. Y lo hizo volviendo su mirada crítica a las aportaciones sobre todo de Hegel y en menor medida de Von Thünen sobre este particular. En efecto: «Si la teoría marxiana de la solución espacial es correcta, la perpetuación del capitalismo en el siglo XX se ha comprado a costa de la muerte, el caos y la destrucción sembrados en dos guerras mundiales. Pero cada guerra se ha librado con armas de destrucción cada vez más avanzadas. Hemos sido testigos de un aumento de las fuerzas destructivas que supera con creces el crecimiento de las fuerzas productivas que la burguesía debe crear también como condición para su supervivencia (...) El mensaje que hace tiempo Marx intentó hacernos comprender parece más urgente que nunca»²⁹⁰.

En 1985 D. Harvey volvió sobre el mismo problema pero avanzando claramente en el aspecto decisivo de la «solución espacial», es decir, en la tendencia a las «guerras comerciales, competencia desleal, aranceles y cupos, restricciones al flujo de capitales y al cambio exterior, guerras de tipos de interés, políticas de inmigración, conquista colonial, subyugación y dominio de economías tributarias, reorganización forzosa de la división territorial del trabajo dentro de los imperios económicos (incluso empresariales) y, finalmente, la destrucción física y la devaluación forzosa alcanzadas mediante el enfrentamiento militar y la guerra, pueden incluirse como parte integrante de los procesos de formación y resolución de la crisis. La búsqueda de la «solución espacial adopta un giro perniciosamente competitivo o quizá incluso violento»²⁹¹.

Hemos visto arriba cómo Dussel recurría a la «pulsión de muerte» como símil explicatorio de las irracionales fuerzas autodestructivas del capital, y hemos dicho que también Beinstein utiliza el mismo símil al definir el capitalismo contemporáneo como el «imperialismo tanático» de potencias que en 2012 se caracterizan por el «crecimiento anémico» de los EEUU, el «estancamiento girando a la recesión» en la UE, y la «contracción productiva» en Japón, un imperialismo tanático que: «Se trata de *la estrategia del caos periférico*, de la transformación de naciones y regiones más amplias en áreas desintegradas, balcanizadas, con estados-fantasmas, clases sociales (altas, medias y bajas) profundamente degradadas sin capacidad de defensa, de resistencia ante los poderes políticos y económicos de Occidente que podrían así depredar impunemente sus recursos naturales, mercados y recursos humanos (residuales)»²⁹².

Sin alargarnos ahora en la valía como símil de la Pulsión de Muerte o Thanatos, enfrentada a la de Vida o Eros, de Freud, lo que sí es cierto es que el capitalismo tiene una tendencia destructiva, de muerte, tanática, inserta en su lógica de acumulación ampliada. Podríamos extendernos sobre la sorprendente actualidad del grueso de la teoría marxista del imperialismo de comienzos del siglo XX frente a la demagogia sobre la hegemonía yanqui o china²⁹³, y a

²⁹⁰ D. Harvey, «La solución espacial: Hegel, Von Thünen y Marx», *Espacios del capital*, Akal, 2009, p. 331.

²⁹¹ D. Harvey, «La geopolítica del capitalismo», *Espacios del capital*, Akal, 2009, p. 360.

²⁹² J. Beinstein: «La ilusión del metacontrol imperial del caos. La mutación del sistema de intervención milita de los Estados Unidos» 02-03-2013 www.mcbol.wordpress.com

²⁹³ C. Katz: «¿Imperialismo versus economía de mercado?», 19-08-2011, www.lahaine.org

partir de ahí, desarrollando la «pulsión tanática» de la acumulación ampliada, profundizar en el creciente --¿e irreversible?-- amenaza que para la vida supone el capital.

I. Mészáros estudia la importancia para el capitalismo del complejo militar/industrial en un importante capítulo dedicado a la autoreproducción destructiva del capital, como medio de manejar la crisis provocada por la tasa de utilización decreciente. Tiene razón el autor cuando explica que Marx no podía pensar en el complejo militar como un «agente todopoderoso»²⁹⁴, aunque se puede demostrar que en él y en Engels existen las suficientes bases teóricas como para responder a lo esencial de este proceso. Más adelante, tras detallar los fracasos de las políticas del «manejo de la demanda» y del New Deal yanqui poco antes de 1939, explica que: «a pesar todas las interesadas mitologías keynesianas y neokeynesianas acerca de lo contrario, la base material de la expansión real fue el nuevo dinamismo del complejo industrial/militar ya en existencia (aunque lejos aún de estar plenamente extendido) para el momento de los acuerdos de Bretton Woods que ellos sólo ayudaron a agravar. Así, las varias estrategias del keynesianismo fueron **complementarias** a la expansión sin freno del complejo militar/industrial»²⁹⁵.

Mészáros insiste con plena razón en que no debemos creer que el complejo militar sea un recurso actual y «por accidente» del capitalismo para salir de la crisis en la que se encontraba desde antes de la II GM, sino que en realidad la tendencia a la militarización es tan antigua como el propio sistema, y el autor recurre a las Locke y Mendeville²⁹⁶ para mostrar que el contexto económico, social e ideológico que imponía el recurso al complejo militar/industrial estaba ya dado en el siglo XVII, si no antes como defienden otros autores desde una perspectiva totalizante²⁹⁷. Sin mayores pretensiones, la interacción entre expansión comercial, Estado capitalista en formación y progresiva planificación militar ha sido estudiada con rigor remontándose hasta el siglo XI²⁹⁸, por no citar al texto clásico de L. Mumford²⁹⁹ que debe estar en la mente de todos y todas. Según F. Barnaby, a comienzos de la década de 1980 la tecnociencia militar había absorbido una descomunal cantidad de fuerza de trabajo intelectual: «un 20 por ciento de los mejores especialistas se dedican sólo a desarrollar armas nuevas y las tecnologías que las respaldan, o a mejorar las ya existentes. Si sólo se incluye a los físicos e ingenieros, que se encuentran a la cabeza de las innovaciones tecnológicas, el porcentaje es mucho más alto: según algunas estimaciones, nada menos que el 50 por ciento»³⁰⁰.

3.11.- ¿Pax Americana?

En cuanto a los EEUU ya en la mitad de la década de 1980 eran aplastantes los datos sobre la interacción entre guerra e imperialismo³⁰¹; aportaciones teóricas posteriormente enriquecidas en la fase concreta del colonialismo y del imperialismo³⁰². En esta época se debatía sobre la inminencia de una guerra nuclear y E. Thompson conmocionó la placidez intelectual burguesa

²⁹⁴ I. Mészáros: *Más allá del Capital*, Vadell, 2001, p. 671.

²⁹⁵ I. Mészáros: *Más allá del Capital*, Vadell, 2001, p. 680.

²⁹⁶ I. Mészáros: *Más allá del Capital*, Vadell, 2001, p. 683.

²⁹⁷ C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak, 2012, pp. 331-380.

²⁹⁸ W. H. McNeill: *La búsqueda del poder*, Siglo XXI, 1988, pp., 429 y ss.

²⁹⁹ L. Mumford: *Técnica y civilización*, Altaya, 1998, T. I, pp. 98-125.

³⁰⁰ F. Barnaby: *La guerra del futuro*. Debate/Círculo, 1985, p. 56

y reformista con su teoría del exterminismo como «último estadio de la civilización»³⁰³, en el sentido de que la tendencia-fase exterminista, la pulsión tanática, nos enfrenta directamente a la cuestión del comunismo como necesidad de supervivencia de la especie. No se trataba de una perspectiva cualitativamente novedosa porque podemos retrotraer a la genial tesis de «Socialismo o barbarie» de la Rosa Luxemburgo de 1915, aunque en especial a la disyuntiva totalmente actual de «Caos o comunismo» de los bolcheviques de 1919 teorizada de manera brillante y premonitora en todos los sentidos, sobre todo cuando denuncia la responsabilidad del capital financiero y del imperialismo en el desplome hacia el caos mundial³⁰⁴ como sucedía ya entonces y se agravaría una década más tarde, desde 1929. Debemos recordar esta larga contundencia teórico-estratégica porque volverá a aparecer cuando estudiemos las limitaciones del reformismo ecologista y veamos la necesidad del «eco-comunismo».

Durante el período de la mal llamada «guerra fría» la tecnociencia militar fue poniendo a disposición de la industria «civil» una enorme cantidad de nuevas tecnologías aplicadas sobre todo por grandes corporaciones transnacionales estrechamente relacionadas con el imperialismo estadounidense. La globalización tiene aquí uno de sus orígenes inmediatos: la decisión del capital financiero norteamericano para recuperar su tasa de beneficio y su hegemonía mundial. Para estos fines, el capital financiero dispuso, de entre las muchas tecnologías militares, en especial de ordenadores, chips y satélites, como indica S. Strange³⁰⁵. Así, el capital financiero pudo lanzarse a la especulación «en vivo», en tiempo real, casi con la rapidez de la luz y siguiendo al segundo el giro rotatorio de la Tierra para adelantarse a los horarios oficiales de los grandes centros financieros.

Ahora bien, la enorme masa de información disponible sobre la militarización debe ser interpretada a la luz de la teoría marxista, o divagaremos en un caos interpretativo. La función de la producción militar, de la industria armamentística en el capitalismo fue estudiada con rigor por E. Mandel en varias de sus obras, y podemos encontrar un resumen en la cita que sigue, escrita en plena crisis de mediados de los '70:

«Combatir esta nueva crisis de la acumulación del capital a través de una intensificación en la producción de armamentos, de la que ya existe un sector de cierta consideración en la economía, modificaría las proporciones básicas de la división del plusvalor entre sus porciones acumuladas y consumidas y de la asignación de los recursos productivos entre los sectores I y II, por un lado, y el sector III, por el otro. Cualquier efecto que se haya obtenido inicialmente sobre el proceso de la reproducción ampliada sería crecientemente neutralizado. Más aún, una tasa tan alta de impuestos sobre ganancias y salarios haría necesario que, excepto bajo condiciones política muy especiales, las clases sociales básicas (aunque no ese sector de los capitalistas comprometidos directamente en la producción de armamentos) se rebelaran en contra de un desarrollo ulterior de esta

³⁰¹ M. A. Cabrera, P. Calderón, M. P. Colchero: *EEUU 1945-1985, Economía Política y militarización de la economía*, IEPALA, 1985, pp. 325 y ss.

³⁰² D. R. Headrick: *El poder y el imperio*, Crítica, 2011, pp. 213-278.

³⁰³ E. Thompson: «Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización», y «Rectificación: Sobre las "Notas..."». *Comunismo*. Madrid N° 8 1982 y N° 9 1983, respectivamente.

³⁰⁴ N. Bujarin-E. Preobrazhenski: *ABC del comunismo*, Fontamara, 1977, pp. 134-136.

³⁰⁵ S. Strange: *Dinero loco. El descontrol del sistema financiero global*. Paidós, 1999. p. 35-42.

industria. Por ende, esta expansión no es ninguna panacea para los males de la superproducción y la sobreacumulación capitalista, pero puede desencadenar períodos más cortos o largos de recuperación económica si se satisfacen las condiciones previas indicadas antes»³⁰⁶.

La contextualización siempre es necesaria, sobre todo cuando se trata de juzgar la valía de un texto teórico que estudia las contradicciones esenciales del capitalismo, como el que hemos citado. La contextualización permite apreciar las transformaciones de fondo y de formas habidas en la realidad y por tanto la vigencia o caducidad del texto empleado tras varias décadas. No hay duda, a nuestro entender, que Mandel tenía y sigue teniendo razón en este tema, como ha quedado confirmado una vez desencadenada la crisis global del sistema a partir de 2007, cuando se ha demostrado que el complejo industrial-militar genera bastantes menos puestos de trabajo de lo que se cree habitualmente³⁰⁷, además cuando debido a la gravedad de la crisis muchas potencias imperialistas están reduciendo cuantitativamente sus gastos militares³⁰⁸, a la vez que mantienen o incrementan sus inversiones en I+D+i en el complejo industrial-militar, especialmente en la ciberguerra espacial³⁰⁹.

Recientemente, un estudio sobre los efectos del gasto militar europeo ha dado la razón a las tesis de Mandel, al demostrar que la masiva inversión militarista en los años precedentes ha sido una de las causas del endeudamiento de muchos Estados de la UE, y sostiene que:

«Muchos estudios de investigación muestran que la inversión en gastos militares es la manera menos efectiva de crear puestos de trabajo, con independencia de los demás costes que conllevan los gastos militares. Según un estudio de la Universidad de Massachusetts, el gasto de defensa por cada mil millones de dólares crea un número de puestos de trabajo menor de la mitad del que podría generar si se invirtiese en educación y transporte público. En un momento de acuciante necesidad de inversión para la creación de empleo, el apoyo a un presupuesto militar inflado y antieconómico no se justifica, dado el mayor número de puestos de trabajo que con ese dinero se crearía en sectores como la salud y el transporte público»³¹⁰.

El informe también sostiene que una fracción burguesa se enriquece con la industria militar, agravando el empobrecimiento social y prolongando la duración de la crisis. Por ejemplo, la industria de la guerra privada mueve actualmente en los EEUU un negocio de más de 100.000 millones de dólares año³¹¹, negocio estrechamente relacionado con el Pentágono y la Casa Blanca.

³⁰⁶ E. Mandel: *El Capital. Cien años de controversias*, Siglo XXI, 1985, p. 140

³⁰⁷ X. Bohigas: «¿La industria militar crea muchos puestos de trabajo?», 09-06-2011 www.rebellion.org

³⁰⁸ P. Ortega: «La crisis y la inevitable reducción del gasto militar», 18-04-2013 www.rebellion.org

³⁰⁹ www.rebellion.org
A. W. McCoy: «La guerra en el espacio y el futuro del poder global de EE.UU.», 13-11-2012, www.rebellion.org

³¹⁰ F. Slijper: «Cañones, deuda y corrupción», 06-05-2013 www.rebellion.org

³¹¹ M. Freytas: «El Pentágono y la privatización de la “guerra contraterrorista”», 03-05-2013 www.boltxe.info

R. Herrera ha estudiado con profundo rigor las relaciones entre el capital financiero, la industria militar privada y los sistemas defensivos imperialistas, mostrando las relaciones entre crisis y guerra imperialista en época actual, relaciones que van más allá que la criminal invasión de Irak para abarcar a todo el capitalismo en su conjunto³¹². Y es que: «Las empresas del sector armamentístico no son una excepción en la economía actual y necesitan del apoyo financiero de los bancos y cajas para poder desarrollar su negocio y realizar nuevas inversiones. El nivel de endeudamiento de alguna de estas empresas ronda fácilmente el 100%. Son empresas, por tanto, dependientes del apoyo del sector financiero, sin el que no podrían mantener su ritmo de producción y de crecimiento actual. La financiación de las empresas de armas se realiza a través de cinco principales mecanismos: la financiación de las exportaciones, la concesión de créditos, la emisión de bonos y pagarés, la gestión e intermediación en fondos de inversión en los que existen participaciones de empresas armamentísticas y la participación accionarial directa o indirecta»³¹³.

La lógica del máximo beneficio del capital y las restricciones presupuestarias están haciendo volver a escena a una de las formas de organización militar burguesa de la fase colonialista, la de las «compañías comerciales» que disponían de sus ejércitos privados³¹⁴ pero conectados mediante sutiles mecanismos con el poder estatal. Ahora, la denominada «privatización de la guerra» y de buena parte del sistema represivo y de control social extendido a la totalidad de la población y de protección extrema a la burguesía mediante las «burbujas de seguridad»³¹⁵, se ha convertido en un negocio rentable, negocio que se enfrenta empero a las grandes limitaciones y exigencias las «tecnoguerras»³¹⁶ y a los altos costos del I+D+i militar³¹⁷, pero que debe siempre será apoyado por el imperialismo precisamente porque le abarata costos y le permite desentenderse oficialmente de los crímenes que realizan estas empresas oficialmente «privadas» no sujetas ni a la disciplina militar ni a los tratados internacionales que, en vano, pretenden «humanizar la guerra».

V. Zhukovskiy ha mostrado cómo los EEUU se militarizan aún más a pesar de sus agudos problemas económicos internos, con un objetivo muy preciso: «A juzgar por todo, las élites estadounidenses se preparan para seguir aumentando la agresión militar y la escalada de los conflictos político-militares, que permiten desestabilizar la situación en el perímetro de sus competidores estratégicos (Eurozona, China, Japón, mundo islámico etc.) y provocar el traspaso del capital especulativo global al mercado financiero de EEUU y, en primer lugar, el mercado de la deuda estatal»³¹⁸. Volvemos a encontrarnos con el decisivo peso del capital especulativo global, con la necesidad del mercado financiero yanqui por controlarlo en su beneficio como clase burguesa y como Estado imperialista. Pero no creamos que sólo se trata del imperialismo norteamericano ya que el euroimperialismo también presiona en la misma

³¹² R. Herrera: «Sector de la defensa, sociedades militares privadas y poder de las altas finanzas», *El colapso de la globalización*, El Viejo Topo, 2011, pp. 47-69.

³¹³ J. Calvo: «Vínculos entre los bancos y el negocio de las armas» 10-12-2011 www.rebellion.org

³¹⁴ A. Martínez Teixidó (Dir.): *Enciclopedia del arte de la guerra*, Planeta, 2001, p. 245.

³¹⁵ Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, 2007, pp. 381-410.

³¹⁶ M. E. Yepes: «Por qué fracasan las tecnoguerras» 03-09-2012 www.rebellion.org

³¹⁷ J. Couso: «Alta tecnología y privatización de la guerra» 07-03-2012 www.rebellion.org

³¹⁸ V. Zhukovskiy: «EEUU se prepara para la militarización de turno», 15-11-2012 www.lahaine.org

dirección, pero a la sobre del yanqui. Con más precisión incluso, se trata de lo que Vega Cantor define como «imperialismo ecológico»:

«En los actuales momentos de expansión imperialista hasta el último rincón del planeta, ocurre una acelerada destrucción de los ecosistemas y una drástica reducción de la biodiversidad. Es un resultado directo de la generalización del capitalismo, de la apertura incondicional de los países a las multinacionales, de la conversión en mercancía de los productos de origen natural, de la competencia desahogada de los países por situarse ventajosamente en el mercado exportador, de la caída de los precios de las materias primas procedentes del mundo periférico, de la reprimarización de las economías, en fin, de la lógica inherente al capitalismo de acumular a costa de la destrucción de los seres humanos y de la naturaleza»³¹⁹.

3.12.- ¿Ecologismo o ecologismo antiimperialista?

Hemos visto al comienzo de este capítulo que en *El Capital* y en otros textos marxistas se plantea una alternativa radical, inaceptable por la burguesía, para ayudar a crear un movimiento revolucionario que evite el exterminio de la vida por la irracionalidad capitalista. Pero aquél programa es demasiado radical para la mayoría de los colectivos que se autodefinen ecologistas y no sólo por razones ideológicas, sino también políticas. Cuando hablamos de ecologismo antiimperialista nos basamos, además de en otras muchas razones incuestionables, también en la estremecedora explicación dada por J. M. Naredo sobre cómo fue el imperialismo norteamericano personalizado en Kissinger quien en 1974 impuso el concepto tramposo y falso de «desarrollo sostenible», a una convención internacional sobre desarrollo celebrada en Cuernavaca, México, y presidida nada menos que por el presidente de este país. El imperialismo no deseaba que se aprobase el concepto de «ecodesarrollo», y mediante un telegrama Kissinger «aconsejó» que se utilizase el de «desarrollo sostenible»³²⁰, científicamente insostenible. La ecología oficial sigue utilizando este término desde entonces, y muy frecuentemente la reformista.

Como veremos, no se trata sólo de elaborar crítica y programas de lucha que incidan sobre muchos de los intereses capitalistas, por ejemplo el extrativismo, que también sino que además se trata de poner bien claros los objetivos por los que se lucha, no silenciándolos con argumentos de oportunidad táctica, o de sumar votos y escaños parlamentarios, o de no asustar a la «ciudadanía». Por ejemplo, E. Altvater tiene toda la razón cuando en 2005 denunciaba con exquisito rigor la responsabilidad de las múltiples formas del mercado financiero, con todos sus productos derivados, su delirante ingeniería bursátil, etc., en la marcha suicida del capitalismo³²¹, pero en el momento de proponer una alternativa concreta a la crisis y muy en especial a su forma socioecológica, en ese momento decisivo el autor retrocede a abstracciones sobre la «economía solidaria», sobre la «sostenibilidad», y la «sociedad solar», que en modo alguno entran a la raíz del problema tal cual se presentaba ya en 2005: la tendencia feroz e implacable del imperialismo a apropiarse del planeta a cualquier

³¹⁹ R. Vega Cantor: «El imperialismo ecológico. El interminable saqueo de la naturaleza y de los parias del sur del mundo», *Herramienta*, No. 31, Marzo de 2006, p. 71.

³²⁰ J. M. Naredo: «Sobre el origen, el uso y el contenido del término *sostenible*», *Herramienta*, No. 26, Octubre de 2007, pp. 19-33.

³²¹ E. Altvater: *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. El Viejo Topo, 2012, pp. 155-195.

precio para, sobre todo, asegurar sus recursos energéticos³²². Otro tanto ha sucedido más recientemente con R. Fernández Durán: primero demuestra una vez más los límites objetivos de la expansión del capitalismo, reconoce que las contradicciones estructurales que yacen debajo de las más de cuarenta «*revueltas de hambre*», así como de otros conflictos duros, que han estallado desde finales de la década del 2000, y es consciente de las muy duras condiciones socioeconómicas, políticas y represivas que se avecinan, pero a pesar de todo ello aboga por la no-violencia activa y la desobediencia civil³²³ como únicas forma de movilización frente a un capitalismo desesperado.

Otras propuestas son todavía más reformistas, confusas y manipulables, como en concreto es la moda actual sobre el llamado «decrecimiento». Su apologista mayor, S. Latouche, tiene la llamativa virtud de no hablar ni del imperialismo ni de la burguesía como responsables de la catástrofe socioecológica, ni de plantear la urgencia de avanzar al socialismo y a la propiedad colectiva de los medios de producción en las nueve medidas que propone³²⁴. Es cierto que existen otras versiones del «decrecimiento» algo más precisas y radicales en cuanto a sus alternativas, pero aún así no llegan al fondo del problema, a la estructura del imperialismo ecológico, sino que se quedan a medio camino³²⁵. Las corrientes ecosocialistas³²⁶ son bastante más coherentes y lúcidas en sus planteamientos, más revolucionarias y precisas, sobre todo cuando argumentan que el llamado «capitalismo verde» no puede ser ni será nunca la alternativa a la crisis socioecológica dentro del actual modo de producción, porque la esencia de este es precisamente su ciega necesidad de acumulación ampliada³²⁷. Pero ahora no podemos entrar a un análisis de sus elementos comunes, por lo que nos remitimos a un texto exterior, asequible en la red³²⁸. Una de las corrientes ecosocialista avanza plantear la reflexión sobre el «marxismo ecológico»:

Ig. Sabbatella y D. Tagliavini han realizado una muy enriquecedora investigación sobre las decisivas aportaciones del marxismo al problema cada vez más agudo de la crisis socioecológica, mostrando cómo ya en Marx y en Engels están presentes las nociones teóricas fundamentales para comprender el choque frontal entre el modo de producción capitalista y la naturaleza, demostrando que la fase neoliberal lleva este choque hasta sus extremos más espeluznantes. Sin embargo, en el momento decisivo, el de avanzar de la descripción teórica a las propuestas prácticas, ambos autores retroceden al nivel del intelectualismo abstracto, bien argumentado teóricamente, pero incapaz de proponer medidas prácticas inmediatas, de ahora mismo, que impulsen luchas revolucionarias precisas hacia objetivos inaceptables por la

³²² E. Altvater: *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. El Viejo Topo, 2012, pp. 278-304.

³²³ R. Fernández Durán: *La Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030*, Libros de Acción, Virus, Baladre, 2011, pp. 101-107

³²⁴ S. Latouche: *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, 2008, pp. 237 y ss.

³²⁵ Y. Herrero y L. González Reyes: «Decrecimiento justo o barbarie» 19-I-2012 www.kaosenlared.net

³²⁶ M. A. Ruiz Acosta: *Ecosocialismo, discurso crítico de la revolución*, Instituto de Altos Estudios Nacionales, Quito, 25-I-2013, disponible en la Red

³²⁷ S. López Arnal: «Entrevista a J. Riechmann: “El socialismo puede llegar sólo en bicicleta”», *Papeles de Relaciones Ecosociales*, N.º 119/2012, pp. 181-182.

³²⁸ I. Gil de San Vicente: *Socialismo ecológico antimperialista*, 7-IV-2010 en la Red

burguesía ecocida. Están en lo cierto al emplear el criterio de subsunción, hablando real de la subsunción de la naturaleza al capital³²⁹, pero no pasan de ahí.

Otro de tantos ejemplos de ecologismo radical en la forma pero reformista en el fondo, en el momento decisivo de plantear la socialización de la Tierra y de la propiedad privada, y la existencia de un Estado obrero capaz de avanzar en la superación del irracionalismo del capital, lo encontramos en F. Marcellesi³³⁰. Situándose en la perspectiva cercana al decrecimiento, en la de una «ecología política» intermedia entre el capitalismo keynesiano y el socialismo, equidistante de ambos, el autor sí llega a criticar el fetichismo de la mercancía, la explotación asalariada, el dogma del crecimiento, etc., pero en ningún momento plantea la urgente necesidad de avanzar en las reivindicaciones y objetivos marcados en el Libro III de *El Capital* y en toda la trayectoria marxiana y engelsiana, como hemos visto. Al contrario, se posiciona por una «tercera vía» entre la lógica del mercado y la «lógica público-estatal».

La aportación de J. Cervantes demostrando la imposibilidad de que el capitalismo pueda realizar el mito reaccionario del «desarrollo sustentable» nos ayuda a comprender la necesidad de una estrategia revolucionaria:

«La crítica de Marx al capitalismo como un sistema no sustentable de producción, tiene sus raíces en las “condiciones”, es decir, en los fundamentos históricos, a través de los cuales el capitalismo fue posible como producción. Se trata de la “acumulación primitiva”, es decir, la expropiación de la tierra a los productores rurales, expropiando por tanto, a estos trabajadores rurales de sus medios de subsistencia. Esta expropiación en particular, puso la base para el desarrollo del capitalismo industrial. La transformación de la tierra en propiedad privada, en un simple medio para la acumulación, formó al mismo tiempo la base para la destrucción del metabolismo entre el hombre y la tierra, o lo que es lo mismo, el metabolismo entre hombre y naturaleza. Podría considerarse entonces que las razones por las cuales la mayoría de estados nacionales en el mundo respaldan el concepto de Desarrollo Sustentable, es porque tal sistema no amenaza ni desafía de forma alguna las estructuras de privilegio y de reproducción del capital que el capitalismo impone, y de esta forma los intereses de las clases dominantes permanecen intactos.»³³¹.

Por otro lado, una buena parte del movimiento ecologista permanece más o menos indiferente a la visión marxista, rechazando de un modo u otro la radicalidad de sus propuestas, debido a lo cual Cl. Crevarok plantea esta reflexión:

«¿Se puede ser marxista y ecologista a la vez? En principio, de una manera provisional, diríamos que no, ya que el ecologismo es en general una respuesta parcial a un problema, por cierto acuciante, de la humanidad. Pero es necesario para el marxismo revolucionario sentar posición, incorporando los elementos progresivos y anti-capitalistas del ecologismo, señalando sus limitaciones y dando una respuesta global que vincule la destrucción de la naturaleza con la explotación del hombre por el hombre (...)

³²⁹ D. Tagliavini-Ig. Sabbattella: “La expansión capitalista sobre la Tierra en todas las direcciones”, *Theomai* 26, segundo semestre de 2012, p. 18

³³⁰ F. Marcellesi: «¿Es la ecología política de izquierdas?», 22-04-2013 www.rebellion.org

³³¹ J. Cervantes: “Crisis ecológica: Una crisis del capital”, 25-03-2013 www.kaosenlared.net

Pero no basta con rescatar los fragmentos de Marx, Engels y otros clásicos para formular un discurso verde teñido de rojo o una política de izquierda ecologizada; se requiere avanzar con un verdadero programa que dé respuesta a la crisis ecológica o ambiental a la que nos conduce el capitalismo, denunciando su lógica rapaz y destructiva, y que sirva como una herramienta más para la clase trabajadora. Un programa que dispute la hegemonía discursiva de la burguesía, desmontando argumento por argumento, las pantallas ideológicas y las falsas ilusiones de la sustentabilidad capitalista y el optimismo tecnológico, así como el culto ciego por el desarrollo de las fuerzas productivas al seno mismo del marxismo. Que discuta también los elementos regresivos del ecologismo, el utopismo reaccionario pre-industrial, la sacralización religiosa de la naturaleza, los llamados moralizantes a la conciencia universal, los ataques a la ciencia y la tecnología en sí mismas recortadas de las relaciones sociales dominantes»³³².

Por tanto, hay que definir radicalmente dos cosas: una, la incapacidad del reformismo desarrollista³³³, por muy de izquierdas que se presente, para combatir el ecocidio capitalista, como ha demostrado la crítica de D. Tanuro al Partido de Izquierda francés, escindido del Partido Socialista. Y otra, la naturaleza del ataque imperialista: «El problema es la mercantilización de la energía, utilizada como insumo estratégico para un modelo productivo y de desarrollo sustentado en la super explotación de la fuerza de trabajo y la depredación de los recursos naturales. Es la soja, la mega-minería y la industria de ensamble. Es el conjunto de una política que reproduce la extranjerización y transnacionalización de la economía capitalista argentina. Es la exportación de tierra, nutrientes, agua, minerales y recursos de la naturaleza, los bienes comunes de la actual y futura generación de argentinas y argentinos. Es la mercantilización del agua, de la tierra y todos los bienes comunes»³³⁴.

Dentro de los bienes comunes hemos de considerar los «bienes culturales», es decir, la capacidad humana de crear una cultura libre y crítica, una cultura que sea la materialización del proceso de producción, organización y reparto colectivo de los valores de uso³³⁵ en vez de la industrialización de las mercancías culturales burguesas. Lillian Álvarez ha escrito una crítica clásica e imprescindible contra la lógica capitalista de privatizar y patentar la creatividad cultural y artística de nuestra especie, advirtiendo que «En el mundo de hoy, al igual que el medio ambiente, la cultura se encuentra en grave peligro. Lo está también sin duda la especie humana (...) Las normas de Propiedad intelectual no pueden defender la propiedad por encima de la vida, ni cumplir con los acuerdos internacionales impuestos por las transnacionales cuando las expresiones culturales propias y las identidades se están perdiendo. Con ello se pierde también la dignidad, el sentido de pertenencia a una comunidad, la sensibilidad, la tolerancia. No pueden ser más importantes las ganancias de una transnacional que cuidar los legados de la humanidad»³³⁶.

³³² Cl. Crevarok: «El capitalismo y la “crisis ecológica”», *Lucha de Clases*, N.º 6, Junio 2006, pp-245-246

³³³ D. Tanuro: «A propósito del “Manifiesto ecosocialista” del Parti de Gauche», 12-04-2013

www.vientosur.info

³³⁴ J. C. Gambina: «El derecho a la energía y a los bienes comunes», 16-04-2013 www.lahaine.org

³³⁵ S. Amin: *Elogio del socialismo*. Anagrama, 1978, pp. 5-31.

³³⁶ Lillian Álvarez: *Derecho de ¿autor?*, Ciencias Sociales. 2006, pp. 282-286.

Dentro de esta perspectiva, D. Harvey³³⁷ nos previene contra la fatal creencia de que el capitalismo no puede extraer beneficio privatizando la creatividad de los pueblos y convirtiendo su cultura en mercancía. Al contrario, sostiene que la burguesía, necesita y quiere mercantilizarlo todo, incluso la arquitectura urbana, mediante los «derechos de propiedad intelectual» citando el ejemplo de la industria farmacéutica que ha adquirido «extraordinarios poderes monopólicos». Desarrolla el problema de la memoria y mitología colectiva, de las tradiciones culturales, del «capital simbólico colectivo» indicando que la izquierda debe defender sus contenidos progresistas, cuestión al que volveremos, y concluye proponiendo extender la lucha socialista a todos esos espacios materiales y simbólicos por «ser un elemento central en aquél fermento revolucionario que Lenin llamó hace mucho “el festival del pueblo”». Como dándole la razón, muy recientemente la ministra de Cultura británica, María Miller, ha exigido a los artistas que demuestren la rentabilidad económica y los beneficios mercantiles³³⁸ si quieren seguir recibiendo subvenciones estatales, afirmando que la «creatividad cultural» británica es un importante recurso en el mercado mundial.

Visto todo lo anterior, hay que asumir la propuesta de J. B. Foster sobre que la alternativa no es otra que el «eco-comunismo»³³⁹ al que se refiere al que se avanzará desde la «revolución ecológica» que no es sino parte de la revolución social, o más precisamente, de la revolución socialista porque, como ha quedado demostrado, capitalismo es esencialmente genocida³⁴⁰. En lo más duro de la revolución bolchevique, cuando el imperialismo intentaba destrozarse en sangre las ansias de libertad, Trotsky describió la esencia de lo que ahora denominamos eco-comunismo: «se trata de saber a quien pertenecerán las casas, los palacios, las ciudades, el sol, el cielo: si pertenecerán a las gentes del trabajo, a los obreros, a los campesinos, los pobres, o a la burguesía y los terratenientes, los cuales han intentado de nuevo, dominando el Volga y el Ural, dominar al pueblo obrero»³⁴¹. Si del Ural y el Volga saltamos a la Tierra en su conjunto, a la vida en sí, estas palabras de Trotsky son de una absoluta vigencia.

4. ¿ES EUROCÉNTRICO *EL CAPITAL*?

4.1.- Cuestión laberíntica y compleja

La lectura política de *El Capital* nos aporta también una demoledora crítica de la visión mecanicista y economicista de la historia, una visión unida al eurocentrismo. ¿Por qué la lectura política nos lleva a esa crítica? Porque la praxis revolucionaria ha chocado una y otra vez con el mecanicismo determinista que minusvaloraba el papel de la conciencia humana en la historia, papel que reafirmado siempre en *El Capital*. Desde la primera página del Libro I Marx pone a prueba muchas veces el conocimiento del método dialéctico de las y los lectores, y bastante más adelante encontramos esta frase que supone un verdadero reto dialéctico: «Con la acumulación de rentas en Irlanda progresa la acumulación de irlandeses en Norteamérica.

³³⁷ D. Harvey: «El arte de la renta: la globalización, el monopolio y la conversión de la cultura en mercancía», *Marx Ahora*, N0. 22/2006, pp. 138-151.

³³⁸ 25-04-2013 www.abc.es

³³⁹ J. B. Foster: «Organizando la revolución ecológica», www.marxismoecologico.blogspot.com.es

³⁴⁰ «Demostración científica del carácter destructivo y genocida del capitalismo como sistema de vida», Marzo 2013 www.nodo50.org/gpm

³⁴¹ Trotsky: «Los significados en la toma de Kazán en el curso de la guerra civil». *Escritos Militares*. Ruedo Ibérico. 1976. Tomo 1. p. 253.

El irlandés, desalojado de su tierra por las ovejas y los bueyes, reaparece al otro lado del Océano convertido en feniano»³⁴². El movimiento feniano era el movimiento independentista irlandés, tan admirado por Engels y por el propio Marx, que se nutría en parte de las ayudas de la emigración en Norteamérica. Pero la importancia de esta frase radica en que nos reta a descubrir los procesos subjetivos pero materiales y objetivos a la vez por los que la emigración se hace independentista a pesar de la distancia de su patria oprimida, ¿o por eso mismo?

La lectura política de *El Capital* nos ha enfrentado a esta prueba porque en la teoría marxista no hay nada que esté totalmente separado de cualquier cosa, aunque sus conexiones sean imposibles de descubrir en un primer momento y sólo se logre hacerlo tras un tremendo esfuerzo, cosa que ya nos advirtió Marx de que en la ciencia no hay calzadas reales³⁴³. Conviene iniciar este capítulo recordando la advertencia de Trotsky de que la lucha de liberación nacional es «una de las formas de la lucha de clases más laberínticas y complejas pero al mismo tiempo de extrema significación»³⁴⁴, y también la de U. Cerroni afirmando que: «La cuestión nacional, en el momento de la transición, se hace, pues, más compleja, articulada y dispersa»³⁴⁵.

Marx concluye el Libro I con el Cpto. XXV sobre la moderna teoría de la colonización: «La economía política confunde fundamentalmente dos clases arto distinta de propiedad privada: la que *se basa en el trabajo personal del productor* y la que se funda sobre la explotación del trabajo ajeno. Olvida que la segunda no es sólo la antítesis directa de la primera, sino que, además, florece siempre su tumba»³⁴⁶. Sostiene esta afirmación después de haber realizado la hasta el presente mejor investigación esencial sobre los orígenes del capitalismo mediante su fase de acumulación originaria. Poco más adelante, profundiza en esta diferencia entre las dos formas de propiedad, sentando las bases para la posterior definición de la opresión nacional:

«En las *colonias*, la cosa cambia. Aquí, el régimen capitalista tropieza con todas partes con el *obstáculo* del productor que, hallándose en posesión de sus condiciones de trabajo, prefiere enriquecerse él mismo con su trabajo a enriquecer al capitalista. En las colonias, *se revela prácticamente*, en su lucha, *el antagonismo de estos dos sistemas económicos diametralmente opuestos*. Cuando el capitalista se siente respaldado por el poder de la metrópoli, procura quitar de en medio por la fuerza *el régimen de producción y apropiación basado en el propio trabajo*. El mismo interés que en la metrópoli mueve al sicofante del capital, el economista, a presentar teóricamente *el régimen capitalista de producción* como lo contrario de lo que en realidad es, le lleva aquí, en las colonias, “to make a cleab breast of it”, proclamando abiertamente *el antagonismo de ambos sistemas de producción*. Para ello, se detiene a demostrar cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, la aplicación de la maquinaria en gran escala, etc., son irrealizables sin la previa expropiación de los obreros y la consiguiente *transformación de sus medios de*

³⁴² Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro I. pp.605-606.

³⁴³ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro I. p. XXV

³⁴⁴ Trotsky: «La independencia de Ucrania y el confusionismo sectario», *Escritos Pluma*, 1976. Tomo XI, 1939-40, Volumen 1, p. 67.

³⁴⁵ U. Cerroni: *Problemas de la transición al socialismo*. Crítica. 1979. p. 78.

³⁴⁶ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro I. p. 650.

producción en capital. Llevado por el interés de la llamada *riqueza nacional*, se echa a buscar los medios más eficaces para producir la *pobreza popular*. Aquí, su coraza apologética va cayendo trozo a trozo, como yesca podrida»³⁴⁷.

Para lo que ahora nos interesa, es secundario el debate sobre si se puede aplicar en el presente el concepto de «colonia» que empleaba Marx en esta época; carece ahora mismo de importancia porque el problema decisivo es el de la liquidación por cualquier medio de la propiedad colectiva, comunal y pública, de la propiedad de propio trabajo, por parte de la clase burguesa autóctona, de la «colonia», en connivencia y con el apoyo de la metrópoli, de la burguesía extranjera, invasora. Tras esto, Marx ofrece la mejor definición esencial de los orígenes de la opresión nacional en cualquiera de sus formas: «Como veíamos, *al expropiar de la tierra a la masa del pueblo se sientan las bases para el régimen capitalista de producción*. La característica esencial de una *colonia* libre consiste, por el contrario, en que en ella la inmensa mayoría de la tierra es todavía propiedad del pueblo»³⁴⁸.

Aunque Marx escribe en cursiva el término «colonia», esta precisión no anula la valía de la cita como la mejor definición esencial de la opresión nacional ya que muestra lo esencial del problema, es decir, la cuestión de la propiedad de las fuerzas productivas, la cuestión de la expropiación privada del producto del trabajo por la clase dominante autóctona apoyada por la burguesía extranjera, la cuestión de los medios más o menos violentos aplicados por la clase dominante para expropiar al pueblo «colonizado», anulando así su libertad, explotándolo nacional y socialmente, y entregando a la potencia ocupante una parte grande o pequeña de los bienes expropiados al pueblo a modo de «tributo» a la potencia ocupante.

En el Cpto. XX del Libro III de *El Capital* Marx profundiza en la temática anterior pero desarrollando una cuestión decisiva como veremos. Tras explicar los métodos de saqueo, violencia y engaño que aplican los «pueblos comerciales» sobre y contra los «pueblos bárbaros»³⁴⁹ para enriquecerse comerciando con sus productos, Marx expone cómo desde el siglo XVII se va creando un mercado mundial al calor primero del comercio pero luego de la expansión del capital industrial que va imponiéndose sobre el comercial, y cita el caso del colapso de Holanda como «nación comercial» ante el ascenso de la Inglaterra industrializada, y sigue:

«Los obstáculos que la solidez y la estructura interiores de los sistemas nacionales de producción precapitalista se oponen a la influencia disgregadora de comercio se revela de un modo palmario en el comercio de los ingleses con la India y con China. Aquí, la amplia base del régimen de producción la forma la unidad de la pequeña agricultura con la industria doméstica, a lo que en la India hay que añadir la forma de las comunidades rurales basadas en la propiedad comunal sobre la tierra, que por lo demás también en China constituida la forma primitiva. En la India, los ingleses pusieron en acción a la par su poder político directo y su poder económico, como gobernantes y como terratenientes, para hacer saltar estas pequeñas comunidades económicas (...) sólo

³⁴⁷ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro I. p. 650.

³⁴⁸ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro I. p. 653.

³⁴⁹ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro III. pp. 318-321.

lograron llevar a cabo esta obra disgregadora de un modo muy gradual. Y menos aún en China, donde no es posible recurrir para ello a un poder político directo»³⁵⁰.

Marx plantea reflexiones de gran calado contra el determinismo economicista eurocéntrico, que muestran que antes del capitalismo existían sistemas nacionales de producción de gran arraigo y solidez, tanto que resistieron a las presiones colonialistas. Inmediatamente después, Marx explica que la fuerza y tenacidad de resistencia de estos sistemas nacionales precapitalistas radicaba en «la gran economía y el gran ahorro de tiempo que se obtienen con la articulación directa de la agricultura y de la manufactura», e indica que la industrialización rusa empezaba a cambiar la suerte de la «producción asiática»³⁵¹, es decir, de las comunas campesinas y de la producción manufacturera libre.

Aquí Marx está planteando la crítica de la periorización mecánica y obligada de los modos de producción, del papel de la comuna campesina y de la propiedad libre en el tránsito al socialismo, y por no extendernos, de las relaciones de todo ello con la lucha de liberación de los pueblos. Es innegable la actualidad de estas y otras aportaciones que veremos a continuación. Ahora no vamos a entrar al debate sobre la comuna campesina y su papel en el avance al socialismo porque, de un lado, ya está escrito el veredicto de la historia y existe abundante y muy buena bibliografía al respecto³⁵²; y por otro lado, es necesario seguir profundizando en la lectura política de *El Capital* y en su aportación al presente.

Como queriendo mostrar que no se trata sólo del «modo de producción asiático» sino que la historia socioeconómica es mucho más compleja de lo que admite el determinismo y que en ella caben muchas variables evolutivas, en el Cpto. XLVI del Libro III Marx avanza tanto en la explicación concreta de la definición esencial de la opresión nacional arriba realizada, como en la variabilidad potencial y real de la historia humana:

«La forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido determina la relación de señorío y servidumbre tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella. Y esto sirve luego de base a toda la estructura de la comunidad económica, derivada a su vez de las relaciones de producción y con ello, al mismo tiempo, su forma política específica. La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos --relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social-- es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado. Lo cual no impide que la misma base económica --las misma, en cuanto a sus condiciones fundamentales-- pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas

³⁵⁰ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro III. p. 322.

³⁵¹ Marx: *El Capital*. FCE. 1973. Libro III. pp. 322-323.

³⁵² Muy sucintamente, véase a J. Aricó, *Marx y América Latina*, Catálogos, 1988. E. Dussel, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI, 1990. N. Kohan *Marx en su (Tercer) Mundo*, El Perro y la Rana, 2009; y *Nuestro Marx*, Misión Conciencia, 2011. Th. Shanin et alii, *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo* Talasa, 1988.

variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc., variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas»³⁵³.

Influencias exteriores, factores étnicos, etc., son expresiones que aluden a la complejidad de fuerzas que impactan en las condiciones fundamentales de la base económica. Marx insiste mucho en esta dialéctica de lo interno y externo: «Pero la posibilidad se halla vinculada, a su vez, a condiciones naturales objetivas y subjetivas»³⁵⁴. Todavía precisa más: «Se da aquí la posibilidad de un cierto desarrollo económico, que dependerá, naturalmente, del favor de las circunstancias, del carácter innato de la raza, etcétera»³⁵⁵. Sabemos que no existe «carácter innato» alguno y que la visión materialista histórica de Marx es incompatible que con semejante determinismo biologicista inmutable, pero lo esencial es la dialéctica que establece entre la base económica y los «factores étnicos» que Engels define así: «entre las relaciones económicas se incluyen también la base geográfica sobre la que aquellas se desarrollan y los vestigios efectivamente legados por anteriores fases económicas de desarrollo que se han mantenido en pie, muchas veces sólo por la tradición y la vis inertiae, y también, naturalmente, el medio ambiente que rodea a toda forma de sociedad (...) Nosotros vemos en las condiciones económicas lo que condiciona en última instancia el desarrollo histórico. Pero la raza es, de suyo, un factor económico»³⁵⁶.

Vamos descubriendo así la laberíntica complejidad a la que se refería Trotsky y que aparece más y más concatenada en la medida en la que profundizamos en dialéctica entre la base económica, en la que la «raza» es parte de las condiciones económicas, y el conjunto de «factores» no directa, estricta e inmediatamente económicos, como la «vis inertiae», la tradición cultural, la fuerza de la costumbre, etc. Vamos dando forma al caótico puzzle inicial, apreciando contornos cada vez más nítidos de los múltiples procesos y relaciones que se concatenan en el interior de la totalidad del sistema capitalista vista bajo la óptica, en nuestro caso, de resolver el enigma planteado por Marx sobre cómo y porque emigrantes irlandeses en Norteamérica volvían siendo independentistas fenianos a su nación ocupada.

Una cosa que repele de Marx y Engels a las personas postradas ante el fetiche neopositivista y neokantiano, es la amplia libertad terminológica que practican en sus más rigurosos estudios. Volveremos a esta virtud en el capítulo sobre la dialéctica, para seguir ahora buceando en las múltiples realidades concatenadas que se esconden dentro de la “vis inertiae” y de toda la subjetividad y cultura populares. La adaptable flexibilidad conceptual de Marx³⁵⁷ es vital para entender la pugna entre liberación y reacción como unidad de contrarios que existe en el seno de la cultura popular, de la siempre cambiante identidad nacional, de las tradiciones de un pueblo oprimido, etc.

4.2.- La fuerza material de la cultura popular

³⁵³ Marx: *El Capital*. FCE. 1973, Libro III. p. 733.

³⁵⁴ Marx: *El Capital*. FCE. 1973 Libro III p. 734.

³⁵⁵ Marx: *El Capital*. FCE, 1973, Libro III p. 735.

³⁵⁶ Engels a W. Borgius de 25 de enero de 1894. Obras Escogidas. *Progreso* 1978 Tomo III. pp. 530-532.

³⁵⁷ R. Gallissot: «Contra el fetichismo». *El concepto de “formación económico-social”*. PyP nº 39. 1976., pp. 176-177.

Para comprender el conjunto de relaciones objetivas y subjetivas que explican por qué irlandeses pueden volver fenianos a su patria invadida, debemos recurrir a Gallisot y su teoría de la interacción de cuatro temporalidades y continuidades históricas materiales y simbólicas que actuaban en la colectividad irlandesa a diversos niveles: 1) la «formación económica», que proporciona la composición social de base; 2) la «formación socio-económica», que proporciona la evolución histórica de la base económica; 3) la «formación social», que introduce lo comunitario y lo nacional en lo socioeconómico, y 4) la «formación socio-política», que introduce las fuerzas políticas y sociales en lucha en el entero panorama descrito siempre móvil³⁵⁸.

Cada una de estas «formaciones» tiene su propio «tiempo». La formación social, en la que Gallisot incluye lo nacional y comunitario y que conecta con la socio-económica, está también relacionada con la formación socio-política por razones obvias. Los tiempos de ambas formaciones dependen de muchos factores pero también pueden ser muy prolongados en la historia, sobre todo si tenemos en cuenta la importancia del complejo lingüístico-cultural en la larga pervivencia de los sentimientos colectivos. Sobre esta crucial cuestión P. Vilar ha destacado la interacción de prácticas como «los modos del amor» y la gastronomía de los pueblos, pero insistiendo en la lengua, ya que: «aparte de su valor caracterizador, puede aportar, al menos, tres niveles de continuidad: el temporal histórico, generalmente plurisecular; el espacial, que trasciende a veces compartimentaciones geográficas o políticas, y el social, por el que el curso social puede gozar de una cohesión etno-cultural por encima de las clases y frente a otras comunidades etno-lingüísticas»³⁵⁹. Fijémonos que dice que «al menos», o sea, que puede haber más de tres niveles de continuidad aportados por la lengua.

Las continuidades espacial, social e histórico-temporal son retomadas y confirmadas en su unidad práctica, con otras palabras, por J. Chesneaux cuando defiende la existencia de una «interioridad nacional en la historia» que se plasma en la «continuidad nacional» de «pueblos que en el transcurso de los siglos han pertenecido a conjuntos político-históricos más amplios, que se hacían y se deshacían al azar de las conquistas militares y de las mutaciones dinásticas»³⁶⁰, y pone como ejemplo pertinente el de la continuidad de Egipto a lo largo de muchos siglos. A una parte específica de este mismo problema general se refieren, entre otros, L. Musset cuando habla de los «resurgimientos indígenas»³⁶¹ tras el hundimiento de los imperios y entre ellos cita al pueblo vasco tras la caída de Roma, y R. Fédou al hablar del «despertar de las nacionalidades» alrededor del año 1000 en respuesta a las opresiones practicadas por el imperialismo carolingio³⁶².

P. Vilar sostiene que las «realidades humanas de larga duración» disponen de una «estructura espacial de los grupos caracterizados por solidaridades muy antiguas de tipo etnográfico, lingüístico, tribal, etc. La estructura de distribución de los grupos étnicos es un tipo de realidad de larga duración (...) Observamos que la permanencia de una lengua, de un folclore,

³⁵⁸ R. Gallisot: «Contra el fetichismo». *El concepto de "formación económico-social"*. PyP nº 39. 1976., p. 177.

³⁵⁹ P. Vilar: *Historia, nación y nacionalismo*. HIRU, 1998. pp. 49-50.

³⁶⁰ J. Chesneaux: *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*. Siglo XXI, 1984. p. 130.

³⁶¹ L. Musset: *Las invasiones*. Nueva Clío. 1982. Tomo I.

³⁶² R. Fédou: *El Estado en la Edad Media*. EDAF Universitaria. 1977.

de “prácticas” de diversos tipos, que desempeñan un papel tan importante en las “etnias”, forman parte de las estructuras mentales de larga duración (...) El problema consiste en saber si, en las “desestructuraciones” y en las “reestructuraciones” de otro género, de un modo de producción a otro, tal o cual tipo de “estructura mental” refuerza o debilita la antigua estructura global, acelera o retrasa el paso a la nueva»³⁶³.

Tal vez, P. Vilar estuviera pensando en muchos ejemplos históricos de etnias y naciones que tenían --y tienen-- estructuras mentales que reforzaban la antigua estructura global retrasando así con el peso reaccionario de sus tradiciones el paso a una nueva sociedad menos injusta. Por ejemplo, Marx nos ofrece su conocida afirmación de que «la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos»³⁶⁴, y Engels habla del «servilismo que ha penetrado en la conciencia nacional» alemana desde la humillación sufrida en la guerra de los Treinta Años³⁶⁵. Pero en la larga experiencia marxista también abundan las afirmaciones positivas sobre el potencial emancipador de los contenidos justos e igualitarios de la *vis inertiae*, de la tradición popular. Marx mismo los hace con respecto a la identidad irlandesa, pero en especial hace uno teóricamente decisivo al declarar que uno de sus dos ídolos es Espartaco, el dirigente de la rebelión esclava, siendo el otro el científico Kepler³⁶⁶.

Pero también es posible que P. Vilar estuviera pensando en otros muchos ejemplos históricos en los que la estructura mental sí fuera una fuerza de masas impulsora de tenaces luchas de resistencia a la opresión y explotación. De hecho, en otra de sus obras, este historiador de lectura obligada no tiene ningún reparo en recurrir a la dialéctica de lo nuevo y de lo tradicional en lo nacional, con el siguiente ejemplo: «La aparición, en un movimiento nacionalista, de una izquierda revolucionaria, es un hecho nuevo, notable, pero también tradicional. En definitiva, “Euskadi ta askatasuna” es pariente de “Visca la terra i mori el mal govern”. Hay momentos en que la lucha de clases y las luchas de grupos llegan a juntarse»³⁶⁷. Como veremos luego, la ley del desarrollo desigual y combinado permite comprender por qué y cómo de lo tradicional puede surgir lo nuevo, de manera que se produzca un salto tremendo en la lucha de liberación de un pueblo.

Lenin llevó a la exquisitez teórica la activación de los contenidos revolucionarios de la memoria popular. Ya en una época tan temprana como el tránsito del siglo XIX al XX, justo cuando reflexionaba, debatía y escribía la decisiva obra *¿Qué hacer?* comprendió el potencial liberador de la «larga historia» de la experiencia clandestina antizarista que había forjado pautas de comportamiento válidas³⁶⁸. Semejante reflexión no fue casual ni única, sino que se inscribía en un estudio crítico de las contradicciones sociales insertas en la «herencia»³⁶⁹ cultural y política de las masas oprimidas en las duras condiciones de la explotación dictatorial zarista. La experiencia acumulada en la lucha clandestina en general es decisiva en

³⁶³ P. Vilar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Crítica, Págs.: 71-72.

³⁶⁴ Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Obras Escogidas, Progreso. 1978. Tomo I. p. 408.

³⁶⁵ Engels: *Anti-Dühring*, Grijalbo, 1968, p. 178

³⁶⁶ J. Elleinstein, *Marx, su vida, su obra*. Argos Vergara. 1981. p. 285.

³⁶⁷ P. Vilar: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*. Crítica, 1999. Pág.: 268.

³⁶⁸ Lenin, *¿Qué hacer?* Obras Completas. Progreso. 1981. Tomo 6. p. 149.

³⁶⁹ Lenin *A qué herencia renunciamos*, Obras Completas. Progreso, 1981 Tomo 2. pp. 527-575.

el marxismo. La impresionante tradición de resistencia del pueblo chino es asumida por Mao al reactualizar en su contexto el valor social y humano antiexplotador del cuento popular sobre El Viejo Tonto³⁷⁰. Llevado esto al plano de la larga formación de la conciencia política en una mujer explotada, Trotsky habla de la campesina francesa Mariette, para quien «siglos y siglos de acontecimientos y de pruebas han enriquecido y saturado su memoria política»³⁷¹. Gramsci da un empujón teórico inestimable a esta cuestión cuando estudia el problema de la importancia de la industria político-mediática burguesa en la manipulación de la «cultura nacional popular» que la izquierda debe potenciar y enriquecer³⁷².

R. Vega Cantor sale en defensa del valor de las tradiciones, afirma que el permanente ataque capitalista contra la memoria de lucha de los pueblos «constituye otra típica maniobra de expropiación, tan importante como la expropiación de las riquezas naturales de los pueblos del mundo», y destroza lo que define con razón como «desafortunado artículo» de J. Holloway en el que éste niega el valor emancipador de las tradiciones³⁷³. Es necesario y correcto plantear el problema que tratamos desde la perspectiva de la expropiación imperialista de la cultura popular porque esto es precisamente lo que ocurre con la estrategia de las patentes culturales y de la privatización del conocimiento como parte del furioso «neocolonialismo» intelectual³⁷⁴. Destruir lo positivo que existe en la contradictoria cultura popular es una obsesión burguesa de siempre. N. García Canclini sacó críticamente a la luz los ataques reaccionarios contra la cultura popular que se expresaban en la potenciación por el capitalismo de los espectáculos mercantiles urbanos en detrimento de las fiestas participativas rurales³⁷⁵, horizontales y no jerárquicas en buena medida. En este sentido, J. Bidet sostiene que en la actual fase del imperialismo «El proceso de dominación sobre los territorios con sus poblaciones y sus recursos apunta, hoy, al dominio de toda riqueza material y cultural apropiable»³⁷⁶.

Un ejemplo impresionante de la valía de las resistencias del pasado en la activación de las luchas presentes lo tenemos en la fuerza movilizadora que entre las masas venezolanas ha tenido y tiene el recuerdo del Negro Miguel³⁷⁷, esclavo de origen africano que dirigió la revolución de 1553. Pero esta visión totalizadora en la que lo subjetivo es a la vez objetivo, es una fuerza real, al ser practicado por el pueblo, se encontró bien pronto con fuertes rechazos

³⁷⁰ Mao, *El viejo tonto que removió las montañas*, Obras Escogidas. Fundamento. 1974. Tomo III. pp.281-284.

³⁷¹ Trotsky, «El drama del proletariado francés» *Literatura y revolución*. Ruedo Ibérico. 1969. Tomo II. p. 110.

³⁷² Gramsci: «Sobre el concepto de lo nacional popular», La formación de los intelectuales, Grijalbo, 1974, pp. 151-159.

³⁷³ R. Vega Cantor, *¿Es posible conciliar la tradición con la revolución?* Herramienta n° 25, Abril 2004, pp. 185-196.

³⁷⁴ Geraldine Juárez: «Reporte Especial 301: Neocolonialismo vía propiedad intelectual», 02-05-2012 www.rebellion.org

³⁷⁵ N. García Canclini: *Las culturas populares en el capitalismo*, Casa de las Américas 1982, p. 146.

³⁷⁶ J. Bidet: «El imperialismo y la cuestión del Estado mundial». *Herramienta*. N.º 23. 2003. p. 41.

³⁷⁷ J. M. Herrera Salas: *El Negro Miguel y la primera revolución venezolana. La cultura del poder y el poder de la cultura*, Vadell, 2003, pp. 95-165.

de muchas corrientes socialistas. T. Shanin ha investigado la presencia activa de las tradiciones revolucionarias vernáculas en el socialismo, y es categórico al denunciar la responsabilidad de las burocracias en el boicot de la investigación de la compleja dialéctica entre la liberación nacional y la de clases, para imponer esquema unilineales y mecanicistas, en los que la conciencia de clase no esté «contaminada» por sentimientos nacionales: «Los burócratas y los doctrinarios de todo el mundo aman la sencillez de estos modelos e historiografías y hacen todo lo posible para imponerlos por medio de todos los poderes que tienen a su alcance»³⁷⁸.

4.3.- Desarrollo desigual y combinado

¿A qué modelos e historiografías se refiere T. Shanin? Al mecanicismo lineal y determinista de la historia, según el cual la liberación de todos los pueblos debía discurrir obligatoriamente por un mismo sendero, una especie de ascensor con las paradas obligatorias. Encarrilados en ese automatismo, los pueblos tenían que limitarse a cumplir las supuestas «leyes objetivas de la historia». No hace falta decir que semejante visión es incapaz de responder al reto que nos ha planteado Marx sobre por qué irlandeses volvían de Norteamérica siendo independentistas. Sin embargo, la respuesta es fácil aplicando la ley del desarrollo desigual y combinado a este reto, de modo que comprendemos que en determinadas condiciones pueden producirse «saltos» en el proceso de concienciación de las gentes, de las clases y de las naciones oprimidas. En su sentido general, esta ley explica, según G. Novack, que:

«El resultado más importante de la interacción del desarrollo desigual y combinado es que se dan “saltos” en el proceso histórico. Los más grandes saltos se hacen posibles por la co-existencia de pueblos de diferente nivel de organización social. En el mundo actual estas organizaciones sociales cubren todo el espectro, desde el salvajismo hasta el umbral mismo del socialismo (...) Cuanto más amplias son las diferencias del desarrollo y mayor el número de etapas presentes en un período dado, más dramáticas son las posibles combinaciones de condiciones y fuerzas, y más llamativas la naturaleza de los saltos. Algunas combinaciones producen extraordinarias erupciones y torsiones repentinas de la historia»³⁷⁹.

Que hablemos de “ley” del desarrollo desigual y combinado no quiere decir en modo alguno que aceptemos la visión del pensamiento mecanicista y lineal iniciado en el siglo XVII. Nada de eso, hablar de “ley” en modo alguno supone hablar de determinismo absoluto, sino de la dialéctica de la necesidad y del azar. El propio G. Novack es contundente al respecto al decir que esta ley no puede predecir exactamente el futuro, dónde, cuando y cómo serán los futuros estallidos sociales:

«Su acción y sus resultados no dependen sólo de sí misma como una formulación teórica de tendencias generales, sino más bien en toda la situación en la que actúa. La situación total es lo decisivo. Lo que determina el resultado específico de su operación es la totalidad de los factores materiales: la estructura viviente de la sociedad, la dinámica de sus fuerzas internas y sus conexiones históricas e internacionales. (...) La ley del desarrollo desigual y combinado conduce así mismo a distintos resultados según las

³⁷⁸ T. Shanin: «El marxismo y las tradiciones revolucionarias vernáculas», *El Marx tardío y la vía rusa*, Edit. Revolución, 1990, p. 306.

³⁷⁹ G. Novack: *Para comprender la historia*. Pluma. 1975. p. 121.

circunstancias específicas en que opera. Bajo ciertas condiciones, la introducción de elementos superiores y su amalgama como otros inferiores acelera el progreso social; bajo otras condiciones, la síntesis puede retrasar el progreso y hasta causar un retroceso. Si el resultado ha de ser el progreso o la reacción, depende del peso específico de todos los factores de la situación dada»³⁸⁰.

Imaginémonos las condiciones espantosamente nuevas en las que tuvo que malvivir la mayoría de los irlandeses emigrados en Norteamérica en el siglo XIX, y el impacto que suponía en su conciencia tradicional esa nueva realidad en gran medida incomprensible. De esa mezcla explosiva entre lo nuevo y lo tradicional podía surgir una sinergia que integrase a ambos extremos en una realidad nueva en la que el independentismo feniano aparecía como algo necesario en la mente de los irlandeses que no querían romper para siempre sus lazos con su patria oprimida. Y así sucedió, tal como quedó registrado por Marx. Y así sucede también en muchos pueblos, con sus diferencias espacio-temporales concretas.

Lo comprenderemos al instante si leemos los tres documentos³⁸¹ redactados por los pueblos originarios de América entre 2005 y 2006, en los que se aprecia el desenvolvimiento de la ley del desarrollo desigual y combinado sobre todo en la vigencia de los bienes comunes. Y a la vez podremos comprender con más profundidad las relaciones internas de estos movimientos con otro muy anterior y de gran transcendencia para la historia de las Américas, la sublevación de Túpac Amaru. A. Lapolla ha realizado un brillante y sintético estudio sobre la sublevación india dirigida por Túpac Amaru en 1780-1781 resaltando su magnitud, las bases previas sobre las que se asentaba, sus contenidos revolucionarios, las fuerzas que desencadenó, las atrocidades represivas, etc., e insistiendo en cómo esta impresionante lucha ha sido arrinconada por la historiografía occidental³⁸². También podemos compararlo con otra lucha igualmente de pueblos originarios pero algo más reciente al tratarse de la experiencia boliviana de 1929 lo vuelve a reafirmar: «el indio es capaz de todo sacrificio cuando se trata de la recuperación de sus tierras»³⁸³.

La ley del desarrollo desigual y combinado demuestra su vigencia en lo que hace a la concienciación súbita de pueblos campesinos, con la experiencia bolchevique en 1917 en la carta de un soldado ruso a su familia campesina escrita a final de verano de 1917. Lo más «moderno» de la teoría marxista sintetizada en las consignas bolcheviques coincidía plenamente con lo más «antiguo» de las aspiraciones históricas de las masas campesinas. Los ritmos desiguales entre lo «moderno» y lo «antiguo» se fusionan en muy poco tiempo y se combinan en una impresionante fuerza revolucionaria de masas:

«Querido compadre, seguramente también allí han oído hablar de bolcheviques, de mencheviques, de social-revolucionarios. Bueno, compadre, le explicaré que son los bolcheviques. Los bolcheviques, compadre, somos nosotros, el proletariado más explotado, simplemente nosotros, los obreros y los campesinos más pobres. Éste es su programa: todo el poder hay que dárselo a los diputados obreros, campesinos y

³⁸⁰ G. Novack: *Para comprender la historia*. Pluma. 1975, p. 144 y ss.

³⁸¹ «Pueblos originarios de América», *Marx Ahora*, No. 23/2007, pp. 142-150.

³⁸² A. Lapolla: “Túpac Amaru, padre de la emancipación americana”. www.lahaine.org 05/11/06

³⁸³ «Informe sobre la situación en Bolivia-1929», en *Marxismo militante*, Europa, La Paz, Bolivia, N.º 35, abril 2005, pp. 102-107

soldados; mandar a todos los burgueses al servicio militar; todas las fábricas y las tierras al pueblo. Así es que nosotros, nuestro pelotón, estamos por este programa»³⁸⁴.

Desde una perspectiva menos plena en contenido pero igualmente válida como veremos, S. Amin también ha estudiado la ley del desarrollo desigual: «Si alguna lección fuera posible extraer de la historia universal, sería la de que el desarrollo siempre es desigual. Nunca, o casi nunca, las regiones más avanzadas en un momento determinado por el nivel de sus fuerzas productivas y el tipo de sus relaciones de producción son las que pasan más rápidamente y más radicalmente a una etapa más avanzada»³⁸⁵. S. Amin expone varios ejemplos mundiales y la propia historia europea para demostrarlo, pero en ningún momento conecta el desarrollo desigual con el combinado, experto de manera indirecta pocas líneas más adelante cuando reconoce la «universalidad del desarrollo desigual»³⁸⁶. Lo universal no puede existir sin una combinación de lo desigual.

Un ejemplo de lo que decimos nos lo ofrece el propio autor cuando estudia el desarrollo desigual de las naciones burguesas en la Europa del siglo XIX en adelante: «Luchas muy violentas sacudirán a Europa, transformándola, pero estas luchas son todas ellas luchas nacionales»³⁸⁷. Esto es cierto, y viene muy bien recordar el contenido nacional de esas luchas muy violentas porque la izquierda reformista europea y buena parte de la revolucionaria han aceptado el nacionalismo de sus respectivas burguesías, del mismo modo que aceptaron el eurocentrismo y estato-centrismo, negando o reduciendo a la nada el contenido nacional de la lucha de clases en aquellos decisivos decenios, y después. La confirmación indirecta de que el desarrollo desigual es a la vez combinado, con los ritmos diferentes obligados, nos la ofrece el mismo S. Amin pocas páginas después: «La historia europea de los decenios que van de 1850 a 1914, adquirió de hecho, el aspecto principal de una historia de luchas nacionales»³⁸⁸. O sea, lo que en 1800 eran luchas nacionales desiguales, para 1850 se había convertido en una combinación de luchas nacionales que se mantendría, según S. Amin, hasta 1914.

Lo desigual y lo combinado de las luchas nacionales quedaría definitivamente confirmado en 1940-45 cuando surgieron guerrillas de liberación nacional contra la ocupación nazi-fascista. La «resistencia patriótica»³⁸⁹ contra la ocupación extranjera fue generalizándose por Europa, a pesar de los «semifracasos»³⁹⁰ del primer año, de las primeras luchas, lo que no impidió el que se generalizasen «múltiples formas de resistencia existentes en los distintos países»³⁹¹, como reconoce G. Kolko. La ley del desarrollo desigual y combinado apareció entonces como una realidad teórico-metodológica imprescindible para conocer una realidad tan laberíntica y múltiple en sus formas como es la opresión nacional.

Ni el neopositivismo neokantiano, reformista o reaccionario, ni el mecanicismo lineal y determinista del llamado «marxismo soviético» son capaces de entender esta dialéctica de procesos insertos en una totalidad contradictoria en movimiento que los engloba y determina.

³⁸⁴ G. Boffa *La revolución rusa*. Era. 1976. Volumen 2. p. 28.

³⁸⁵ S. Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, 1979, p. 19.

³⁸⁶ S. Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, 1979, p. 19.

³⁸⁷ S. Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, 1979, p. 85.

³⁸⁸ S. Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, 1979, p. 87.

³⁸⁹ R. Muller: «La Resistencia I», *La Segunda Guerra Mundial*, TLF, 1996, pp. 18-26

³⁹⁰ H. Bernard: *Historia de la Resistencia europea*, Orbis, 1986, p. 132

³⁹¹ G. Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Paidós, 2004, p. 214

Tenemos como ejemplo el debate permanente en las izquierdas tradicionales del cono latinoamericano sobre las luchas de los pueblos originarios: la «vieja nación mapuche»³⁹² lucha contra el saqueo de sus recursos, contra la alianza entre la burguesía chilena y las transnacionales energéticas, etc., siendo un referente «moderno» tanto de la ley de desarrollo desigual y combinado como de la posibilidad de varias vías al socialismo. Frente a este fracaso, el antropólogo Á. Palerm rescata el concepto de «evolucionismo» desde una perspectiva crítica con el linealismo determinista:

«El nuevo evolucionismo (...) mantiene la concepción, empíricamente demostrable, de que existe un movimiento histórico de las sociedades humanas, vistas en su conjunto, desde lo simple a lo complejo y desde lo homogéneo a lo orgánicamente diversificado. Si al término “progreso” se le despoja de cualquier connotación valorativa, este movimiento histórico puede ser calificado de progreso (...) El neoevolucionismo es multilíneo. Rechaza la idea de que existan etapas universales y obligatorias del desarrollo histórico por las que han de pasar o deben pasar todas las sociedades humanas»³⁹³.

4.4.- Orígenes del eurocentrismo

Defender la existencia de líneas evolutivas diferentes que pueden dar saltos en la historia, que pueden seguir rumbos específicos, esta tesis también supone una negación radical de la ideología eurocéntrica que cohesiona la práctica imperialista actual, y que choca frontalmente con el método de *El Capital*. Butterfield nos ofrece un dato significativo sobre la época en la que comenzó a formarse el eurocentrismo: «Incluso en el siglo XV -en el período del Alto Renacimiento-, los italianos estaban dispuestos a postrarse a los pies de los maestros exiliados de Constantinopla», pero que el «nuevo capítulo de la historia de la civilización», o sea, la superioridad científica de Occidente, empieza con la estabilidad política lograda en 1660³⁹⁴, o sea, a mitades del siglo XV la cultura que se había formado fuera del poder romano-occidental todavía era respetada, y es a partir de aquí cuando el eurocentrismo asegura su expansión.

La caída de Constantinopla a manos del imperio otomano en el siglo XV, además de llenar de alegría a Roma, también reforzó el «miedo al turco» que ya existía en Europa y que sería una de las causas que dieron pie, ya desde Maquiavelo, a la paulatina formación del mito de la superioridad europea frente al «despotismo asiático». Maquiavelo, Bacon, Montesquieu y otros ideólogos, como nos recuerda P. Anderson³⁹⁵, fueron dando cuerpo al mito de la racionalidad política europea como muy superior al «despotismo asiático», cuando en realidad no era para nada cierto, ya que entonces las administraciones político-estatales europeas eran chapuceras comparadas con las asiáticas, como ha demostrado J. M. Hobson³⁹⁶, al que volveremos luego.

Por tanto, el eurocentrismo tiene una de sus bases en el miedo a potencias muy superiores, lo que explica, además de otras razones, la facilidad con la que fue calando en la ignorante

³⁹² J, Antona Bustos: «Pueblo mapuche y Estado chileno: las claves del conflicto», 01-05-2013,

www.diagonalperiodico.net

³⁹³ Á. Palerm: *Antropología y marxismo*. Nueva Imagen. 1980. pp. 50-51.

³⁹⁴ H. Butterfield: *Los orígenes de la ciencia moderna*. Taurus. 1971. pp. 245-252

³⁹⁵ P. Anderson: *El Estado absolutista*, Siglo XXI, 1999, pp. 407-411.

³⁹⁶ J. M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*, Crítica, 2006, pp. 373 y ss.

mentalidad europea media. Según el eurocentrismo, todos los pueblos del planeta han de seguir el mismo camino que Europa, no tienen otra opción. La creencia de la superioridad de Occidente sobre el resto del planeta empezó a formarse justo con la expansión del capitalismo mercantil más allá del ámbito mediterráneo, es decir, conforme avanzaba su expansión en el Atlántico desde siglo XVI, y dio un salto definitivo durante el XVII con la mundialización de las guerras intercolonialistas europeas para expandir el mercantilismo a todo el planeta, dominar los mercados nuevos y desplazar a las potencias viejas dominantes de los mercados ya establecidos.

Pero ya antes de que surgiera el eurocentrismo existía en Europa una clara xenofobia entre los europeos, un odio, repugnancia y hostilidad a los extranjeros, que es la base sobre la que luego surgirá el racismo. J. Azurmendi estudia los orígenes de la xenofobia en la antigüedad europea y cita la xenofobia del inglés Daniel de Foe (1660-1731), pero precisa que: «Desde el Medioevo hasta la actualidad, todas las literaturas son fecundas en este tipo de flores. La literatura española no es la más pobre. Un tal Jacobo de Vitry nos dejó en el siglo XIII una larga lista de burlas: borrachos los ingleses, irascibles los alemanes, hueros y mujeriegos los franceses, etc. Contemplados estos vergeles, a ver quién encuentra un solo pueblo en Europa que no sea incivilizado, borono, mentecato, etc.»³⁹⁷. Por su parte, M. Foucault data el racismo en el siglo XVII, y sostiene una tesis muy común pero que conviene recordar porque tiene su importancia para el tema que tratamos:

«No hay que olvidar que la colonización, con sus técnicas y sus armas jurídico-políticas, así como ha transferido modelos europeos a otros continentes, ha tenido a la vez muchos efectos de retorno sobre los mecanismos de poder en Occidente, sobre los aparatos, las instituciones y las técnicas de poder. Hubo toda una serie de modelos coloniales – sucesivamente adquiridos en Occidente- que le han permitido a Occidente practicar sobre sí mismo algo así como una colonización, un colonialismo interno»³⁹⁸.

G. Lukács se refiere al conde de Boulainvilliers como uno, si no el primero, de los fundadores del racismo cuando en 1727 escribió un libro tratando de demostrar la superioridad racial de la nobleza francesa, que era directa descendiente de los francos, sobre el pueblo descendiente de los vencidos galos. Según este noble en el reino francés de comienzos del siglo XVIII se estaba librando una guerra de razas y sólo se podía acabar con la superioridad de los francos dominantes mediante la destrucción de la civilización francesa. La respuesta de la burguesía ascendente, de origen villano, galo y no franco, vino al poco tiempo cuando el historiador Dubos sostuvo en 1734 que la conquista franca era un mito, una leyenda³⁹⁹. Habría que preguntarse si el racismo elitista de Boulainvilliers no ha infectado a buena parte de la sociedad francesa. Pero Lukács va más lejos y el fundador del racismo moderno no es otro que H. St. Chamberlain (1855-1927), apologista de la raza aria, amigo de los peores criminales nazis, empezando por Hitler⁴⁰⁰ al que adoraba.

Teniendo en cuenta el origen alemán y británico de este intelectual, no es de extrañar que se llegase a una fuerte implantación del racismo filonazi o nazi en las fracciones más fanáticas del imperialismo eurocéntrico, sobre todo del norteamericano⁴⁰¹, unida a la actualización de

³⁹⁷ J. Azurmendi: *Los españoles y los euskaldunes*. HIRU. 1995, p. 28.

³⁹⁸ M. Foucault: *Genealogía del racismo*. La Piqueta. 1992. p. 113.

³⁹⁹ G. Lukács: *El asalto a la razón*. Grijalbo. 1975. p. 539.

⁴⁰⁰ G. Lukács: *El asalto a la razón*. Grijalbo. 1975, pp. 565-580.

⁴⁰¹ «La cara oculta de Henry Ford, el estadounidense que apoyó el nazismo», 12-03-2013 www.abc.es

otros racistas británicos anteriores. De hecho, el racismo norteamericano con respecto a casi todos los emigrantes estaba asentado con antelación, y funcionaba como el criterio de validación o denegación del permiso de entrada en los EEUU, criterio que fue mejorándose en dos períodos, de 1830 a 1882 y de 1882 a 1930, adquiriendo un aura científica que justificaba todas las discriminaciones e injusticias⁴⁰². Con la sociobiología en auge, el racismo se disfraza de «ciencia» aparentemente neutral y libre de valores, lo que le permite sostener las mayores majaderías contra los derechos sexuales, los derechos de sexo-género, los étnico-culturales y hasta nacionales, reforzando así movimientos de extrema derecha y fascistas⁴⁰³ en sus exigencias represivas contra «la inseguridad ciudadana»,⁴⁰⁴ por lo que es urgente multiplicar la lucha científico-crítica⁴⁰⁵ y ética contra el racismo.

S. Amin data en el Renacimiento y en el Iluminismo el comienzo de eurocentrismo como ideología adecuada al capitalismo, define los ejes centrales de esa ideología en la libertad de empresa, en el mercado, en el laicismo y en la democracia burguesa; afirma que para sostener internamente esa ideología se creó el racismo en el siglo XIX, formándose así una visión totalizante que excluye a las naciones que no aceptan esa totalidad. Y lo que ahora más nos interesa es lo siguiente: dado que a consecuencia de los crímenes fascistas el racismo biológico está parcialmente debilitado y también a los efectos de la segunda guerra mundial: «la identidad colectiva europea debía encontrar entonces una nueva formulación de sus fundamentos. La pertenencia a la cristiandad debía casi fatalmente ofrecer una salida a esta doble crisis de los nacionalismos europeos rivales y del racismo. En mi opinión la renovación cristiana que caracteriza a nuestra época es, al menos en parte, la respuesta inconsciente a esta situación»⁴⁰⁶.

El eurocentrismo se basa en una construcción histórica deliberadamente falsa, que niega el papel decisivo hasta mediados del siglo XIX de culturas tan poderosas como la china, la hindú, la persa y muchas de Centro África, precisamente culturas que crecieron en buena medida dentro de lo que, por ahora, seguimos denominando «modo de producción asiático». J. M. Hobson muestra que nunca fue cierta la creencia europea de la pasividad y quietud somnolienta de Asia, y pone como ejemplo la producción de hierro y acero en China entre el -600 y el +1100, así como muchos inventos decisivos que mantuvieron a este imperio en la cúspide del mundo hasta el inicio del siglo XIX⁴⁰⁷. También muestra lo fundamental que fue para el cristianismo en la trata de esclavos, negocio inhumano sin el que la acumulación originaria de capital hubiera sido mucho más lenta y débil: «Los europeos llegaron a creer que la esclavización de los africanos era natural porque contaba con aprobación divina»⁴⁰⁸; al igual que «el coste social del avance de la industria textil británica fue la desindustrialización de la

⁴⁰² St. L. Chorover: *Del génesis al genocidio*, Orbis, 1986, pp. 83-88.

⁴⁰³ J. Botey: «Inmigración y racismo: aspectos culturales y políticos», *No pasarán... aunque lleven trajes*, La Tempestad, 2010, pp. 95-107.

⁴⁰⁴ S. Rose: «¿Genes criminales?» www.nodo50.org/ciencia_popular

⁴⁰⁵ M. H. Fried: «Necesidad de acabar con la investigación pseudocientífica de la raza», *La ciencia y el concepto de raza*, Orbis, 1986, pp. 103-110.

⁴⁰⁶ S. Amin: *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. Siglo XXI. 1989. p. 86-112.

⁴⁰⁷ J. M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización occidental*, Crítica, 2006, pp. 81-112.

⁴⁰⁸ J. M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización occidental*, Crítica, 2006, p. 228

India»⁴⁰⁹. Como resultado, entre 1700-1850 se creó la identidad europea con «la misión civilizadora imperial como vocación moral»⁴¹⁰.

J. M. Hobson no extiende su demoledora investigación al saqueo implacable y masivo de las Américas primero por el imperio español, luego por el colonialismo británico y por último por el imperialismo norteamericano, aunque sí aporta algunos datos significativos. De cualquier modo, la bibliografía es tan abundante que no vamos a extendernos más allá de lo que necesitamos para reseñar la obra de R. Wright, en la que se recorre la historia de aztecas, mayas, incas, cherokees e iroqueses durante los 500 años de invasión, resistencia y renacimiento: «Cuando los anglosajones y los ibéricos llegaron al Nuevo Mundo, cada cual permaneció fiel a sus tradiciones. El mercenario español pretendía oro y siervos a fin de disfrutar de una vida regalada y tiránica. El campesino inglés quería tierra, y para conseguirla volvió a hacer lo que habían hecho sus antepasados a los antepasados de los galeses»⁴¹¹. Pero desde finales del siglo XX, estos pueblos empiezan a renacer de sus cenizas, organizándose y luchando.

Si, como hemos dicho, una de las primeras fuerzas impulsoras del eurocentrismo fue el miedo al poder otomano desde el siglo XV hasta el XVII, otras guerras terminaron por darle cuerpo, como la sublevación nacional india de 1857, reacción incitada ya con anterioridad por la independencia de Haití. Gobineau (1816-1882), Spencer (1820-1903), y Chamberlain (1855-1927) son parte de los pilares sobre los que descansa el racismo tanto en su forma social –la inferioridad natural del proletariado- como en su forma étnica –la inferioridad de los pueblos no occidentales--⁴¹². Sobre esas bases e impulsada por el tránsito a la fase imperialista, se desarrolló la concepción de la superioridad occidental⁴¹³ que explicaba y justificaba la supuesta «misión de Occidente» en la historia humana. La fuerza de esta creencia se basaba en la confluencia de intereses económicos, políticos, ideológicos y hasta religiosos en el sentido más pedestre y crematístico de la palabra, porque junto a la competencia intercolonial e interimperialista se generó también una competencia «evangelizadora» entre las versiones católica y protestante del cristianismo⁴¹⁴ para «convertir más almas», es decir, ocupar más territorios y acceder a más recursos.

En 1868, el británico Charles Dilke escribió el libro *Greater Britain* en el que argumentaba que la desaparición de las «razas inferiores» no sólo era una ley de la naturaleza sino una bendición para la humanidad⁴¹⁵. Fue en este contexto en el que Macaulay ridiculizaba a quienes pretendían instruir a los habitantes de la India⁴¹⁶. Teniendo todo esto en cuenta, Headrick tiene razón cuando dice que: «La era del nuevo imperialismo fue la también la época en que el racismo alcanzó su cenit (...) Las conquistas fáciles habían deformado el juicio incluso de las elites científicas»⁴¹⁷. Este autor analiza la expansión del racismo eurocéntrico y, en especial, la creencia de su superioridad sobre aquellas culturas que sí

⁴⁰⁹ J. M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización occidental*, Crítica, 2006, p. 349

⁴¹⁰ J. M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización occidental*, Crítica, 2006, p. 490

⁴¹¹ R. Wright: *Continentes robados*, Anaya&Muchnik, 1994, p. 411.

⁴¹² M. Harris: *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Siglo XXI. Madrid 1987. Tomo 2. pp. 69-121.

⁴¹³ María Sierra Alonso: «La cultural del XIX». *Historia de la Humanidad*. 2001. Volumen 27. pp. 84-86.

⁴¹⁴ J. Carpentier y F. Lebrun: *Breve historia de Europa*. Alianza Editorial, 1994, p. 48.

⁴¹⁵ D. Day: *Conquista*. Crítica, 2006. p. 230.

⁴¹⁶ R. Schnerb: «El siglo XIX». *Historia General de las Civilizaciones*. Destino Libro 1982. p. 149.

habían sido manifiestamente superiores a la europea durante milenios, como la china. La dinámica actual del imperialismo norteamericano de recuperar a Kipling⁴¹⁸, novelista que legitimó e impulsó el expansionismo eurocéntrico en el siglo XIX, responde no sólo a la perspectiva estratégica del imperialismo yanqui⁴¹⁹ sino que también es coherente con todo lo visto hasta ahora.

El racismo en las elites científicas tendrá desastrosos efectos porque legitima todas las aberraciones burguesas de una forma mucho más sibilina y perfecta que el resto de argumentos que puedan imaginarse, como los religiosos, y un ejemplo lo tenemos en el papel del determinismo e innatismo genetista. Sin embargo, no debemos minusvalorar el peso reaccionario del opio religioso en sus diferentes versiones y sectas, sobre todo las del cristianismo que comenzaron su giro más notorio aún hacia el dogmatismo, la intolerancia y el integrismo⁴²⁰ en la época que tratamos, y que anticipan el fundamentalismo cristiano inherente al imperialismo actual⁴²¹.

E. Dussel afirma que la «modernidad» surge al final del siglo XV con la conquista de las Américas, momento en el que el *ego cogito* moderno es antecedido en más de un siglo por el *ego conquiro*, propone siete características de la “modernidad”: 1) el eurocentrismo se define superior a otras civilizaciones y culturas; 2) al ser superior tiene la obligación moral de desarrollar a los más primitivos, rudos y bárbaros; 3) este desarrollo debe ser siempre copia y calco del anterior desarrollo europeo; 4) dado que el bárbaro se resiste a ser civilizado, el eurocentrismo debe aplicar la guerra justa colonial en bien del bárbaro; 5) las víctimas de la guerra justa colonial son por ello inevitables y tienen el sentido cuasi-ritual de víctimas propiciatorias en el sacrificio; 6) la negativa del bárbaro a ser civilizado exime de toda culpa a la modernidad, traslada ésta a los bárbaros por resistirse y dota al eurocentrismo de contenido emancipador; y 7) por esto, son inevitables los costos de la modernización de los pueblos atrasados e inmaduros⁴²².

La tesis de Dussel de que el *ego conquiro* adelanta en más de un siglo al *ego cogito* se basa en el hecho histórico de que la expansión de los comerciantes burgueses era inseparable de la guerra, el saqueo y la conquista, realizándose habitualmente con una antelación de más de un siglo con respecto al cartesiano cogito ergo sum, que sólo se instauró cuando la burguesía francesa ya estaba sólidamente asentada, y cuando «la creencia en un lenguaje universal de este tipo --basado en la racionalidad europea-- no constituyó un fenómeno raro en el siglo XVII»⁴²³. Pero Dussel no es el primero en avanzar en esta línea crítica, aunque su aportación

⁴¹⁷ 1998, p. . 193.

⁴¹⁸ AA.VV.: «El nuevo imperialismo recupera a Kipling cien años después», *Neoimperialismo en la edad de la globalización*. Hacer 2004. pp. 97-108.

⁴¹⁹ L. Panitch y C. Leys (edit.): *El Nuevo desafío imperial*. Clacso 2005.

⁴²⁰ L. Palacios Bañuelos: «Los últimos años de pontificado de Pío IX». *Gran Historia Universal. CIL*. 1986. Tomo 22, pp. 87-89.

⁴²¹ P. McLaren: *El cowboy guerrero de dios. Cristiandad, globalización y falsos profetas del imperialismo*; e Iñaki Gil de San Vicente: *¿Qué es el fundamentalismo? Crítica del poder occidental y cristiano*. Boltxe Argitaletxea. 2004. nº 7.

⁴²² E. Dussel: «Europa, modernidad y eurocentrismo» *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO. 2003. Págs. 48-49.

⁴²³ P. Burke: *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Paidós. 2002. Pág.: 264.

es muy valiosa. Dejando por ahora a Marx y Engels, y a toda la corriente marxista enfrentada al eurocentrismo estalinista, a los que volveremos en su momento, hay que decir que no es casualidad que la crítica del eurocentrismo y en concreto del papel imperialista de las denominadas “ciencias sociales” ya era una práctica común en ciertas izquierdas latinoamericanas hace más de un tercio de siglo⁴²⁴.

4.5.- Eurocentrismo y positivismo

Es característica del eurocentrismo su intrínseca conexión con la ideología positivista en todas sus corrientes. Los efectos del positivismo en las luchas de los pueblos han sido desastrosos, teniendo en cuenta su contundente rechazo a la dialéctica entre los valores y los hechos, es decir, entre la subjetividad y la objetividad, sin mayores precisiones ahora⁴²⁵. Además, las relaciones entre el positivismo y el socialdarwinismo son innegables, y han servido para justificar la pretendida superioridad sociobiológica de la cultura europea sobre las demás culturas. P. Guadarrama ha estudiado en detalle esta realidad en América Latina mostrando que: «tales concepciones socialdarwinistas eran muy bien apreciadas, tanto en las nuevas metrópolis neocoloniales, como entre algunos sectores nacionales aristocráticos que se han beneficiado con la situación de dependencia económica y de sumisión política»⁴²⁶. El racismo, el desprecio a las naciones indias y a su cultura, la identificación de las burguesías latinoamericanas con el eurocentrismo y, las más de las veces, con el racismo más fascista, todo esto juega un papel central en el capitalismo latinoamericano, y en el de todas las áreas mundiales no occidentales.

Además, en todo el planeta pero en América Latina con especial virulencia en estos momentos, se está librando esta lucha entre positivismo y método dialéctico en algo tan complejo como es la definición de la «historia popular», tan inseparable de «pueblo» y por tanto de «nación». R. Samuel sostiene acertadamente la necesidad de incluir los valores y la política en esta discusión en contra del positivismo, ya que: «La historia popular, sea cual sea su tema concreto, toma forma en el crisol de la política, y a la vez penetra en ella, por todos los lados, la influencia de la ideología. En una versión aparece aliada con el marxismo; en otra, con el liberalismo democrático; en otra con el nacionalismo cultural, y resulta difícil desechar estos acoplamientos por ilegítimos incluso en los casos en que puedan excluirse mutuamente»⁴²⁷.

Descubrir estos acoplamientos exige aplicar una teoría que encuentre la unidad que recorre a esas expresiones diversas de la historia popular dándoles coherencia frente a la explotación. El método de *El Capital* no sólo explica la complejidad laberíntica inherente al surgimiento y agravamiento de las opresiones nacionales y a sus variadas expresiones, sino que a la vez descubre su unidad interna. E. Dussel ha aplicado el método de *El Capital* al laberinto de lo inter-«nacional» en el contexto mundial determinado por la competencia imperialista y por la debilidad de los pueblos atenazados por la «deuda externa». Analizando los límites de la teoría de la dependencia, Dussel propone mejorarla con aportaciones sustantivas de la realidad estructural de la competencia, de modo que quede definitivamente establecido que sólo las

⁴²⁴ AA.VV: *Imperialismo y ciencias sociales*. Unidad Productora O4. La Habana. Vol. 2. N° 4. Mayo-Junio 1970.

⁴²⁵ D. Jorge González Serra: «Epistemología y psicología. Positivismo, antipositivismo y marxismo». *Marx Ahora*. N° 14. 2002, pp. 185-196.

⁴²⁶ P. Guadarrama: *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. Ciencias Sociales. 2004. p. 98.

⁴²⁷ R. Samuel, ed.: *Historia popular y teoría socialista*. Crítica 1984. p. 22.

luchas de liberación nacional dirigidas por el proletariado pueden llevar al socialismo «al tomar el *poder del estado*»⁴²⁸.

Pero el sujeto colectivo que dirige la liberación supera al de la definición restrictiva y economicista de «clase obrera» para extenderse al «“*pueblo*” *explotado* como bloque social de los oprimidos, como categorías complejas y políticas, en el nivel concreto de la *reproducción* subsumen a la categoría “clase” (más abstracta)»⁴²⁹. El pueblo explotado como bloque social de los oprimidos, definición que es equiparable a la de «pueblo trabajador», es el único que puede desarrollar «*la praxis de liberación nacional del pueblo*»⁴³⁰ desde la lógica de las mayorías, superando así las diferencias expuestas arriba por R. Samuel. La mayoría popular y obrera debe impulsar «el proceso de liberación nacional y popular» y «destruir los mecanismos de *transferencia de plusvalor*, de manera constante y creciente, del capital global nacional menos desarrollado. Pero esto supone trascender el capitalismo como tal»⁴³¹.

La destrucción de los mecanismos de transferencia de plusvalor supone, en primera instancia, reducir drásticamente el poder de la burguesía y, en segunda instancia, trascender el capitalismo como tal. Quiere esto decir que la liberación nacional del pueblo explotado es una revolución socialista, o sea, justo lo contrario del dogma político estalinista. ¿Cómo triunfó el mecanicismo lineal y «rusocéntrico» estalinista?

4.6.- Eurocentrismo, marxismo y socialdemocracia

La denominada «cultura occidental» se formó en base a una linealidad histórica que será reforzada mediante la filosofía hegeliana que añade el siguiente paso, el mundo germánico⁴³² superior a la plomiza quietud del mundo asiático, mundo que puede ser ampliado hasta abarcar a la cultura anglosajona y europea en general. Mucho se debate sobre la influencia de este Hegel en los jóvenes Engels y Marx; en el primero con la tesis de los «pueblos sin historia», pero la rigurosa investigación de R. Rosdolsky desautoriza definitivamente esas críticas, e incluso muestra la superioridad de Engels sobre lo que en esa misma época defendía Bakunin⁴³³. Además, un autor tan poco comprensivo con las problemáticas nacionales, como es E. J. Hobsbawm, ha mostrado que aquellas afirmaciones de Engels deben contextualizarse en los parámetros intelectuales de su época en vez de achacarle a él todos los males⁴³⁴. Aún así, aquél «error» de Engels ha sido utilizado por las fuerzas antimarxistas como arma ideológica para justificar la opresión nacional de los «pueblos sin historia», entre ellos el vasco⁴³⁵. En cuanto a Marx, el ese hegelianismo le hizo aceptar la creencia del «despotismo asiático»⁴³⁶ como inferior a la cultura europea. Pero hay que decir también que S. Gianni tiene razón cuando afirma que:

⁴²⁸ E. Dussel: *Hacia un Marx desconocido*, Siglo XXI; 2008, p. 357.

⁴²⁹ E. Dussel: *Hacia un Marx desconocido*, Siglo XXI; 2008, p. 357.

⁴³⁰ E. Dussel: *Hacia un Marx desconocido*, Siglo XXI; 2008, p. 361.

⁴³¹ E. Dussel: *Hacia un Marx desconocido*, Siglo XXI; 2008, p. 358.

⁴³² Hegel: *La razón en la historia*. Seminarios y Ediciones SA. 1972. pp. 315-320.

⁴³³ R. Rosdolsky: *El problema de los pueblos sin historia*. Fontamara. 1981, p. 137.

⁴³⁴ E. J. Hobsbawm: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica. 1991, p. 23-53.

⁴³⁵ I. Gil de San Vicente: *Gracias a un error de Engels... ¿y de Marx?* 25-02-2007, a libre disposición en la Red.

⁴³⁶ P. Anderson: *El Estado absolutista*, Siglo XXI, 1999, pp. 482-499.

«Marx fue, como diríamos hoy, esencialmente “eurocéntrico” (dada la época, de hecho, sería asombroso que fuese lo contrario): por ejemplo, atribuyó predominantemente el encuentro con el Occidente y con el capitalismo -y no al desenvolvimiento de potencialidades autóctonas- los gérmenes de progreso y de transformación de las sociedades asiáticas. Sin embargo, habló también con respeto de algunos valores positivos contenidos en las culturas de Asia, y con mucha admiración de sus capacidades de resistencia y de lucha contra las invasiones occidentales. En muchos casos, Marx observó que, si las leyes de la economía y del progreso material estaban del lado de Occidente, la moral y la civilización estarían sobretodo del lado de los chinos»⁴³⁷.

Ahora bien, siendo cierto esto no lo es menos que a pesar de su eurocentrismo inicial Marx y Engels dejaron escritas suficientes ideas como para poder demostrar, primero, que en su obra también existe una crítica feroz de la civilización burguesa, crítica latente desde el inicio pero abierta al final, por ejemplo cuando denuncia el contenido cristiano-protestante de la colonización criminal de Nueva Inglaterra en 1703: «El parlamento británico declaró que la caza de hombres y el escalar eran “recursos que Dios y la naturaleza habían puesto en sus manos”»⁴³⁸; y segundo y más importante, que a pesar de su eurocentrismo acertaron a grandes rasgos en que la evolución de la lucha de clases mundial se trasladaba de lo que ahora se denomina impropriadamente «centro» o «norte» a lo que llaman «periferia» o «sur». Dicho en palabras del Marx de 1877: «Esta vez la revolución empezará en Oriente, que ha sido hasta ahora fortaleza inexpugnable y ejército de reserva de la contrarrevolución»⁴³⁹. Tras un pormenorizado estudio de la obra de ambos amigos, R. Levrero puede afirmar que:

«Supieron descubrir correctamente el significado del progresivo desplazamiento del núcleo del movimiento socialista revolucionario del centro hacia la periferia del mundo capitalista: no sólo no se opusieron, en nombre de alguna ideología obrerista, a dicho desarrollo, sino que, al contrario, supieron indicar a la totalidad del movimiento los profundos motivos --el desarrollo desigual y la crisis del capitalismo-- que presidían esa histórica evolución. (...) Marx y Engels reconocieron abiertamente y teorizaron que el desarrollo del movimiento revolucionario señalaba la tendencia de que “el campo” asediaba las “ciudades” del capitalismo. Deducían de esta tendencia la certeza de la crisis del capitalismo y la ineluctabilidad de la revolución socialista. Los hechos posteriores a 1917 han confirmado plenamente su previsión científica»⁴⁴⁰.

Más aún, de la misma forma que Levrero pone el caso de la revolución bolchevique como ejemplo de lucha en la que el «campo», o sea, las clases explotadas que viven la especial contradicción del traumático tránsito del campo a la fábrica, asedian y vencen a la «ciudad», o sea al orden capitalista, T. Shanin avanza un paso teórico más afirmando que: «Fue la integración del marxismo con las tradiciones políticas indígenas lo que subyace a todos los casos conocidos de transformación revolucionaria por los socialistas, internamente generada y políticamente efectiva»⁴⁴¹. Además de otros documentos oficiales de la Internacional

⁴³⁷ S. Gianni: «El problema de la revolución socialista en los países atrasados», 01-10-2005

www.rodolfowalsh.org

⁴³⁸ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, p. 640

⁴³⁹ Marx a Sorge en Octubre de 1877, *Correspondencia*. Cartago. 1973, p. 286.

⁴⁴⁰ R. Levrero: *Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels*. Anagrama 1975. pp. 86-87.

⁴⁴¹ T. Shanin (edit): *El Marx tardío y la vía rusa..* Revolución. 1990. p. 322.

Comunista que así lo indican, no faltaron marxistas que explicaron esta misma tendencia objetiva. Mariátegui después de estudiar el parón en la lucha revolucionaria europea, afirmó: «Despedida de algunos pueblos de Europa, la Libertad parece haber emigrado a los pueblos de Asia y de África. Renegada por una parte de los hombres blancos, parece haber encontrado nuevos discípulos en los hombres de color»⁴⁴². Años después, el revolucionario K. Nkrumah, asesinado por el imperialismo, utilizó la feliz expresión de «pueblos militantes»⁴⁴³ para sintetizar la fusión entre el marxismo y los valores indígenas en la lucha de liberación nacional.

Mientras que este marxismo revolucionario e internacionalista luchaba por la independencia de los pueblos oprimidos, en Europa, el eurocentrismo formaba parte de las direcciones de las corrientes socialistas del siglo XIX y primeros años del siglo XX, sobre todo en la II Internacional, aunque con variantes, matices e intensidades. En 1882 Kautsky expresaba sus dudas a Engels sobre si el socialismo europeo debía defender el derecho a la independencia de las colonias, porque creía que tal derecho sólo era aplicable al interior de Europa. El colonialismo inglés había bombardeado el puerto egipcio de Alejandría, la mayoría de la militancia socialista europea estaba a favor del pueblo egipcio, y Engels respondió a Kautsky criticando el gobierno egipcio de reaccionario pero saliendo en su defensa frente al ataque británico, y apoyando decididamente al campesinado egipcio⁴⁴⁴. Una de las lecciones más importantes de este debate radica en saber que las dudas de Kautsky eran la punta del iceberg de una postura más amplia y contradictoria en buena parte de la dirección de la II Internacional.

Recordemos que, según M. Galceran, Kautsky nunca comprendió la originalidad ontológica de Marx⁴⁴⁵, pese a que fue el ideólogo clave en la invención del «marxismo», es decir, la ideología naturalista, positivista, neokantiana y con fuertes dosis de darwinismo social, que se formó dentro de la socialdemocracia alemana. El Kautsky maduro defendió abiertamente el «evolucionismo marxista que sabe que las fases naturales de un proceso no pueden saltarse»⁴⁴⁶. Existe una directa relación entre este evolucionismo político y el evolucionismo darwiniano que determina toda la obra kautskiana, imperceptible al principio pero manifiesta al final, cuando en 1921 opta abiertamente por tesis antimarxistas⁴⁴⁷.

En 1900 el Congreso de París de la II Internacional votó mayoritariamente en contra del colonialismo pero también por «la formación de partidos socialistas coloniales vinculados a las organizaciones metropolitanas»⁴⁴⁸, con lo que se imponía una dependencia teórica, cultural, política y organizativa del socialismo de las colonias al de la metrópoli, negando así

⁴⁴² Mariátegui: «La Libertad y el Egipto», *Obras*. Casa de las Américas. Tomo 2, p. 36.

⁴⁴³ K. Nkrumah: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*, Siglo XXI, 1966. p. 204.

⁴⁴⁴ F. Andreucci: «La cuestión colonial y el imperialismo», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1981, Tomo 6, pp. 248-262.

⁴⁴⁵ M. Galceran Huguet: *La invención del marxismo*. Iepala. 1997, pp. 389-433.

⁴⁴⁶ Kautsky: *Terrorismo y comunismo*. Júcar. 1977. Pág.: 141.

⁴⁴⁷ M. Salvadori: «Kautsky entre ortodoxia y revisionismo». *Historia del marxismo*. Bruguera. 1980. Tomo 4. pp 215-262.

⁴⁴⁸ A. Kriegel: «La Segunda Internacional (1889-1914)», *Historia General del Socialismo*, Ediciones Destino 1979, Tomo II, p. 574.

la independencia en todos los sentidos de las fuerzas revolucionarias de los pueblos oprimidos. No hace falta decir que semejante decisión fue, es y será funesta. En el Congreso de Ámsterdam de 1904 ya apareció una corriente que defendía una «política colonial socialista» positiva porque el colonialismo era una realidad inevitable y necesaria incluso en una sociedad socialista. Las diferencias se ahondaron de modo que en el Stuttgart de 1907 existían tres corrientes: a favor del «colonialismo socialista»; de centro, que denunciaba lo peor del colonialismo, pero no a éste en cuanto tal; y de izquierdas⁴⁴⁹. S. Gianni ha escrito que:

«En los años de la Segunda Internacional, esa compleja problemática marxiana (que, además, era conocida sólo parcialmente en la época) fue olvidada o vulgarizada. La expansión colonial estaba en su ápice, y se orientaba en aquel momento sobretodo hacia África, trayendo la rebelión de los pueblos que recién emergían de tres siglos de tráfico de esclavos, y que ciertamente no tenían una tradición cultural comparable a la de India o China. Es un hecho que los escritos de los socialistas y las intervenciones en los congresos de la Internacional están llenos de expresiones como “pueblos hostiles e incapaces de ser civilizados”, “salvajes”, “civilización superior” (obviamente la europea), “pueblos en un período de infancia”, etc. El debate en que más se empeñó la Segunda Internacional se refería al siguiente problema: en qué medida los socialistas debían dejarse envolver por la política colonial, considerada por todos, de cualquier modo, como una necesidad histórica. Algunos (Bernstein, Van Kol, David, Labriola, Treves y otros) defendían la oportunidad de una “política colonial socialista”, o sea, de una participación activa de los socialistas en los emprendimientos coloniales, como máximo esforzándose por aliviar las penas de los “indígenas”. Otros, capitaneados por Kautsky, preferían lavarse las manos como Pilatos:

«No, ese trabajo es muy sucio para que el proletariado pueda tornarse su cómplice. Llevar a cabo esa empresa vergonzosa es una de las tareas históricas de la burguesía, y el proletariado debe considerarse feliz por no tener que ensuciarse así sus manos»⁴⁵⁰

Como vemos, la visión eurocéntrica cohesionaba abiertamente la corriente derechista que defendía las bondades del buen colonialismo, y soterradamente a la corriente de centro que sólo criticaba sus efectos negativos. En la medida en que la socialdemocracia fue aburguesándose más y más, el eurocentrismo fue apoderándose de su interior, y por mil vericuetos fue extendiéndose por entre los pequeños grupos de izquierda marxista dentro de la II Internacional, entre la reducida socialdemocracia rusa antes de su escisión en bolcheviques y mencheviques. Pero también penetraba el mecanicismo, el positivismo y el idealismo neokantiano, adelantándose al reformismo bernsteiniano⁴⁵¹ los llamados «marxistas legales» introdujeron en la primera socialdemocracia rusa buena parte de estas corrientes, muy en especial el eurocentrismo ya que, como ha demostrado V. Strada entendían el marxismo como «un instrumento de europeización»⁴⁵² de las culturas atrasadas.

⁴⁴⁹ A. Kriegel: «La Segunda Internacional (1889-1914)», *Historia General del Socialismo*, Ediciones Destino 1979, Tomo II, p. 575.

⁴⁵⁰ S. Gianni: «El problema de la revolución socialista en los países atrasados», 01-10-2005 www.rodolfowalsh.org

⁴⁵¹ N. Harding: «Marxismo legal», *Diccionario del pensamiento marxista*, Tecnos, 1984, p. 505.

⁴⁵² V. Strada: «El “marxismo legal” en Rusia», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1981, tomo 5, pp. 75-83.

4.7.- Eurocentrismo, bolchevismo y stalinismo

En cuanto a la socialdemocracia revolucionaria, fue Plejanov, defensor del «materialismo vulgar» según Gramsci⁴⁵³, quien legitimó la visión gradualista y determinista que él mismo tenía, etapismo orientado políticamente según el ejemplo de la Revolución francesa⁴⁵⁴. No podemos despreciar la dañina influencia de este caótico magma ideológico en la militancia revolucionaria rusa antes y después de 1917, sobre todo en los dirigentes bolcheviques, que apenas en las bases. En efecto, Lenin defendió en sus célebre «Tesis de Abril»⁴⁵⁵ un programa estratégico nuevo aceptado por las bases pero rechazado por la dirección, que advirtió en *Pravda* que no era una propuesta oficial del partido sino personal de uno de sus miembros, mientras que Plejanov las definió como «delirantes»⁴⁵⁶. La concepción mecanicista y etapista era tan fuerte en la mayoría de la dirección bolchevique, que tardó un tiempo en comprender el acierto de Lenin.

Pero el eurocentrismo también dominaba en el interior de importantes miembros del marxismo bolchevique. Unas veces de forma manifiesta en los estudios sobre la opresión nacional, otras de forma sutil en el pensamiento de los miembros más formados teóricamente. En el primer apartado, tenemos el caso de Stalin, al que volveremos luego, cuando en 1913 defiende que: «La cuestión nacional del Cáucaso sólo puede resolverse en el sentido de llevar a las naciones y pueblos rezagados al cauce común de una cultura superior»⁴⁵⁷. La cultura europea es superior a la caucásica, y estos pueblos culturalmente rezagados no pueden resolver su atraso sino mediante el aporte exterior. Recordemos que en Caucasia es una amplia zona euroasiática y la religión dominante es la islámica, y que precisamente fue el comportamiento de Stalin en zonas caucásicas una de las razones de su enfrentamiento total con Lenin⁴⁵⁸. Es verdad que al principio el libro de Stalin apenas tuvo influencia, pero terminó imponiéndose como única doctrina marxista en la segunda mitad de la década de 1920.

En el segundo apartado tenemos a Bujarin, Su esquematismo economicista eran tan tremendo que hasta marxistas blandos de la II Internacional, como E. Vandervelde, le criticaba como «marxismo en regresión, extremadamente simplificado, reducido a un esquema»⁴⁵⁹, crítica tanto más válida cuanto que la II Internacional creó «un marxismo “vulgar”, groseramente mecanicista, distante de la filosofía, evolucionista, simple explicación de la necesidad de las leyes del desarrollo histórico, traducido a menudo en términos de cientismo positivista»⁴⁶⁰. Lenin era plenamente consciente de que Bujarin nunca había entendido el método dialéctico, a pesar de sus amplios conocimientos parciales: «jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido del todo la dialéctica»⁴⁶¹. Bujarin sentía un fuerte rechazo a la filosofía en

⁴⁵³ Gramsci: *Introducción a la filosofía de la praxis*. Península. 1970, p. 104.

⁴⁵⁴ S. H. Baron: Plejanov. *El padre del marxismo ruso*. Siglo XXI, 1976, p. 453

⁴⁵⁵ Lenin: *Cartas sobre táctica*. Obras Completas. Progreso 1986, Tomo 31. pp.138 y ss.

⁴⁵⁶ Krupskaya: *Mi vida con Lenin*, Madrágora. 1976. p. 287-288.

⁴⁵⁷ Stalin: *El marxismo y la cuestión nacional*. Obras. Moscú 1953 Tomo 2. p. 374.

⁴⁵⁸ Lenin. *Obras Completas*. Edit. Progreso. Moscú 1987. Tomo 45, pp 359 y ss.

⁴⁵⁹ F. Andreucci: «La difusión y la vulgarización del marxismo», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1981, Tomo 3, p. 21.

⁴⁶⁰ F. Andreucci: «La difusión y la vulgarización del marxismo», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1981, Tomo 3, p. 23.

⁴⁶¹ Lenin: *Carta al Congreso*. Obras Completas. Progreso 1986, . Tomo 45., p. 361.

general, formado en sus años jóvenes de lectura sistemática de las tesis de Bogdanov en los que terminó de dar cuerpo a su tesis de que el marxismo aporta una «armonía lógica»⁴⁶² al conocimiento de la realidad.

Sin embargo, el rechazo bolchevique explícito del eurocentrismo aparece ya oficialmente en uno de sus primeros y esenciales documentos del gobierno revolucionario, en enero de 1918: «El asamblea Constituyente insiste en la completa ruptura con la bárbara política de la civilización burguesa, que basaba la prosperidad de los explotadores de unas pocas naciones elegidas en la esclavitud de centenares de millones de trabajadores en Asia, en las colonias en general y en los países pequeños»⁴⁶³. Luego se realizó un muy serio esfuerzo por dotar a la Internacional Comunista de una estrategia mundial por una parte respetuosa con los derechos nacionales de los pueblos oprimidos y de las colonias; por otra, concienciadora en el sentido de avanzar hacia una solidaridad internacionalista efectiva entre las masas explotadas de las colonias y el proletariado mundial; y, por último, consciente de que no se les pueden imponer por la fuerza o bajo presiones de cualquier índole culturas ajenas.

En la Tesis sobre el problema nacional y colonial⁴⁶⁴ del Segundo Congreso de la I. C., de agosto de 1920, se expone esta respetuosa política que rompe con el eurocentrismo socialdemócrata. Muy importante para el combate contra el eurocentrismo fue el debate entre Lenin y Roy sobre la necesidad de aceptar el término de «movimiento nacional revolucionario» en vez de movimiento «democrático-burgués»⁴⁶⁵, porque incidía directamente en la especificidad de la nación oprimida, colonizada, que en definiciones occidentales sobre la «democracia»; pero sobre todo fue la tesis de que si el proletariado occidental victorioso apoya decididamente a los pueblos oprimidos en su lucha nacional revolucionaria, entonces:

«Es erróneo suponer que la fase capitalista de desarrollo sea inevitable para los pueblos atrasados. En todas las colonias y en todos los países atrasados no debemos limitarnos a formar cuadros propios de luchadores y organizaciones propias de partido, no debemos limitarnos a realizar una propaganda inmediata de en pro de la creación de Soviets campesinos, tratando de adaptarlas a las condiciones precapitalistas. Además de eso, la Internacional Comunista habrá de formular, dándole una base teórica, la tesis de que los países atrasados, con la ayuda del proletariado de las naciones adelantadas, pueden pasar al régimen soviético --y, a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo-- soslayando en su desenvolvimiento la fase capitalista,

«Es imposible señalar de antemano los medios que serán necesarios para que esto ocurra. La experiencia práctica nos la irá sugiriendo. Pero es un hecho fundamentalmente establecido que la idea de los Soviets es entrañable a todas las masas de trabajadores de los pueblos más lejanos; que esas organizaciones, los Soviets, deben ser adaptadas a las condiciones de un régimen social precapitalista y que los partidos

⁴⁶² A. G. Löwy: *El comunismo de Bujarin*, Grijalbo, 1973, pp, 17-25.

⁴⁶³ *Lenin: Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*. Obras Completas. Progreso 1986, Tomo 35, p. 232.

⁴⁶⁴ «Tesis adicionales sobre los problemas nacional y colonial», *Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Izquierda Revolucionaria, Mayo 2008, pp-167-175.

⁴⁶⁵ *Lenin: Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial*, Obras Completas, Progreso 1986, Tomo 41, p. 250.

comunistas deben comenzar inmediatamente a trabajar en este sentido en el mundo entero»⁴⁶⁶.

El comunista indio Roy hizo comprender a Lenin que el debate sobre la posibilidad de que las comunas campesinas rusas pudieran impulsar el salto al comunismo, no sólo se sostuvo entre Marx y Engels y el grupo de Vera Zasulich, ni tampoco sólo en la socialdemocracia rusa y los populista pocos años después, sino que ese debate también se daba en otros países y continente. En la cita de Lenin se aprecia, además de su capacidad aprendizaje autocrítico en la mitad de un debate, también la identidad de su marxismo con el de Marx y Engels en la cuestión del posible papel de la comuna campesina⁴⁶⁷ en el proceso revolucionaria, como recuerda E. H. Carr. Nos referimos a su capacidad de aprendizaje autocrítico porque justo un año antes de este debate, es decir, en verano de 1919 había defendido la tesis contraria, la de la visión unilineal de la evolución de los modos de producción⁴⁶⁸, de la formación del Estado y del proceso al socialismo, pero, como decimos, su capacidad autocrítica era impresionante. E igualmente se aprecia ese dominio de la dialéctica de lo complejo que Marx desarrollo en *El Capital*, la exponer lo laberíntico de las concatenaciones de los procesos internos y externos, de la importancia de las culturas nacionales, etc., en el desarrollo concreto de las sociedades capitalistas particulares. Pero en

Ahora bien, estos y otros debates teórico-políticos de innegable trascendencia se realizaban en un contexto de generalizada pobreza intelectual en la mayoría de la militancia revolucionaria, también en la bolchevique. Consciente de ello, Lenin insistió en la formación teórica global, incluyendo en ella a la moral comunista, porque conoce de sobra el océano de incultura que ahoga la creatividad del pueblo ruso, y lo que es peor, el desierto de ignorancia que ya momificaba la legendaria capacidad crítica bolchevique en 1919 cuando sólo un 5% tiene instrucción superior y sólo un 8% instrucción secundaria⁴⁶⁹ porque un analfabeto total o funcional muy difícilmente será marxista ya que no puede estudiar a fondo textos decisivos. En 1921 Yaroslavsky tras estudiar la formación de los militantes reconoció que era «extraordinariamente difícil encontrar alguno que haya elido por lo menos **El Capital** de Marx o alguna otra obra básica de la teoría marxista»⁴⁷⁰. Inmerso en plena lucha contra la burocracia en ascenso en 1922 Lenin, que tenía «la palabra burocracia a flor de labios» como muy gráficamente ha dicho R. Dunayevskaya⁴⁷¹, insistió en la urgencia del estudio del materialismo, del ateísmo y de la dialéctica hegeliana de forma sistemática⁴⁷².

Sus esfuerzos fueron inútiles porque la burocracia triunfante no podía permitir que se conociera a fondo la dialéctica materialista tal cual la sintetizó Lenin desde 1914 hasta su muerte diez años más tarde, al contrario:

⁴⁶⁶ Lenin: *Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial*, Obras Completas, Progreso 1986, Tomo 41, pp. 252-253.

⁴⁶⁷ E. H. Carr: «Marx, Engels y el problema campesino», *La Revolución Bolchevique (1917-1923)* Alianza Editorial, 1974, Tomo 2, pp. 403-404.

⁴⁶⁸ Lenin: *Acerca del Estado*, Obras Completas, Progreso 1986, Tomo 39, pp. 75-77.

⁴⁶⁹ P. Broue: *El partido bolchevique*. Ayuso. 1974. p. 177.

⁴⁷⁰ P. Broue: *El partido bolchevique*. Ayuso. 1974. p. 176.

⁴⁷¹ Raya Dunayevskaya: *Marxismo y libertad* Fontamara. 2007, p. 238.

⁴⁷² Lenin: *El significado del materialismo militantes*. Obras Completas. Progreso 1986, Tomo 45. Pág.: 31.

«El régimen staliniano desbarató las actividades del Instituto Marx-Engels, especialmente tras la destitución y detención de Riazanov, y canceló la publicación de la *Mega* en alemán, aunque no impidió (a pesar del trágico tributo de las purgas) la continuación parcial del trabajo editorial. Por otra parte (y esto acabó siendo en cierto sentido aún más grave) la consolidación de lo que se podría llamar la interpretación stalinista ortodoxa del marxismo, promulgada oficialmente en el **Resumen de historia del PC (b)** de la URSS de 1938, hizo que algunos escritos de Marx se convirtieran en heterodoxos y que por tanto su publicación plantease serios problemas. Esto sucedió sobre todo con los escritos juveniles (...) La soberbia edición de los **Grundrisse**, realizada en Moscú en 1939-1941, fue virtualmente desconocida (a pesar de que llegaron un par de ejemplares a los Estados Unidos) hasta su impresión, en Berlín oriental, en 1953»⁴⁷³.

4.8.- Eurocentrismo y debate de Leningrado

Fue en este contexto en el que se libró el debate sobre el fracaso de la revolución china de 1924-27, un debate ya condicionado sustancialmente por el fortalecimiento imparable de la burocracia del partido, que azuzó la discusión sobre el modo de producción asiático y la caracterización de su estructura de clases. Según Bujarin y Stalin esa revolución era burguesa y las clases explotadas chinas debían apoyarla, aceptando y cumpliendo las exigencias de la «burguesía democrática». Una de las condiciones era que los comunistas le entregasen el listado de su militancia; otra que no iniciasen ninguna huelga o agitación obrera en los territorios ocupados por la «burguesía democrática»⁴⁷⁴. Es sabido que la revolución china fue exterminada implacablemente con decenas de miles de explotados asesinados por las tropas de la «burguesía democrática». Mientras la burocracia podía imponer sus tesis políticas debido a las crecientes dificultades de la oposición para defender sus ideas, sin embargo, en el debate teórico-científico sobre qué modo de producción dominaba en China, el feudal o el asiático, investigadores como Varga y Mayard y otros hacían inclinar la balanza a favor del segundo, lo que contradecía a la burocracia que defendía la tesis del feudalismo chino.

En 1931 se realizó el conocido como «debate de Leningrado»⁴⁷⁵, donde se impuso oficialmente el dogma de la sucesión ordenada y mecánica de los cuatro modos de producción —comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo—, que fueron presentados como únicos y obligatorios para toda la historia de la humanidad, por la que han de transitar todos los pueblos del mundo quiéranlo o no. Si este mecanicismo radicalmente opuesto a la dialéctica materialista era ya nefasto, lo peor fue la excomunión de todo lo relacionado con el llamado «modo de producción asiático» por llamarlo de alguna manera⁴⁷⁶. Se discute mucho

⁴⁷³ E. J. Hobsbawm: «Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels». *Historia del marxismo*, Bruguera, 1981, Tomo 2, p. 303.

⁴⁷⁴ P. Broue: *El partido bolchevique*. Ayuso. 1974. p. 338.

⁴⁷⁵ E. Mandel: *La formación del pensamiento económico de Marx*. Siglo XXI. 1972, p. 132.

⁴⁷⁶ Para un inicio de este debate: Godelier/Marx/Engels: “El modo de producción asiático”. Eudecor. Córdoba Argentina 1966. J. Chesnaux y otros: *El modo de producción asiático*. Grijalbo. 1975. M. Godelier: *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*. Laia. Barcelona 1977. F. Houtart: *Religión y modos de producción precapitalistas*. Iepala 1989. G. Sofri: *El modo de producción asiático. Historia de una controversia marxista*. Edic. Bolsillo Península. 1971. AA.: *Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático*. Akal 1978.

sobre qué razones tuvieron los participantes en ese debate, además de sus intereses burocráticos, para imponer el determinismo lineal «rusocéntrico» como variable del eurocentrismo, alegándose que en la obra de Marx y Engels no hay una exposición nítida al respecto y que incluso en determinadas obras sólo se habla de tres modos de producción anteriores al capitalismo, como el tribal, el esclavista y el feudal⁴⁷⁷ escrita entre 1845-46, o incluso no está presente en una obra emblemática sobre el origen de la propiedad⁴⁷⁸ escrita en 1884.

Pero lo más posible es que no comprendieran el cambio de las prioridades analíticas de Marx producido entre los años de redacción de los *Grundrisse*, de finales de la década de 1850, en los que expone una visión no lineal y abierta de la historia, y posteriormente, cuando da prioridad por diversas razones, entre las que hay que destacar las urgencias de la lucha revolucionaria, a otras investigaciones y otros métodos de exposición⁴⁷⁹, manteniendo soterradamente su preocupación por el tema, y la de Engels, como se comprueba en el Libro III de *El Capital* y en el esfuerzo teórico dedicado a la etnografía en los últimos años de su vida, así como a la propiedad comunal de la tierra. La causa de esa incompreensión debe buscarse, fundamentalmente, en la reducción de la dialéctica a un «añadido estilístico superficial» a la obra de Marx, y que, en aras de la «cientificidad», había que excluir la dialéctica del método materialista histórico, como denunció Lukács⁴⁸⁰. Confirmando esta tesis está el silenciamiento de los *Grundrisse* por la burocracia estalinista, porque confirmaba precisamente la función de la dialéctica en la entera obra marxista, como ha demostrado R. Rosdolsky⁴⁸¹.

El debate de Leningrado terminó por sancionar oficialmente una concepción eurocéntrica, mecánica y autoritaria del tránsito al socialismo, en la que desaparecía el papel vital de los referentes comunales y de la libertad del factor subjetivo para avanzar al socialismo partiendo de las condiciones de cada pueblo, sobre todo de los que vivían aún en sociedades en las que el modo de producción capitalista era cuestionado y rechazado muy seriamente porque su penetración destrozaba, entre otras cosas, las bases comunales de existencia, con todas sus contradicciones, limitaciones e incoherencias. O sea: «a comienzos de los años 30, la condena de la teoría del modo de producción asiático, con la correspondiente afirmación de la teoría de las "fases" obligatorias en la historia de todo pueblo, contribuyó para aquél empobrecimiento del marxismo (tanto occidental cuanto oriental) que tuvo lugar en muchos ámbitos»⁴⁸². Como dice B. S. Turner:

«Estos debates sobre la sociedad asiática giraban sobre la controversia entre una visión determinista y monolineal de la historia y las perspectivas multilineales. La validez del MPA resultaba crucial para los enfoques multilineales porque implicaba que el

⁴⁷⁷ Marx y Engels: *La ideología alemana* Obras Escogidas. Progreso 1978 Tomo I, p. 17-20

⁴⁷⁸ Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Obras Escogidas. Progreso. 1976. Tomo III, pp. 203-352.

⁴⁷⁹ M. Finley: «Sociedad antigua». *Diccionario de pensamiento marxista*. Tecnos Madrid 1984, p. 696-700.

⁴⁸⁰ G. Lukács: *Historia y conciencia de clase*. Orbis. 1985. Tomo I. p. 50 y ss.

⁴⁸¹ R. Rosdolsky: *Génesis y estructura de El capital de Marx (estudio sobre los Grundrisse)*. Siglo XXI. México 1978.

⁴⁸² S. Gianni: «El problema de la revolución socialista en los países atrasados», 01-10-2005 www.rodolfowalsh.org

marxismo no estaba comprometido con un esquema evolutivo mecanicista en el cual las fases históricas se suceden de acuerdo con leyes necesarias. El esquema unilineal --comunismo primitivo, esclavo, feudal, capitalista y socialista-- vino a prevalecer después que de la conferencia de Leningrado de 1931 rechazara la relevancia del MPA para el análisis de las sociedades asiáticas. La decisión fue confirmada por la adhesión de Stalin a una perspectiva mecanisticamente monolineal; el rechazo del MPA significó que las sociedades asiáticas fueran a continuación incluidas en las categorías de esclavitud o feudalismo»⁴⁸³.

Pensamos que no es casualidad el que los dos valedores máximos dentro del PCUS de la segunda mitad de la década de 1920 de la estrategia de colaboración con la «burguesía democrática» china, que terminó en terrible masacre y en la derrota revolucionaria, fueran a la vez los defensores de la tesis de la feudalidad china, y los «ganadores» del debate de Leningrado de 1931, aunque Bujarin ya empezaba a estar perseguido por Stalin, su antiguo aliado y amigo, siendo ejecutado en 1938. Ninguno dominó nunca la dialéctica y ambos eran profundamente mecanicistas.

4. 9.- Eurocentrismo y stalinismo

Recordemos la crítica a Bujarin de que su marxismo estaba reducido a esquemas; pues bien, es el mismo error de Stalin al definir la nación mediante cuatro criterios esquemáticos: «Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada esta en la comunidad de cultura»⁴⁸⁴. Tal ausencia de dialéctica aparece brutalmente expuesta cuando Stalin precisa que: «Sólo la presencia conjunta de todos los rasgos distintivos forma una nación»⁴⁸⁵. O todo o nada: no hay espacio para la lógica dialéctica.

Semejante esquematismo contradice totalmente el método dialéctico en general, y en particular su aplicación por Marx al problema nacional. Así lo explica S. F. Bloom:

«Sólo muy incidentalmente Marx fue un teórico de la nacionalidad o de la raza. Nunca intentó definiciones de la raza o de la nacionalidad que las distinguieran de otros agregados de los hombres. Empleaba términos como “nacional” y “nación” con considerable vaguedad. A veces “nación” era un sinónimo de “país”; a veces de esa entidad diferente que es el “estado”. Ocasionalmente como “nación” designaba a la clase dominante de un país (...) Si Marx se interesó sólo indirectamente por las teorías de la nacionalidad, se interesó muy de cerca por el carácter y los problemas de naciones modernas específicas (...) Así vista y así limitada, “nación” --en el sentido empleado por Marx-- puede caracterizarse como una sociedad individual que funciona con un grado considerable de autonomía, integración y autoconciencia»⁴⁸⁶.

⁴⁸³ B. S. Turner: «Sociedad asiática», *Diccionario de pensamiento marxista*, Tecnos, 1984, p. 703

⁴⁸⁴ Stalin: *El marxismo y la cuestión nacional*. Obras. Moscú 1953 Tomo 2. p. 316.

⁴⁸⁵ Stalin: *El marxismo y la cuestión nacional*. Obras. Moscú 1953 Tomo 2. p. 317.

⁴⁸⁶ Salomón F. Bloom: *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*. Siglo XXI. Argentina 1975. Págs.: 25-26.

Luego volveremos en detalle al método dialéctico, a su «vaguedad» y fluidez en la utilización de conceptos abiertos y móviles, en vez de cerrados y estáticos. Ahora queremos insistir en la necesidad de recordar las tres características de una nación particular: autonomía, integración y autoconciencia, porque volveremos a encontrarnos con una definición general e incluyente muy parecida a esta, si no idéntica en el fondo, al final de este apartado.

Una de las «curiosidades» de la obra de Stalin radica en que fue la primera en apareció la palabra marxismo en su título. Hasta el año de su publicación, en 1913, ninguna obra de autores marxistas o no marxistas, lo había hecho, de forma que G. Haupt pudo decir con toda razón que Stalin terminó «atribuyéndose de este modo, por anticipado, una etiqueta de autenticidad»⁴⁸⁷. El que nadie hasta entonces hubiera utilizado la palabra “marxismo” en el título de una investigación sugiere dos cosas: una, que podía existir una especie de consenso en el sentido de que lo importante era el método a usar y no el título, y otra, que podía existir la certidumbre de que las cuestiones nacionales exigían no sólo una visión política sino además un estudio más profundo, un estudio que solamente se obtiene aplicando el materialismo histórico.

El texto de Stalin pasó prácticamente desapercibido hasta bastantes años después, cuando controlaba el partido bolchevique. Hasta donde llegan nuestros datos, Lenin cita a Stalin sólo una vez en sus abundantes escritos e intervenciones sobre la cuestión nacional, y a finales de 1913⁴⁸⁸, antes de que se agudizase la importancia de la cuestión nacional, lo que empezó a suceder con la guerra de agosto de 1914 y sobre todo tras octubre de 1917. M. Löwy expone cinco temas en los que las ideas de ambos sobre la cuestión nacional son diferentes «e incluso contradictorio»: Uno, Lenin rechaza el concepto de «carácter nacional» por psicologista. Dos, la cuádruple exigencia de Stalin «da a su teoría un carácter dogmático, restrictivo y rígido que no se encuentra para nada en Lenin». Tres, Lenin defiende las asociaciones voluntarias y libres de las nacionalidades que lo quieran dentro de un Estado, mientras que Stalin negaba esta posibilidad, por ejemplo, a los alemanes del Báltico con los de la Transcaucasia. Cuatro, a diferencia de Lenin, Stalin no hace ninguna diferencia entre nacionalismo opresor y nacionalismo oprimido. Y cinco, además de esta diferencia, Lenin «dirigía personalmente sus ataques más punzantes contra aquellos que capitulaban de manera consciente o inconsciente, directa o indirecta, frente al nacionalismo chauvinista “gran ruso”»⁴⁸⁹.

Resulta significativo que un investigador de la talla de H. B. Davis haga sólo una referencia breve a la obra de Stalin, un poco más de tres páginas, indicando cómo adquirió «categoría de libro de texto» pero añadiendo lapidariamente: «Honor que apenas merece»⁴⁹⁰. Pero lo más esclarecedor del libro de este investigador viene después, en las treinta y cuatro apretadas páginas dedicadas a Lenin en las que muestra cómo profundizó, mejoró y superó en muchas cosas a Marx y Engels, en ninguna de ellas cita la obra de Stalin y sólo habla una vez de éste para decir que: «Lenin castigó sin misericordia a Stalin en un documento que no se publicó

⁴⁸⁷ G. Haupt: «Los marxistas frente a la cuestión nacional: la historia del problema». *Los marxistas y la cuestión nacional*. Fontamara 1980., p. 11

⁴⁸⁸ Lenin: *Acerca del programa nacional del POSDR*. Obras Completas. Progreso, 1985 Tomo 24, p. 239

⁴⁸⁹ M. Löwy: «Problema nacional y marxismo: síntesis». *Patrias o Planeta*. Ops. Cit. Págs.: 40-41.

⁴⁹⁰ H. B. Davis: *Nacionalismo y socialismo*. Península 1972. p. 214.

hasta 1956, tres años después de la muerte de Stalin»⁴⁹¹, y dedica media página a citar algunos párrafos de dicho documento. Por no alargar esta cuestión ya cerrada, acabamos con estas palabras de H. C. d'Encausse:

« ¿Los esfuerzos teóricos de Stalin recibieron la adhesión de Lenin como durante tres décadas ha pretendido hacer creer toda la escuela stalinista? No lo parece. Si bien en un principio Lenin había esperado mucho de este artículo (...) se mostró después mucho más reservado en la apreciación del trabajo realizado por Stalin. Aunque no se encuentren comentarios directos del artículo, aparecen en sus obras opiniones contrarias a las de Stalin. El propio Lenin publica en *Prosvechtchenie* las “Notas críticas sobre la cuestión nacional” donde cita una sola vez el trabajo de Stalin y sólo para remitir al lector a un texto austriaco citado por él. Y lo más grave es que, en su artículo, Lenin no intenta en absoluto elaborar una teoría de la nación y cuando se refiere a algunas teorías de la nación cita la de Bauer-Renner y la de Kautky. En el fondo, aún sin moverse nunca de un plano táctico, Lenin se opone en varias ocasiones a ideas defendidas por Stalin en algunos puntos precisos, ignorando al mismo tiempo su teoría general»⁴⁹²

Si miramos las voces «nación» y «nacionalismo» que aparecen en el *Diccionario del pensamiento marxista*, al que hemos recurrido varias veces ya, vemos que en la primera se cuestiona la efectividad de la definición de Stalin, preguntando si «los escoceses que se resistieron a la conquista inglesa en la Edad Media eran una nación más que una simple nacionalidad», también «si esta categoría puede ser negada a los romanos». Continúa: «Parece cada vez más difícil no pensar en el antiguo Irán, China o Japón como naciones, o en Vietnam con sus mil años de resistencia a la invasión china». Sin poder extendernos en otras críticas al esquematismo stalinista, interesa dejar claro que el autor no duda en plantear reivindicaciones nacionales actuales en el corazón europeo: vascos, escoceses, corsos y otros pueblos. En la voz «nacionalismo» repasa las relaciones entre socialismo y nacionalismo, recordando los intentos de marxistas como James Connolly, muerto en la sublevación irlandesa de 1916, por fusionarlos, criticando que los partidos comunistas consideraban estos intentos como «distracciones inoportunas, como retrocesos o brechas en la solidaridad de la clase obrera», y afirmando a modo de veredicto histórico que «en aquellos lugares donde triunfó una lucha directa contra el imperialismo tuvo mucho éxito la fusión o acoplamiento del socialismo con el nacionalismo»⁴⁹³.

Una de las varias lecciones que se extraen de las dos definiciones dadas por V. G. Kiernan es la del papel de la voluntad de resistencia a la opresión, en cualquiera de sus formas, de por parte de la nación oprimida de que se trate. Esta insistencia en la voluntad de lucha por defender o recuperar los derechos nacionales recorre los textos de este autor, al igual que recorren a los de muchos marxistas en el mismo tema. Respetando todas las distancias, la conciencia política de lucha juega aquí el mismo papel que en tránsito de la conciencia-en-sí del proletariado a su conciencia-para-sí. En la liberación nacional de clase, la conciencia-para-sí sólo se desarrolla mediante la conciencia política revolucionaria. La fusión de ambas se

⁴⁹¹ H. B. Davis: *Nacionalismo y socialismo*. Península 1972. p. 269.

⁴⁹² H. Carrère d'Encausse: «Comunismo y nacionalismo». *Comunistas y/o nacionalistas*. Anagrama. 1977. pp. 20-21.

⁴⁹³ V. G. Kiernan: «Nación» y «Nacionalismo», *Diccionario del pensamiento marxista* Tecnos. 1984, pp. : 557-562.

plasma en la aparición de lo Marx definió como «nación trabajadora»⁴⁹⁴ la que al ponerse en movimiento atemoriza a la burguesía⁴⁹⁵. La nación trabajadora sintetiza en ella misma los valores progresistas del pasado, y el ideal socialista y comunista, por eso la nación trabajadora es el «pueblo militante». En Stalin esta crucial dialéctica está ausente, es desconocida.

A. D. Smith sigue una línea opuesta a Stalin. Indica que «al leer las inscripciones y textos egipcios y mesopotámicos, nos sorprende la escasez de referencias a algo que se parezca a nuestro concepto de “pueblos” o “naciones” como tales (...) No obstante, un examen más atento revela que los autores eran conscientes del hecho de que el Próximo Oriente era un calidoscopio de pueblos con culturas diversas, en colisión o conflictos perpetuos»⁴⁹⁶. El autor expone a continuación a modo de ejemplos ilustrativos de una realidad histórica de larga duración, varias narraciones mesopotámicas, egipcias, asirias, judías, etc., que tienen una similitud sorprendente con otros del capitalismo actual, sobre los conflictos «internacionales» entre pueblos y Estados, y ofrece un largo listado de estos pueblos: hititas, hurrios, persas, medos, fenicios, escitas, urartios, arameos, elamitas, kasitas, sogdios, khwarezmios, manaeos, sumerios, egipcios, nubios, canaaneos, turanios, partos, edomitas, amoritas, frigios, etcétera. Añade que «Cada uno de estos grupos tenía sus propios dioses, rituales, prácticas y a menudo lenguas; y los grupos mayores y sedentarios tendían a consolidar su posición mediante las instituciones de un reino. Todos los grupos antes mencionados tienen dos rasgos en común: especificidad cultural y contigüidad territorial»⁴⁹⁷.

Y expone un caso que, salvando todas las diferencias cualitativas a un nivel entre los modos de producción precapitalistas y el capitalista, a pesar de esto muestra una identidad con lo actual tan sorprendente que creemos leer una descripción del imperialismo actual, con su presunta legitimidad fundamentalista cristiana, para cometer todas las atrocidades necesarias para los intereses de la civilización burguesa:

«Para el fundador del tercer y más importante Imperio Asirio, Adad-Nirari II (911-891 a. C.), su campaña contra los enemigos de Asiria era, a su propio juicio, una “guerra de liberación nacional”. Sus fines, y los de sus más famosos sucesores, eran “proteger la tierra del dios Assur”, aumentar su poderío con el botín capturado en las incursiones y partir en cruzada a favor del dios supremo Assur, para castigar a los enemigos del rey como “diablos malvados”, en cuanto enemigos de su dios. La finalidad religiosa era de suma importancia en la cruel política de deportaciones y exacciones y nunca alcanzamos a captar ningún momento de vacilación o de escrúpulos morales en relación con esta política, en las inscripciones de sus reyes»⁴⁹⁸.

No estamos ante el imperialismo capitalista, desde luego, pero sí ante el imperialismo del modo de producción tributario que, empero, tiene una conexión de fondo con el actual: expropiar todo o parte del excedente social de un pueblo mediante la violencia terrorista, o mediante presiones político-económicas y amenazas militares. En este sentido decisivo, el imperialismo asirio es esencialmente idéntico al capitalista, aunque las formas externas y

⁴⁹⁴ Marx, *El dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*, Obras Escogidas, Progreso, 1979. Vol. I. p.453.

⁴⁹⁵ Marx, *El dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*, Obras Escogidas, Progreso, 1979. Vol. I. p.459.

⁴⁹⁶ A. D. Smith: *Las teorías el nacionalismo*, Península, 1976, p. 227.

⁴⁹⁷ A. D. Smith: *Las teorías el nacionalismo*, Península, 1976, p. 228.

⁴⁹⁸ A. D. Smith: *Las teorías el nacionalismo*, Península, 1976, p. 229.

algunos contenidos varíen según los modos de producción. A. D. Smith explica por qué cartagineses, romanos, egipcios, hititas, mitanios, babilonios, griegos, judíos, etcétera, deben ser calificados como pueblos que «opusieron resistencia a la dominación extranjera» a la vez que mantuvieron entre ellos «alianzas y luchas “internacionales”»⁴⁹⁹. Lo que le relaciona internamente a esos pueblos es el haber practicado «la resistencia colectiva a la dominación extranjera»⁵⁰⁰. Las tests de A. D. Smith sobre la importancia de la violencia defensiva en la definición básica de nación está corroborada por el hecho de que «Las guerras, o las amenazas de guerra, han desempeñado un papel fundamental en la mayoría, si no en todas las fusiones de sociedades»⁵⁰¹.

Es decir, la definición básica o simple de nación desde el momento en que surge el imperialismo inicial, y que se expande con el capitalismo, tiene que ver según este autor con la resistencia del pueblo a la opresión, explotación y dominación, resistencia destinada a defender su cultura y su territorio, su espacio simbólico y material. Recordemos ahora esta definición básica con la que Bloom atribuye a Marx: un grado apreciable de autonomía, integración y autoconciencia.

D. Smith no se detiene a estudiar en qué modo de producción se realizaron estas y otras luchas nacionales e internacionales. Nosotros hemos utilizado el concepto de modo de producción tributario porque nos parece el más adecuado, aun conociendo las lagunas que tiene y la rica diversidad de matices que se le añaden o restan según las investigaciones concretas. Lo que es cierto es que el concepto de modo de producción asiático presenta bastantes más dificultades que ventajas. L. F. Bate propone abandonarlo tras exponer una sólida y larga argumentación basada en el estudio de las contradicciones y limitaciones no sólo de los defensores actuales o del inmediato pasado de este término, sino también de lo muy poco legado por Marx, Engels y Lenin. Pero tampoco propone otro término alternativo, sino que sólo quiere «establecer las calidad distintiva, si es que la hay, del modo de producción de las primeras formas de sociedad clasista»⁵⁰².

P. Andersson procede de una forma muy parecida cuando concluye su crítica del modo de producción asiático diciendo que «Demos a este último concepto el honroso entierro que merece»⁵⁰³, tras demostrar la nula calidad de las fuentes informativas de las que bebían Marx y Engels⁵⁰⁴, pero tampoco propone otro concepto alternativo por provisional que fuera a la espera de más y mejores estudios. Por su parte, B. S. Turner, afirma que, pese a su ambigüedad y a que está repleto de problemas teóricos, el concepto de modo de producción asiático «resultaba crucial para los enfoque multilineales porque implicaba que el marxismo no estaba comprometido con un esquema evolutivo mecanicista en el cual las fases históricas se sucedían de acuerdo con leyes necesarias», continúa afirmando que: «ha sido utilizado de manera promiscua para describir prácticamente a cualquier sociedad basada en la propiedad comunal y en las aldeas autosuficientes, donde las relaciones capitalistas están ausentes»⁵⁰⁵.

⁴⁹⁹ A. D. Smith: *Las teorías el nacionalismo*, Península, 1976, p. 230.

⁵⁰⁰ A. D. Smith: *Las teorías el nacionalismo*, Península, 1976, p. 234.

⁵⁰¹ J. Diamond: *Armas, gérmenes y guerras*. Edit. Científico-Técnica. La Habana, Cuba. 2005. p.285.

⁵⁰² L. F. Bate: «Arqueología y marxismo», pp. 29-51, www.armasdelacritica.org/mx

⁵⁰³ P. Anderson: *El Estado absolutista*. Siglo XXI, 1988, p. 568

⁵⁰⁴ P. Anderson: *El Estado absolutista*. Siglo XXI, 1984, pp. 499-511.

⁵⁰⁵ B. S. Turner: “Sociedad asiática”. *Diccionario de pensamiento marxista*. Tecnos 1988, p. 700-705.

4.10.- Modo de producción tributario

Pero teniendo en cuenta el tema que ahora tratamos, la actualidad de *El Capital* desde una lectura política en todo lo relacionado con el ataque burgués a cualquier forma de propiedad colectiva, social, comunal o pública, etcétera, sin mayores precisiones, desde esta perspectiva sí nos interesa desarrollar precisamente la valía actual de la perspectiva polilineal de transición al socialismo mediante el uso concreto en cada pueblo de los restos de culturas populares con contenidos de identidad colectiva y de prestigio social del valor de uso, que ayuden a combatir la propiedad privada, la mercantilización individualista y la dictadura del fetichismo y del valor de cambio.

Aquí, debemos retroceder del Libro III de *El Capital*, que es la base mayoritaria de este capítulo, al Libro I y en especial a la acumulación originaria, de la que ya hemos hablado arriba pero que siempre tenemos que tener presente. Marx demuestra que la aparición del capitalismo exigió, además de la explotación interna, el saqueo, la piratería, la esclavitud, etc., pero fundamentalmente la expropiación al trabajador libre de sus medios de producción, básicamente de la tierra, para que no tuviera medios de ganarse la vida con su propio trabajo y no tuviera más alternativa que aceptar la explotación asalariada: «Sirve de base a todo este proceso la *expropiación que priva de su tierra al productor real, al campesino*. Su historia presenta una modalidad diversa en cada país, y en cada uno de ellos recorre las diferentes fases en distinta gradación y en épocas históricas diversas. Pero donde reviste su forma clásica es en Inglaterra»⁵⁰⁶. En el caso inglés, Marx sigue «La depredación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo de los terrenos comunales, la metamorfosis, llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumanos, de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada»⁵⁰⁷.

Pensamos que estas citas son suficientes para mostrar la importancia de la privatización de lo colectivo y de lo público en la formación del capitalismo. Ahora el imperialismo está lanzado a la desesperada en la privatización de lo que todavía no lo ha sido. Como ha recordado D. Harvey, en Marx ya se encuentra una teoría de esta dinámica que aparece en una parte concreta de su visión general:

«Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria, revela un rango amplio de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad --común, colectiva, estatal, etc.-- en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y de consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; y la usura, la deuda pública, y, finalmente, el sistema de crédito. El estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover estos procesos»⁵⁰⁸.

⁵⁰⁶ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 609.

⁵⁰⁷ Marx: *El Capital*, FCE, 1973, Libro I, p. 624.

El proceso descrito por D. Harvey también adquiere formas y contornos diferentes en cada país, dependiendo de múltiples factores, pero, como insistía Marx, tiene también una lógica interna, la de la absoluta mercantilización, incluso la de algo tan aparentemente inmaterial como la cultura y la lengua, tal como hemos visto anteriormente. Aludimos a la lengua porque, según Marx «El lenguaje mismo es tan producto de una comunidad como, en otro sentido, lo es la existencia de la comunidad misma. Es, por así decirlo, el ser comunal que habla por sí mismo»⁵⁰⁹. La importancia de esta cita no se le escapa a nadie porque se refiere al núcleo del materialismo histórico, a saber, la dialéctica entre la producción y satisfacción de las necesidades, y la reproducción social para ampliar y mejorar los medios de producción. Dicho de otro modo, se refiere a la interacción primaria que explica la materialidad del lenguaje, su contenido y esencia productiva como «movimiento dialéctico: necesidad de comunicación y comunicación de necesidades»⁵¹⁰. Hay que tener en cuenta que «los caracteres hoy considerados como propios de los seres humanos habrían surgido impulsados por un motor principal: la cooperación»⁵¹¹ y que, por tanto, cooperación, lengua común y superación de las necesidades forman la base de la sociabilidad humana.

Más aún, la base de cooperación comunal es inseparable, según la antropología feminista, de lo que en todas las culturas se ha entendido como «hogar», que originariamente era el espacio en el que las iniciales hordas humanas estabilizan su campamento, repartían la comida, se protegían y cuidaban mutuamente ante los peligros y disfrutaban de sus fiestas y placeres. No podemos analizar aquí las relaciones vitales entre este «hogar» itinerante en un principio y luego cada vez más estable, y el territorio accesible alrededor del «hogar», por lo que nos remitimos al texto de C. Tupac sobre las relaciones entre «territorio e identidad» y «lengua y propiedad colectiva»⁵¹². Tiene razón H. L. Moore al insistir en que son enormes las variaciones en las formas del «hogar» entre las sociedades a lo largo de la historia; en que los conceptos de «hogar», «casa», «familia», «matrimonio», «parentesco» y otros, son interpretables desde muchas perspectivas, todo esto es cierto, afirma esta investigadora, pero:

«En casi todos los textos sobre antropología, “hogar” es la unidad básica que interviene en los procesos de producción, reproducción, consumo y socialización de una sociedad determinada. La naturaleza y la función exactas del hogar varían claramente de una cultura a otra y de un período a otro, pero la definición antropológica representa normalmente lo que las propias personas consideran como unidad significativa de su sociedad»⁵¹³.

El espacio de la primera y decisiva socialización infantil y de la reproducción en general, está cargado de todos los referentes simbólicos y culturales imaginables, por eso su gran importancia en la transmisión de los valores y códigos que inciden en la producción y reproducción a través del tiempo. Cualquier reflexión sobre en qué medida sirven actualmente los restos de la vivencia comunal debe partir de este principio materialista histórico, la unidad entre producción y reproducción dentro de la unidad entre conciencia colectiva de la

⁵⁰⁸ D. Harvey: «El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión». *El nuevo desafío imperial* Clascso. 2003. p. 13.

⁵⁰⁹ Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*. Talleres Gráficos. 1967. p. 140.

⁵¹⁰ L. Ballester Brage: *Las necesidades sociales* Síntesis, 1999, p. 133.

⁵¹¹ C. Martínez Pulido: *El papel de la mujer en la evolución humana*. Biblioteca Nueva. 2003. p. 464.

⁵¹² C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak, 2012, pp. 205-228

⁵¹³ Henrietta L. Moore: *Antropología y feminismo*. Feminismos. 1991. p. 74

necesidad y necesidad de la conciencia colectiva como fuerza emancipadora. Desde aquí, lo anteriormente visto sobre la cultura popular, incluidas las fiestas populares horizontales y no mercantilizadas, adquiere otra perspectiva más profunda que la ya clásica pero limitada del simple «homo ludens»⁵¹⁴. En las primeras colectividades estos factores estaban intrínsecamente unidos a la satisfacción de las necesidades, a la producción de placeres y a la efectividad cohesionadora de los actos, juegos y fiestas colectivos de redistribución del excedente social acumulado⁵¹⁵; además, las fiestas demuestran cómo la materialidad práctica objetiva se plasma en «descarga emotiva», estética, etc., con repercusiones inmediatas en la misma capacidad de pensamiento abstracto y científico⁵¹⁶.

Cuando relacionamos el amplio, diverso y polícromo universo de la propiedad comunal, colectiva, sin mayores precisiones ahora, con algo tan aparentemente alejado como son los placeres, es porque, en realidad esa apariencia de distancia absoluta, engaña. Para el materialismo histórico todo lo relacionado con los placeres y los bienes comunes va unido. En palabras de Engels: «La lucha por la existencia --si dejamos por un momento aquí en vigor esta categoría-- se convierte, por tanto, en lucha por los placeres, no ya sólo por los medios de *existencia*, sino, además, por los medios de *desarrollo*, por los medios de desarrollo *producidos socialmente*»⁵¹⁷. Los placeres son un medio de desarrollo humano socialmente producido, y si esa producción social de los placeres deja de ser colectiva, basada en la propiedad común de las fuerzas productivas, entonces esos placeres se desvirtúan degenerando en placeres mercantilizados, en instrumentos de dominación.

Como vemos, la impronta de las formas de propiedad colectiva, comunal, en la antropogénia ha sido decisiva, y el debate es saber si es posible basarse en sus restos, si los hubiera, (re)construyéndolos como partes subsumidas en la praxis comunista que se enfrenta al imperialismo del siglo XXI. En este sentido, es decisiva la acción consciente destinada guiar esa hipotética (re)construcción utilizando los recursos del Estado obrero y popular. Imaginémosnos en qué nivel superior de desarrollo de esta conciencia comunista, el proceso revolucionario mundial si se hubiera materializado la propuesta de Engels a Bebel de utilizar las expresiones «Comunidad», «Gemeinwesen» y «Commune»⁵¹⁸ en vez de Estado, porque reflejan mejor el ideal comunista una vez estudiada la decisiva experiencia de la Comuna de París de 1871.

Posiblemente, este inicial giro hacia lo comunal en el lenguaje teórico de alto tan decisivo como el problema del Estado, habría facilitado el avance simultáneo en otras ramas de la teoría marxista relacionadas con el mismo problema, y todas la están. Por ejemplo, es sabido que Marx apenas pudo continuar sus investigaciones sobre los modos de producción precapitalistas, aunque reaparecían puntualmente anotaciones suyas. Teniendo en cuenta estas lagunas R. Padgug propone hablar de «modos comunales de producción», ya que «Marx describió varios tipos generales de sociedad comunal que formaron los estadios finales del mundo tribal, basado en el parentesco y la transición a la civilización, basada en las clases y el Estado. El modo “asiático”, el “eslavónico”, el antiguo y el “germánico” representan los tipos

⁵¹⁴ J. Huizinga: *Homo ludens*, Altaya 1997, pp. 71-82.

⁵¹⁵ M. Sahlins: *Economía de la Edad de Piedra*. Akal 1983, pp. 203-252.

⁵¹⁶ B. Frolov: *Principios del simbolismo prehistórico*. AC de la URSS. Moscú. 1986. N.º 1. pp. 144-145.

⁵¹⁷ Engels: *Carta a Piotr Lavrovich*. Obras Escogidas, Progreso 1976, T. III, p. 505

⁵¹⁸ Engels, *Carta a A. Bebel*. Obras Escogidas. Progreso. 1976, Tomo III. p.32.

principales con su desarrollo específico cada uno de ellos, sus variaciones y sus articulaciones internas»⁵¹⁹.

Nosotros somos partidarios del empleo del término de «modo de producción tributario», cuyas características básicas han sido sintetizadas así por S. Amin: Primera, «la extracción del sobreproducto es obtenida por medios no económicos, al no encontrarse el productor separado de sus medios de producción». Segunda, «la organización esencial de la producción se halla en función del valor de uso y no en el valor de cambio». Tercera, «el carácter dominante de la superestructura (...) La extracción de un tributo no puede ser obtenida nunca únicamente mediante la violencia: exige un cierto consenso social (...) a los modos comunitarios y a la dominación del parentesco corresponden por otra parte unas “religiones de tierra”, por oposición a las “religiones de Estado” del modo tributario». Y cuarta, «la apariencia de estabilidad, incluso de inmovilismo, segunda consecuencia del carácter dominante del valor de uso (...) En realidad, todas las sociedades tributarias realizaron prodigiosos progresos en el desarrollo de sus fuerzas productivas (...) pero se trata de progresos que no implican un cambio cualitativo de las relaciones de producción tributarias»⁵²⁰.

Otros investigadores tras constatar el estrecho parecido entre las infraestructuras mayas con las del sur de la India y el sureste de Asia, no dudan en reconocer los «paralelos estrechos en el desarrollo de América, Eurasia y África. A pesar de las enormes diferencias culturales y geográficas entre los continentes, es tentado suponer que estos paralelos nacieron porque los pueblos agrícolas necesitaron los servicios, primero de sacerdotes, y luego de guerreros, para prosperar»⁵²¹. Bien es cierto que estos autores no hablan ni de modo de producción tributario ni tampoco de asiático, pero están en lo cierto al reconocer su amplitud geográfica y sus características comunes. Sin embargo, una definición más rica y plena nos la ofrece A. Entralgo que, además de coincidir en su extensión terráquea, afirma que: «la estructura fundamental del modo de producción asiático se limita a la coexistencia de un aparato de producción fundado en la comunidad rural, propietaria colectiva de la tierra, con exclusión de toda forma de propiedad privada, y de la explotación del hombre por el hombre mediante formas que pueden ser extremadamente diversas pero que pasan siempre a través de las comunidades»⁵²².

Especial importancia tienen las palabras de V. Masson: «Los estudiosos ya han señalado reiteradas veces que catalogan entre los focos de las civilizaciones más antiguas, surgidas independientemente (de lo cual es testimonio la especificidad cultural de cada una, incluido el sistema de escritura), a Sumer, Egipto, Harappa, la China de la dinastía Yin, la Grecia cretense-micénica, el grupo de civilizaciones mesoamericanas y las civilizaciones antiguas del Perú (...) Los sistemas agrícolas de alta productividad que tenían las primeras civilizaciones, pese a todas las diferencias locales naturales, exigían, por regla general, en trabajo en común. En Mesopotamia y en Perú se encauzaba la irrigación y a crear un sistema de canales; en Egipto, a los trabajos de mejoramiento del suelo; en China, a los esfuerzos colectivos para

⁵¹⁹ R. A. Padgug: «Clases y sociedad en la Grecia clásica». *El marxismo y los estudios clásicos*. Akal. 1981. p. 75.

⁵²⁰ S. Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, 1979, pp.42-45.

⁵²¹ J. R. McNeill y William H. McNeill: *Las redes humanas*. Crítica, pp. 123 y ss.

⁵²² A. Entralgo: *África*. Ops. Cit. p. 23.

iniciativas hidrotécnicas, para combatir las inundaciones, que amenazaban las mieses en los terrenos fértiles inmediatos al Hoang-Ho»⁵²³.

Con respecto a la sociedad olmeca S. Guerra Vilaboy sostiene que: «Este sistema socioeconómico y político, que descansaba en la explotación de toda la comunidad por la casta dominante, se parece mucho al tipo de sociedad que Carlos Marx describió para la India y China antiguas con el nombre de “modo de producción asiático” o esclavitud generalizada --otros autores lo han denominado “despótico-tributario”--, un régimen de transición de la comunidad primitiva a la sociedad de clases en el cual coexisten formas arcaicas de organización comunitaria --ayllú entre los incas y calpulli para los aztecas--, con un estado jerarquizado dominado por una teocracia que exige tributos y prestaciones personales (mita entre los incas y cuatequil entre los aztecas)»⁵²⁴.

Y de los aztecas H. J. Prem dice que: «Como el objetivo del Imperio azteca consistía fundamentalmente en la recaudación pacífica de grandes cantidades de tributos, se le ha llamado a menudo imperio tributario. Para este fin se servían los aztecas, después de sus conquistas, de las infraestructuras políticas del lugar y, ordinariamente, dejaban en su cargo a los jefes del lugar o elegían de entre estos un sector afín a ellos (eso justamente hicieron los españoles, y por los mismos motivos, después de la conquista). Los aztecas asumían directamente el poder, y ponían transitoriamente gobernadores militares, sólo en zonas cercanas al centro, críticas desde el punto de vista de la política militar, y cuando la resistencia a la conquista se había desarrollado con éxito durante mucho tiempo»⁵²⁵.

Con respecto al Inca, M. Harris lo explica así: «Cuando se necesitaba mano de obra para la construcción de carreteras, puentes, canales, fortificaciones u otras obras públicas, los reclutadores del Gobierno acudían directamente a las aldeas. Gracias a la envergadura del aparato administrativo y a la densidad de población, era posible poner a disposición de los ingenieros incas cantidades ingentes de trabajadores. En la construcción de la fortaleza de Sacsahuamán, en Cuzco, 30.000 personas extrajeron, acarrearón y levantaron monolitos gigantescos, algunos de los cuales alcanzaban 200 toneladas de peso. Tales contingentes de mano de obra eran raras en la Europa medieval, pero no así en el antiguo Egipto, en Próximo Oriente o en China»⁵²⁶.

Por su parte E. Jones centra en algo tan decisivo como el surgimiento de las grandes metrópolis: «El testimonio de las ciudades prehistóricas y de la primera época histórica de una parte a otra del mundo, muestra que los cambios sociales posibilitados por el incremento de la productividad de las comunidades agrícolas asentadas produjo resultados bastante similares, ya en el Lejano Oriente y el Oriente Medio, ya en América Central. La diferenciación dentro de la sociedad, unida a la especialización y división del trabajo, dio lugar a una estratificación social -cuyo componente elitista estaba estrechamente vinculado a las creencias mágico-religiosas- y a la capacidad para organizar los recursos económicos y humanos y crear estructuras de poder de gran eficacia. Todos estos son elementos comunes (...) Lo que todas poseían era un centro ceremonial que constituía el punto culminante de toda la ciudad: la

⁵²³ V. Masson: *La época de las primeras civilizaciones*. AC de la URSS. Moscú 1987 N.º 3. pp. 145-147.

⁵²⁴ S. Guerra Vilaboy: *Breve historia de América Latina*. Ciencias Sociales. 2006, p. 19.

⁵²⁵ H. J. Prem: *Los aztecas*. Acento. 2002, p. 22.

⁵²⁶ M. Harris: *Nuestra especie*. Alianza Editorial 2004. pp. 439-440.

necesidad de la arquitectura monumental fue universal y universalmente expresaba divinidad, poder y riqueza»⁵²⁷.

E. Jones de forma explícita y la práctica totalidad de los estudiosos que han investigado el modo de producción tributario han insistido en la importancia material y simbólica del Templo, del Palacio o del Palacio-Templo, dependiendo de la relación de fuerzas entre las castas sacerdotales y las militares, y en medio la incipiente casta comercial y prestamista. La larga duración del poder simbólico del Templo y del Palacio en las identidades colectivas y en las disciplinas, protocolos y sumisiones inherentes a esa forma de poder, la apreciamos en la duración extraordinaria de pautas de comportamiento ante la autoridad establecida en Egipto y en Europa ya que: «Por el protocolo, no hay demasiada diferencia entre uno de los primeros monarcas de Egipto y Luis XIV de Francia o Fernando VII de España. La diferencia no está más que en la satisfacción o disgusto de sus súbditos, no en el criterio gubernamental del estado que tienen las dinastías de Egipto, 3.000 años a. de J.C., o las testas coronadas de la Europa absolutista»⁵²⁸.

Es obvio que un protocolo tan prolongado en la historia sólo puede subsistir si responde a las necesidades de orden y control social características de modos de producción que tienen algo esencial en común, en este caso al hecho determinante de que el dinero, el valor de cambio, no se había constituido todavía en una de las fuerzas ciegas e irracionales determinantes de la historia humana, algo que solamente ocurrirá con el advenimiento definitivo del modo capitalista de producción. La sumisión, pleitesía y obediencia mostradas mediante el lenguaje corporal, gestual, eran muy importantes en los protocolos precapitalistas, pero siguen siendo importantes en el capitalista mediante, entre otras cosas, la efectividad del «poder simbólico»⁵²⁹. La importancia de lo ceremonial en el modo tributario surge de que es el valor de uso el que regula la vida social, lo que hace que la denominada «superestructura» haya de tener una presencia masiva y permanente para recordar a la gente trabajadora que ha de ceder parte del sobretrabajo no sólo sin resistirse sino además alegremente. Pese a esto, la vida colectiva también tenía sus formas de expresión propia, sus códigos autónomos respecto al poder, criterios que, en determinadas condiciones impulsaban a las clases trabajadoras a revueltas, sublevaciones y revoluciones. Como hemos visto arriba, todavía perviven más o menos desvirtuadas algunos de ellos.

5. LA DIALÉCTICA DE *EL CAPITAL*

Antes de cualquier cosa, lo primero que debemos decir es que al margen de lo que se piense de la dialéctica materialista, no hay más remedio que acudir de algún modo a ella si realmente se quiere conocer y solucionar un problema. Un ejemplo de la aplicación «espontánea» a la crítica económica de una especie de «dialéctica de andar por casa», la encontramos en la crítica que hace una editorial del diario *Cinco Días*⁵³⁰ al método de análisis y valoración que aplica el FMI. Según la editorial de este prestigioso diario económico, el FMI peca de unilateralidad, sectorialismo y otros defectos típicos del mecanicismo.

5.1.- Engels y la dialéctica

⁵²⁷ E. Jones: *Metrópolis*. Altaya. 1997. pp. 73-74.

⁵²⁸ AA.VV.: «La Antigüedad: Egipto y Oriente Medio». *Historia Universal* Salvat. 2004. Tomo 8. p. 32.

⁵²⁹ P. Bordieu: «Desvelar los resortes del poder». *Intervenciones 1961-2001*. Huru. 2004. pp. 209-214.

⁵³⁰ 17-04-2013 www.cincodias.com

Hemos empezado con este ejemplo porque nos sirve para conectar el desenvolvimiento de la dialéctica en la vida económica con su desenvolvimiento en otras áreas de la realidad, muy en especial con el manido pseudo problema de la existencia o no de la «dialéctica de la naturaleza», es decir, con el tópico de las diferencias entra Marx y Engels en esta y otras cuestiones. En primer lugar, de manera decisiva, debemos partir del propio Marx al afirmar y reafirmar la profundidad de esas relaciones, de la unicidad de la militancia común, tenemos la carta de Marx a Engel en la que comentando cómo va la escritura del primer volumen de El Capital, Marx le dice: «Comprenderás el placer que me darías si tú aparecieras también como colaborador directo de mi obra principal»⁵³¹, y un año más tarde, en la carta en la que le comunica que ya acabar de terminar el corregir lo último de la obra, le escribe a Engels: «Esto sólo ha sido debido gracias a ti. Sin tu sacrificio por mí, posiblemente nunca habría podido hacer el enorme trabajo para los tres volúmenes. Te abrazo lleno de agradecimiento (...) Saludos, mi querido, amado amigo»⁵³². Pueden citarse más «pruebas» en este sentido pero son innecesarias.

Sí queremos recurrir a una afirmación contundentemente válida realizada por T. Hunt en su biografía de Engels, al que define como el «gentleman comunista»: «Marx entendió el capitalismo gracias a Engels»⁵³³. Puede parecer una afirmación excesiva, si aceptamos la fácil moda antiengelsiana, pero una lectura marxista de Engels, que es de lo que se trata, demuestra que sólo gracias a él su amigo Marx entendió el capitalismo. Dicho esto, también conviene tener en cuenta a G. Stedman Jones cuando explica que, tras la muerte de su amigo, Engels no tenía tiempo suficiente ni se sentía con fuerzas, además de que no quería, dedicarse a crear nuevas ideas aparte de las que ya había elaborado junto con Marx, y este autor indica que las tesis sobre las relaciones entre la filosofía y la ciencia que aparecen en el texto engelsiano sobre *Feuerbach* estaban en desarrollo al menos desde finales de la década de 1850 y habían aparecido a menudo en su correspondencia con Marx⁵³⁴.

También sostiene este autor que algunas de las ideas básicas del marxismo fueron elaboradas por Engels antes de Marx y que sin ellas su amigo hubiera tardado más tiempo en profundizarlas. Muy especialmente: «La importancia de la aportación de Engels procedía, más que de sus momentos de originalidad, de su capacidad de transmitir elementos teóricos y prácticos desarrollados en el seno del movimiento obrero de modo que se convirtieran en parte intrínseca de la nueva teoría»⁵³⁵. Suele ignorarse esta capacidad y, siguiendo a la versión oficial de Kautsky, parcialmente seguida por el joven Lenin, se ha sobrestimado la separación entre los intelectuales marxista y el movimiento obrero. Esta versión queda desmentida al estudiarse no sólo la evolución de Marx y Engels con los años, sino también la específica aportación engelsiana al respecto, descubriéndose así la existencia de una relación mucho más

⁵³¹ Marx a Engels, 7 de julio de 1866, *Correspondencia*, 1973, p. 177

⁵³² Marx a Engels, 16 de agosto 1867, *Correspondencia*, 1973, p. 190

⁵³³ I. Sáenz de Ugarte: «Entrevista con Tristram Hunt: “Marx entendió el capitalismo gracias a Engels”», 15-03-2011 www.lahaine.org

⁵³⁴ G. Stedman Jones: «Semblanza de Engels», *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx (2)*, Bruguera, 1980, p. 245.

⁵³⁵ G. Stedman Jones: «Semblanza de Engels», *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx (2)*, Bruguera, 1980, p. 281.

estrecha entre socialismo y movimiento obrero. Aunque una fuerza y una debilidad de Engels era su fascinación por Hegel; siendo otra fuerza suya la apertura de mente a problemas decisivos como el feminismo, la sexualidad, la familia, la separación entre la ciudad y el campo, los valores del socialismo utópico, su odio a la propiedad burguesa y al Estado⁵³⁶.

Estos y otros estudiosos de las relaciones entre Marx y Engels tienen en común algo sobre lo que reflexiona B. Ollman al reconocer, de un lado, que existen diferencias entre ambos pero al afirmar, por otro lado, que quienes desean romper los lazos entre los dos amigos se han negado a responder a cinco preguntas cruciales, «e incluso a plantearlas»: una, ¿Si fueron tan diferentes, como escribieron conjuntamente *La ideología alemana*, *La sagrada familia* y *El manifiesto comunista*? Dos, ¿Cómo permitió Marx que Engels escribiera artículos con su nombre? Tres, si sus diferencias eran tan grandes, ¿por qué no hablaron de ellas en sus cartas y conversaciones con terceras personas? Cuatro, ¿Por qué Marx nunca hizo una crítica al *Anti-Dühring* de Engels, obra tenida como el ideario engelsiano no-marxiano, sabiéndose que el propio Marx escribió el primer borrador de sus capítulos económicos? Quinta y fundamental: «¿Cómo estas grandes diferencias (si las hubo) no se reflejaron en los cuatro gruesos volúmenes de la *Correspondencia* de Marx y Engels?»⁵³⁷. El autor reconoce que no plantea más preguntas igualmente lógicas que debieran hacerse, y afirma que analizar a fondo esta cuestión «nos llevaría en dirección a la lucha ideológica y a la Guerra Fría»⁵³⁸.

No debe sorprendernos esta referencia a la lucha ideológica en el contexto de la Guerra Fría, porque la misma cuestión fue planteada en el fondo con respecto a los objetivos de la burocracia reformista socialdemócrata alemana cuando tergiversó deliberadamente el pensamiento de Engels en algo tan decisivo como la teoría marxista de la violencia. Mandel ha demostrado la «superchería» de intentar enfrentar a Engels con Marx en esta cuestión para justificar la tesis de «acumulación gradual de las fuerzas que conducirían “irresistiblemente” al hundimiento del capitalismo», superchería basada en la censura y manipulación de algunos textos de Engels decisivos en este sentido, como el *Prefacio* de 1895 a *La lucha de clases en Francia, 1848-1850*, de Marx⁵³⁹. La socialdemocracia alemana necesitó censurar y manipular a Engels en esta cuestión clave porque su ideología positivista y mecanicista era incompatible con la esencia revolucionaria del marxismo, defendida siempre por Engels.

M. Del Roio investiga también todo lo relacionado con el supuesto testamento reformista de Engels, que demostraría su deriva positivista y gradualista. Según este autor, la burocracia «distorsionó todo el sentido del escrito engelsiano, suprimiendo los pasajes que hacían referencia a las condiciones para que la revolución alcanzara el triunfo en futuras confrontaciones callejeras y consiguiese preservar el poder, de modo que pareciera una defensa absolutizada de la vía parlamentaria y de la legalidad». Todos los intentos de Engels

⁵³⁶ G. Stedman Jones: «Semblanza de Engels», *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx (2)*, Bruguera, 1980, pp. 289-290.

⁵³⁷ B. Ollman: «Algunas preguntas a los críticos de la edición de *El capital de Engels*», *Marx Ahora*, No. 3/1997, p. 193.

⁵³⁸ B. Ollman: «Algunas preguntas a los críticos de la edición de *El capital de Engels*», *Marx Ahora*, No. 3/1997, p. 194.

⁵³⁹ E. Mandel: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, 1978. pp. 233-237.

para que su texto se publicase completo fueron desatendidos y negados⁵⁴⁰. M. Del Roio reconoce en Engels aparecen sueltas algunas ideas que descontextualizadas de la totalidad de su obra, pudieran avalar el reformismo socialdemócrata, pero que en realidad ello es imposible dado que:

«La principal característica del reformismo (sea en la versión revisionista u ortodoxa) es el objetivismo positivista que desatiende la voluntad humana colectiva de hacer la historia, o sea, retira la praxis y la dialéctica histórico-científica de la acción política, resbalando hacia el economicismo. Si bien es cierto que también en la “Introducción” de 1895, Engels insiste en la “importancia del desarrollo económico” y en la cuestión de la inmadurez de las condiciones concretas de 1848 y 1871, abriendo brecha para el abordaje reformista, en ningún momento, aún así, deja de preservar (y esa es la lección más importante) en la lucha política permanente y obstinada, con vistas a la instauración de la democracia socialista, dentro de una estrategia que rechaza el voluntarismo, pero también una mera inmanencia del movimiento del capital y del poder político, en la expectativa de un inevitable” socialismo»⁵⁴¹.

M. Del Roio lleva su estudio más allá de Engels y afirma que también Gramsci «fue utilizado para legitimar una nueva versión del reformismo que, bajo el rótulo de “izquierda democrática”, optó por la “revolución pasiva” como programa»⁵⁴². La pasividad en la historia a la espera de que el capitalismo se muera de vejez no es precisamente un principio de la dialéctica, sino todo lo contrario, del mecanicismo positivista. No es casual que también Mandel denunciara la manipulación tergiversadora de Gramsci por el eurocomunismo precisamente para negar la dialéctica de las contradicciones irreconciliables en beneficio de la visión reformista de «una “conquista gradual de los poderes”, de forma casi imperceptible, paso a paso»⁵⁴³. La dialéctica de Gramsci era tan incompatible con el positivismo eurocomunista como lo era la dialéctica de Engels con el socialdemócrata; por eso fueron censuradas y tergiversadas.

Que Engels era una persona muy culta y de bastos conocimientos, de un amplio dominio de lenguas y de una sobrentendente capacidad de descubrir en las cosas en movimiento el principio dialéctico de la interacción universal, de la concatenación de los procesos, esto es algo sabido, tanto que ya un eminente biólogo la primera mitad del siglo XX, J. B. S. Aldane no dudó en afirmar que «probablemente fue el hombre de más amplia educación de su época (...) el materialismo dialéctico (...) ilumina toda clase de sucesos, desde la caída de una piedra hasta las imaginaciones de un poeta»⁵⁴⁴. Una muestra de la impresionante capacidad de Engels fueron sus textos militares que, entre otras cosas, muestran la dialéctica entre política, economía, ciencia, Estado, guerra y conciencia nacional, componente éste último apenas tenido en cuenta pero vital para entender el capitalismo por su extrema complejidad contradictoria⁵⁴⁵. Trotsky comprendió perfectamente que Engels desarrollaba la dialéctica interna de lo militar sin imponerla desde fuera, y tampoco sin decirlo públicamente porque

⁵⁴⁰ M. Del Roio: «El testamento de Engels», *Marx Ahora*, No. 23/2007. p. 27.

⁵⁴¹ M. Del Roio: «El testamento de Engels», *Marx Ahora*, No. 23/2007. p. 29.

⁵⁴² M. Del Roio: «El testamento de Engels», *Marx Ahora*, No. 23/2007. p. 31.

⁵⁴³ E. Mandel: *Crítica del eurocomunismo*, Fontamara, 1978. p. 164.

⁵⁴⁴ E. Troise: «La contribución de Engels a la elaboración del materialismo dialéctico e histórico» Federico Engels, nuestro contemporáneo, *Edic. Centro de Estudios*, 1971, p. 82.

escribía para un periódico «archiburgués», sino que: «Engels no introdujo una doctrina abstracta en el terreno de la ciencia militar desde el exterior y no estableció para nada recetas tácticas descubiertas por él como criterios universales (...) Detrás de estas notas, se siente que hay un trabajo enorme, precedente y en curso»⁵⁴⁶. Sin duda, aquí Engels desarrolló el mismo método lógico-dialéctico e histórico aplicado por Marx en *El Capital*.

Hemos recurrido conscientemente a este ejemplo, es decir, al hecho de que Engels no introdujo desde el exterior a la dialéctica materialista en la guerra, sino que estudió cada guerra concreta, cada conflicto bélico particular, en su detalle hasta descubrir sus contradicciones internas y luego extraer como síntesis algunas lecciones válidas en determinadas circunstancias. Por ejemplo, J. Samaja sostiene que el método de Kant y Fichte es externo al objeto de estudio, mientras que «el método dialéctico, en cambio, expresamente abandona este examen *desde afuera*»⁵⁴⁷. Pues bien, este método es el mismo que Engels aplica a las relaciones entre la dialéctica materialista y las ciencias particulares como, entre otros muchos, demostró J. Lensink en su reflexión sobre la superación materialista de la filosofía clásica bajo las presiones «del devenir dialéctico de las ciencias»:

«...la substancia de la filosofía consiste en la demostración y el concepto de lo que con razón se puede llamar relación (y/o sujeto sustancial (...)) la superación materialista de la filosofía que perseguía Engels exige y da por supuesto el (devenir dialéctico) de las ciencias (teórico)-empíricas, y esto significa que ellas dejan de ser filosóficas y antifilosóficas. Puesto que estudian sus objetos en su (contradictorio) cambio y desarrollo, y esto implica sobre todo que estén liberadas de supuestos filosóficos inciertos, y que ya no se encuentren obstaculizadas por tramas filosóficas, hace posible una ampliación y profundización irrestricta del saber empírico, que se va diferenciando. En definitiva, una *filosofía primera* liberada de todo naturalismo, transcendentalismo e idealismo, exige y estimula un saber (teórico) empírico liberado de toda filosofía no científica, un saber que se va diferenciando»⁵⁴⁸

El método marxista exige que para poder investigar y debatir sobre cualquier problemática, previamente debemos contextualizarla, verla en su totalidad y a la vez en sus partes aisladas, y solamente a partir de aquí elaborar una teoría al respecto. Antes de discutir sobre las fallas y errores positivistas, cientifistas, mecanicistas, etc., de Engels y sobre todo de una de sus obras emblemáticas, el *Anti-Dühring*, sería conveniente que leyésemos el riguroso capítulo que a este problema dedica Monserrat Galceran en el que se relativizan y se debilitan casi al extremo las condenas absolutas a Engels en nombre de un Marx irreal⁵⁴⁹. M. Sacristán, por su parte, también analiza las relaciones entre el Engels del *Anti-Dühring* y Marx reconociendo que la «división el trabajo» entre ambos amigos perjudicó más al rigor de Engels que al de Marx, aun admitiendo algunas deficiencias en la visión del primero, como en el cálculo

⁵⁴⁵ J. Piñero y L. Ceballos: «Engels y la cuestión militar», *Edic. Centro de Estudios*, 1971, pp. 225-253.

⁵⁴⁶ Trotsky: «Las notas de Friedrich Engels sobre la guerra de 1870-71», 6-8-2011, www.ips.org/ar

⁵⁴⁷ J. Samaja: *Introducción a la epistemología dialéctica*, Lugar Editoria, 1994, p. 74.

⁵⁴⁸ J. Lensink: «Dialéctica materialista: ¿Superación de la filosofía en su totalidad?», *Marx Ahora*, N.º 2/1996 pp. 43.61

⁵⁴⁹ M. Galceran Huguet: *La invención del marxismo*, Iepala, 1997, pp. 215-241.

infinitesimal⁵⁵⁰; pero M. Sacristán insiste el que si algo no deben cambiar del marxismo es precisamente su método materialista y dialéctico⁵⁵¹.

Para concluir resta muy rápida exposición sobre las relaciones entre Marx, Engels y la ciencia-crítica interesa leer esta cita extraída del maduro Engels de 1892 en su nota necrológica dedicada a C. Schorlemmer: «Fue sin duda el único sabio importante de su tiempo que no desdeñó las enseñanzas de Hegel, entonces tan despreciado, y al que por su parte tenía una gran estima. Y con mucha razón. Cuando se quiere hacer algo en el campo de la ciencia teórica a un nivel que abarque el conjunto, no hay que considerar los fenómenos naturales como unas cantidades inmutables, como hacen la mayoría de las personas, sino considerarlos, al contrario, en su evolución como susceptibles de modificación, de evolución, fluidos. Y todavía hoy es en Hegel donde esto se aprende con más facilidad»⁵⁵². Esta interpretación coincide totalmente con la ciencia actual. Visto lo anterior, no dejan de sorprender algunas de las tesis de A. Schmidt sobre las incongruencias y limitaciones de Engels en lo relacionado con su visión dialéctica de la naturaleza⁵⁵³, y de sus profundas diferencias con respecto a Marx, tema en el que aquí no podemos seguir profundizando.

En J. Ferraro encontramos una crítica extensa y profunda de las tesis que sostienen que existe una separación y una contradicción entre Marx y Engels especialmente en lo relacionado con la dialéctica. Sin extendernos ahora en el debate sobre las leyes de la dialéctica y en especial sobre la de la negación de la negación, sí recomendamos que se estudie la segunda parte del texto de J. Ferraro, la dedicada a la dialéctica de la naturaleza en la que demuestra la unidad de criterio entre Marx y Engels al respecto⁵⁵⁴. Podemos ir más lejos incluso porque M. Sacristán no duda en salir en una defensa abierta de Engels al sostener que: «Contra un prejuicio muy sostenido, es Engels el que corrige juiciosamente las fantásticas salidas científicas y pseudocientíficas de Marx, evitando que dejen poso en la investigación capital de éste»⁵⁵⁵.

Desarrollando en profundidad estas y otras cuestiones, J. Prestipino muestra en lo relacionado con la crisis ecológica actual, además de la unidad de criterios entre ambos amigos, también la constante preocupación de Engels por la reunificación de la especie humana dentro de la naturaleza, indicando que algunas de esas cuestiones cardinales analizadas por Marx ya estaban previamente en Engels en forma de «primera intuición»⁵⁵⁶, abriendo un campo de lucha revolucionaria que se iría desarrollando a pesar de las diferencias dentro del marxismo pos engelsiano, ya que «La ecología es hoy una ciencia subversiva»⁵⁵⁷, tal y como hemos constatado anteriormente. Y de la ecología podemos pasar a la investigación militar y médica,

⁵⁵⁰ M. Sacristán: «La tarea de Engels en el Anti-Dühring» *Sobre Marx y marxismo*. Icaria, 1983, p. 40-42

⁵⁵¹ M. Sacristán: «La tarea de Engels en el Anti-Dühring», *Sobre Marx y marxismo*. Icaria, 1983, p. 50.

⁵⁵² Engels, «Necrológico Carl Schorlemmer», *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*. Anagrama, 1975, p. 123.

⁵⁵³ A. Schmidt: *El concepto de naturaleza en Marx*, Siglo XXI, 1977, pp. 47-69.

⁵⁵⁴ J. Ferraro, *¿Traicionó Engels la dialéctica de Marx?*, Ítaca, 1998, pp. 177-282.

⁵⁵⁵ M. Sacristán: «El trabajo intelectual de Marx y su noción de ciencia», *Sobre Marx y marxismo*. Icaria, 1983, p. 347.

⁵⁵⁶ G. Prestipino: *El pensamiento filosófico de Engels*, Siglo XXI, 1977, p. 155.

⁵⁵⁷ G. Prestipino: *El pensamiento filosófico de Engels*, Siglo XXI, 1977, p. 185.

en su dialecticidad estrecha, o a cualquiera otra ciencia en la que «permanece firme el principio de condicionamiento dialéctico, del estímulo y del impulso indirecto, contradictorio, que la investigación científica experimenta mediante la actividad práctica», descubriendo que en las relaciones entre el método científico y las ciencias “naturales”, Engels no se diferencia en nada de Einstein y de Darwin⁵⁵⁸.

Si es así, ¿“funcionan” las famosas tres leyes de la dialéctica? El autor explica por qué la II Internacional arremetió contra Engels y contra la dialéctica, por qué el joven Lenin mantuvo internamente la dialéctica y la elevó al sùmmum en su brillante época adulta, y por qué hasta la temida y odiada ley de la negación de la negación no sólo fue citada por Marx y Engels sino que además su acción se descubre en la naturaleza, en la sociedad y en el pensamiento⁵⁵⁹. Por no extendernos, el autor muestra que no existen contradicciones entre ambos amigos en el delicado pero decisivo interaccionar entre el método lógico y el histórico⁵⁶⁰.

Estudiando las críticas que se hacen a Engels de excesivo naturalismo positivista, J. M. Bermudo escribe: «Aún así podría insistirse que, no obstante, Engels no olvida nunca la determinación natural, tendiendo a privilegiarla. Pensamos que no es así y que, si lo fuera, habría sido una intuición engelsiana digna hoy de ser elogiada. Pues hoy, precisamente, se pone de relieve el insuficiente tratamiento histórico del elemento natural en su determinación natural y humana en el marxismo occidental. El desprecio en el marxismo -y aquí el estalinismo es protagonista- por ciertas ciencias, de la psicología a la embriología, expresa ese olvido. El comprensible esfuerzo por poner en lo social la raíz, el factor único del mal y del bien, de la miseria o de la libertad, de la barbarie o de la salvación, hoy muestra sus límites. Y con ello Engels debería -dentro del marxismo- ganar puestos, ya que -aún con las limitaciones indicadas- fue quien más insistió en unir a la determinación histórica la determinación natural»⁵⁶¹.

Por su parte, L. Sève tras contextualizar *Dialéctica de la naturaleza*, saca a la luz sus limitaciones actuales, sus «puntos ciegos», pero sobre todo después de esclarecer sus innegables aciertos, concluye asegurando que: «no deja de contener la más heurística de las concepciones filosófico-científicas»⁵⁶². En cuanto a una especie de «veredicto científico», dicho con toda cautela, sobre la veracidad de la filosofía dialéctica denominada “engelsiana” tras más de un siglo transcurrido de espectaculares avances, no tenemos más remedio que dar la razón a quienes, como A. Barbagallo y otros muchos, afirma que «el desarrollo de la ciencia en el siglo XX confirma la dialéctica engelsiana de la naturaleza», y no sólo en el campo de la ecología, en el que es innegable la dialéctica de la naturaleza, sino prácticamente en todos, llegándose incluso al hecho de producirse «sorprendentes confirmaciones» en este sentido⁵⁶³.

⁵⁵⁸ G. Prestipino: *El pensamiento filosófico de Engels*, Siglo XXI, 1977, pp. 217-218.

⁵⁵⁹ G. Prestipino: *El pensamiento filosófico de Engels*, Siglo XXI, 1977, pp. 243-259.

⁵⁶⁰ G. Prestipino: *El pensamiento filosófico de Engels*, Siglo XXI, 1977, p. 286.

⁵⁶¹ J. M. Bermudo Ávila: *Engels contra Marx*, Edic. Universidad de Barcelona, 1981, p. 267.

⁵⁶² L. Sève: «Dialéctica de la naturaleza: ¿equivocación histórica o concepción heurística», *Marx Ahora*, N.º. 17/2004, p. 109.

⁵⁶³ A. Barbagallo, «Dialéctica engelsiana y recuperación del marxismo», *Marx Ahora*, N.º. 19/2005, pp. 97-109.

Una de las críticas más severas al llamado engelsianismo proviene de la lectura de Engels que hizo Lukács en su célebre *Historia y conciencia de clase* de 1923, obra elevada casi al rango de dogma en esta cuestión. En esta obra Lukács identifica la dialéctica materialista con el materialismo histórico, y este método «se limita explícitamente a la realidad social»⁵⁶⁴, aunque «el aspecto más flojo y más problemático de la concepción de Lukács es la reducción de la naturaleza a categoría social»⁵⁶⁵. Además de otras críticas a Engels, la del reflejo sobre todo, lo cierto es que el Lukács de 1923 se mueve constreñido por la limitada lectura del momento, llegando sólo al Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo*. En 1925 Lukács publicó *Seguidismo y dialéctica*, una respuesta a la cada vez más poderosa corriente cripto-positivista de la burocracia soviética en la que el autor reivindica y defiende con total coherencia la conciencia subjetiva como parte elemental de la dialéctica, aunque muy flojo en la cuestión epistemológica sobre la dialéctica de la naturaleza⁵⁶⁶.

Pero un estudio sistemático de su trayectoria intelectual de Lukács demuestra que, además de sus innegables aportaciones en lo relacionado con la fundamental tesis de la «totalidad concreta», de la crítica de la cosificación, etc., sin embargo latía en esa obra una deficitaria comprensión de la dialéctica viciada por «el presupuesto idealista hegeliano del sujeto-objeto idéntico»⁵⁶⁷. Semejante limitación será superada durante su estancia en el Moscú de inicios de los años '30 cuando puede leer al Lenin de los *Cuadernos filosóficos*, y al Marx de los *Manuscritos...*, lo que le abre a la dialéctica de la objetividad ontológica, cuando «identifica y fija en la objetividad “algo ontológicamente primario”, una propiedad originaria de todos los seres, así como de todas las relaciones entre los seres y todas sus producciones (objetivaciones)⁵⁶⁸. Como efecto de esta profundización: «el vuelco del año 30 deja en la dialéctica de Lukács marcas muy precisas. A la altura de la *Ontología* ya no son posibles las reservas, las limitaciones, las exclusiones de *Historia y conciencia de clase*, con respecto a la dialéctica de la naturaleza. Allí, en cuanto deformada de manera idealista, la dialéctica obraba sólo como estructura conceptual. Lo que le faltaba era el sustrato ontológico objetivo»⁵⁶⁹.

Muy probablemente, Lukács estaría de acuerdo con la respuesta que da por J. Rancière a la pregunta sobre ¿qué es la realidad?: «Lo real es algo de lo que no se puede escapar», y tampoco se hubiera sorprendido de estas otras palabras del filósofo marxista: «La fuerza política verdadera es una fuerza que tiene que crear, de algún modo, su propia temporalidad. La cual no es una temporalidad del Estado o de las elecciones, sino que significa, también, que tengan sus propias formas de discusión, información y formación»⁵⁷⁰.

⁵⁶⁴ L. Solchor: «Lukács y Korsch: la discusión filosófica en los años veinte», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1983, Tomo 8, p. 379.

⁵⁶⁵ L. Solchor: «Lukács y Korsch: la discusión filosófica en los años veinte», *Historia del marxismo*, Bruguera, 1983, Tomo 8, p. 383.

⁵⁶⁶ M. Löwy: «El marxismo de la subjetividad revolucionaria de Lukács», *Herramienta*, No. 37, Marzo de 2007, p. 101

⁵⁶⁷ G. Oldrini: «Lukács y los dilemas de la dialéctica marxista», *Marx Ahora*, No. 25/2008, p. 54.

⁵⁶⁸ G. Oldrini: «Lukács y los dilemas de la dialéctica marxista», *Marx Ahora*, No. 25/2008, p. 56.

⁵⁶⁹ G. Oldrini: «Lukács y los dilemas de la dialéctica marxista», *Marx Ahora*, No. 25/2008, p. 62.

⁵⁷⁰ H. Bilbao e Ivanna Sota: «Jacques Rancière: “Lo real es algo de lo que no se puede escapar”». 23-12-2012 www.rebellion.org

Tal vez, la mejor forma de concluir este apartado sobre Engels sea recurriendo a las palabras de E. Renault quien, además de reconocer las diferencias entre Lukács y Engels, pero también sus identidades en algo tan elemental como que «la versión marxiana de la dialéctica es a la vez materialista y revolucionaria»⁵⁷¹, marca las siguientes diferencias entre Engels y Hegel:

«Engels se esfuerza en oponer el carácter revolucionario del “método dialéctico” al carácter conservador del “sistema” de Hegel. El método dialéctico se define en virtud de las siguientes características: afirma que no hay ninguna verdad absoluta o definitiva, sino que la verdad reside sólo en el “proceso de conocer”; afirma el “carácter transitorio de todas las cosas” e intenta restituir las cosas a las “conexiones” y los procesos de los que son indisociables; y, por último, descansa en la tesis de la relatividad y la solidaridad de los contrarios. Inspirándose libremente en Hegel, Engels opone el método dialéctico al pensamiento dogmático, que descansa en la creencia de verdades absolutas, y en el pensamiento metafísico, que afirma la prioridad de las cosas, concebidas como sustancias independientes y permanentes, sobre los procesos y las relaciones (...) Engels identifica la dimensión revolucionaria de la dialéctica con la idea de una evolución histórica a saltos, impulsada por el desarrollo y la explosión de las contradicciones»⁵⁷².

5.2.- La dialéctica, el método científico y Hegel

Gracias a lo leído hasta aquí estamos en óptimas condiciones para conocer el pleno alcance de la definición que Marx hace del método dialéctico y de Hegel en *El Capital*, y que hemos expuesto al comienzo de esta tesis al explicar por qué sólo la lectura política de esta obra es acorde con la perspectiva y con la personalidad de su autor. Desde entonces y dicho a grandes rasgos, el debate sobre la dialéctica materialista ha separado al marxismo del reformismo. Una valiosa síntesis actual sobre los permanentes ataques que la sufrido la dialéctica materialista, intentando expulsarla de un supuesto «marxismo científico» neokantiano y neopositivista, la encontramos en el texto de R. Astarita: «el rechazo de la dialéctica dentro del marxismo tiene una larga data; recorre casi toda su historia, hasta nuestros días. A pesar de que el sesgo anti dialéctico ha dominado en los movimientos políticos de masas (Segunda y Tercera Internacional, el movimiento comunista oficial), y en buena parte del marxismo académico la mayor parte del tiempo (primero con el estructuralismo marxista, incluyendo al regulacionismo marxista, y luego con el marxismo analítico), sus frutos teóricos no son llamativos»⁵⁷³.

El rechazo explícito o implícito de la dialéctica surge además de su esencia revolucionaria y crítica, también y por ello mismo de sus exigencias praxeológicas, es decir, del hecho de que no se puede aplicar el método dialéctico si no es desde una práctica en la que la subjetividad revolucionaria es un componente interno de la objetividad científica. Podemos saber lo que entendía Marx por método científico en esta larga parrafada escrita a Kugelman:

«El economista normal no tiene la más leve idea de que las relaciones reales y cotidianas del intercambio no necesitan ser directamente idénticas a las magnitudes del

⁵⁷¹ E. Renault: «¿Qué hay de dialéctico en *El capital* de Marx», *Marx. Releer El Capital*, Akal, 2012, p. 50.

⁵⁷² E. Renault: «¿Qué hay de dialéctico en *El capital* de Marx», *Marx. Releer El Capital*, Akal, 2012, p. 47.

⁵⁷³ R. Astarita. *El Marxismo sin dialéctica*, 11-02-2012 www.kaosenlared.net

valor. Lo característico de la sociedad burguesa consiste precisamente en esto, en que *a priori* no hay una regulación conciente, social de la producción. Lo racional y lo necesario se producen en la naturaleza sólo como un término medio que opera ciegamente. Y entonces el economista vulgar cree haber hecho un gran descubrimiento cuando proclama con orgullo, en lugar de revelar interconexión, que en apariencia las cosas parecen diferentes. En realidad, alardea de que se atiene a la apariencia y la toma por la última palabra. Siendo así, ¿por qué debe haber ciencia? Pero la cuestión tiene también otro fundamento. Cuando se comprende la conexión entre las cosas, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico. En este caso, por consiguiente, está en el interés de las clases dominantes perpetuar esta huera confusión. ¿Y para qué otro fin se les paga a estos charlatanes serviles que no saben proclamar otra cosa científica que la de que en economía política no se debe pensar?»⁵⁷⁴.

Una mayor precisión de lo que entendía Marx por «ciencia positiva» la obtenemos leyendo esta escueta frase escrita en una carta a Engels: «Sólo sustituyendo los dogmas en controversia por los hechos en conflicto y las contradicciones reales que forman su fundamento oculto, podemos transformar la economía política en una ciencia positiva»⁵⁷⁵. No debemos caer en la fácil y frecuente trampa de interpretar la expresión «ciencia positiva» en el sentido del positivismo de Comte, positivismo que Marx rechazó y criticó con total contundencia en una carta. Otra demostración de la insalvable distancia que separa a la «ciencia» en el sentido marxista del positivismo científico burgués la encontramos en la carta de Engels a O. Schmidt en la que le avisa de que: «En su momento, me concederé el honor de someter su conferencia a la crítica despiadada que puede hacerse desde mi punto de vista, el único digno de una ciencia libre, y que cada espíritu científico debe considerar como bienvenida, aunque se aplique a sí mismo»⁵⁷⁶. Y por no repetirnos, Marx nos ofrece otra muestra de su concepción de «ciencia positiva» en una carta a Engels en la que habla de paleontología, de propiedad comunal y propiedad privada, de Hegel y de las relaciones entre la propiedad comunal y el concepto de lo general enfrentado al concepto de lo particular que nace de la propiedad privada, de la desertización de la tierra si no es cultivada con criterios conscientes y de la «tendencia socialista inconsciente»⁵⁷⁷.

No vamos a recurrir a la conocida afirmación de Lenin sobre que para comprender *El Capital* hay que haber leído toda la *Lógica* de Hegel, porque preferimos comenzar este apartado con las palabras de R. Rosdolsky, muy probablemente el mejor estudioso de la dialéctica en los *Grundrisse*. En otra obra sobre la evolución teórico-filosófica de Marx desde la segunda mitad de la década en 1850 en adelante, sostiene que:

«Los *Fundamentos* muestran que la estructura del *Capital* de Marx es esencialmente dialéctica y que Marx ha atribuido en su economía un papel decisivo a los conceptos metodológicos tomados de Hegel: relación entre contenido y forma, entre existencia y apariencia, entre lo general y lo particular, entre inmediato y mediación, entre

⁵⁷⁴ Marx a Kugelmann, 11 de julio de 1868, *Correspondencia*, 1973, p. 207.

⁵⁷⁵ Marx a Engels, 10 de octubre de 1868, *Correspondencia*, 1973, p. 209.

⁵⁷⁶ Engels a O. Schmidt, 19 de julio de 1878, *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*. Anagrama, 1975, p. 95.

⁵⁷⁷ Marx a Engels, 23 de marzo de 1868, *Correspondencia*, 1973, pp. 197-199.

diferencia, oposición y contradicción, etc. (...) El lector de los *Fundamentos* (*Grundrisse*) se sorprende al borde de esta obra y no puede menos de pensar que el autor maneja simples “conceptos hegelianos” que articula y desmonta de manera típicamente hegeliana. Por otra parte, el propio Marx ha previsto la posibilidad de ese mal entendido en una de las acotaciones de los *Fundamentos*, a propósito de la génesis del valor y de la moneda: “...Habrá que corregir la forma idealista de esta exposición, porque suscita la impresión de que se trata sólo de establecer categorías y de manipularlas dialécticamente»⁵⁷⁸.

Y más adelante, Rosdolsky afirma también que: «... según la concepción dialéctica de Marx, el “contenido” y la “forma” que ha desprendido inicialmente, tiene acción e influencia recíprocas, la forma modelando al contenido en lucha permanente; constantemente el contenido despoja a la forma y ésta transforma el contenido. Si a la inversa, se considera la forma como una cosa accesoria y por decirlo de alguna manera, exterior al contenido, cabe bien, como hacía la economía clásica, subestimando la forma y sacrificándola al contenido, o bien se tiende a hacer de tal forma histórica un absoluto. Como ejemplo del último caso podemos mencionar a los economistas soviéticos que, partiendo del hecho de que la sociedad socialista futura repartirá las cantidades de trabajo social teniendo en cuenta la medida que representen las horas de trabajo, llegan a la conclusión de que la ley del valor seguirá vigente en el socialismo. Así pues, hacen del *sustrato* “extra-histórico” del valor una *forma* “extra-histórica del mismo»⁵⁷⁹.

Dussel ha estudiado las relaciones no sólo entre Hegel y Marx, sino también la influencia de Schelling en la elaboración marxista de la teoría de la plusvalía. Dussel sostiene que existen similitudes profundas entre el «orden categorial» de la *Lógica* de Hegel y de *El Capital* de Marx, por ejemplo, en «*El ser y el valor*», «*El ser y el ente*», «*Cualidad y valor de uso*», «*Cualidad y valor de cambio*», «*Medida y dinero*», «*El sobre-pasarse del ser en la esencia; la transformación del dinero en capital*», «*Esencia y capital*», «*Fundamento y producción*», «*El mundo de la apariencia y la circulación en el mercado*», «*Unidad de esencia y existencia y realización y capital*». Dussel define esta presencia de Hegel en Marx como «el marco teórico abstracto tenido en cuenta en la elaboración de *El Capital*»⁵⁸⁰. Ahora bien, Dussel procede inmediatamente después a marcar las diferencias cualitativas mediante las que se expresa la superioridad de la dialéctica marxista sobre la hegeliana, que sintetiza en estas cuestiones decisivas: «*Desde el ser como fundamento a la fuente creativa del ser*», «*Producción de valor y creación de plusvalor*», «*Negatividad de la pobreza*», y «*La positividad creativa de la fuente del plusvalor*»⁵⁸¹. Y nuestro autor concluye:

⁵⁷⁸ R. Rosdolsky: «La significación de “El Capital” para la investigación marxista contemporánea», *Leyendo El Capital*, 1972, pp. 226-227.

⁵⁷⁹ R. Rosdolsky: «La significación de “El Capital” para la investigación marxista contemporánea», *Leyendo El Capital*, 1972, p. 229.

⁵⁸⁰ E. Dussel: «Hegel, Schelling y el plusvalor», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011, pp. 216-220.

⁵⁸¹ E. Dussel: «Hegel, Schelling y el plusvalor», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011, pp. 221-225.

«El trabajo vivo es la fuente creadora del plusvalor desde la nada del capital. Para mi es el tema esencial de toda la construcción crítica del sistema de las categorías de la economía crítica intentada por Marx. No se puede probar que haya una relación explícita y directa con Schelling, pero de todas maneras se separa antológicamente de Hegel en el mismo nivel ontológico que Marx. Para Hegel la esencia (para Marx el valor del capital) es lo mismo que el ser (valor para Marx) en todo el proceso. Para Marx el capital en el comienzo del proceso de producción no es el mismo que al final. En el proceso de producción el capital subsume (incorpora) el plusvalor que ha sido creado por la fuente externa (o al menos que no es el capital mismo). El trabajo vivo crea en el capital algo que surge, para el capital, desde afuera, de la nada del capital, más allá del fundamento del capital. El trabajo vivo es esa fuente creadora del plusvalor y no el capital»⁵⁸².

M. A. Lebowitz ha definido muy bien las relaciones entre Hegel y el método científico de Marx, sus diferencias y similitudes, pero lo que ahora nos interesa especialmente de su texto son estas palabras:

«Necesitamos distinguir entre la totalidad concreta y el método en virtud del cual la cabeza pensante de apropiación del mundo. Es importante no “fetichizar” momentos dentro del proceso de pensamiento. Precisamente, porque el propio proceso de pensamiento, términos, conceptos y momentos dialécticos, se alternan en su significado e importancia, precisamente porque este método dialéctico entraña un enriquecimiento constante, de conceptos, es inherente que el significado y la definición de momentos dentro de la totalidad diferirá de aquellos que poseen cuando se encuentran por primera vez en el proceso en el proceso de pensamiento abstracto.

«La mercancía, por ejemplo, cobra un aspecto diferente después del desarrollo de los conceptos de dinero, circulación capitalista y producción capitalista y capital en su conjunto... y lo mismo ocurre con el dinero y, de hecho, con el propio capital. Debe ser así. En el razonamiento dialéctico, se introducen términos y momentos de forma unilateral, desarrollando su carácter multilateral sólo en el curso de la construcción de la totalidad. Sin embargo, únicamente cuando hemos logrado desarrollar esa “totalidad de pensamiento” podemos comprender sus elementos de modo cabal»⁵⁸³.

Es por esto que W. F. Haug nos advierte de los riesgos de una errónea interpretación de las relaciones entre Hegel y Marx, y sostiene que el método científico marxista debe proceder en la misma dirección que el proceso que investiga; nunca esperar a que éste haya concluido para pensarlo a posteriori; sostiene que en la dialéctica marxista hay dos componentes unidos, el objetivo que se desarrolla en la «reconstrucción genética» del proceso que se investiga en su mismo desarrollo, y el subjetivo, que no es otro que la «filosofía práctica del marxismo», de modo que las luchas sociales y políticas como la forma de vivir la vida forman una unidad que nos remite al «arte de vivir»⁵⁸⁴, del que hablara B. Brecht. El arte de vivir dialécticamente aquí visto nos recuerda muchísimo a la primera definición de dialéctica ofrecida por L. Sichirollo y que nos remite al criterio de la Antigua Grecia sobre cómo afrontar las contradicciones y peligros de la vida muy en especial en los momentos de opción.

⁵⁸² E. Dussel: «Hegel, Schelling y el plusvalor», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011, p. 225.

⁵⁸³ M. A. Lebowitz: «Siguiendo a Hegel: La ciencia de Marx», *Marx Ahora*, N.º. 21/2006, p. 50.

⁵⁸⁴ W. F. Haug: «El proceso de aprendizaje de Marx. En contra de corregir a Marx con Hegel», *Tras las huellas de un fantasma*, Siglo XXI, 2011, p. 163.

En síntesis, según Engels: «Para Marx, la ciencia era una fuerza histórica motriz, una fuerza revolucionaria (...) Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento»⁵⁸⁵.

5.3.- Flexibilidad y complejidad de la dialéctica.

«Pensamos, como guerreros que somos, con flexibilidad, pero sin abandonar los principios ni ablandarnos»⁵⁸⁶. Estas palabras pertenecen a la dirección de las FARC en las conversaciones con el gobierno colombiano. Las hemos escogido por su doble valor ya que, por un lado, son fieles a la esencia de praxis revolucionaria de la dialéctica, a su contenido de lucha contra la opresión, y por otro lado, muestran el contenido flexible de la dialéctica que, como dice Engels, rechaza las «líneas duras y rígidas»⁵⁸⁷. Lo flexible nos remite siempre a la interacción de las categorías de la identidad, la diferencia y la relacional. En el Libro III de *El Capital* lo anterior se perfecciona con la decisiva dialéctica de la ley tendencial. Tiene razón D. Bensaïd cuando dice que: «En el Libro tercero, la noción de tendencia ya no parece accidental. Especifica la diferencia de las leyes económicas en relación con las leyes físicas o naturales»⁵⁸⁸.

La fundamental cuestión de la «fluidez» de la dialéctica materialista se percibe con una lectura atenta de la obra de Marx y Engels: «En suma, la “totalidad” de la que habla Marx, necesariamente, es un objeto desflecado (*ausgefrenst*): si su dialéctica permite tematizarlo como un nudo dinámico y no casual de relaciones; su “fluidez” hace imposible fijarlo, cristalizarlo en una definición que se pretenda definitiva»⁵⁸⁹. La fluida movilidad de la dialéctica creó un método ontológicamente nuevo que sorprendió tanto por su efectividad que un crítico reconoció que el autor de *El Capital* se movía con «la más rara libertad» en el terreno empírico, mérito que Marx atribuyó al «método dialéctico»⁵⁹⁰.

Semejante capacidad surge del hecho de que su síntesis teórica «nunca es algo consumado, sino algo más bien en proceso de realización constante»⁵⁹¹. Llegados a este nivel, es imprescindible aclarar qué entendemos por dialéctica en el interior mismo del desenvolvimiento del valor, del valor-trabajo y de la lucha de clases: «La dialéctica consiste exactamente, en la habilidad de comprender la contradicción interna de una cosa, el estímulo

⁵⁸⁵ Engels: *Discurso ante la tumba de Marx*, Obras Escogidas, Progreso, 1976, Tomo III, p. 172.

⁵⁸⁶ A. Molano: «Las Farc dicen que no fueron a La Habana para entregar las armas», 14-05-2013

www.lahaine.org

⁵⁸⁷ Engels: *Dialéctica de la naturaleza*. Akal 1978, p. 171.

⁵⁸⁸ D. Bensaïd: *Marx intempestivo*. Herramienta 2003. p. 415

⁵⁸⁹ S. Garroni: «Perfil de una lectura de Marx». *Marx Ahora*, No. 22/2006, p. 162.

⁵⁹⁰ Marx: «Carta a Kugelmann» del 27 de junio de 1870, *Cartas sobre El Capital*, Laia, 1974, p. 203.

⁵⁹¹ J. Muñoz: «Filosofía de la praxis y teoría general del método». *Lecturas de filosofía contemporánea*. Cuadernos Materiales. 1978. p. 194-195.

de su autodesarrollo, donde, el metafísico ve sólo una contradicción externa resultando de una colisión más o menos accidental de dos cosas internamente no contradictorias»⁵⁹². Aquí conviene recordar lo dicho arriba por S. F. Bloom sobre las definiciones un tanto vagas y abiertas utilizadas por Marx. Por ejemplo, sobre el concepto de clase social en Marx, de R. Candy sostiene que:

«Para Marx “clase” es una idea de gran sutileza, más compleja de lo que muchos suponen. La clase no es homogénea. Tiene fracciones que operan autónomamente en el contexto de sus intereses básicos de clase [...] Los estados de ánimo de las masas se transforman, se desplazan, fluyen; las clases se fraccionan y concentran; los partidos se dividen en fracciones; los dirigentes olvidan sus principios e inventan otros nuevos. El análisis de clases no es una tarea fácil y Marx no ofrece ninguna fórmula sencilla para el estudio de la sociedad»⁵⁹³.

También nos será muy oportuno lo que sostiene D. Bensaïd:

«No se encuentra entonces en Marx ninguna definición clasificatoria, normativa y reductora de las clases, sino una concepción dinámica de su antagonismo estructural, a nivel de la producción, de la circulación como de la reproducción del capital: en efecto, las clases jamás son definidas solamente a nivel del proceso de producción (del cara a cara entre el trabajador y la patronal en la empresa), sino determinadas por la reproducción del conjunto donde entran en juego la lucha por el salario, la división del trabajo, las relaciones con los aparatos del Estado y con el mercado mundial»⁵⁹⁴.

Y E. Hobsbawm, que nunca dominó la dialéctica, malinterpreta y en cierto modo reduce el poder teórico de este, al sostener que «hay una cierta ambigüedad en Marx cuando trata las clases sociales»⁵⁹⁵. La supuesta ambigüedad responde en realidad a la fluidez permanente de las fronteras de clase en sus aspectos exteriores, porque en los esenciales Marx y Engels sí dejaron suficientes anotaciones e ideas como para saber qué es lo que define a una clase social en su identidad sustantivas: propiedad o no propiedad de los medios de producción. Aplicado este método dialéctico que insiste en la flexibilidad, sinuosidad y complejidad, al estudio de las clases sociales, a la clase burguesa en concreto, vemos que, además de tener que definir simultáneamente a la clase trabajadora, tenemos que recurrir a lo que C. Katz denomina «definiciones ampliadas», ya que «la clase dominante registra procesos constantes de mutación»⁵⁹⁶.

R. Gallissot lo expresa así:

«En Marx y Engels, se diga o no, existen fluctuaciones terminológicas: es que, bajo las mismas palabras, los objetos hacia los que se apunta no son los mismos: la fórmula se relaciona, sea con la sociedad capitalista en sus fundamentos generales, sea con

⁵⁹² E. V. Ilyenkov: *Dialéctica de lo abstracto y de lo concreto en El Capital de Marx*, ER Editor, 2007, p. 369.

⁵⁹³ R. Gandy: *Introducción a la sociología histórica marxista*, ERA, 1978, p. 177.

⁵⁹⁴ D. Bensaïd, *Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren*, 13 de noviembre de 2004 (vientosur@vientosur.info).

⁵⁹⁵ E. Hobsbawm: «Notas sobre la conciencia de clase», *El mundo del trabajo*, Crítica, 1987, p. 29.

⁵⁹⁶ C. Katz, *Clases, estados e ideologías imperiales*, 28 de agosto de 2011 (www.lahaine.org).

sociedades particulares en el seno del capitalismo, sea solamente con la combinación de las relaciones de clase y de fuerzas políticas en una sociedad dada (...) No hay escándalo alguno en reconocer que, continuamente en Marx y Engels, hay encabalgamiento de vocabulario y de sentido, interferencia entre el uso vulgar (el modo de producción es la forma de producir –la palabra “formas” se repite), y el empleo típico [...] subsiste la impresión de que hay usos preferenciales que irían de lo particular a lo general: formas, formaciones, formación económica»⁵⁹⁷.

Hemos alargado un poco el recurso pedagógico a citas que expresan el método dialéctico y la teoría del concepto mejor que lo que pudiéramos hacerlo, porque nos parece que problemas tan importantes como la definición de clases sociales, del modo de producción y de formación económico-social, y la anteriormente expuesta del concepto de nación, porque son decisivas para estudiar la dialéctica marxista. Recordemos que Lenin aplaude la inteligencia e ingenio de Hegel al demostrar que en los conceptos que parecen muertos hay movimiento:

«Multilateral y universal flexibilidad de los conceptos, una flexibilidad que llega hasta la identidad de los contrarios, tal es la esencia del asunto. Esta flexibilidad, aplicada subjetivamente, = eclecticismo y sofistería. La flexibilidad, aplicada *objetivamente*, es decir, sí refleja la multilateralidad del proceso material y su unidad, es la dialéctica, es el reflejo correcto del eterno desarrollo del mundo»⁵⁹⁸.

Sin extendernos ahora, más adelante Lenin advierte que el conocimiento es algo vivo, multilateral, con una cantidad de aspectos que aumentan eternamente «con un sinnúmero de matices de cada enfoque y aproximación a la realidad»⁵⁹⁹. La capacidad para descubrir el embrión de una realidad nueva que, sin embargo, todavía permanece oculta por la forma de la realidad vieja, que se resiste a desaparecer, esta capacidad de penetrar en el movimiento oculto e interno, es una parte esencial de la teoría del conocimiento que debe descubrir las propiedades cambiantes de las cosas pueden terminar dando paso a algo nuevo. Se trata de un problema decisivo en la ciencia y en la vida incluso cotidiana, que Lenin expresó así: «Debemos estudiar minuciosamente los brotes de lo nuevo, prestarles la mayor atención, favorecer y “cuidar” por todos los medios el crecimiento de estos débiles brotes [...] Es preciso apoyar todos los brotes de lo nuevo, entre los cuales la vida se encargará de seleccionar los más vivaces»⁶⁰⁰.

La capacidad de descubrir el germen de lo nuevo entre la densa maraña de lo permanente, exige el dominio de la teoría del concepto, sin la cual no entenderemos el tremendo alcance de estas dos frases: Una, «La dinámica histórica del capitalismo produce constantemente *lo nuevo*, al tiempo que reproduce *lo idéntico*»⁶⁰¹. Y la otra proviene de un estudio sobre la esencia del capitalismo en el que se plantea la interrogante sobre lo que hay que conservar de los clásicos marxistas del siglo XIX, y se dice escuetamente: «Mutación y permanencia de la

⁵⁹⁷ R. Gallissot: «Contra el fetichismo», *El concepto de «formación económico-social»*, PyP, nº 39, 1976, p. 176-177.

⁵⁹⁸ Lenin: *Cuadernos filosóficos*, Obras Completas, tomo 29, pp. 96-97.

⁵⁹⁹ Lenin: «Sobre el problema de la dialéctica», *Cuadernos Filosófico*, Obras Completas, Tomo 29. p.327.

⁶⁰⁰ Lenin: *Una gran iniciativa*, Obras Completas, Progreso, 1981mtomo 39, pp. 21-22.

⁶⁰¹ M. Pistone: «Teoría crítica y reflexividad histórica», *Marx. Releer El Capital*, Akal 2012, p. 134.

relación capitalista»⁶⁰². En ambas frases, totalmente ciertas para quien conozca la crítica marxista del capitalismo, las relaciones entre lo nuevo y lo idéntico, lo esencial, nos obligan a pensar a la vez de manera esencial e idéntica, y a la vez móvil: un concepto dialéctico. R. Dunayevskaya coincide con Lenin, y con el marxismo en cuanto tal, al insistir en la importancia decisiva del método de conocimiento, y en especial de la teoría del concepto o *Doctrina del Concepto*⁶⁰³ según Hegel, inseparable de la praxis liberadora, del valor de la subjetividad como fuerza material revolucionaria que no sólo refleja científicamente la realidad, que también, sino que a la vez la crea⁶⁰⁴. En su estudio de la *Ciencia de la Lógica* Lenin dedicó trece páginas de su manuscrito al *Prólogo* y a la *Introducción*, veintidós a la *Doctrina del Ser*, treinta y cinco a la *Doctrina de la Esencia*, y por fin setenta y una a la *Doctrina del Concepto*⁶⁰⁵.

Para captar la importancia del concepto leamos lo que dice M. Martínez Mígueles tiene razón cuando dice que:

«Los conceptos, al expresar las nuevas realidades, se enfrentan con un grave obstáculo: o son términos ya existentes y en este caso están ligados a realidades “viejas”, o son términos nuevos acuñados expresamente; pero, si es así, hay que explicarlos recurriendo al lenguaje corriente, igualmente “viejo” (...) El estudio de entidades emergentes requiere de una lógica no deductiva; requiere una lógica dialéctica en la cual las partes son comprendidas desde el punto de vista del todo. En este proceso, el significado de las partes o componentes está determinado por el conocimiento previo del todo, mientras que nuestro conocimiento del todo es corregido continuamente y profundizado por el crecimiento de nuestro conocimiento de los componentes. La lógica dialéctica supera la causación lineal, unidireccional, explicando los sistemas auto-correctivos, de retro-alimentación y pro-alimentación, los circuitos recurrentes y aun ciertas argumentaciones que parecieran ser “circulares”»⁶⁰⁶.

El grueso de las críticas “teóricas” al marxismo proviene de la incompreensión de lo que aquí expone E. de Gortari:

«En su existencia, todo proceso es un tránsito continuo en el cual se resuelven los conflictos surgidos constantemente entre fuerzas e influencias opuestas, para dar lugar a la creación de formas superiores, siempre condicionadas por otros procesos y, a su vez, condicionantes de ellos. Este movimiento contradictorio de cambios y reacciones recíprocas que conectan a unos procesos con otros de manera intrínseca e insoluble, se refleja en los conceptos que constituyen su expresión. Por ello, los conceptos se encuentran enlazados de forma inseparable y en su determinación, que se amplía y mejora sin cesar, reproducen de un modo definido a la acción recíproca que opera entre los procesos existentes. La determinación de un concepto se produce siempre en conjugación con otros conceptos, dentro de un proceso cognoscitivo en el cual cada

⁶⁰² G. Duménil y D. Lévy: «Las finanzas capitalistas: relaciones de producción y relaciones de clase», *Las finanzas capitalistas*, Herramienta 2009, pp. 159-162.

⁶⁰³ Hegel: *Ciencia de la Lógica*, Edic. Solar, 1982, pp. 247-316.

⁶⁰⁴ R. Dunayevskaya: *Filosofía y revolución. De Hegel a Sartre y de Marx a Mao* Siglo XXI 2009, p.119.

⁶⁰⁵ R. Dunayevskaya: *Filosofía y revolución. De Hegel a Sartre y de Marx a Mao*. Siglo XXI,2009, p 119.

⁶⁰⁶ M. Martínez Mígueles: *El paradigma emergente*. Gedisa. 1993. p. y ss.

concepto desempeña simultáneamente la función de determinante de los otros conceptos y de determinado por ellos. En rigor, todo concepto se encuentra sujeto incesantemente a este proceso de determinación, a través del cual se penetra en las manifestaciones inagotables de la existencia. Por lo tanto, el concepto no es un recipiente pasivo e indiferente de los conocimientos adquiridos, sino que representa en todo momento al proceso activo en el que se determina la existencia, como resultado de la mutua acción entre el hombre y los procesos exteriores, ya sean sociales o naturales»⁶⁰⁷.

Dado que la elaboración del concepto es un proceso activo e interactivo entre lo social y lo natural, se equivoca quien crea que la subjetividad creativa está excluida de tal proceso. La entera vida intelectual de Lenin es un ejemplo brillante de integración dialéctica entre la «fría» objetividad y la «caliente» subjetividad. En un texto inicial y decisivo como es *¿Qué hacer?* exclama: «¡Hay que soñar!», y sigue diciendo: «He escrito estas palabras y me he asustado»⁶⁰⁸ para de inmediato parodiar ácidamente la cuadratura mental y cegata de quienes no aceptan la vital tarea de la imaginación y del sueño, del deseo, en la elaboración teórica, denunciando la pobreza mental y la impotencia en la imaginación de un mundo nuevo que ahogan al movimiento revolucionario en aquél tiempo. Años después, vuelve a insistir en el papel de la imaginación, la fantasía y hasta la capacidad onírica en el proceso de pensamiento al leer a Aristóteles⁶⁰⁹, como elementos necesarios para el método dialéctico.

Y al final de su vida, combate contra toda tergiversación mecanicista, objetivista y burocrática de la dialéctica, como cuando en mayo de 1921, explica entre otras cosas que la vida es lucha en la que se pierden y ganan batallas: «Esto es una guerra y, por su puesto, a veces puede haber derrotas. ¿Pero dónde se ha visto que en una guerra, incluso la más victoriosa, no haya habido derrotas? Lo mismo pasa aquí, puede hacer derrotas pero es necesario luchar»⁶¹⁰. En una guerra, en cualquier conflicto o tensión, o situación de lucha reivindicativa, siempre se pierden o ganan «batallas» porque en eso consiste la esencia de la dialéctica objetiva. Ahora bien, Lenin continúa diciendo poco después que en la lucha siempre se producen momentos de cansancio, y entonces reivindica de nuevo el papel de la imaginación, del sueño por el futuro, de la subjetividad dentro de la objetividad: «Puede ocurrir, naturalmente, que cuando la gente está cansada un cuento contado por un orador talentoso ayuda a aliviar el cansancio. A juzgar por mis propias observaciones, es así y no tengo nada que objetar desde este punto de vista»⁶¹¹.

5.4.- Subjetividad y objetividad en la dialéctica

La voluntad, el deseo, la intuición, la fantasía y la imaginación son importantes en los momentos cruciales del proceso de pensamiento. Pero no solamente esto, los condicionantes

⁶⁰⁷ E. de Gortari: *Introducción a la lógica dialéctica*, FCE, 1959, pp. 85-86.

⁶⁰⁸ Lenin: *¿Qué hacer?* Obras Completas, Progreso 1981, Tomo 6. p. 181.

⁶⁰⁹ Lenin: «Resumen del libro de Aristóteles “Metafísica”». *Cuadernos filosóficos*. Obras Completas, tomo 29, p. 336.

⁶¹⁰ Lenin: *Discurso de resumen de la discusión del informe sobre el impuesto en especies*, Obras Completas, Tomo 43, p. 334.

⁶¹¹ Lenin: *Discurso de resumen de la discusión del informe sobre el impuesto en especies*, Obras Completas, Tomo 43, p. 335.

subjetivos y objetivos que actúan desde dentro del proceso de pensamiento surgen de la totalidad social preexistente al sujeto, sea colectivo o individual. La intervención de lo subjetivo anula o condiciona en grado extremo la tesis mecanicista del reflejo automático en la conciencia humana. Yelena Sapárina investigó las diferencias entre el funcionamiento lógico de las máquinas llamadas “inteligentes”, y el del ser humano, mostrando como éste recurre a la «lógica “no rígida”», a la «lógica ilógica» cuando debe solucionar urgentemente problemas complejos para los que la lógica formal no encuentra solución:

«Muy rara vez acudimos al razonamiento lógico inflexible y sólo recurrimos a él en situaciones muy sencillas o al final de una tarea, cuando nuestro trabajo creativo está cumplido y sólo queda la pura “computación” (...) Nuestro razonamiento básico tiene lugar más allá de los confines de la lógica formal. Por esta razón a menudo es difícil explicar cómo se ha llegado a una conclusión o a otra, o resuelto un problema de una manera indirecta y no matemática. Y es que la imaginación, la intuición y, finalmente, la fantasía desempeñan un papel fundamental en nuestros procesos de pensamiento»⁶¹².

La «lógica ilógica», «no rígida», es decir flexible, dialéctica en suma, es imprescindible para penetrar en el interior del proceso creativo del reflejo, proceso contradictorio y móvil porque, como sostiene Alexandra Guétmanova: «a veces no se pueden establecer divisiones precisas, por cuanto todo se desarrolla, modifica, etc. Toda clasificación es relativa, aproximativa, y revela de forma sucinta las concatenaciones entre los objetos clasificados. Existen formas transitorias intermedias que es difícil catalogar en un grupo determinado. Semejante grupo transitorio a veces constituye un grupo (especie) autónomo»⁶¹³. Además, la dialéctica entre el uso vulgar de un concepto en comparación a su empleo típico ha dado paso a la denominada «lógica borrosa» que, según M. Hernando Calviño: «opera con conceptos aparentemente vagos o subjetivos, pero que en realidad contienen mucha información»⁶¹⁴.

Ahora bien, estas otras formas de pensar, de usar otros sistemas lógicos, de hacer frente a la complejidad de lo real y a sus contradicciones con un método complejo de pensamiento, requiere de un aprendizaje social, de una desinfección de la ideología burguesa y de una lucha permanente contra los terribles efectos del fetichismo. Hemos de saber que la metodología dialéctica exige, como dice Rosental, un relativismo conceptual flexible y a la vez concreto porque «cada fenómeno posee muchos vínculos e interacciones con otros fenómenos y donde la interacción condiciona que aparezcan ora unos rasgos, propiedades y aspectos de las cosas, ora otros. Por esto tampoco puede la ciencia operar a base de un simple esquema: o verdad o error. Las cambiantes propiedades de las cosas exigen del concepto de verdad una flexibilidad y un carácter concretos máximos, pues también el concepto de verdad es relativo: lo verdadero en determinado tiempo y en cierta conexión, se convierte en error en otro tiempo y en una conexión distinta»⁶¹⁵.

Los conceptos flexibles, sin embargo, siempre tienen que terminar reflejando de algún modo las concatenaciones internas de la realidad objetiva concreta que se estudia y sobre la que se incide. El caso más extremo por ahora, al nivel de los estudios actuales, es el de la fijación del

⁶¹² Y. Sapárina: *El hombre, animal cibernético*, Planeta, 1972, pp. 239-240.

⁶¹³ A. Guétmanova: *Lógica*, Progreso, p. 61.

⁶¹⁴ M. Hernando Calviño: *Aclarando la lógica borrosa*, Revista Cubana de Física, Vol. 20, nº 2, 2003.

⁶¹⁵ M. M. Rosental: *Principios de Lógica Dialéctica*, Pueblos Unidos, 1965, p. 335.

criterio de verdad en la mecánica cuántica, en el problema del determinismo y del indeterminismo cuántico, o «principio de incerteza», que ha sido manipulado para «negar toda pretensión de objetividad»⁶¹⁶. Dado que se trata de un problema de niveles diferentes de la realidad objetiva, el de la microfísica y el de la macrofísica, los sistemas de medición aplicados a la macrofísica no resultan aptos para la microfísica, para el mundo subatómico, lo que permite la elucubración idealista de la incerteza. La solución que plantea la dialéctica materialista es sencilla y directa: desarrollo de la ley de las probabilidades y el rigor conceptual: «el análisis del problema de la verdad y de la práctica como criterio de la verdad sólo puede aspirar a ser total y multilateral en el caso de que se realice conjunta y paralelamente con el análisis del significado de las expresiones lingüísticas»⁶¹⁷.

Ambas, la probabilidad y el rigor conceptual forman una unidad. En su estudio sobre Einstein, Kuznetsov muestra en el capítulo dedicado a la física cuántica y a las relaciones entre Einstein y Bohr que el «carácter paradójico de la lógica es precisamente propio del principio de la complementariedad de Bohr. El no contradice ningún postulado matemático (...) No podemos decir que la partícula se halla en un punto dado en un momento dado, y no podemos decir que la partícula no se halla en él. Todo esto contradice el postulado lógico de la exclusión de un tercero»⁶¹⁸. La lógica formal estalla hecha añicos. Lo posible, lo probable y lo necesario son categorías filosóficas vitales en este nivel de estudio, como es necesaria la ley del salto cualitativo cuando según la teoría de las funciones de Bohr se produce un salto de «una clase de función en otra clase»⁶¹⁹. El rigor conceptual también se basa en el rigor lingüístico, fortalecido por el desarrollo de la semiótica y de las leyes probabilísticas, de modo que se demuestra la existencia de

«La objetividad cuántica (...) la existencia de las leyes de la mecánica cuántica, extensibles a todos los microobjetos --en sus aspectos de discontinuidad, interacción, etc.-- que permiten predecir y obtener las regularidades y azares de los fenómenos atómicos en las condiciones de experimentación que se quieran --en principio--; o sea, extensibles también y sobre todo a los fenómenos atómicos en su medio natural, sin aparatos, tales como el movimiento electrónico de los átomos, moléculas, cristales, etc. (...) el conocimiento objetivo se logra siempre mediante determinadas prácticas científicas; pero estas prácticas no son propiamente el conocimiento objetivo como tal, sino el medio para lograrlo. Cuando el medio influye en el proceso natural, objeto de nuestro interés, esto no impide que por multitud de experimentaciones logremos separar --por medio del pensamiento-- de lo que no son más que condiciones digamos artificiales, la naturaleza y las leyes objetivas del proceso que nos interesa»⁶²⁰

La semiótica aporta efectivos instrumentos de concreción conceptual pero no tiene la capacidad de asociación e inventiva del lenguaje humano, cualitativamente más complejo y creativo que toda inteligencia artificial. El lenguaje humano fija a diversos niveles lo general y lo particular en su evolución, dependiendo de las condiciones sociohistóricas, lo que hace

⁶¹⁶ R. J. Gómez: «El Fin de la ciencia y la anticiencia», *Herramienta*, No. 20, Invierno de 2002, p. 155.

⁶¹⁷ AA.VV *La dialéctica y los métodos científicos generales de investigación*. Ciencias Sociales. 1985. Tomo II. pp. 400-401.

⁶¹⁸ B. Kuznetsov: *Einstein*. Ciencias Sociales, 1990, pp. 495-496.

⁶¹⁹ B. Kuznetsov: *Einstein*. Ciencias Sociales, 1990, p. 496.

⁶²⁰ J. M. Pérez Hernández: *Problemas filosóficos de las ciencias modernas*, ContraCanto, 1989, p. 114

que «la estructura del lenguaje nos dicta “el modo de visión del mundo”, ya que la semejanza, por ejemplo, entre las propiedades físicas de la realidad puede representarse en diferentes lenguajes dentro de un mismo cuadro del mundo sólo a condición de la semejanza o parecido entre las estructuras de los lenguajes descriptivos de partida»⁶²¹. Esto explica, entre otras cosas, las grandes dificultades que existen en la comunicación entre pueblos distanciados por siglos de evolución material y lingüístico-cultural hasta que no encuentran o desarrollan una práctica productiva similar. Más en general:

«La historia del desarrollo de la cultura humana puede examinarse convencionalmente desde este ángulo visual como la evolución del sistema de signos que determina los parámetros fundamentales del comportamiento social del hombre. La asimilación de ciertos sistemas lingüísticos (de la cultura) por el hombre, que posteriormente condicionan en grado sumo su conducta ulterior, puede compararse aquí con el proceso de programación. Las leyes principales de semejante programación han sido bien estudiadas en la psicología, en los ejemplos de la asimilación de la lengua materna, la aparición del lenguaje interior, el descubrimiento de la simbología de lo inconsciente. Lo esencial es que los programas así introducidos regulan el comportamiento del hombre durante toda su vida, hasta cierto punto, de manera aparentemente automática, inconsciente»⁶²².

Fijémonos en que se niega explícitamente todo determinismo al insistirse en la última frase en los límites de la regulación automática. Esto es fundamental porque reconoce la existencia la libertad humana y por ello también de sus limitaciones y hasta de su negación, manipulación y represión por poderes explotadores, aunque en este párrafo citado no se hable abiertamente de ello. La maleabilidad del lenguaje humano otorga a los poderes grandes recursos de control y teledirección, sobre todo de represión intelectual y material en algo decisivo como la simple enseñanza de la lectura en las mujeres, la infancia y las clases trabajadoras⁶²³, por no hablar ahora de las guerras culturales, el colonialismo científico y el saqueo intelectual imperialistas contra los pueblos en lucha que sufren los embates de las «ciencias sociales», de la sociología, como armas imperialistas⁶²⁴. Recientemente, R. Guadalupe de Jesús ha sometido a crítica el complejo cultural imperialista que sojuzga al pueblo de Puerto Rico, formado por corrientes irracionistas eurocéntricas, las sucesivas «modas post», etc.:

«Los estragos intelectuales y académicos de esta corriente han sido devastadores. Ante una realidad social colonial capitalista en crisis permanente, sin reserva alimentaria, con una economía de la droga en ascenso acelerado, con unos índices de pobreza, problemas de salud y de violencia, la producción académica puertorriqueña ha optado por los juegos de lenguaje. El nihilismo y el narcisismo productos del posmodernismo criollo han llegado al extremo no solo de negar la existencia de la realidad sino de la existencia

⁶²¹ AA.VV *La dialéctica y los métodos científicos generales de investigación*. Ciencias Sociales. 1985. Tomo II. p. 410.

⁶²² AA.VV *La dialéctica y los métodos científicos generales de investigación*. Ciencias Sociales. 1985. Tomo II. p. 411

⁶²³ M. Lyons: «Los nuevos lectores del siglo XX: Mujeres, niños, obreros», *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, 2006, pp. 475-517.

⁶²⁴ C. Tupac: *Terrorismo y civilización*, Boltxe Liburuak, 2012, pp. 540-580.

antropológica de la cultura puertorriqueña. Otro efecto que ha causado la inmersión de la academia en la corriente posmoderna es la institucionalización del pragmatismo, los economistas y los científicos sociales en carrera de llenar sus bolsillos de dólares se han convertido en asesores de las instituciones coloniales. Los historiadores han sido más tímidos pero algunos de ellos han logrado obtener espacios de conveniencia como los historiadores neomuñocistas y los que se han dedicado a trazar una historia apologetica de las familias e instituciones burguesas de la colonia»⁶²⁵.

En esencia, topamos con las relaciones entre el método dialéctico y el Estado burgués, el imperialismo en su conjunto, no en su sentido muy coyuntural y localizado espacio-temporalmente, sino en el sentido más amplio, tal cual lo expresa J. Samaja cuando estudia las conexiones entre el método científico, la propiedad privada y el Estado burgués⁶²⁶. Hay que tener en cuenta que «La cosmovisión dominante en una cultura juega un papel fundamental en el mantenimiento y la reproducción de las relaciones de poder en la medida en que asegura la cohesión social y la conformidad en torno a las estructuras y modos de funcionamiento de la vida social de ese momento; juega este papel porque se trata de una interpretación que explica las relaciones de poder existentes como parte necesaria de la realidad, porque impide, convirtiéndola en irracionalidad, cualquier otra interpretación que suponga como posibles una estructura social y unas relaciones de poder diferentes; porque presenta como natural y necesario, lo que es resultado de prácticas sociales y correlaciones de fuerzas históricamente determinadas»⁶²⁷.

A. Rush ha investigado también la dependencia del sistema tecnocientífico moderno con respecto a la burguesía. Tras rechazar la dogmática stalinista, reivindica un pensamiento procesual, complejo, sistémico y antirreduccionista: «la dialéctica en sus diferentes manifestaciones históricas, especialmente en su vertiente hegeliano-marxista, merece, por su enorme fecundidad, una recuperación crítica»⁶²⁸. Prosigue planteando la posibilidad e incluso la existencia embrionaria de una ciencia natural moderna no-burguesa, caracterizada esta por mecanicista, atomista, determinista, reduccionista, antisistémica, anticompleja, antiprocesual y antidialéctica, pero insiste en que el «estrecho matrimonio entre la ciencia natural moderna y no ya sólo los poderosos estados burgueses, sino crecientemente los grandes capitales privados», genera «efectos distorsivos» no sólo sobre la «aplicación» de los descubrimientos, e incluso sobre las prioridades de investigación, «sino sobre la misma forma de científicidad, sobre la estructura de la práctica científica y las normas metodológicas y epistemológicas que la orientan»⁶²⁹.

A. Rush sostiene que los epistemólogos se parecen más a «obreros y empleados estatales de la metaciencia» que a grandes filósofos y creadores, y que «la modalidad formal y normativa de la epistemología es bien congruente con su inserción y función estatal. En efecto, la ciencia

⁶²⁵ R. Guadalupe de Jesús: «Irracionalismo, compromiso intelectual y naturalismo crítico», 18-05-2015 www.rebellion.org

⁶²⁶ J. Samaja: *Introducción a la epistemología dialéctica*, Lugar Editorial, 1994 pp. 23-55.

⁶²⁷ M. de la Torre Gamboa: «Los mecanismos ideológicos-discursivos del poder y la conformidad social», *Dialéctica*, año 31, n.º 39-40, invierno 2007-primavera 2008, pp. 114-115.

⁶²⁸ A. Rush: «Sabiduría e ilusiones de la Epistemología», *Herramienta* No. 28, Marzo de 2005. p. 159.

⁶²⁹ A. Rush: «Sabiduría e ilusiones de la Epistemología», *Herramienta* No. 28, Marzo de 2005. p. 160.

del capitalismo estatalmente regulado, orientado hacia la guerra caliente o fría, o a la promoción de los llamados “estados del bienestar” que exorcizaban la amenaza comunista (...) en su encargo social, en su función promedio, la epistemología conlleva una esencial aceptación y legitimación --cuando no culto acrítico-- de la ciencia moderno-*burguesa* y su organización»⁶³⁰. Pero la crítica de A. Rush a la epistemología se endurece cuando pasa a analizar su papel en capitalismo periférico, el argentino en especial, planteando la necesidad de que los trabajadores-metacientíficos que dependen del salario se organicen en un grupo anti-imperialista y anti-capitalista⁶³¹.

Otro autor, Gracchu, define por «ciencia burguesa» a la ciencia académica, es decir, a la producida por el sistema académico capitalista estrechamente unido a las grandes empresas imperialistas y a sus Estados:

«...la ciencia natural burguesa en gran medida supo franquear las aporías en que se vio envuelta y, más aún superarlas, con la aplicación a todos los terrenos del nuevo paradigma einsteniano-cuántico incluidas sus aplicaciones prácticas: desarrollo del transistor, microscopía electrónica, efecto túnel, etc. Es más, en relación a las Ciencias Naturales y sus aplicaciones, no podemos dejar de constatar su exponencial desarrollo durante el siglo XX, aparte de lo ya mencionado (ampliación del horizonte de la cosmología con el descubrimiento de la existencia de galaxias externas a la nuestra y su expansión relativa, descubrimiento de la estructura del ADN y de las proteínas así como de los mecanismos de expresión genética, ingeniería genética y estudio del genoma humano, descubrimiento y desarrollo de los antibióticos, así como de las vacunas, los trasplantes y conocimiento del sistema inmunitario, desarrollo de las telecomunicaciones y de la informática)»⁶³²

Estas y otras tesis parecidas se defendieron no hace mucho en un debate internacional sobre marxismo y ciencia, del cual extractamos esta cita:

«La ciencia del s XX no ha superado los problemas de la ciencia del s XIX, porque a pesar de que pueda ser mucho más dinámica y puntualmente crítica incluso con ciertos aspectos de la globalidad, no puede cuestionar el sistema de producción. Las diferentes ramas de la ciencia, incluyendo los sectores digamos honestos de las ciencias sociales, han hecho y harán aportaciones preciosas para la perspectiva revolucionaria; pero no pueden adoptar el punto de vista de la teoría revolucionaria. De hecho, a pesar de que, particularmente desde los años 90 (aunque las premisas de esta tendencia se sitúan en los años 70), se desarrolla una tendencia a la investigación multidisciplinaria, que trata de unir en una visión integral la investigación en el terreno de las ciencias naturales y las ciencias sociales, tropieza con enormes dificultades para desarrollar una visión dialéctica»⁶³³.

⁶³⁰ A. Rush: «Sabiduría e ilusiones de la Epistemología», *Herramienta* No. 28, Marzo de 2005. pp. 164-165.

⁶³¹ A. Rush: «Sabiduría e ilusiones de la Epistemología», *Herramienta* No. 28, Marzo de 2005. p. 175.

⁶³² Gracchu, «Contribución sobre el “Marxismo” y el método científico», 16-XII-2011

www.internacionalism.org

⁶³³ «Debate sobre marxismo y ciencia» 18-IV-2012 www.internacionalism.org

Pese al apoyo estatal masivo que recibe la lógica formal, su linealidad nos sirve sólo en determinados casos de la realidad natural y social. Como afirma Prigogyne al explicar la importancia de la dialéctica entra la regularidad estadística y la inestabilidad: «las leyes de la naturaleza adquieren entonces una nueva significación: ya no tratan de certidumbres, sino de posibilidades. Afirman el devenir, no sólo el ser»⁶³⁴. Afirman la importancia del proceso evolutivo del problema que tratamos, algo ya afirmado por los marxistas dialécticos, y con antelación por Hegel y otros filósofos. Sin extendernos mucho, sobre esta cuestión nos vienen muy bien las siguientes palabras de C. Allègre sobre los actuales modelos teóricos de las ciencias biológicas que: «son maleables, plásticos, evolutivos, provisionales, se modifican en la medida en que los experimentos lo van exigiendo. No se trata de cortapisas o trabas al progreso, sino de guías, de marcos conceptuales. Quienes las construyen aceptan el rigor dentro de lo provisional, lo cual caracteriza sin duda el verdadero progreso científico»⁶³⁵.

Esta última cita entera y sobretodo la expresión feliz de «el rigor dentro de lo provisional» nos remite en directo a la dialéctica de lo absoluto y lo relativo, de lo infinito y de lo finito en el conocimiento de la verdad⁶³⁶, un tema básico en el que no podemos extendernos porque lo que ahora nos resulta prioritario es saber qué relaciones existen entre este método que estudia el movimiento de lo natural con los procesos sociales. La respuesta es fácil: «Las ciencias sociales tienen que ver en esta perspectiva con las ciencias de la evolución, donde el futuro, sometido a parámetros variables, es imprevisible sin ser indeterminado; donde las singularidades históricas dividen el futuro y lo ramifican en numerosos canales. De ahí un conocimiento histórico, más comprensivo que predictivo, de los deslumbramientos de lo real. Basta poco para ver que se abran empalmes y bifurcaciones que ofrecen a cada situación una multiplicidad de salidas posibles»⁶³⁷.

Podríamos seguir poniendo cita tras cita referentes a la dialéctica como pensamiento abierto a la creatividad de la naturaleza en todas sus formas. Un pensamiento que no tiene miedo a las excepciones que contradicen aparentemente las leyes, sino que las ven positivas, enriquecedoras y hasta inevitables en determinados momentos del proceso, expresiones del desenvolvimiento de sus contradicciones y de las tendencias evolutivas, y, a la vez, impulsoras de nuevas dinámicas. En el nivel biológico, el movimiento de la materia como categoría filosófica conlleva una reflexión tanto sobre la dialéctica del salto cualitativo a lo nuevo en cuanto sistema, como sobre la dialéctica de la lenta suma cuantitativa de cantidades, de modo que, volviendo al nivel biológico, debemos adoptar una «actitud pluralista, que acoja por igual la posibilidad de cambios bruscos y suaves»⁶³⁸. En el origen de esta dialéctica palpita la interacción primaria entre la capacidad sinérgica de la naturaleza como totalidad autocreativa y emergente⁶³⁹, y el desarrollo de la sociabilidad en la evolución animal, especialmente en la humana. O en otras palabras: «nuestro mundo (...) siempre será

⁶³⁴ I. Prigogyne: *El fin de las certidumbres*: Taurus. 1997. p. 174-175.

⁶³⁵ C. Allègre: *La derrota de Platón o la ciencia en el siglo XX*. FCE. 2003, pp. 78-79.

⁶³⁶ G. Kursánov: *Veritas. Fundamentos de la teoría leninista de la verdad y crítica de las concepciones idealistas modernas..* Progreso. 1977, pp. 121-144.

⁶³⁷ D. Bensaïd: *Marx intempestivo*. Herramienta. 2003. p. 449.

⁶³⁸ R. Alemán Berenguer: *Evolución y creación*. Ariel, 1996. p. 128.

⁶³⁹ H. Haken: *Fórmulas del éxito en la naturaleza. Sinérgica: la doctrina de la acción de conjunto*, Salvat, nº 62, 1994.

precisamente esa mezcla de regularidad y mutabilidad, esa combinación de solidez y arenas movedizas que es tan típica de la experiencia humana cuando se la mira de cerca»⁶⁴⁰.

Cuando la evolución natural y biológica genera la evolución social se termina produciendo un salto cualitativo por el que y mediante el cual lo social se superpone, domina y dirige a lo natural. Ya no valen las meras definiciones biológicas y menos aún el limitado mecanicismo de las ciencias naturales. Aparecen las tensiones y contradicciones sociales, intracolectivas e intercolectivas, que nacen de formas nuevas de formas y relaciones sociales que se mueven en un plano que exige su propia lógica. Pero ambos niveles, el social y el biológico-natural, interactúan en el proceso productivo, en la producción de conocimientos y de lenguaje, o sea, en la satisfacción de las necesidades, lo que hace que surja la quintaesencia del conocimiento, la lógica. Nos encontramos, por tanto, ante la necesidad de aprender a utilizar simultánea y sintéticamente, pero en planos analíticos diferentes, tres subsistemas del conocimiento humano como son las leyes naturales, las leyes sociales y las leyes de la lógica⁶⁴¹. Si se desconoce o se niega esta interacción de los tres subsistemas en el sistema superior del proceso de pensamiento humano, resulta imposible superar los límites del conservadurismo.

A. A. Boron estudió la crisis del determinismo, del linealismo positivista, mecanicista, de su rechazo de la axiología, reivindicando la «insistencia clásica del marxismo en el sentido de procurar una interpretación cualitativa de la complejidad superadora de las visiones meramente cuantitativista»⁶⁴², pero advirtiendo de los errores que se pueden cometer si se cae en una aceptación acrítica y superficial de la teoría del caos, aplicándola tal cual a la realidad social, aún así, Boron afirma que «Las observaciones de Prigogine deben ser bienvenidas porque no hacen sino ratificar, desde una perspectiva completamente distinta y desde una reflexión originada en las «ciencias duras», las importantes anticipaciones de Marx»⁶⁴³.

Boron está en lo cierto porque siempre existe el riesgo de extrapolar la «ciencia dura» más allá de sus límites, invadiendo los de la «ciencia social». Cometido este error resulta imposible comprender qué es el imperialismo actual, y hacia dónde puede evolucionar. Por ejemplo, una extrapolación a todas luces excesiva de la teoría de la complejidad para aplicarla a la sociedad humana actual la encontramos en el famoso Coloquio de Cerisy realizado en 1983 a partir de las aportaciones de Prigogine y su escuela. Uno de los capítulos de este Coloquio trató sobre el devenir de las colectividades humanas en su medio urbano, económico, ecológico, etc., pero sin hacer ninguna sola referencia a realidades tan decisivas como la propiedad privada, el contexto mundial de la época, los efectos del incipiente neoliberalismo, etcétera..

Releído ahora el texto al que nos referimos⁶⁴⁴ volvemos a comprobar que sin una concepción revolucionaria las «aplicaciones sociales de la ciencia» quedan en mera palabrería que sirve para ocultar una realidad explotadora. Aunque en menor medida, sucede otro tanto cuando basándose en la complejidad se hace una loa del supuesto «universo injerárquico»⁶⁴⁵, universo

⁶⁴⁰ H. Maturana y F. Varela: *El árbol del conocimiento*. Debate-Pensamiento. 1990. Pág.: 205.

⁶⁴¹ Zaira Rodríguez Ugidos: *Problemas de la lógica dialéctica*. Pueblo y Educación. 1986. p. 76.

⁶⁴² A. A. Boron: *Tras el Búho de Minerva*, Ciencias Sociales, 2003, p. 278.

⁶⁴³ A. A. Boron: *Tras el Búho de Minerva*, Ciencias Sociales, 2003, p. 281.

⁶⁴⁴ AA. VV «La evolución de las colectividades humanas», *El tiempo y el devenir*, Gedisa, 1996. pp. 37-54.

⁶⁴⁵ A. Fernández Rañada: «Alabanza de la complejidad: el universo injerárquico», *La formación de los conceptos en ciencias y humanidades*, Sequitur, 1999, pp.53-73.

en el cual ni la ciencia ni el arte, no Stonehenge o Carnac, ni las tecnologías ni las joyas, tienen relación alguna, por remota que fuere, con una «jerarquía», o mejor decir, con una compleja estructura de relaciones de poder en la que *El Capital* y el marxismo insisten machaconamente: la explotación de la fuerza de trabajo, la plusvalía, la tasa de ganancia, el imperialismo.

Menos mal que en el mismo volumen otros autores sí prestan atención a esta estructura de relaciones de poder aunque de manera un tanto difusa en lo social-clasista y en lo político, como es el caso de F. Lara y su referencia a los siete recursos imprescindibles para transformar una realidad, citando en el último lugar a los políticos, y en el penúltimo a los sociales⁶⁴⁶. En la misma tónica se mueve la ponencia de M. Roitman en la que habla de la «unidad dialéctica contradictoria» entre «ciencias de la certidumbre» y «ciencias de la incertidumbre», aunque por lo que dice inmediatamente después debiera hablar más de dialógica que de dialéctica: «De esta contradicción surge la necesidad de un diálogo, de aproximación de posiciones. El objetivo del conocimiento y del saber no estriba en apoyar el poder o fundar academias de ciencias, artes o humanidades. Su razón se encuentra en la búsqueda que nos facilite desarrollar los principios éticos contenidos en la condición humana»⁶⁴⁷.

5.5.- Dialéctica de la complejidad

M. R. Krätke ha seguido la evolución intelectual y sobre todo del método desarrollado por Marx hasta llegar a lo que se denomina como «último Marx», que él data entre los años 1868-1882, y llega a la conclusión de que: «No hubiera renunciado a su método “genético” de “desarrollo” de las categorías. Pero en el curso del trabajo realizado durante sus últimos quince años no había dejado de percibir cada vez con mayor claridad los “límites del método dialéctico”. En 1882 tenía a su disposición un vasto conjunto de conocimientos empíricos y teóricos. Se puede suponer que habría sacado provecho de sus conocimientos y capacidades analíticas para conferir a las categorías de su teoría general una dimensión más “histórica”. Su argumentación se habría modificado y se habría hecho más compleja y más complicada que hasta entonces»⁶⁴⁸. Una evolución más compleja nos lleva a las tesis de G. Gurvitch sobre que:

«El método dialéctico es un método de lucha contra toda simplificación, cristalización, inmovilización o sublimación en el conocimiento de los conjuntos humanos reales y, en particular, de las totalidades sociales. Pone de relieve complejidades, sinuosidades, flexibilidades, tensiones siempre renovadas, así como giros inesperados que la captación, comprensión y conocimiento de estos conjuntos deben tener en cuenta para no traicionarlos»⁶⁴⁹.

⁶⁴⁶ F. Lara Rosano: «Conceptos básicos en tecnología y sistemas socioeconómicos» *La formación de los conceptos en ciencias y humanidades*, Sequitur, 1999, p. 238.

⁶⁴⁷ M. Roitman Rosenmann: «Ciencias de la certidumbre y ciencias de la incertidumbre» *La formación de los conceptos en ciencias y humanidades*, Sequitur, 1999, p. 259.

⁶⁴⁸ M. R. Krätke: «El último Marx y El capital», *Marx Ahora*, N.º 26/2008, p. 102.

⁶⁴⁹ G. Gurvitch: *Dialéctica y sociología*, Alianza Editorial, Madrid 1969, p. 247.

Uno de los exponentes más conocidos de versión reformista de la complejidad es E. Morin que si bien roza en muchos párrafos la cuestión decisiva del salto cualitativo, revolucionario, sin embargo se detiene en ese momento crítico, así, por ejemplo, tras criticar las limitaciones del positivismo lógico y afirmar que el debate sobre las insuficiencias de la lógica formal ha sido superado, y que se ha abierto la brecha de saber qué papel juega la contradicción en el proceso científico, reconociendo que este es «un problema muy viejo, puesto que lo contradictorio o el antagonismo está presente en Heráclito, Hegel y Marx (...) Lo que revela la contradicción, si ella es insuperable, es la presencia de un nivel profundo de la realidad que cesa de obedecer a la lógica clásica o aristotélica»⁶⁵⁰.

Hasta aquí no hay problema mayor con respecto a la versión moriniana de la complejidad; pero el problema crucial estalla muy poco después cuando acusa a Marx, a pesar de ser «complejo y dialéctico», de subordinar el papel de las ideas al papel de la «infraestructura». Morin sostiene que hay que ir más lejos que Marx «porque la dialéctica no tiene cabeza y pies. Es rotativa»⁶⁵¹. Sin entrar ahora en críticas a esta tergiversación de la dialéctica y de Marx, podemos resumir su pensamiento con la siguiente cita: «La evolución, en el estadio contemporáneo de nuestras sociedades, efectúa no solamente múltiples evoluciones, sino una revolución completa. En el origen, la vida ha evolucionado para conservarse. Hoy, la humanidad evoluciona para cambiar. Evoluciona para el progreso, el desarrollo, una nueva vida, un mundo mejor»⁶⁵².

Esta definición puede ser aceptada incluso por movimientos y partidos de derechas, por los defensores de la «revolución conservadora», porque no aclara nada de lo decisivo, sino que enturbia y oscurece cualquier posibilidad de crítica radical. Pero Morin no es una excepción, al contrario, prácticamente la totalidad de autores que participan en el libro colectivo al que recurrimos ahora parlotean en la misma ambigüedad. Problemas como «sociedad mundial», economía, historia, sistema jurídico, ecología, educación e «intervención social», son analizados desde la más fría indiferencia hacia la explotación asalariada, hacia la opresión nacional, hacia la dominación de sexo-género, hacia la lógica del capital y su fetichismo, hacia el terror imperialista, o sea, hacia la realidad social en sus contradicciones irreconciliables. Y especial mención crítica debemos hacer al capítulo sobre «economía»⁶⁵³, una mezcla incoherente y reaccionaria de economía política burguesa de comienzos del siglo XIX, marginalismo de finales del siglo XIX, neoliberalismo, capitalismo verde, débil keynesianismo, y tan absoluto desprecio al marxismo que no aparecen conceptos como burguesía, capitalismo, imperialismo, clase obrera, crisis, etc.

⁶⁵⁰ E. Morin: «La epistemología de la complejidad», *Con Edgar Morin, por un pensamiento complejo*, Akal, 2005, pp.43-44.

⁶⁵¹ E. Morin: «La epistemología de la complejidad», *Con Edgar Morin, por un pensamiento complejo*, Akal, 2005, p. 48.

⁶⁵² E. Morin: «El devenir del devenir», *Con Edgar Morin, por un pensamiento complejo*, Akal, 2005, p. 87.

⁶⁵³ R. Passet: «Economía: de la unidimensionalidad a la transdisciplinariedad», *Con Edgar Morin, por un pensamiento complejo*, Akal, 2005, pp. 127-132.

Desde luego que sí existe una interpretación de la complejidad menos apologética con el orden del capital. Precisamente sobre el debate sobre si el conocimiento dialéctico es rotativo, circular o espiriforme, como sostenía Lenin⁶⁵⁴, por ejemplo, podemos leer esta cita:

«Un objeto y la sospecha de una descripción no trivial, he aquí el móvil que puede poner en marcha la tarea científica. Se empieza por la elección del objeto y se termina cuando tal elección ha alcanzado cierta plenitud. Porque no se puede elegir un objeto sin definirlo y no hay buena definición que no incluya el mismo número de propiedades capaz de distinguirlo de todos aquellos otros a excluir de nuestro estudio. Entre una cosa y otra, entre el principio de elegir y el fin de elegir plenamente, media el esfuerzo de observar, experimentar, modelar, teorizar, generalizar. Todo hacer científico torna a la línea de salida, es redondo, las últimas frases de un ensayo científico suelen versar sobre las primeras. Cuando el círculo nos sale vicioso significa que el ejercicio ha fracasado; si virtuoso, entonces que ha triunfado. Y el círculo es vicioso cuando el punto de llegada coincide exactamente con el de partida, cuando la definición ensayada no logra enriquecerse en ningún sentido. Se trata entonces de un movimiento circular perfecto y por ello condenado a la eterna y boba rotación trivial. Un círculo virtuoso, en cambio, no se cierra. El punto de llegada es el principio de otro círculo ligeramente desplazado. Se forma una espiral, ha precesión, hay virtud. Hay ciencia»⁶⁵⁵.

C. Massé profundiza con más radicalidad en sus investigaciones sobre las relaciones entre el método dialéctico y los recientes desarrollos de la teoría de la complejidad, sobre todo en la versión de E. Morín, tras mostrar que la «ciencia parcializada es cada vez menos capaz de conocer la esencia de los sistemas complejos»⁶⁵⁶ plantea la necesidad de lo que denomina «epistemología dialéctica crítica» en la que el sujeto forma parte del objeto: «como una propuesta de conocimiento enriquecedora en términos de ofrecer una forma diferente y potente de apropiación de lo real. Pues no se ciñe a la rigidez metodológica, sino que propugna por una apertura del pensamiento a la realidad, sin ataduras procedimentales; pues otorga al objeto, “la cosa misma”, toda la apertura mental posible, en aras de apropiarse de todo el desenvolvimiento de dicho objeto, el cual nos conducirá al descubrimiento de su lógica. Objeto del que el sujeto con el andamiaje epistemológico que propondremos, también forma parte»⁶⁵⁷.

Las interpretaciones reformistas de la teoría de la complejidad suelen extenderse a la teoría de los sistemas, por la estrecha relación que existe entre ellas. De hecho, la crítica revolucionaria de una de ellas conlleva la crítica de la otra, y viceversa. Por ejemplo, en su crítica de la teoría de los sistemas, R. Levins alude también a la complejidad, pero integrándola y subsumiéndola en una «red» que la envuelve y determina. Estudiando la complejidad social, el autor reconoce que

«En una red compleja de variables las fuerzas motrices del cambio pueden surgir en cualquier parte (...) La red compleja de determinaciones mutuas requiere de una

⁶⁵⁴ Lenin: *Sobre el problema de la dialéctica* Obras Completas, Progreso. 1986 Tomo 29, p. 327.

⁶⁵⁵ J. Wagensberg: *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Tusquets, 1989, pp.13-14.

⁶⁵⁶ C. Massé Narváez: “La complejidad en la totalidad dialéctica”. *Sociologías*, Porto Alegre, año 8, n.º 15, junio 2006, p. 61

⁶⁵⁷ C. Massé Narváez: “La complejidad en la totalidad dialéctica”. *Sociologías*, OPS. Cit., p. 62.

respuesta compleja que se esboza en el torpe término de “sobredeterminación”, mediante el que se reconoce que los procesos causales funcionan simultáneamente a distintos niveles y a través de diferentes vías. O eso nos lleva de vuelta a Hegel: la verdad es el todo»⁶⁵⁸.

Para salir del atolladero de la “sobredeterminación”, que nos recuerda directamente a Althusser y a su escuela, Levins a recurrir al papel decisivo del concepto de «*modo de producción y reproducción*», que está presente no como un “factor” en la red sino como la red en sí. Es la estructura de esa red, ese modo, lo que define a los trabajadores y capitalistas como actores o “variables” en la red, lo que hace posible que el sexismo tenga un valor comercial, que la legislación sea una actividad política, o lo que permite que los caprichos de los monarcas desencadenen los grandes acontecimientos. Es el contexto donde las distintas mediaciones actúan y se transforman mutuamente en vez de ser un factor entre factores»⁶⁵⁹.

Es el modo de producción y reproducción el que estructura y cohesiona la red en la que se mueven las diversas complejidades y subsistemas, partes o “factores” del todo real. Al ser el modo de producción y reproducción capitalista el que cohesiona la totalidad, entonces la lucha de clases entre el capital y el trabajo explica en definitiva la explotación patriarcal, la política burguesa, los caprichos monárquicos, etc. Desarrollando esta lógica, Levins explica que la teoría de los sistemas refuerza el poder de las burocracias políticas y administrativas burguesas, por lo que: «Se debe hacer un esfuerzo especial para contrarrestar esta tendencia, para desmitificar el estudio de la complejidad y democratizar incluso la toma de decisiones complejas»⁶⁶⁰.

Pero la clara utilización reaccionaria que la clase dominante hace de la teoría de los sistemas y de la complejidad no quiere decir que no tengan una parte de verdad científica. Levins explica que pueden mejorar aplicando la dialéctica y cambiando el contexto en el que se emplean, y propone cinco aportaciones cualitativas que obviamente no podemos resumir aquí sino sólo en su esencia: En una comprensión dialéctica del proceso en general se buscan las fuerzas opuestas que actúan sobre la condición de un sistema. Ahora esto se acepta más o menos en la práctica científica. Las neuronas de la excitación y de la inhibición, la estimulación simpática y parasimpática, las fuerzas de selección opuestas o una oposición entre los procesos selectivos y aleatorios son todos partes del arsenal de recursos de la ciencia moderna. Sin embargo, aún no se ha llegado a generalizaciones a partir de esto para pensar en los procesos como una contradicción⁶⁶¹.

Una de las críticas radicales permanentes del marxismo contra la impotencia teórica de la ideología burguesa, y expuesta de mil modos en *El Capital*, trata sobre la dependencia del pensamiento burgués no sólo de los intereses políticos de clase capitalistas sino también de su fetichismo esencial que, entre otras cosas, impone la parcialización sectorial monotemática, y niega la esencia polivalente y poliédrica de ser humano, de la naturaleza y de la dialéctica con su complejidad creciente. Es esto precisamente lo que denuncia G. Galafassi:

⁶⁵⁸ R. Levins: «La dialéctica y la teoría de los sistemas», *Marx Ahora*, N. ° 20/2005, p. 87.

⁶⁵⁹ R. Levins: «La dialéctica y la teoría de los sistemas», *Marx Ahora*, N. ° 20/2005, p. 88.

⁶⁶⁰ R. Levins: «La dialéctica y la teoría de los sistemas», *Marx Ahora*, N. ° 20/2005, p. 95.

⁶⁶¹ R. Levins: «La dialéctica y la teoría de los sistemas», *Marx Ahora*, N. ° 20/2005, p. 97.

«Porque la economía liberal-neoclásica (y sus funcionales corrientes de la historia y de la sociología) dominante desde finales del siglo XIX --y las variantes del “marxismo vulgar” también--, representan un modelo ejemplar de construcción positivista del proceso de conocimiento moderno. Su afán por considerar el ámbito económico como un ámbito especializado y separado, junto con la utilización excluyente de explicaciones matematizables (basadas en férreas reglas de regularidad y previsibilidad) y su funcionalidad al sistema de poderes dominante basado en la desigualdad y en la exclusión, hacen de esta manera de explicación de la realidad, uno de los principales promotores intelectuales de la fragmentación de la sociedad moderna, al estar por definición, incapacitada para comprender, o siquiera interesarse, por la emergencia de múltiples procesos complejos y dialécticos (es decir que actúan en red y a diferentes niveles entre los diversos ámbitos del proceso social de poderes antagónicos y en consecuencia no tienden necesariamente al equilibrio) de alienación social y socio-natural»⁶⁶².

5.6.- Dialéctica de la naturaleza

Dentro de las «sorprendentes confirmaciones» de la dialéctica por los avances científicos tras la muerte de Engels en 1895, debemos introducir el contenido de esta frase: «Los contrarios coexisten inseparables y se transforman el uno en el otro; sin comprender este principio de la dialéctica es imposible resolver, en lo esencial, los principales problemas que tienen planteados las Ciencias Naturales modernas»⁶⁶³. La cibernética es uno de tantos ejemplos. Ya en una época tan «temprana» como comienzos de la década de 1960 I. B. Novik estudió las relaciones entre dialéctica y cibernética, afirmando que:

«En las ciencias naturales contemporáneas podemos diferenciar tres tipos de objetos: 1) macrosistemas mecánicos; 2) microsistemas; 3) sistemas dinámicos complejos. El tercer tipo de objetos es sintético: combina la evidencia sensible de los macrosistemas mecánicos con la cohesión dialéctica de los elementos y la contradicción que es propia de los micro-objetos»⁶⁶⁴. El autor sigue afirmando que: «Con las conquistas de la cibernética adquiere forma concreta un importantísimo principio de la dialéctica materialista, la idea del automovimiento de la materia. Lenin caracterizaba las dos concepciones opuestas del desarrollo, la metafísica y la dialéctica, destacando que si la primera es “inerte, seca”, puesto que sitúa la fuente del movimiento fuera de la materia (Dios, sujeto, etc.), la segunda, en cambio, es “viva”, ya que, al considerar al movimiento como lucha de contrarios, sólo ella proporciona la “clave para el «automovimiento» de todo lo existente»⁶⁶⁵.

Para terminar, Novik resume tres puntos decisivos: uno, la cibernética confirma el principio dialéctico del automovimiento de la materia expresado en los sistemas dinámicos complejos, lo cual a su vez confirma la unidad de la dialéctica, la lógica y la teoría del conocimiento; dos, al extenderse al dominio de la información y de la dirección en sistemas dinámicos complejos,

⁶⁶² G. Galafassi: «Producción de conocimiento, ciencia y mercado-capitalista. Consideraciones acerca de los estudios sobre sociedad-naturaleza», *Herramienta*, No. 29, Junio de 2005, p. 191.

⁶⁶³ J. M. Pérez Hernández: *Problemas filosóficos de las ciencias modernas*, ContraCanto, 1989, p. 53.

⁶⁶⁴ I. B. Novik, *Sociología, Filosofía, Cibernética*, Edit, Platina, 1965, p. 166.

⁶⁶⁵ I. B. Novik, *Sociología, Filosofía, Cibernética*, Edit, Platina, 1965, p. 168.

la cibernética confirma el principio de la cognoscibilidad del mundo; y tres, la cibernética demuestra que «el conocimiento es un proceso dialéctico complejo, cuya base es la práctica histórico-social de la humanidad»⁶⁶⁶.

También debemos introducir a la mecánica cuántica, a la relatividad y a la teoría del caos, entre las «sorprendentes confirmaciones» de la dialéctica por los avances científicos tras la muerte de Engels en 1895. D. Rodrigo sostiene que:

«La ciencia moderna muestra, en general, que el movimiento lineal o la acumulación de algunas de las variables involucradas provoca saltos repentinos; que el movimiento implica la dinámica de fuerzas y tendencias opuestas y diversas, y que los saltos cualitativos, debido a la acumulación cuantitativa por medio de contradicciones, dan lugar a nuevos fenómenos y estabilidades relativas, que niegan las leyes anteriores al surgir nuevas y, al mismo tiempo, procesos en los que se puede rastrear sus antecesor porque conservan algunas leyes como subordinadas. Estas son, a grandes rasgos, las tres leyes generales del método dialéctico abstraído de la naturaleza y de la sociedad como un modelo que refleja en su generalidad la dinámica del movimiento y que puede ser aplicado a lo concreto, nuevamente para comprender sus múltiples determinaciones específicas en sus manifestaciones infinitas»⁶⁶⁷.

Este mismo investigador ha demostrado el accionar de la dialéctica en el interior de los fractales y del número áureo, que no sólo en la teoría del caos: «la teoría del Caos, los fractales y el llamado “número dorado”; temas todos vinculados y que, además de interesantes y apasionantes, muestran la estructura contradictoria de la naturaleza y -especialmente el número áureo- parecen señalar la auto-organización de la naturaleza y la estructura subyacente espiral oculta en muchas estructuras (incluidas las fractales).»⁶⁶⁸.

Y en otro texto suyo, podemos leer: «la historia del proceso que nos lleva del mono al hombre resulta un proceso dialéctico: un desarrollo en espiral lleno de tensiones o contradicciones que son superadas dolorosamente con nuevas revoluciones, que presenta una gráfica que tiene ascensos bruscos que superan cambios acumulativos así como caídas abruptas y, sin embargo, presenta una tendencia general hacia un aumento progresivo del control de hombre frente a la naturaleza y cuya constante es la transformación gradual interrumpida por asombrosas revoluciones; proceso que ratifica de una manera asombrosa las tesis centrales del materialismo histórico»⁶⁶⁹.

G. Foladori sostiene que: «La ciencia moderna, por vía de la experimentación en la física, en la química, en la biología, y en campos interdisciplinarios, está descubriendo lo que la

⁶⁶⁶ I. B. Novik, *Sociología, Filosofía, Cibernética*, Edit, Platina, 1965, p. 179.

⁶⁶⁷ D. Rodrigo García, «Teoría del Caos, Relatividad y Mecánica Cuántica», *El materialismo dialéctico y la ciencia, Marxismo Hoy*, N.º. 15, Mayo 2006, p. 77.

⁶⁶⁸ D. Rodrigo García, «Dialéctica en el Caos, Fractales y Razón Dorada», Octubre 2011, www.nodo50.org/ciencia_popular

⁶⁶⁹ D. Rodrigo García, «El Materialismo Histórico y Dialéctico aplicado al proceso de “hominización”, el surgimiento de las clases sociales y la civilización». www.nodo50.org/ciencia_popular

filosofía dialéctica había anunciado hace cien años»⁶⁷⁰. Estas palabras son una especie de resumen del cuadro comparativo entre siete características del nuevo paradigma científico que está emergiendo a raíz de los múltiples descubrimientos que se realizan a diario, y otros siete principios expuestos por Engels en su obra *Dialéctica de la naturaleza*, escrita entre 1875 y 1876, y que exponemos aquí tal cual aparece en la obra⁶⁷¹:

⁶⁷⁰ G. Foladori, *Entre la complejidad y la dialéctica de la naturaleza. Volviendo sobre los pasos de Engels*, Cuadernos del Caum, 1997, p. 8.

⁶⁷¹ G. Foladori, *Entre la complejidad y la dialéctica de la naturaleza. Volviendo sobre los pasos de Engels*, Cuadernos del Caum, 1997, p. 2.

<u>Nuevo paradigma científico</u>	<u>Dialéctica de la naturaleza</u> (Engels)
La naturaleza es irreversible y en permanente cambio, pero creando estructuras que resisten al cambio.	Las tendencias se presentan como resultado de múltiples fuerzas contratendenciales.
En determinados momentos surge	Los cambios cuantitativos se con-

Foladori no tiene pelos en la lengua para hablar abiertamente de la actualidad de Engels en lo relacionado con las ciencias, pero otros muchos investigadores sí tienen muchos reparos en decir públicamente lo que, sin embargo, hacen en su práctica científica. Por ejemplo, si analizamos los seis principios de los sistemas complejos presentados por J. Briggs y F. D. Peat, vemos no son sino expresiones de las leyes y principios de la dialéctica, pero dichas con otras palabras⁶⁷²:

Uno, «Para cambiar un sistema para siempre hay que cambiar su estructura»; dialécticamente hablando, el aumento cuantitativo no propicia el cambio del sistema sino sólo cuando se ha producido el salto cualitativo, apareciendo una estructura nueva. Dos, «En todo sistema dado hay muy pocos “puntos de influencia” donde uno puede intervenir para producir cambios significativos y perdurables en la conducta general del sistema»; dialécticamente hablando este principio quiere decir que sólo actuando sobre las contradicciones irreconciliables y antagónicas podemos “influir” en un proceso. Tres, «Cuanto más complejo sea el sistema, más alejados estarán la causa y el efecto entre sí, tanto en el espacio como en el tiempo»; dialécticamente hablando, esto quiere decir que al aumentar la concatenación e interacción entre los sistemas aumentan las contingencias, casualidades, azares y posibilidades, y la dialéctica entre causa y efecto, entre necesidad y realidad, se hace más compleja.

Cuatro, «A los pocos rizos de realimentación se vuelve difícil predecir la conducta de un sistema»; dialécticamente hablando, al aumentar la interacción sistémica las causas son a la vez efectos, y viceversa, lo que multiplica los desenlaces posibles de la evolución de las contradicciones. Cinco, «Ni los puntos de influencia ni el modo correcto de influir para obtener los resultados deseados suelen ser obvios»; dialécticamente hablando, la apariencia nunca coincide con la esencia, y cuando más se desarrolla e interactúa un proceso, más necesario es bajar de la apariencia a la esencia. Y seis, «“Peor en vez de mejor” es a menudo el resultado de un cambio “atinado” en una política influyente; por tanto, todo cambio de política que produzca resultados mejores de inmediato debe suscitar suspicacia»; dialécticamente hablando, el salto cualitativo a lo nuevo siempre supone el inicio de una nueva unidad y lucha de contrarios pero en otra escala diferente, lo que nos advierte de que no debemos caer en el error de la autocomplacencia triunfalista sino que debemos iniciar otra lucha en el nuevo contexto.

Como vemos y teniendo siempre en cuenta las críticas de Levins, la dialéctica esta inserta en la teoría de los sistemas, del caos y del orden, como es algo ya sabido desde hace tiempo, pero la ciencia también debe recurrir a la dialéctica cuando se encuentra frente a realidades que no

⁶⁷² J. Briggs y F. D. Peat, *Espejo y reflejo: del caos al orden*, Gedisa, 2001, p. 177.

son de fácil y pronta clasificación. O. Carpintero y S. López Arnal explican de esta forma las tesis de N. Georgescu-Roegen sobre las relaciones entre los conceptos aritmomórficos y los conceptos dialécticos:

«Naturalmente, los científicos se enfrentan casi siempre con categorías que a veces encajan con dificultad en el entramado lógico-matemático de las teorías. Esto ocurre tanto en disciplinas sociales como naturales, ya sean la sociología, la economía, la biología o la termodinámica. De hecho, muchos de los avances y progresos de estos saberes se asientan en la aparición de lo que Georgescu denominaba procesos de “novedad por combinación”, de la aparición de elementos novedosos, de propiedades emergentes, *cualitativamente* diferentes a todo lo ya conocido, y que no son meros añadidos *cuantitativos* a lo existente (...) Al calificarlos como conceptos dialécticos, Georgescu-Roegen reconoce también lo difícil de bregar con estas nociones un tanto vaporosas pero “imprescindibles”. El problema, a los ojos del rumano, es que la mayoría de las ciencias, luchan contra estos elementos tratando de “cuantificarlos”, de “sujetarlos aritmomórficamente” por todos los medios negando así su naturaleza y rindiendo un culto excesivo a la formalización matemática»⁶⁷³.

Como síntesis de lo dicho hasta ahora, pensamos que es válida esta definición del método científico desde la perspectiva dialéctica dada por S. Tagliagambe: «a) comprensión del fenómeno a partir de él mismo; b) papel determinante del experimento; c) exigencia de la unidad del análisis teórico y de la experimentación para un desarrollo armónico de la ciencia; d) negación de todo dogma en la ciencia y necesidad de ideas nuevas; e) reconocimiento de la inagotabilidad de la naturaleza»⁶⁷⁴.

5.6.- Dialéctica de la naturaleza

G. Binnig, premio Nóbel de Física de 1986, es uno de los casos más impactantes de dialéctica vergonzosa porque, en el texto suyo que ahora comentamos, dedicado a la decisiva cuestión de la creatividad, del surgimiento de lo nuevo. Ya desde su inicio, al plantear qué es la creatividad, el autor recurre a la dialéctica pero sin citarla, llegando a afirmar que: «la así llamada naturaleza inanimada, que no es tan inanimada como creemos»⁶⁷⁵, para luego ofrecer esta definición: «La creatividad consiste en posibilitar nuevas unidades de acción, y es local»⁶⁷⁶. Las famosas y ciertas «leyes de la dialéctica» no dicen otra cosa: la acción es movimiento hacia lo nuevo, y lo local es lo concreto. Lo nuevo y lo concreto, la acción y lo local, nos remiten al movimiento, al tiempo: «el factor tiempo juega un importante papel en la

⁶⁷³ O. Carpintero y S. López Arnal, «La dialéctica de los conceptos. Un diálogo con Nicholas Georgescu-Roegen», *El valor de la ciencia*, 2001, pp. 181-182.

⁶⁷⁴ S. Tagliagambe: «Sobre la concepción materialista de las ciencias de la naturaleza». *Ciencia y Materialismo*. Grijalbo 1975, p. 95.

⁶⁷⁵ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, Galaxia Gutenberg, 1996, p. 31.

⁶⁷⁶ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 37.

creatividad»⁶⁷⁷, dado que «el tiempo es la transformación de nuestro universo, o el tiempo es la transformación de las estructuras del espacio»⁶⁷⁸. El movimiento evoluciona hacia lo complejo, y «constantemente se origina algo nuevo»⁶⁷⁹, ya que «a partir de cierto grado de complejidad el camino debe tomar otro rumbo»⁶⁸⁰.

Binnig admite que lo concreto es limitado, es decir, en términos dialécticos, que es contradictorio consigo mismo, por lo que: «la limitación parecer ser uno de los mecanismos más importantes de la evolución (...) También la reproducción significa ya una limitación»⁶⁸¹. Luego recurre al término de «conflicto» aunque tomado de psicología: «Por un lado, se tiende a una gran diversidad; por otro, sin embargo, la limitación también parece ser importante. La existencia de conflicto entre dos polos parece ser un fenómeno general en nuestra naturaleza (...) limitación-caos; renovar-conservar; síntesis-análisis (muy importante para el proceso de la creatividad...); grande-pequeño, etc.»⁶⁸². Binnig no emplea nunca, salvo error nuestro, el concepto de dialéctica, y frecuentemente retrocede a la superada tesis de la «dualidad como principio original (...) Claro-oscuro, caliente-frío, bueno-malo; o en medicina: simpático-parasimpático, tesis-antítesis o también simplicidad-caos, con la multiplicidad como valor intermedio»⁶⁸³.

La «dualidad como principio original» nos lleva a comprender que «La vida se ha ido desarrollando a saltos; no con una explosión sino con varias. Siempre se trata de saltos»⁶⁸⁴, o también que: «Me imagino una gran evolución, en la que se han producido pequeños y grandes avances. Los grandes avances podrían calificarse de “explosiones originarias”, que han motivado grandes evoluciones»⁶⁸⁵. Elevado esto al método dialéctico, debemos decir: la unidad y lucha de contrarios, el aumento cuantitativo y el salto cualitativo, y la negación de la negación bullen en el automovimiento de la creatividad.

Binnig exclama: «Qué idea más curiosa la de que una constante no sea constante»⁶⁸⁶. ¿Cómo solucionar esta contradicción extrema según la lógica formal? Dicho de otro modo, ¿Qué relaciones existen entre la creatividad que es y no es constante, y el pensamiento que puede y no puede entenderlo?: «Los pensamientos son, en parte, abstracciones de las cosas. La realidad se refleja en nuestros modelos de pensamiento, pero la pirámide del pensamiento va mucho más allá: representa algo propio (...) Así como las leyes físicas determinan y describen el modelo de conducta de la materia, la lógica expone la red de “normas de tráfico” que rigen para el pensamiento»⁶⁸⁷. Una lectura superficial de estas palabras podrían hundirnos

⁶⁷⁷ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., pp. 45-47.

⁶⁷⁸ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 84.

⁶⁷⁹ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 87.

⁶⁸⁰ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 90.

⁶⁸¹ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 90.

⁶⁸² G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 91.

⁶⁸³ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 114.

⁶⁸⁴ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 127.

⁶⁸⁵ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 182.

⁶⁸⁶ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 115.

⁶⁸⁷ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 87.

en el error de creer que G. Binnig acepta el reduccionismo mecanicista que el estalinismo hizo de la teoría del reflejo, pero páginas más adelante vemos que no es así ya que el autor defiende el papel de la voluntad, del error, del análisis y de la síntesis y hasta de la intuición, para elaborar pensamientos muy complejos «a expensas de la exactitud» pero ciertos⁶⁸⁸. Más aún, reivindica el papel de la voluntad crítica: «en muchos casos la existencia de barreras psicológicas impide ese planteamiento. Para enfrentarse a algunas ideas hay que tener cierta cara dura»⁶⁸⁹.

Binnig no entra en estas cuestiones decisivas, pero sí las roza con franqueza crítica cuando afirma que el sistema educativo, la escuela, la universidad, no enseña a pensar creativamente: «no educan nuestra capacidad de síntesis ni nuestra capacidad de análisis, es decir, no nos familiarizan en absoluta con la creatividad, no la practicamos en absoluto (...) no nos animan a analizar (...) Al contrario, en la mayoría de los casos, en la escuela y en la universidad se nos dan los resultados (...) Y lo que realmente no sucede nunca es que nos inviten a “fantasear”, a crear algo nuevo»⁶⁹⁰

No podemos negar los méritos de Binning, pero sí debemos reivindicar aún más activamente los de otras aportaciones abierta y públicamente dialécticas. Por ejemplo, sobre la dialéctica de la evolución biológica, y sin necesidad de tener de recurrir a la obra ya clásica y científicamente validada de F. Cordón:

«Mi experiencia de científico me ha demostrado que el materialismo dialéctico en el estado actual del pensamiento constituye una primera guía certera para ordenar los conocimientos de no importa que ciencia y de que, a su vez, él puede ser ampliado o corregido a la validez universal por los avances más generales de cualesquiera de las grandes ciencias»⁶⁹¹.

Podemos recurrir también a H. Maturana y F. Varela a lo largo de toda su obra, y muy especialmente en el capítulo dedicado a la deriva natural de los seres vivos, a la dialéctica de los cambios acaecidos por la evolución de su estructura interna, que siempre está en movimiento, o por la presión de condicionantes externo: «Notemos que en un sistema dinámico determinado estructuralmente (ya que la estructura está en continuo cambio) sus dominios estructurales sufrirán también variación, aunque siempre estarán especificados en cada momento por su estructura presente. Es este continuo cambio en sus dominios estructurales lo que va a ser lo propio de la ontogenia de cada unidad dinámica, ya sea un radio-casete o un leopardo»⁶⁹². Siguiendo esta misma lógica, Jimena Vergara desarrolla las tesis dialécticas de que «La evolución no es un río largo y tranquilo», «El organismo es más que la suma de sus partes», «Causas que son efectos y efectos que son causas», etc., basándose en la más reciente bibliografía científica⁶⁹³.

⁶⁸⁸ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., pp. 70-71.

⁶⁸⁹ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 78.

⁶⁹⁰ G. Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, OPS. Cit., p. 94.

⁶⁹¹ F. Cordón, «La biología evolucionista y la dialéctica», www.nodo50.org/ciencia_popular

⁶⁹² H. Maturana y F. Varela, *El árbol del conocimiento*. Debate, 1996, p. 84.

⁶⁹³ J. Vergara: «Dialéctica y evolución», 20 de abril de 2012 www.armasdelacritica.org

Y si nos planteamos el multifacético problema del código genético además de a los autores más conocidos, tenemos a nuestra disposición un resumen asequible y bastante completo⁶⁹⁴ que demuestra el accionar de la ley de la concatenación universal entre procesos tan diferentes y distantes en apariencia como son los genes, la metodología científico-crítica, la cooperación humana, y la propaganda racista y reaccionaria. J. Pérez, estudió en profundidad su dialéctica interna, problema poliédrico que forma una totalidad altamente contradictoria y tensionada al extremo ya que conecta lo biológico con lo económico, lo político, lo científico, lo ético, etc.; la síntesis resultante dialécticamente estudiada no es otra que la necesidad de la revolución socialista:

«En el capitalismo, hasta nuestra secuencia genética es sólo un negocio. Por eso, no podemos más que inquietarnos antes las prácticas de ingeniería genética o de terapia génica que se desarrollan bajo este sistema. Sin embargo, esto no es algo intrínseco a la genética. En una sociedad con una economía planificada, con una ciencia sometida también a una planificación y no al caos actual, regida por las necesidades sociales y no por los intereses de unos pocos, el conocimiento del hombre llegará a extremos insospechados, pudiendo relacionar por fin todas las disciplinas y entendiendo la integración existente entre el código genético y el entorno»⁶⁹⁵.

En cuanto a la decisiva cuestión filosófica y epistemológica sobre las relaciones entre la biología humana, la industria de la salud, el capitalismo y la dialéctica materialista, debemos recurrir a las obras de Concepción Cruz por su gran contribución al papel del método dialéctico en la lucha contra la enfermedad. Son muy pocas las personas que en lengua española estudian sistemáticamente esta decisiva cuestión filosófica, porque, en general, los textos sobre la salud en el capitalismo se ciñen a lo socioeconómico y a lo sumo a lo político. Tal es el caso de R. Huertas que en su por demás interesante obra, la importancia del método dialéctico pasa desapercibida totalmente a pesar de las obligadas referencias a la interacción de todos los factores que intervienen en la salud. El autor habla de «materialismo histórico» y de crisis del capitalismo⁶⁹⁶, del desmantelamiento del llamado «Estado del bienestar», etc. Sin embargo, en el importante asunto de los nuevos paradigmas sobre la salud y la epidemiología, el papel del método dialéctico está ausente⁶⁹⁷.

La epidemiología es cada vez más importante porque abre el sendero no sólo a la cuantificación y a las regularidades de la distribución de la enfermedad, sino también a la necesidad de introducir en el método de estudio otras variables decisivas como son el contexto social y sus contradicciones, la estructura psíquica de las personas enfermas y sus relaciones con las contradicciones socioeconómicas, políticas, culturales, etc., profundizando cada vez más en el contexto individual y colectivo, llegando hasta el problema de «la familia» como indican B. Mulddworf y H. Sella⁶⁹⁸, lugar en el que se crean las primeras bases de la personalidad psicósomática, decisiva en la epidemiología. Citamos estos ejemplos para valorar en su justa medida la importancia de las aportaciones de Concepción Cruz Rojo ya

⁶⁹⁴ A. Woods y T. Grand: *Razón y revolución*, F. F. Engels, 1995, pp. 329-354.

⁶⁹⁵ J. Pérez: «Genética y dialéctica» 10-10-2006 www.elmilitante.org

⁶⁹⁶ R. Huertas: *Neoliberalismo y políticas de salud*, El Viejo Topo, 1998, pp. 20-32.

⁶⁹⁷ R. Huertas: *Neoliberalismo y políticas de salud*, El Viejo Topo, 1998, pp. 58-89.

⁶⁹⁸ B. Mulddwoef y H. Sella: «Sociología y hecho psiquiátrico», *Marcuse y el freudomarxismo*.

Materialismo dialéctico y psicoanálisis, Edic. Roca, 1973, pp. 117 y ss.

que, como veremos de inmediato, esta investigadora sí profundiza en este decisivo campo epistemológico y axiológico desde la base de la dialéctica.

Los estudios de Concepción Cruz son de gran interés para el debate sobre la dialéctica de la naturaleza expresada en algo vital como es la enfermedad, y sobre el papel de la industria alimentaria en la salud humana en general y de las clases trabajadoras en concreto. La autora desarrolla la dialéctica de lo genético-estructural y de lo histórico-genético mostrando en la problemática de la alimentación⁶⁹⁹. Hemos de señalar el valor que la autora otorga a la ética y a los derechos humanos, tal como lo expone en esta obra: «En relación con el derecho y la utilización ética de la tecnociencia en el ámbito de la alimentación, llámese biotecnología, biología sintética o nanotecnología, debe ser radicalmente rechazada mientras esté en manos y favorezca la convergencia de las corporaciones privadas y, además, entren en la maquinaria financiera (bolsa) afectando a los precios de los alimentos y productos de primera necesidad»⁷⁰⁰.

En otro texto, la autora afirma que: «El estudio e intervención de este grupo de enfermedades actuales es un ejemplo clarificador de la importancia de abordar procesos complejos desde un enfoque multidisciplinar e interdisciplinar (...) Dejar su solución a la exclusiva competencia de la disciplina médica o sanitaria sería condenarla para siempre a la cronicidad. La curación, o mejor la prevención, de los problemas de salud pasa por la labor coordinada, interrelacionada y complementaria de distintas ciencias, incluyendo a las ciencias sociales»⁷⁰¹, y más adelante: «El mundo material posee una naturaleza ontológica unitaria donde es imposible dividir las “causas” en un porcentaje social y otro porcentaje biológico. Desde una visión dialéctica, lo biológico y lo social, lo interno y lo externo, no son separables, ni alternativos ni complementarios»⁷⁰².

La cuestión de la dialéctica de la naturaleza es resuelta por esta investigadora de forma inapelable al demostrar, entre otras cosas, que el reduccionismo científico, en especial en la biología, sirve a los intereses de la clase burguesa, siendo necesaria una ciencia no reduccionista, dialéctica, basada en la interacción de todos los factores naturales y sociales que forman la vida humana. La autora explica que existen dos grandes bloques de reduccionismo, el biológico y el cultura, dividiéndose este segundo en otros dos menores, y afirma: «Dar preponderancia a lo biológico (en el caso del determinismo biológico) o dársela a lo social (en el del determinismo cultural), es no entender la necesaria interrelación dialéctica entre lo biológico y lo social que se codeterminan mutuamente en el devenir de la vida. En el primer caso se considera que las partes (por ejemplo, los genes) existen de forma independiente y con anterioridad a su integración en estructuras complejas (por ejemplo, los organismos), y que son las propiedades intrínsecas de las partes las que producen y explican las propiedades del conjunto. Sin embargo, la dialéctica no separa las propiedades de las partes aisladas de las que adquieren cuando forman conjuntos, porque ambas se influyen mutuamente (...) solo a través de la dialéctica se consigue integrar los antagonismos o

⁶⁹⁹ C. Cruz: *Consumo alimentario: causas y consecuencias para la salud*,. El Boletín, 2012, pp. 33.53.

⁷⁰⁰ C. Cruz: *Consumo alimentario: causas y consecuencias para la salud*, El Boletín, 2012, p. 57.

⁷⁰¹ C. Cruz: «Enfermedades actuales, causas e intervenciones», *El traje del emperador*, Atrapasueños, 2012, p. 224.

⁷⁰² C. Cruz: «Enfermedades actuales, causas e intervenciones», *El traje del emperador*, Atrapasueños, 2012, p. 226.

antítesis entre las causas y los efectos, entre la biología humana y la educación o entre la herencia genética y el medio ambiente en una visión en la que ambos polos no están aislados uno del otro ni están determinados en una sola dirección, sino que mantienen una constante y activa compenetración.»⁷⁰³.

Y por no extendernos en lo que ya es innegable:

«Para comprender por qué, cuáles son las causas que producen las enfermedades y los problemas de salud debemos entender la relación dialéctica entre el azar y la necesidad, entre lo casual y lo causal. Frente al determinismo y el mecanicismo que aún predominan en los análisis de las ciencias de la salud debemos considerar un hecho básico: que hay determinación en la indeterminación e indeterminación en la determinación. ¿Qué quiere decir esto? Si analizamos cualquier acontecimiento de la naturaleza (viva o inerte) o de la sociedad podemos comprobar que se produce por una serie de causas, de cadenas causales (necesarias y determinadas) que chocan y se entrecruzan entre sí de forma causal o azarosa (indeterminada). Fue Hegel e I primero que resolvió la relación y unión de estos “dos contrarios”, *el azar y la necesidad*, en pugna continua y siempre presentes, en el sentido de que, según del proceso particular de que se trate, predominará uno u otro (...) Pero para analizar las causas de las enfermedades también tendremos que considerar otra importante relación dialéctica, la de la *realidad* y la *posibilidad*. Los fenómenos o hechos se consideran reales porque son posibles que ocurran, frente a lo imposible. Y como hechos posibles, pueden que ocurran o que no ocurran, y si no ocurren, ocurrirán otros hechos posibles en su lugar (3). En la actualidad es imposible que una persona padezca la viruela, porque ha sido erradicada, pero esta verdad objetiva y concreta, es relativa porque en un futuro podría aparecer por determinadas causas naturales o humanas. Sin embargo, muchas otras enfermedades infecciosas siguen afectando a la población en mayor o menor medida según las zonas y circunstancias. Y de nuevo volveríamos a analizar los conocimientos que tenemos de ellas, el por qué ocurren, cómo han afectado, y afectan, a determinadas regiones y grupos de población. Repasaríamos las características del germen, sus mecanismos de transmisión, las personas más vulnerables por su grado de desnutrición y otras características biológicas, la importancia de las condiciones higiénico-sanitarias y económicas de su entorno. Sabemos por ejemplo que la mercantilización del agua, de las semillas y de las tierras, su cotización en bolsa, produce una subida de los precios de los alimentos y empobrece a las poblaciones de las zonas más dependientes, aumenta la desnutrición crónica de la población infantil y las infecciones gastrointestinales»⁷⁰⁴.

La dialéctica de la naturaleza y de la sociedad es a la vez, y por ello mismo, dialéctica del pensamiento, muy en especial cuando éste sufre una lacerante merma de sus enormes potencialidades críticas y creativas a consecuencia de enfermedades psicosomáticas. No hace falta remontarnos a las primeras lecturas marxistas de Freud para demostrar la existencia de la denominada «dialéctica de la enfermedad y de la revolución»⁷⁰⁵, o del «cuerpo como lugar de

⁷⁰³ C. Cruz: «No está en los genes. La vigencia del materialismo dialéctico en las ciencias de la vida», www.matxingunea.org

⁷⁰⁴ C. Cruz: «¿Por qué enfermamos? El método dialéctico en epidemiología» www.matxingunea.org

la dialéctica»⁷⁰⁶ porque en las propias obras de Marx y Engels ya aparecen las primeras referencias a tal realidad material, tema en el que no podemos extendernos ahora. Incluso si no fuésemos partidarios en modo alguno del freudismo en su versión de izquierdas, incluso así la naturaleza dialéctica de la psicología humana sigue siendo innegable, como lo demostró L. Vigotski y su escuela. La dialéctica bulle sobre todo en el capítulo dedicado a la historia de las funciones psíquicas superiores, que se inicia con una cita de Engels extraída de la *Dialéctica de la naturaleza* --«Las leyes naturales eternas van convirtiéndose cada vez más en leyes históricas»⁷⁰⁷--, y muy especialmente en las páginas dedicadas al «método de investigación» en el que partiendo del concepto de «mediación» de Hegel Vigotski desemboca en la teoría de Marx sobre el papel de los instrumentos de trabajo en la praxis humana⁷⁰⁸.

Si de la psicología pasamos a la psiquiatría, el método dialéctico aparece de nuevo como estructurante de cualquier visión científico-crítica de esta disciplina. Del mismo modo que *El Capital* de Marx debe ser leído políticamente, como hemos visto en la respuesta a la primera pregunta, también la psiquiatría ha de ser considerada políticamente. Graciela Esperanza somete el paradigma reduccionista de la psiquiatría dominante a una crítica demoledora, afirmando que el término de «trastorno mental», pilar basal de la psiquiatría, no puede ser definido con precisión porque se mueve en el «anacrónico reduccionismo mente/cuerpo, que separa los trastornos físicos de los mentales y desconoce que el avance actual de la ciencia da lugar a que lo físico y lo mental se imbriquen; su separación tajante no deja de ser retrógrada en función de estos conocimientos»⁷⁰⁹. Dentro de lo físico, la autora introduce lo social, pero también lo hace en lo mental. A. Benjamín realiza otra crítica idéntica en el fondo aunque dirigida a la compleja problemática del universo formado por el sexo, lo sexual, la sexualidad, el amor, el deseo, el erotismo, y un casi inacabable etcétera. Después de crítica la definición oficial en psiquiatría de «trastornos del deseo sexual», sostiene que no es válida aunque sea aceptada internacionalmente, y afirma: «No hay una guía conceptual, sólo el camino de la empiria»⁷¹⁰.

Estas y otras críticas atacan la unilateralidad positivista de la psiquiatría dominante, y argumentan la necesidad de un método totalizante, que integre todas las expresiones de realidades tan complejas y multifacéticas como son las que pugnan en el interior de la mente humana. No hace falta insistir en que sólo la dialéctica garantiza este método. En muy pocas líneas, G. Jervis desentraña la dialéctica interna entre la enfermedad y la salud mentales, dentro del contexto sociohistórico capitalista:

⁷⁰⁵ SPK: «Sobre la dialéctica de enfermedad y revolución», *Marxismo, psicoanálisis y sexpol*, Gránica Edt. 1974, Vol. 2, pp. 256-294.

⁷⁰⁶ L. Rozitchner: *Freud y los límites del individualismo burgués*, Siglo XXI, 1972, pp. 385-390.

⁷⁰⁷ Vigotski, Leontiev y Luria: *El proceso de formación de la psicología marxista*, Progreso, 1989, p. 87.

⁷⁰⁸ Vigotski, Leontiev y Luria: *El proceso de formación de la psicología marxista*, Progreso, 1989, p. 124.

⁷⁰⁹ G. Esperanza: «Medicalizar la vida», *El libro negro de la psicopatología contemporánea*, Siglo XXI, 2011, p. 77

⁷¹⁰ A. Benjamin: «Sobre la psiquiatrización de la vida sexual humana», *El libro negro de la psicopatología contemporánea*, Siglo XXI, 2011, p. 205.

«En cualquier crisis existencial existe el riesgo de que la crisis *escape* al individuo; o sea, no consiga controlarla, utilizarla, ser su dueño: y es entonces cuando la tribulación y el sufrimiento de la crisis asume características típicamente psiquiátricas. Una vida sin crisis existenciales no es aconsejable a nadie: y, en el fondo, la persona afortunada es la que consigue superar con éxito crisis de profundidad y significado cada vez más mayores, *creciendo* en ellas y cuestionando cada vez más los principios de la vida precedente»⁷¹¹.

Como vemos, aunque queramos negarlo la dialéctica de la crisis está también dentro de nosotros mismos.

IÑAKI GIL DE SAN VICENTE
EUSKAL HERRIA 18-V-2013

⁷¹¹ G. Jervis: *Manual crítico de antipsiquiatría*, Anagrama 1977, p. 155.